

Laurent Binet

Civilizaciones



Lectulandia

1531: Atahualpa se presenta en la España del emperador Carlos V para encontrarse con la Inquisición y el milagro de la imprenta, pero también con una monarquía exhausta por las constantes guerras, la amenaza permanente de los infieles y lo que es aún más preocupante, con pueblos a los que el hambre puede llevar al límite de la revuelta. En pocas palabras: los aliados que Atahualpa necesita para construir su imperio.

Instructiva y fascinante, *Civilizaciones* es el fruto de la exquisita erudición del autor y de una imaginación desbordante: un ejercicio de audacia narrativa que contiene una profunda reflexión acerca de las huellas que dejamos en el pasado, la imperfección y ambición del ser humano y el mundo que hemos construido.

Laurent Binet

Civilizaciones

ePub r1.0

Titivillus 31-03-2021

Título original: *Civilizations*
Laurent Binet, 2019
Traducción: Adolfo García Ortega

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El arte da vida a lo que la Historia ha asesinado.

CARLOS FUENTES,
Cervantes o la crítica de la lectura

Por esta behetría en que vivían, sin conformidad alguna,
fueron facilísimos de conquistar.

INCA GARCILASO DE LA VEGA,
Comentarios reales de los incas

Primera parte

La saga de Freydis Eriksdottir

1. ERIK

Había una mujer llamada Aude «la Muy Sabia», hija de Ketill «el Chato», que había sido reina. Era viuda de Olaf «el Blanco», belicoso rey de Irlanda. Al morir su esposo, se había trasladado a las Hébridas para llegar hasta Escocia, donde su hijo, Thorstein «el Rojo», se convirtió también en rey, pero luego los escoceses lo traicionaron y pereció en una batalla.

Cuando tuvo noticia de la muerte de su hijo, Aude se hizo a la mar con veinte hombres libres y partió hacia Islandia. Allí colonizó los territorios situados entre el río Yantar y el Salto de Skrauma.

Llegaron con ella muchos nobles que habían sido hechos prisioneros durante las expediciones vikingas del oeste y considerados esclavos.

Había uno llamado Thorvald que había abandonado Noruega con su hijo, Erik «el Rojo», por culpa de un crimen. Eran granjeros que cultivaban la tierra. Cierta día, Eyjolf «el Estiércol», pariente de un vecino de Erik, mató a unos esclavos de este último porque habían ocasionado un desprendimiento de tierra. Erik, a su vez, mató a Eyjolf «el Estiércol». También mató luego a Harfn «el Duelista».

Entonces fue desterrado.

Colonizó la isla de los Bueyes. Prestó unas vigas de su propiedad a un vecino suyo, pero cuando fue a reclamárselas, el vecino se negó a devolvérselas. Lucharon y más hombres murieron. Fue desterrado de nuevo por el *thing*^[1] de Thorsnes.

No podía permanecer en Islandia y tampoco podía volver a Noruega, así que eligió navegar hacia el país que había divisado el hijo de Ulf «La Corneja» un día que se desvió hacia el oeste. Bautizó ese país como Groenlandia, porque pensó que mucha gente querría ir allí si ese lugar tenía un nombre tan bonito.

Se casó con Thjodhild, nieta de Thörbjorg «Quilla de Knörr», con quien tuvo varios hijos. Pero también tuvo una hija con otra mujer. Se llamaba Freydis.

2. FREYDIS

De la madre de Freydis no sabemos nada. Pero Freydis, al igual que sus hermanos, había heredado de su padre Erik el gusto por los viajes. Tanto que embarcó en el navío que su hermanastro, Leif «el Venturoso», había prestado a Thorfinn Karlsefni para que hallara de nuevo el camino a Vinlandia.

Viajaron hacia el oeste. Hicieron escala en Marklandia, antes de alcanzar Vinlandia, y encontraron el campamento que Leif Eriksson había dejado tras de sí.

El país les pareció bello y frondoso, los bosques distaban poco del mar, la arena blanca se extendía a lo largo de la costa. Había por allí muchas islas y bajíos. El día y la noche eran tan largos como en Groenlandia o Islandia.

También vieron a unos *skraelings*, que parecían troles de pequeño tamaño. No eran unípedes, como les habían contado, aunque tenían la piel oscura y les gustaban las telas de color rojo. Los groenlandeses les cambiaron las que tenían por pieles curtidas. Comerciaron. Pero un día, un toro que pertenecía a Karlsefni y que no dejaba de mugir saltó la cerca y asustó a los *skraelings*. Entonces estos atacaron el campamento y los hombres de Karlsefni habrían corrido en desbandada si no fuera porque Freydis, furiosa por verlos huir, había cogido una espada y les había plantado cara a los asaltantes. Se rasgó la camisa y se golpeó los pechos con la hoja de la espada a la vez que insultaba a los *skraelings*. Estaba en un estado de locura frenética y echaba pestes de sus compañeros por su cobardía. Los groenlandeses, avergonzados, dieron media vuelta, y los *skraelings*, espantados por la visión de aquella criatura exuberante y fuera de sí, se dispersaron.

Freydis estaba encinta y tenía mal carácter. Riñó con dos de sus hermanos, a los que tenía por aliados. Como quería adueñarse de su barco por ser más grande que el suyo propio, ordenó a su marido, Thorvard, que los matara, así como a todos sus hombres, y su marido lo hizo. Freydis mató a sus mujeres con un hacha.

El invierno había pasado y se acercaba el verano. Pero Freydis no se atrevió a regresar a Groenlandia, porque temía la cólera de su hermano Leif cuando supiera que ella había sido la culpable del asesinato. Por otra parte, sentía que desde entonces desconfiaban de ella y que ya no era bienvenida en el campamento. Aprovisionó el barco de sus dos hermanos y a continuación se embarcó en él con su marido, algunos hombres, ganado y unos caballos. Los de la pequeña colonia que quedaban en Vinlandia se sintieron aliviados con su partida. Sin embargo, antes de echarse a la mar, les dijo: «Yo, Freydis Eriksdottir, juro que volveré».

Pusieron rumbo al sur.

3. EL SUR

El *knörr* de achatados flancos navegó a lo largo de la costa. Hubo una tempestad y Freydis invocó a Thor. Poco faltó para que el navío se hiciera pedazos contra las rocas de los acantilados. Los animales de a bordo, presas del pánico, coceaban tan fuerte que los hombres estuvieron a punto de deshacerse de ellos porque temían que les hicieran zozobrar. Pero finalmente la cólera del dios se apaciguó.

El viaje duró mucho más tiempo del que se habían figurado. La tripulación no encontraba ningún lugar donde atracar, pues los acantilados eran demasiado altos, y cuando hallaban una playa, divisaban a unos acechantes *skraelings* que blandían sus arcos y les lanzaban piedras. Ya era demasiado tarde para poner rumbo al este, y Freydis no quería dar media vuelta. Los hombres pescaban para alimentarse y los que bebieron agua de mar cayeron enfermos.

En medio de los remeros, entre dos bancos, un día en que ningún viento del norte acudía en su ayuda para hinchar las velas, Freydis alumbró un niño muerto, a quien quiso llamar Erik, como su abuelo, y lo entregó al mar.

Por fin, encontraron una cala donde atracar.

4. EL PAÍS DE LA AURORA

El agua era allí tan poco profunda que pudieron llegar a pie hasta la arena de la playa. Habían llevado consigo toda clase de animales. Aquella tierra era hermosa. Su único afán era explorarla.

Había praderas y bosques con árboles muy separados unos de otros. La caza era abundante. Los ríos rebosaban de peces. Freydis y sus compañeros decidieron establecer el campamento cerca de la costa, al abrigo del viento. No carecían de provisiones, así que pensaron permanecer allí para pasar el invierno, pues supusieron que los inviernos serían más suaves, o al menos más cortos, que en su país natal. Los más jóvenes habían nacido en Groenlandia, los demás provenían de Islandia o de Noruega, como el padre de Freydis.

Pero un día que habían penetrado más que otras veces en el interior de las tierras, descubrieron un campo cultivado. Había hileras de sembrado bien

alineadas, con espigas de cebada amarilla cuyos granos eran crujientes y jugosos. Supieron entonces que no estaban solos.

También ellos quisieron cultivar cebada crujiente, pero no sabían cómo hacerse con ella.

Unas semanas más tarde, aparecieron unos *skraelings* en lo alto de la colina que dominaba el campamento. Eran altos y bien formados, con piel aceitosa y rostro pintado con largos trazos negros, lo que espantó a los groenlandeses, pero esta vez ninguno se atrevió a moverse en presencia de Freydis por temor a pasar por un cobarde. Por otra parte, los *skraelings* parecían más curiosos que hostiles. Uno de los groenlandeses quiso darles una pequeña hacha para engatusarlos, pero Freydis se lo prohibió. Ella, en cambio, les ofreció un collar de perlas y un broche de hierro. Los *skraelings* dieron claras muestras de apreciar este último regalo, pasándoselo unos a otros de mano en mano y disputándose, y Freydis y sus compañeros comprendieron que deseaban invitarlos a su poblado. Solo Freydis aceptó la invitación. Su marido y los demás se quedaron en el campamento, no porque tuvieran miedo a lo desconocido, sino, al contrario, porque ya habían estado a punto de morir anteriormente en una situación parecida. Designaron a Freydis como emisaria y delegada suya, lo cual la hizo sonreír, ya que se había percatado de que algunos de ellos no habrían tenido el valor de acompañarla. Una vez más, los insultó, pero en esta ocasión el avergonzamiento no tuvo ningún efecto. Entonces, ella sola siguió a los *skraelings*, los cuales untaron con grasa de oso su piel blanca y sus cabellos rojos, y luego se adentraron con ella por los pantanos a bordo de una barca tallada directamente en un tronco. La barca podía contener fácilmente a diez de ellos, así de grandes eran los árboles de aquellas tierras. Cuando se alejó, Freydis desapareció con los *skraelings*.

Esperaron su regreso durante tres días y tres noches, pero nadie fue en su búsqueda. Ni siquiera su marido, Thorvard, se atrevió a aventurarse por esos pantanos.

Luego, al cuarto día, ella volvió con un jefe *skraeling* que llevaba alhajas de vivos colores alrededor del cuello y en las orejas. Tenía el pelo largo, pero rasurado por un solo lado, y era difícil imaginar estatura más notable que la suya.

Freydis dijo a sus compañeros que estaban en el País de la Aurora y que esos *skraelings* se llamaban el Pueblo de la Primera Luz. Libraban una guerra contra otro pueblo que vivía más al oeste, y Freydis opinaba que había que

ayudarlos. Cuando le preguntaron cómo había entendido su lengua, ella respondió riéndose: «Quizá porque yo misma también sea una *völva*^[2]».

Llamó al hombre que había querido dar su hacha a los *skraelings* y, en esta ocasión, le dijo que se la entregara al *sachem* que la acompañaba (que es como ellos llamaban a sus jefes). Nueve meses más tarde, ella alumbraría a una niña a la que pondría por nombre Gudrid, como su excuñada, la mujer de Karlsefni, viuda de Thorsteinn Eriksson, a la que siempre había detestado (pero no vale la pena hablar de personas que no tomarán parte en esta saga).

La pequeña colonia se instaló en las proximidades del poblado *skraeling* y, en vez de limitarse a cohabitar sin incidentes, los dos grupos se ayudaron uno al otro. Los groenlandeses enseñaron a los *skraelings* a buscar hierro bajo la turba y a moldearlo para hacer hachas, lanzas y puntas de flecha. De ese modo, los *skraelings* pudieron armarse eficazmente para derrotar a sus enemigos. A cambio, ellos enseñaron a los groenlandeses a cultivar cebada crujiente metiendo los granos en pequeños montones de tierra junto con las alubias y las semillas de calabaza, para que se enrollaran alrededor de los grandes tallos. Así podrían tener reservas para el invierno, cuando la caza empezara a escasear. Los groenlandeses deseaban quedarse en esas tierras. En prueba de amistad, regalaron una vaca a los *skraelings*.

Entonces sucedió que algunos *skraelings* se pusieron enfermos. Uno de ellos tuvo mucha fiebre y murió. No hubo que esperar demasiado tiempo para que empezaran a morir unos tras otros. Aquello dio miedo a los groenlandeses y quisieron salir de allí, pero Freydis se opuso. Por más que sus compañeros le decían que, tarde o temprano, la epidemia los alcanzaría, ella se negaba a abandonar el poblado que habían construido, insistiendo en que en ese lugar habían hallado una tierra fértil y que nada les garantizaba que en otra parte pudieran encontrar *skraelings* amistosos con los que comerciar.

Pero el *sachem* de hombros tan anchos fue atacado también por la enfermedad. Al meterse en su casa, que era una cúpula sostenida por unos postes arqueados recubiertos con tiras de corteza, tuvo una visión: los cadáveres de unos desconocidos ocupando el umbral y una gigantesca ola que arrasaba su poblado y el de los groenlandeses. Cuando la visión se desvaneció, se acostó, ardiendo de fiebre, y pidió que fueran a buscar a Freydis. Cuando esta llegó a la cabecera de su lecho, él le dijo al oído unas palabras en voz baja, para que solo las supiera ella, y luego, para que todo el mundo lo oyera, declaró bienaventurados a aquellos que se sentían en casa adondequiera que fuesen, y que jamás olvidarían el regalo del hierro que los viajeros habían hecho a su pueblo. A ella le habló de su situación y le dijo que

la esperaba un gran destino, así como a su hija. Luego se desplomó. Freydis permaneció junto a su lecho toda la noche, pero por la mañana estaba frío. Entonces regresó con sus compañeros y les dijo: «Vamos, llevemos el ganado al *knörr*».

5. CUBA

El único pensamiento de Freydis era ir aún más al sur. Borearon las costas durante semanas; les faltaba de todo a bordo y solo contaban con la pesca y el agua de la lluvia, aun así, Freydis nunca quería atracar en lugares donde les parecía que la tierra era propicia, lo que suscitó primero el nerviosismo, luego la desconfianza y finalmente la cólera de sus compañeros. Freydis les decía: «¿Queréis volver a encontraros en peligro de muerte? ¿Queréis que un unípede os atravesase la barriga con una flecha?». (Porque así era como había muerto su otro hermanastro, Thorvald, hijo de Erik, y ella sabía que todos tenían en la memoria ese funesto episodio). «Continuaremos nuestro viaje hasta el final o moriremos en el mar, si este es el capricho de Njörd o el deseo de Hel». Sin embargo, nadie conocía el final al que se refería Freydis.

Por fin, encontraron una tierra que era, quizá, una isla. Freydis, consciente de que no podría contener por mucho más tiempo la impaciencia de sus compañeros, aceptó atracar en ella.

El *knörr* entró en un río impresionante. A lo largo de todo el trecho por el que el navío bogó hasta llegar a tierra, hallaron un agua límpida.

Jamás habían visto una tierra tan hermosa. Las orillas estaban repletas de árboles verdes, cada uno con las flores y los frutos de su especie. La fruta tenía un maravilloso sabor. Muchas aves y pájaros pequeños cantaban dulcemente. Las hojas de los árboles eran tan grandes que se podían cubrir las casas con ellas. El suelo era muy llano.

Freydis saltó a tierra. Se acercó a unas casas creyendo que eran de pescadores, pero sus ocupantes huyeron despavoridos. En una de las casas halló un perro que no ladraba.

Los groenlandeses desembarcaron los animales y los *skraelings*, intrigados por los caballos, surgieron de nuevo. Iban desnudos y eran de baja estatura, pero bien formados de cuerpo; su piel era oscura y su cabello, negro. Freydis avanzó hacia ellos pensando que una mujer embarazada podría ganárselos. Invitó a uno de ellos a montar a caballo y le dio una vuelta alrededor del poblado, caminando junto a él con la brida en la mano. Los *skraelings* estaban felices y maravillados. Regalaron comida a sus invitados y

les dieron cobijo en sus casas. También les ofrecieron unas hojas enrolladas que hacían arder por un extremo y se las llevaban a la boca para aspirar el humo.

Entonces Freydis y sus compañeros se instalaron con ellos y el poblado de los *skraelings* pasó a ser también su poblado. Edificaron sus propias viviendas a imitación de las de sus anfitriones, redondas y con techo de paja. Construyeron asimismo un templo para honrar a Thor con pilares y vigas de madera. Los *skraelings* les enseñaron a extraer el agua de unas enormes nueces que crecían en árboles de grandes hojas y cuyo sabor era delicioso. Les enseñaron el nombre de las cosas: la cebada crujiente se llamaba *maíz* en su lengua. Les enseñaron cómo dormir en unas redes tendidas entre dos árboles a las que ellos llamaban *hamacas*. Hacía tanto calor todo el año que desconocían por completo la nieve.

Fue allí donde Freydis dio a luz. Su marido, Thorvard, consideró a Gudrid como hija suya y eso conmovió a su esposa, que empezó a tratarlo menos duramente de lo que lo había hecho hasta entonces.

Los *skraelings* se convirtieron en buenos jinetes y aprendieron a forjar el hierro. Los groenlandeses aprendieron a reconocer a los animales y a tirar con arco. Había tortugas y toda clase de serpientes, así como lagartos con escamas de piedra y mandíbula alargada. Por el cielo volaban unos buitres de testa roja.

Los dos grupos se mezclaron con tanta naturalidad que hubo más nacimientos. Algunos niños tenían el cabello negro, otros eran rubios o pelirrojos. Entendían las dos lenguas de sus padres.

Pero, de nuevo, los *skraelings* fueron atacados por la fiebre y algunos de ellos murieron. Como los groenlandeses volvieron a librarse, comprendieron que no tenían nada que temer de esa enfermedad, sino que la portaban consigo. Comprendieron que ellos eran la enfermedad. Los hombres del norte ofrecieron a los difuntos unas sepulturas sobre las que habían grabado unas runas. Rezaron a Thor y a Odín. Pese a todo, los *skraelings* siguieron cayendo enfermos. Los groenlandeses pensaron que, si permanecían allí, todos sus anfitriones perecerían y ellos se quedarían solos. Se compadecieron. A su pesar, decidieron marcharse. Desmontaron el templo de Thor para llevárselo consigo, pero dejaron algunos animales a los *skraelings* como regalo de despedida.

Después de su partida, la fiebre no cesó. Los *skraelings* siguieron muriendo, hasta estar a punto de extinguirse. Los supervivientes se dispersaron por toda la isla con sus animales.

6. CHICHÉN ITZÁ

Es preciso decir en este momento que Freydis se fue al oeste surcando la costa con su hija, Gudrid, su marido, Thorvard, y sus compañeros. Supieron así que las tierras que dejaban detrás eran una isla. Luego, siguiendo su costumbre, Freydis quiso poner rumbo al sur. Como sus compañeros se negaron a navegar un día más sin saber adónde iban, Freydis les propuso que arrojaran al mar las vigas del templo de Thor y que estas les indicaran la ruta a seguir. Se comprometió a desembarcar allí donde Thor hiciera encallar las vigas. En cuanto se alejaron del barco, las vigas fueron empujadas hacia la tierra que se hallaba más al oeste, y a los navegantes les pareció que se desplazaban menos lentamente de lo que cabía esperar. Después de eso, se levantó la brisa marina; pusieron vela hacia el oeste delante del cabo de una isla a la que llamaron *de las Mujeres*. Luego llegaron a un gran territorio que creyeron tierra firme y penetraron en él por un fiordo. Vieron que era desmesuradamente ancho y largo, y que estaba bordeado por altísimas montañas a cada lado. Freydis dio el nombre de su hija a ese fiordo. Después, exploraron aquellos lugares y descubrieron que Thor había tocado tierra con las vigas en un promontorio que se adentraba en el mar, al norte de la bahía.

Había allí un río poco profundo por el que el *knörr* pudo navegar gracias a su poco calado. Remontaron el río hasta un poblado. Era tarde, y como el sol estaba a punto de ponerse, Freydis llevó a su gente a los bancos de arena de la otra orilla. Al día siguiente, varios *skraelings* llegaron hasta allí en barca; les regalaron unas gallinas con testa roja y un poco de maíz, pero apenas era suficiente para que comieran algunos hombres, por lo que les dijeron que cogieran esos víveres y se marcharan, porque esta vez los groenlandeses querían quedarse en el lugar que Thor les había señalado. Entonces, los *skraelings* aparecieron poco después, pero en son de guerra, armados con arcos y flechas, lanzas y escudos. Los groenlandeses, demasiado cansados para huir, optaron por luchar. Pero enseguida fueron superados por una multitud de *skraelings* que hirió a diez de ellos e hizo prisioneros a todos.

Los habrían masacrado allí mismo si no se hubiera producido un hecho inesperado ante sus ojos. Uno de los groenlandeses que combatía a caballo cayó de su montura, lo que asustó tanto a los *skraelings* que se pusieron a dar alaridos, ya que, en realidad, creían que el jinete y el caballo eran una sola cosa. Pero no tardaron en reponerse de la impresión, alinearon a los groenlandeses y los ataron entre sí para llevárselos consigo, al igual que su ganado y sus armas.

Atravesaron bosques y ciénagas bajo un calor asfixiante. Era tal la humedad que los hombres del norte se sentían fundir como nieve en el fuego. Luego llegaron a una ciudad como jamás habían visto. Había en ella templos de piedra y pirámides de varios pisos y estatuas de guerreros puestas a modo de columnas, así como imponentes cabezas de serpientes esculpidas que les recordaban los mascarones de proa de los *knörr* y de los *langskips*, salvo porque las serpientes de estos tenían plumas.

Fueron llevados a un circo de arena en forma de *H* en el que estaba teniendo lugar un juego de pelota. Dos equipos se enfrentaban, cada uno desde su mitad del terreno, lanzándose una gruesa bola hecha de un material extraño, a la vez elástico y duro, que rebotaba muy alto. El objetivo, por lo que creyeron comprender los groenlandeses, era reenviar la bola al terreno contrario manteniéndola en el aire sin utilizar las manos ni los pies, solo las caderas, los codos, las rodillas, las nalgas o los antebrazos. Había dos aros de piedra colgados de las paredes del foso, en la intersección de las dos mitades del terreno, pero no les fue dado a los groenlandeses conocer su utilidad en aquel momento. Unas gradas permitían a un público numeroso seguir el partido. Al acabar el juego, se sacrificaba a algunos jugadores cortándoles la cabeza.

Doce groenlandeses, entre los que estaban Freydis y su marido, Thorvard, fueron empujados al foso. Del otro lado del terreno, doce *skraelings*, provistos solamente con rodilleras y coderas, les plantaron cara. El partido empezó y los groenlandeses, que nunca habían jugado a ese juego, veían cómo la pelota caía en su campo sin poder reenviarla al otro lado, y, si lo lograban, cometían faltas por no respetar las reglas de un juego del que lo ignoraban todo. El miedo se apoderó de ellos a medida que iban perdiendo, porque sabían que serían sacrificados en caso de derrota. Pero, de pronto, la pelota chocó contra uno de los aros de piedra sin entrar dentro, lo que provocó un murmullo entre el público. Entonces, Freydis exhortó a sus compañeros de equipo a que apuntaran hacia el aro. Fue Thorvard, su marido, quien consiguió hacer un tiro muy certero con ayuda de la rodilla, logrando que la bola se elevara en el aire, describiese una gran parábola y atravesara el aro, en medio del clamor frenético del público. Inmediatamente después, el juego se detuvo y los groenlandeses fueron proclamados vencedores. El capitán del equipo contrario fue decapitado. Sin embargo, los groenlandeses ignoraban que, en ciertos casos excepcionales, el mejor jugador del equipo ganador era también ejecutado, lo cual debía ser considerado como un gran honor. He aquí la razón por la que a Thorvard, esposo de Freydis, se le cortó la cabeza

ante la mirada de su mujer y de su hija adoptiva, Gudrid, que lloraba en brazos de su madre. Entonces, Freydis dijo a sus compañeros: «Estamos a merced de unos *skraelings* más feroces que unos troles, y si queremos sobrevivir, tenemos que ganarnos su confianza haciendo todo lo que nos pidan». Luego, entonó una *visa*:

*He aquí lo que sé, que en el sur
Thorvard conoció su final en tierra cruel,
Creo que la norna^[3] que Odín ha elegido
Demasiado temprana es
Para el guardián de los filos.*

Y cuando su canto se elevó a las alturas, para gran sorpresa de los *skraelings*, descendió finalmente como una flecha:

*Si no cree que estoy furiosa
Buscaré ocasión mejor.*

El cuerpo de Thorvard fue arrojado ceremoniosamente a un lago, al fondo de un abismo. Los demás groenlandeses fueron perdonados, pero al principio se los trató como a esclavos. Algunos trabajaban en unas minas de sal a cielo abierto o cultivaban el algodón tal como habían visto hacer antaño a unos suecos que vinieron de Myklagaard^[4], tareas estas muy duras. Otros servían como criados o estaban destinados a las ceremonias rituales en honor de los numerosos dioses *skraelings*, cuya lista la encabezaban Kukulkán, la serpiente emplumada, y Chac, el dios de la lluvia.

Un día, Freydis se acercó a una estatua que representaba a un hombre echado apoyado sobre los codos, con las rodillas recogidas y la cabeza vuelta y ceñida con una corona. El *skraeling* al servicio del cual había sido colocada, una especie de *jarl*, le explicó con signos que se trataba de Chac, el dios de la lluvia. Entonces ella fue a buscar un martillo y lo depositó sobre el vientre de la estatua. Le dijo al *jarl* que ella conocía muy bien a ese dios bajo el nombre de Thor. Unos días más tarde, una violenta tormenta se abatió sobre la ciudad. El país dejaba así atrás un largo periodo de sequía.

En otra ocasión, la hija de Freydis, Gudrid, se entretenía con un juguete *skraeling* que tenía unas pequeñas ruedas. A su madre le sorprendió que, salvo ese juguete, los *skraelings* no tuvieran carros ni arados con ruedas. Pero estos no veían el interés de vehículos tan grandes, demasiado pesados para tirar de ellos o ser empujados por brazos humanos. Ante esto, Freydis pidió a sus compañeros que construyeran una carreta y trajeran una yegua a la que ella misma unció. Los *skraelings* se alegraron muchísimo con dicho descubrimiento, pero se alegraron aún más cuando comprobaron que un arado

con una reja de hierro tirado por un caballo o un buey podía ayudar enormemente en la labranza e incrementar el cultivo del algodón. De este modo, Freydis contribuyó a la prosperidad de la ciudad, pues gracias a ella empezaron a trocar su algodón con las ciudades vecinas a cambio de maíz o piedras preciosas.

Como muestra de agradecimiento, concedieron a Freydis y a sus compañeros el derecho a beber chocolate, una bebida espumosa a la que concedían mucha importancia, pero que a Freydis le supo amarga.

Así fue cómo los groenlandeses dejaron de ser esclavos y fueron tratados como huéspedes. Se los autorizó a asistir a los juegos de pelota y a participar en las ceremonias alrededor de los pozos sagrados. Los *skraelings* les enseñaron la ciencia de las estrellas y los rudimentos de su escritura, cuyos dibujos eran parecidos a las runas, pero mucho más elaborados.

Durante un tiempo creyeron que la hija de Loki por fin los había olvidado. Pero Hel no estaba tan distraída. Empezaron a caer enfermos los primeros *skraelings*. Se les hizo beber mucho chocolate, pero finalmente murieron. Freydis sabía que, tarde o temprano, adivinarían que los extranjeros habían traído la enfermedad. Se apresuró a organizar la huida del grupo. Una noche sin luna, abandonaron la ciudad llevándose su ganado y se dirigieron hacia la costa para llegar hasta su navío. La yegua que había servido de yunta estaba preñada y los obligaba a ir más despacio, pero no querían deshacerse de ella. Por la mañana, oyeron los clamores que provenían de la ciudad y supieron que los *skraelings* se lanzarían en su búsqueda. Apretaron el paso lo máximo que pudieron. El *knörr* los esperaba donde lo habían dejado.

Pero los *skraelings* del poblado vecino se habían dado cuenta de su vuelta y fueron los primeros en tratar de detenerlos, por lo que los groenlandeses embarcaron a la mayor rapidez. Sin embargo, cuando estuvieron todos a bordo, vieron que solo faltaba la yegua preñada, que se había quedado atrás y avanzaba penosamente por la playa. En ese momento, los *skraelings* ya habían surgido lanzando gritos de guerra y estaban detrás de la yegua. Los groenlandeses la animaban y exhortaban, ya que, aunque estaba agotada, le quedaban unas pocas zancadas para alcanzar la pasarela. Pero el *knörr*, que había esperado hasta el último instante, se vio obligado a largar amarras para evitar el abordaje de los asaltantes. Los groenlandeses vieron a los *skraelings* coger a la yegua por el cuello, tal como les habían enseñado a hacer.

Pusieron rumbo al sur en silencio.

7. PANAMÁ

Quién sabe cuántas leguas recorrió el *knörr*. Los groenlandeses remaban con la cabeza baja cuando el mar embravecido no permitía hinchar las velas sin riesgo de zozobrar. Los días se sucedían unos tras otros. Solo los mugidos del ganado y los vagidos de las crías recién paridas daban señales de vida a bordo.

Atracaron bajo un aguacero. Estaban sucios, desgredados y hambrientos. Ante ellos, se extendía un país que presentían como hostil, aunque exuberante. Había muchos pájaros de todas clases surcando el cielo. Mataron a varias de esas aves con sus arcos. Pero la mayoría no quería arriesgarse a explorar un lugar que temían que estuviera habitado por otros *skraelings* quizá más feroces que los anteriores. Al contrario, opinaban que, una vez avituallados y después de haber acampado el tiempo necesario para recuperar fuerzas, lo mejor era poner rumbo al norte y regresar a casa. Freydis se oponía a ello con vehemencia, pero uno de sus compañeros le habló en estos términos: «Sabemos todos por qué te niegas a volver a Groenlandia. Temes que tu hermano, Leif, te castigue por los crímenes que cometiste en Vinlandia. Puedo prometerte que ninguno de nosotros dirá nada, pero si Leif averigua de alguna manera lo que hiciste, deberías someterte a la sentencia de tu hermano o al juicio del *thing*».

Freydis guardó silencio. Por la mañana, sus compañeros descubrieron el *knörr* medio sumergido e inclinado hacia un costado. Aquello fue un golpe tan duro para el grupo que los dejó abatidos. Nadie se atrevió a acusarla abiertamente de haber hundido el barco, pero todos estaban seguros de que había sido ella. Sin embargo, Freydis tomó la palabra y les habló así: «Ya podéis ver que el camino por mar está cerrado. Habrá alguno entre nosotros que no volverá a Groenlandia. Mi padre le puso ese nombre al país que él había descubierto para atraer a islandeses como vosotros, con el fin de reforzar la colonia. La verdad es que la mayor parte del año la tierra no era verde sino blanca. Ese país supuestamente verde no era tan acogedor como este de aquí. Mirad esos pájaros en el cielo. Mirad esas frutas en los árboles. Aquí no tenemos necesidad de cubrirnos con pieles ni de hacer hogueras para calentarnos ni de ponernos al abrigo del viento en casas de hielo. Vamos a explorar estas tierras hasta que encontremos el mejor lugar donde fundar nuestra propia colonia. Porque aquí es donde está la verdadera Groenlandia. Aquí acabaremos la obra de Erik «el Rojo»».

Entonces, unos cuantos aclamaron a Freydis, pero los demás permanecieron en silencio, agobiados por el miedo a lo que esta tierra les

tenía reservado todavía.

8. LAMBAYEQUE

Atravesaron pantanos, bosques tan espesos como madejas de lana, montes nevados. Conocieron otra vez el frío, pero nadie se rebelaba contra las órdenes de Freydis, como si la pérdida del *knörr*, sustrayéndoles toda esperanza de regreso, hubiera quebrado su voluntad.

Por aquí y por allá se cruzaban con *skraelings* con los que intercambiaban joyas de oro o de cobre por clavos de hierro o cuencos de leche fresca. Descubrieron otro mar al oeste. Construyeron balsas. Cuanto más descendían por la costa, más elaboradas eran las joyas que les ofrecían. En una ocasión, un *skraeling* le regaló a Gudrid unos pendientes que representaban a un sacrificador sosteniendo una cabeza cortada, lo cual fue del gusto de su madre. Freydis consideró buena idea instalarse entre un pueblo de orfebres. Además, esos *skraelings* cultivaban campos inmensos hasta donde alcanzaba la vista. Unos canales surcaban la llanura. Supo Freydis que ese lugar se llamaba Lambayeque.

Los *skraelings* recibieron el hierro y los animales de tiro como regalos providenciales. Vieron a los visitantes como enviados de Naylamp, su dios. Por esa razón, Freydis fue reverenciada como una gran sacerdotisa, recubierta de oro e investida de grandes poderes. Sus anfitriones le sacrificaron unos prisioneros con sus cuchillos rituales cuyo mango tenía la efigie de Naylamp y la hoja en forma de media luna. Era un pueblo de *bóndis*^[5] muy hábiles para trabajar los metales. Poco tiempo después de la llegada de los groenlandeses, ya forjaban martillos de hierro de todos los tamaños. Freydis los fascinaba por su cabellera roja.

Sin embargo, como ella sabía lo que iba a ocurrir, profetizó que una enfermedad se abatiría sobre ellos; así, cuando efectivamente cayeron enfermos y empezaron a morir, su credibilidad se acrecentó. Los incitó a sacrificar a más prisioneros y a intensificar las cosechas. Los groenlandeses, gracias a su ganado y a su conocimiento del hierro, se granjearon posiciones de privilegio en el seno de aquellas gentes. Como, además, los veían inmunes a la enfermedad, los *skraelings* se reafirmaban en la idea de que su origen era divino.

Luego ocurrió que un *skraeling* atacado por la fiebre sobrevivió y sanó. Fue seguido por otro y, poco a poco, el mal traído por los extranjeros perdió

fuerza. Entonces los groenlandeses supieron que habían llegado al término de su viaje.

9. LA MUERTE DE FREYDIS

Pasaron años sin invierno. Los groenlandeses aprendieron a excavar canales y a cultivar unas legumbres que no conocían, rojas, amarillas, violetas, unas veces jugosas y otras harinosas. Freydis se convirtió en reina. Se casó con el *jarl* de una ciudad vecina llamada Cajamarca, y el banquete organizado para sellar esa alianza fue grandioso. Corrieron ríos de *akha*, una cerveza hecha de maíz, y se sirvió pescado a la parrilla, alpaca, que era una especie de cordero esbelto, así como unas brochetas de cobaya, que eran como conejos velludos de orejas muy cortas y cuya carne era tierna y sabrosa.

Freydis tuvo varios hijos más y murió colmada de honores. Fue enterrada con sus sirvientes, sus joyas y su vajilla. Una tiara de oro ceñía su frente. Un collar de dieciocho filas de perlas rojas cubría su pecho. En una mano sujetaba un martillo de hierro y en la otra un cuchillo de media luna.

Gudrid había crecido y, aunque no tenía la cabellera pelirroja de su madre, llegó a alcanzar un lugar eminente entre los lambayeques. Asimismo, cuando unas violentas tempestades azotaron la región y todos se lamentaban por las cosechas perdidas y los campos inundados, fue ella quien convenció a los *skraelings* de que Thor deseaba decirles algo. No tenía la menor duda de que había que partir y, digna hija de su madre, arrastró consigo hacia el sur a un gran número de *skraelings* y de groenlandeses, desde ese momento unidos en un solo pueblo. Se dice que hallaron un gran lago, pero esta saga no dirá más sobre ellos, pues nadie sabe con certeza lo que pasó después.

Segunda parte

El diario de Cristóbal Colón (fragmentos)

Viernes, 3 de agosto

Partimos el viernes, 3 de agosto de 1492, a las ocho, desde la barra de Saltes. Fuimos hacia el sur hasta la puesta de sol, con viento fuerte, durante sesenta millas, que equivalen a quince leguas; a continuación, al sudoeste y luego sur cuarta al sudoeste, lo que era el camino a las Canarias.

Lunes, 17 de septiembre

Espero que el Altísimo, que tiene en sus manos todas las victorias, nos dé tierra muy pronto.

Miércoles, 19 de septiembre

El tiempo es bueno y, si Dios quiere, esperemos que sea igual a la vuelta.

Martes, 2 de octubre

El mar sigue quieto y tranquilo. Demos infinitas gracias a Dios.

Lunes, 8 de octubre

Gracias a Dios, el aire es tan suave como en abril en Sevilla, cuando da gusto estar allí de tan perfumado que es.

Martes, 9 de octubre

Toda la noche oímos pasar pájaros.

Jueves, 11 de octubre

En la segunda hora después de medianoche, se avistó tierra a una distancia de dos leguas.

Viernes, 12 de octubre

Hemos llegado a una pequeña isla que, en la lengua de los indios, se llama Guanahani. Luego vino gente desnuda y fui a tierra con Martín Alonso Pinzón, capitán de la Pinta, y Vicente Yáñez, su hermano, capitán de la Niña.

Una vez en tierra, tomé posesión de dicha isla en nombre de Vuestras Altezas.

Enseguida se reunió allí mucha gente de la isla. Yo, con el fin de que nos tengan gran amistad, y porque he sabido que es gente dispuesta a someterse y a convertirse de buen grado a nuestra Santa Fe por amor más que por fuerza, di a algunos de ellos unos bonetes rojos y unas cuentas de vidrio, que se pusieron en el cuello, más muchas otras cosas de poco valor que recibieron con gran contento; se hicieron tan nuestros que era una maravilla.

Me pareció que era gente muy carente de todo. Van desnudos, como su madre los trajo al mundo, y las mujeres también.

Si le place a Nuestro Señor, en el momento de mi partida llevaré de aquí a seis a Vuestras Altezas, para que aprendan a hablar. No he visto en esta isla ningún animal de ninguna clase, salvo loros.

Sábado, 13 de octubre

Desde el amanecer vinieron a la playa muchos de esos hombres, todos jóvenes y de buena apariencia. Es gente muy bella. Sus cabellos no son crespos sino lisos y recios como crines de caballo.

Vinieron hasta la nao en sus barcas, hechas de una sola pieza de un tronco de árbol y tan grandes que, en algunas, iban cuarenta hombres.

Lo daban todo por cualquier baratija que se les ofreciese. Yo estaba muy atento e intenté averiguar si tenían oro. A fuerza de signos, pude comprender que al sur había un rey que tenía en abundancia.

Así que decidí ir al sudoeste en busca de oro y de piedras preciosas...

Viernes, 19 de octubre

Lo que quiero es ver y descubrir lo más que pueda para volver junto a Vuestras Altezas en abril, si Dios quiere.

Domingo, 21 de octubre

Las bandadas de loros oscurecen el sol.

Quiero partir hacia otra isla, muy grande, que debe de ser Cipango, por el decir de las indicaciones de los indios que llevo conmigo y que ellos llaman Colba.

Martes, 23 de octubre

Querría partir hoy hacia la isla de Cuba, que yo creo que es Cipango, según las indicaciones que me da esta gente acerca de su tamaño y su riqueza. No quiero quedarme por más tiempo, ya que veo que no hay ninguna mina de oro por aquí.

Miércoles, 24 de octubre

A medianoche levanté el ancla para ir a la isla de Cuba, la cual, por lo que he entendido a los indios, es muy extensa, con mucho comercio, bien provista de oro y especias y es frecuentada por grandes naos y mercaderes. Creo que, si es como me indican todos los indios —pues no comprendo su lengua—, se trata sin duda de la isla de Cipango, de la que se cuentan cosas maravillosas y que, según las esferas que he visto y las pinturas de mapamundis, está situada en estos parajes.

Domingo, 28 de octubre

La hierba es tan alta como en Andalucía en el mes de abril. Afirmino que esta isla es la más bella que los ojos han visto jamás, llena de hermosísimas y altísimas montañas, aunque no es muy extensa. Además, el suelo tiene una elevación parecida a la de Sicilia.

Los indios dicen que hay minas de oro en esta isla y también perlas. En efecto, he visto un lugar propicio para la formación de estas últimas y varias

conchas que son un indicio de ello. He creído comprender que hasta aquí venían navíos de gran calado propiedad del Gran Kan y que la tierra firme está a una distancia de diez días de navegación.

Lunes, 29 de octubre

Para tomar contacto, he enviado dos chalupas a un poblado. Todos los hombres, mujeres y niños del poblado huyeron, abandonando sus casas y todo lo que había en ellas. Ordené que no se tocara nada. Las casas tenían la forma de las tiendas militares, pero eran tan grandes como pabellones reales; no se disponían entre calles, pero todas tenían el interior barrido y sus enseres ordenados. Las casas están hechas con hermosas hojas de palmera, salvo una, que es muy larga y con tejado de tierra cubierto de paja. Hemos encontrado muchas estatuas con figura de mujer y muchas cabezas a modo de máscaras muy trabajadas. No sé si las usan como ornamento o son para adorarlas. Había en las casas perros que no ladraban nunca y aves salvajes amaestradas.

Debe de haber también ganado, porque he visto cráneos que me parecía que eran de vaca.

Domingo, 4 de noviembre

Esta gente es muy pacífica y creativa, va desnuda, como ya he dicho, sin armas ni leyes. La tierra es muy fértil.

Lunes, 5 de noviembre

Al amanecer, he ordenado varar la nao en tierra, y hacer luego lo mismo con los otros barcos, pero no con todos a la vez, a fin de que, para mayor seguridad, siempre hubiera dos fondeadas, aunque esta gente es tan pacífica que podríamos poner los barcos en dique seco sin ningún temor.

Lunes, 12 de noviembre

Ayer, seis jóvenes llegaron con una barca al costado de la nao; cinco de ellos subieron a bordo. Ordené que los retuvieran para llevárnoslos. Luego, he enviado a algunos hombres a una casa de la orilla oeste del río. Han traído a

seis mujeres, niñas y adultas, y a tres niños. Lo he hecho pensando que así los hombres se comportarán mejor en España, con hembras de su país, que sin ellas.

Esta noche, en una barca, un hombre vino a la nave; era el marido de una de las mujeres y el padre de tres de los hijos, un muchacho y dos niñas. Me pidió que lo dejara venir con ellos. Esto me ha alegrado mucho. Ahora están todos aliviados, por lo que puedo colegir que son parientes. El hombre tendrá ya cuarenta o cuarenta y cinco años.

Viernes, 16 de noviembre

Los indios que llevo han pescado unos moluscos muy grandes. Entonces dije a mi gente que se metiera en el mar para ver si había ostras nacaradas, en las que nacen las perlas, y encontraron muchas, pero sin perlas.

Sábado, 17 de noviembre

De los seis muchachos que había cogido en el río costero, los dos mayores han huido cuando les he ordenado que fuesen a la carabela Niña.

Domingo, 18 de noviembre

He salido otra vez con las chalupas, llevando conmigo a muchos hombres, para ir a colocar la gran cruz que había mandado hacer con dos maderos en un lugar muy a la vista y despejado de árboles. Es muy alta y se ve muy hermosa.

Martes, 20 de noviembre

No quiero que huyan los indios que he cogido en Guanahani, porque los necesito para llevarlos a Castilla. Están convencidos de que, una vez que encuentre oro, los dejaré volver a su tierra.

Miércoles, 21 de noviembre

Hoy, Martín Alonso Pinzón se ha alejado con la carabela Pinta, sin una orden y contra mi voluntad, por codicia, creyendo que un indio que yo había enviado a su carabela iba a darle mucho oro. Se ha ido sin esperarnos, sin motivo de mal tiempo, solamente porque ha querido.

No es la primera vez que me lo hacen.

Viernes, 23 de noviembre

He navegado todo el día de hoy en dirección a tierra, siempre al sur, con poco viento. Más allá del cabo se extiende una tierra en la que los indios dicen que habitan gentes con un ojo en la frente y otros llamados *caníbales* a los que tienen mucho miedo.

Domingo, 25 de noviembre

Antes del alba, subí a una chalupa y fui a ver el cabo, pues me parecía que debía de haber por allí un buen río. En efecto, cerca de la punta del cabo, después de recorrer dos tiros de ballesta, he visto fluir un imponente arroyo de agua limpiísima que se precipitaba con gran estruendo desde lo alto de una montaña. Fui hasta ese arroyo y vi en él relucir algunas piedras, lentejuelas con manchas doradas. Me acordé entonces de que en la desembocadura del Tajo, cerca ya del mar, se encontró oro, y tengo la certeza de que aquí también debe de haber. Mandé escoger varias de esas piedras para llevárselas a Vuestras Altezas. Al mirar hacia las montañas, vi pinos tan grandes, tan maravillosos, que me dejaron con la boca abierta de lo muy altos que eran, como unos husos enormes y esbeltos. Me parece que con ellos se pueden hacer navíos e infinitas tablas y mástiles para las más grandes naos de España. Hay allí robles y madroños, y un buen río y espacio para montar un aserradero.

He visto en la playa muchas piedras ferruginosas y otras que algunos creen provenientes de minas de plata, arrastradas por el río.

Nadie que no haya visto lo que yo he visto aquí podrá creerlo, y sin embargo puedo asegurar a mis Señores Príncipes que no exagero lo más mínimo.

Avancé bordeando la costa para verlo todo bien. Toda esta tierra es de montañas muy altas y bellas, ni áridas ni rocosas, sino muy accesibles y con

magníficos valles. Al igual que las montañas, los valles también rebosan de árboles enormes y verdes que da gusto verlos.

Martes, 27 de noviembre

He visto en el lado sur un notable puerto que los indios llaman Baracoa, y en el sudeste, unas tierras hermosísimas, alegres llanuras onduladas entre montañas. Al haber avistado fumatas, grandes poblados y tierras bien labradas, he decidido atracar en este puerto y averiguar si es posible relacionarse con los habitantes y tratar con ellos. Una vez echada el ancla, salté a una chalupa para ir a explorar el puerto y encontré una desembocadura de un río lo bastante ancha como para una galera. Cuando hemos entrado por la desembocadura, ha sido tan maravilloso ver los árboles y la frescura, el agua tan clara, los pájaros y la tranquilidad de los lugares, que creí querer quedarme allí para siempre.

Vuestras Altezas mandarán construir ciudades y fortalezas en estas tierras y las gentes de aquí se convertirán.

Aquí, como en todos los lugares que he descubierto y espero descubrir antes de retornar a Castilla, proclamo que toda la Cristiandad hallará gran negocio, especialmente España, a la que todo debe ser sometido.

Miércoles, 28 de noviembre

He decidido permanecer en el puerto porque llueve y el cielo está muy cubierto. La tripulación ha bajado a tierra y algunos han penetrado en el interior para lavarse la ropa. Han encontrado grandes poblados, pero con las casas vacías, pues sus habitantes habían huido. Volvieron por otro río, pero un grumete no respondió a la llamada. Nadie sabe qué puede haberle ocurrido. Tal vez lo ha atacado un cocodrilo o un lagarto de los muchos que pueblan la isla.

Jueves, 29 de noviembre

Como llueve y el cielo sigue encapotado, no he salido del puerto.

Viernes, 30 de noviembre

No hemos podido partir porque el viento, soplando de levante, nos ha sido contrario.

Sábado, 1 de diciembre

Llueve mucho y el viento de levante sopla sin parar.

Sobre las mismas rocas, he mandado alzar una cruz en la entrada del puerto.

Domingo, 2 de diciembre

El viento aún es contrario y no podemos partir. En la desembocadura del río, un grumete ha hallado piedras que parecen contener oro.

Lunes, 3 de diciembre

Como el tiempo nos seguía siendo adverso, he resuelto ir a ver el hermoso cabo en las chalupas y con algunos hombres armados. Penetré por el río y encontré una pequeña cala en la que había cinco almadías, que los indios llaman *canoas*. Tocamos tierra bajo unos árboles y anduvimos por un camino que conducía a un cobertizo muy bien dispuesto. Bajo su techo había otra canoa, tallada en un solo tronco como las demás, tan grande cual una fusta de diecisiete bancos. Había una fragua para sacar el hierro de la turba y, a los pies del horno, unas cestas con puntas de flecha y anzuelos.

Trepamos por una montaña hasta la planicie de la cumbre, donde se hallaba un poblado. Los habitantes, nada más verme con mis hombres, echaron a correr. Al comprobar que no tenían oro ni ninguna otra cosa de valor, decidí regresar.

Pero una vez llegados adonde habíamos dejado las chalupas, nos llevamos la desagradable sorpresa de no encontrarlas, así como tampoco las canoas. Me extrañó mucho, porque las gentes de aquí no nos tienen acostumbrados a semejante temeridad. Al contrario, son tan temerosos y asustadizos que huyen casi siempre al vernos llegar o, cuando dejan que nos aproximemos, nos dan gustosamente sus bienes a cambio de un cascabel. Me figuro que no conocían la propiedad y que son incapaces de robar nada, pues cuando les hemos pedido algún bien que ellos poseían, nunca han dicho que no.

No obstante, surgieron unos indios. Iban todos pintados de rojo y estaban desnudos como sus madres los habían parido; algunos de ellos llevaban penachos con plumas en la cabeza y todos empuñaban azagayas. Permanecían a distancia, pero de vez en cuando alzaban las manos al cielo y lanzaban un grito. Les pregunté por signos si estaban rezando. Me respondieron que no. Les dije que tenían que devolvernos las chalupas. Los indios parecían no comprender. Les pregunté dónde estaban sus canoas, confiando en poder hacernos con ellas para salir del río y llegar a la nao.

Entonces sucedió algo extraño. Un relincho rasgó el cielo. Los indios huyeron de allí.

Envié a cuatro hombres por tierra para avisar a los nuestros de este contratiempo. Pero, por mi parte, con la gente que me quedaba, opté por ir en la dirección de donde había procedido el relincho.

Desembocamos en un claro que me pareció ser un cementerio porque estaba cubierto de piedras levantadas sobre las cuales había grabadas unas inscripciones en un alfabeto desconocido, compuesto de trazos similares a pequeñas rayas, unas rectas y otras torcidas.

Como caía la noche, ordené a mis hombres que levantaran un campamento, pues habría sido demasiado peligroso buscar nuestro camino a pie en medio de la oscuridad, al no tener caballos con nosotros, dado que habíamos venido en chalupas. Juzgué también más prudente acampar sin hacer fuego. De todos modos, nos acostamos, mis hombres y yo, en medio de las tumbas sin padecer frío alguno, ya que la tierra estaba más templada que nunca.

Durante toda la noche, escuchamos relinchos que cortaban el aire.

Martes, 4 de diciembre

Cuando llegó el día, mandé erigir una cruz en medio de las piedras, hecha con una madera tan blanda como el olmo. Mi gente quería excavar debajo de las estelas para ver si allí había oro, pero consideré más prudente regresar a la nao sin tardanza.

Bordeé el río con mis hombres, pese a que el camino era abrupto y en algunas partes debimos meternos en el agua hasta el talle para sortear la vegetación tan espesa. Unos buitres de testa roja sobrevolaban por encima de nuestras cabezas. Los relinchos continuaban resonando detrás de nosotros, volviéndonos a todos irritables, pues éramos conscientes de que carecíamos de monturas en esta situación. Trataba yo de distraerlos señalándoles los

guijarros que brillaban en el agua y diciéndoles que a buen seguro había oro arrastrado por la corriente de este río, de lo que estoy casi convencido. Me prometí volver con el fin de asegurárselo a Vuestras Altezas.

Pero mientras avanzábamos con dificultad, una flecha impactó en uno de los nuestros, que cayó muerto en el acto. Esto causó una enorme confusión en nuestra tropa y hube de usar toda mi autoridad para restablecer la calma. Os cuento esto porque no hay peor gente que los cobardes, que nunca arriesgan la vida cara a cara, y sabed que si los indios encuentran a uno o dos hombres aislados, no será nada extraño que los maten. La punta de la flecha era de hierro. Nos pusimos entonces en guardia, ordené que cada uno se cubriera la cabeza con el casco y verifiqué personalmente que las correas de los petos estuvieran bien apretadas.

Miércoles, 5 de diciembre

Como no quería asumir ningún riesgo, hemos caminado prudentemente para abrirnos paso por lo que los nativos de aquí llaman *manglar*, una especie de arbusto que crece en el agua. (Al menos es lo que me ha dicho un indio que cogí en la isla de Guanahani, a quien enseñamos el castellano con el fin de que nos sirviera de intermediario, pues parece que todos hablan y entienden la misma lengua). Avanzamos con dificultad a causa del cieno, pero no hemos tenido ningún otro incidente. Hemos visto pasar por el río el cuerpo de un hombre vestido como un cristiano; como no pudimos alcanzarlo, lo hemos dejado a la deriva a merced de la corriente.

Mañana, por la gracia del Señor que vela continuamente por nosotros, llegaremos al puerto donde hemos dejado la nao Niña y el resto de la tripulación.

No obstante, los relinchos han seguido oyéndose.

Jueves, 6 de diciembre

Nos hemos puesto en marcha antes del amanecer porque los hombres estaban nerviosos e impacientes. Cuando hemos llegado a la playa, todo estaba en calma, un ligero viento desde tierra soplaba sobre el golfo, los buitres de testa roja volaban por el cielo y los relinchos habían cesado.

La nao seguía fondeada, pero la Niña había partido.

Vimos pasar una canoa en la que había un indio solo y parecía un milagro que pudiera mantenerse sobre el agua debido al fuerte viento que soplaban en ese momento. Lo llamamos, pero él se negó a acercarse y no teníamos ningún medio para llegar hasta él, al haber perdido nuestras chalupas. Envié entonces a dos hombres para que fueran hasta la nave a nado. No habían nadado aún un tercio de la distancia que separaba la playa de la nao, cuando aparecieron por la mar unas chalupas que venían a nuestro encuentro. Eran las que nos habían quitado. Vimos a unos indios a bordo que me parecieron más despiertos y hábiles que todos los que habíamos encontrado hasta la fecha. Por signos nos propusieron llevarnos hasta nuestro navío. Subí a una de las chalupas con mis hombres. Estos indios tienen hachas con filos de hierro.

De regreso en la nao, fui recibido por un indio al que los otros llamaban *cacique* y a quien tengo por el gobernador de esta provincia, después de ver el respeto que los suyos le muestran, pese a que todos van enteramente desnudos. Lo que me extrañó fue no hallar ningún rastro de mi tripulación. El cacique me invitó a ir al castillo de popa para cenar. Cuando tomé asiento a la mesa en que yo comía habitualmente, hizo una seña con la mano para que los suyos se quedaran fuera, y así lo hicieron con la mayor diligencia y las mayores muestras de obediencia. Fueron todos a sentarse en el puente, excepto dos hombres de edad madura, que juzgué sus consejeros, los cuales vinieron a sentarse a sus pies. Me sirvieron platos cocinados por ellos, como si yo fuera su invitado en mi propio barco.

La situación no dejaba de asombrarme, pero procuraba que no se me notara, siendo cuidadoso en representar con dignidad a mis Señores Príncipes. Probé de cada plato para hacer los honores a mi anfitrión, y bebí un poco del vino que ellos habían cogido de mis reservas. Intenté averiguar dónde estaba el resto de mi tripulación y por qué la Niña había vuelto al mar. El cacique hablaba poco, pero sus consejeros me aseguraron que al día siguiente me conducirían hasta la carabela. Al menos eso es lo que entendí, pues lamentablemente todavía no podíamos comprender su lengua. Le pregunté también si conocía los lugares donde estaba el oro, porque me daba la impresión de que aquí recogían muy poco de ese metal y yo sabía su vecindad con unas tierras donde había y en abundancia. Me habló de un gran rey llamado Caonabo, que habita en una isla cercana que yo creo que es Cipango.

Me di cuenta de que le gustaba una colcha que había sobre mi lecho, así que se la di; lo mismo hice con un bello collar de ámbar que yo llevaba en el cuello, un par de zapatos rojos y un frasco con agua de azahar. Se puso tan contento que era una maravilla. Él y sus consejeros estaban apesadumbrados

por no entenderme y porque yo no los entendía a ellos. A pesar de todo, sabía que me decían que mañana podría volver a encontrarme con mis hombres y con mi barco.

«Qué grandes señores deben de ser esas Vuestras Altezas —decía él a sus consejeros—, para haberlo enviado hasta aquí desde tan lejos sin ningún temor». Se dijeron entre ellos muchas otras cosas que no pude comprender, pero vi que él sonreía continuamente.

Cuando se hizo tarde, se retiró con su gente, llevándose los regalos que le había hecho, y me dejó dormir en mi cama.

Viernes, 7 de diciembre

Nuestro Señor, que es la luz y la fuerza de todos los que van por el camino recto, ha decidido probar a su más fiel servidor y al de Vuestras Altezas.

Al despuntar el sol, el indio regresó acompañado de setenta hombres. Con exagerados signos y aspavientos, me ha ofrecido conducirnos hasta la Niña. Como su dedo apuntaba hacia levante, me hice a la vela y, con mi reducida tripulación, bordeé la costa en esa dirección, escoltado por unas canoas. Los indios que habían subido a bordo nos observaban sin decir nada, pero podía adivinar que admiraban la manera con la que gobernábamos el navío más grande que jamás habían visto, pese a que apenas éramos número suficiente para maniobrar la nao. Todavía ignoraban que un barco así podía recorrer en un día más distancia que ellos en siete. Por mi parte, estaba lejos de sospechar su doblez.

El cacique nos llevó hasta un poblado cerca del mar, a dieciséis millas de allí, donde, al encontrar buen fondeadero, eché el ancla delante de la playa contigua. Allí estaba la Niña, que había sido sacada a tierra, lo que no dejó de intrigarnos a mí y a mis hombres. Pero cuando quisimos desembarcar en la playa para ir a visitar la carabela, el cacique y los suyos se negaron absolutamente a abandonar la nao. Ansioso por no perder ni un minuto en ociosas discusiones, opté por dejar en ella a tres hombres para que vigilaran que los indios no robaran ni estropearan nada a bordo.

En cuanto desembarcamos en la playa, vinieron hacia nosotros quinientos hombres desnudos, con el cuerpo pintado, armados con hachas y lanzas. Estos indios no parecían comportarse como los otros, que estaban movidos por la curiosidad y dispuestos a intercambiar sus bienes por baratijas. En cambio, estos se desplegaron para rodearnos con el mismo orden que un regimiento de lansquenets. Estábamos de espaldas al mar, con el camino a la nao cortado

por unas canoas y la propia nao en manos del cacique con sus hombres que nosotros mismos habíamos dejado a bordo.

Aparecieron otros indios montados a pelo sobre unos caballos enanos, armados con lanzas alrededor de un rey cuya montura llevaba un peto dorado y tenía tan noble presencia que era indudable la categoría de su jinete.

Este rey, aureolado del prestigio que la experiencia de los años aporta a la autoridad natural, se llama Behequio y afirma ser pariente del gran rey Caonabo, del que todo el mundo nos habla. (Yo supongo que se trata del Gran Kan).

Como no quería aparentar ni turbación ni debilidad, pese a que en ese momento nuestra situación no me parecía de las mejores, di un paso adelante y, dirigiéndome al rey, le comuniqué en términos muy solemnes que yo era un emisario de los monarcas del reino más poderoso de la tierra, al otro lado del océano, a quienes él debía mostrar vasallaje y así se beneficiaría de su protección y de su clemencia. Pero creo que el indio que me acompañaba para servir de lengua le dijo que los cristianos venimos del cielo en busca de oro, pues ese es el discurso que doy en cada uno de nuestros encuentros con los nativos, no pudiendo apartarse de esa creencia que, por lo demás, nos ha venido muy bien hasta ahora.

Luego pregunté dónde estaban mis hombres. Entonces, a una señal del rey, trajeron a los de mi tripulación (aunque vi que faltaban algunos) y a los de la Niña, todos en un estado lamentable. Me indigné vivamente al ver que los cristianos daban muestras de haber sido tan maltratados y amenacé a Behequio con las más terribles represalias, asegurándole que mis señores no tolerarían semejante afrenta. No sé lo que comprendió el rey, pero me respondió elevando la voz. Si he de creer a mi intérprete, el rey reprochaba a los cristianos haber secuestrado a varios indios contra su voluntad, haberlos arrancado de sus familias y haber abusado de sus mujeres.

Le expliqué que los habíamos cogido para su salvación y que habíamos hecho todo lo posible para no separar a las familias, y que si unos cristianos, entretanto, habían abusado de mujeres de este país, era sin mi consentimiento y deberían ser castigados. Tras esas palabras, que no sé cómo fueron traducidas por mi intérprete ni comprendidas por Behequio, este mandó sujetar a los cristianos que había mandado capturar, los de la Niña y los de la nao que no estaban conmigo. Los maniataron en presencia de los demás. Y en medio de la plaza del pueblo, delante de todo el mundo, los ataron a unos postes que habían colocado expresamente y les cortaron las orejas.

Asistí, impotente, a ese cruel suplicio, pues los indios eran demasiado numerosos e iban demasiado bien armados como para que pudiéramos intentar cualquier cosa sin estar seguros de que no nos masacrarían.

Finalmente, Behequio hizo un gesto para que nos fuéramos, tanto yo como el grupo con el que había venido. Le respondí claramente que jamás dejaríamos a unos cristianos en tan mala situación en manos de paganos que ignoraban totalmente la Salvación y la Santísima Trinidad. Aceptó que desatáramos a nuestros desdichados hermanos, pero cuando quisimos recuperar la posesión de nuestros barcos, sus guardias nos cerraron el paso al mar y a la carabela de la playa. Me dijo con signos que para volver al cielo de donde veníamos no necesitábamos ningún navío.

No tuvimos otra elección que adentrarnos en el bosque con nuestros heridos, privados de nuestros caballos.

Somos treinta y nueve.

Domingo, 16 de diciembre

El Señor, que es la sabiduría y la misericordia encarnadas, nos ha enviado esta prueba, pero no ha creído a bien abandonarnos.

Después de haber vagado durante mucho tiempo por el bosque, hemos encontrado otros poblados, casi todos vacíos de esos indios cobardes que no se nos enfrentan cara a cara por miedo. Por suerte para nosotros, habían dejado una gran cantidad de víveres y de cabañas redondas en las que cuidar a los heridos.

Vicente Yáñez, capitán de la Niña, sufre extremadamente por las heridas de las orejas, al igual que el resto de los mutilados. Sus llagas ennegrecen y algunos han muerto.

Supieron que Behequio provenía del mismo país que Caonabo y que había sido llamado por los habitantes de aquí para eliminarnos. No sé por qué nos odian, pues no les hemos hecho ningún daño y siempre he velado por que fuesen bien tratados.

Los indios embarcados en las chalupas que nos habían robado se habían adueñado de la nao por sorpresa, matando o capturando a los miembros de la tripulación. Los cuatro hombres que yo envié para advertir a la gente de la nave jamás habían llegado. Los de la nave que habían sobrevivido al ataque me han confirmado que los indios que los habían sometido iban muy bien armados.

A la vista de esto, el capitán de la Niña, rodeado por una multitud de canoas y temiendo un abordaje, había emprendido la huida y hallado refugio en el mismo puerto al que el cacique nos llevaría luego, pero al llegar allí, los pobladores se revolvieron contra él. ¿Quién habría podido sospechar semejante traición por parte de aquella gente que iba desnuda?

Ahora, he ordenado construir una torre y un fortín con mucho rigor, así como un foso. Vicente Yáñez y los demás se lamentan y dicen que nunca volveremos a España con vida. Si llegamos a recuperar nuestras fuerzas y nuestras armas, estoy seguro, por el contrario, de que con los hombres que me quedan y el refuerzo de Martín Alonso Pinzón, si es que este se digna recordar la obediencia que me debe y vuelve de su huida, someteré a toda esta isla que es, creo yo, más grande que Portugal y tiene una población dos veces mayor, pero desnuda y con una cobardía irremediable, nada que ver con el ejército de Behequio. Esta es la razón por la que he ideado engañar con algún ardid a Behequio y así recuperar nuestros barcos, nuestras armas y nuestros víveres.

Mientras tanto, lo sensato es construir la torre y que sea un auténtico fuerte, ya que, por el momento, no disponemos más que de nuestras espadas, algunos arcabuces y un poco de pólvora.

Martes, 25 de diciembre, día de Navidad

Ha sucedido una terrible desgracia.

La nao seguía fondeada en el puerto del poblado donde nuestros compañeros de infortunio habían sido torturados. Sin embargo, esta mañana, uno de los hombres que yo había enviado a cazar con el fin de asegurarnos el abastecimiento del fuerte se ha presentado ante mí totalmente desconcertado para decirme que había visto a lo lejos cómo la nave se ponía en movimiento. La noticia causó un gran efecto entre mis hombres, que albergaban la esperanza de recuperar ese barco, así como el otro que permanecía en seco, para regresar a Castilla.

Había dejado a tres de los míos a bordo cuando nos encontramos con el rey Behequio y, si no los habían matado, tal vez habrían podido liberarse y apoderarse de la nave. O bien los indios querían probarse como navegantes.

Para saber a qué atenernos, trepamos hasta una punta rocosa bastante elevada que ofrecía una vista despejada sobre el puerto.

En efecto, la nao se había puesto en marcha y parecía querer abandonar la ensenada, pero derivaba peligrosamente hacia un escollo rocoso. Veíamos

que, quienquiera que fuese el que estuviera al mando, no llegaba a dominar el timón.

La nao se aproximaba al escollo inexorablemente. Consternados por ese lamentable espectáculo, empezamos a lanzar gritos de espanto. Cuando finalmente chocó contra el escollo y oímos el crujido de las cuadernas, un lamento unánime se escapó de nuestros pechos.

Con la nao encallada, aunque por ventura Martín Pinzón regresara con la Pinta, no nos bastarían las dos carabelas para volver todos a casa.

Es una gran prueba a la que me somete Nuestro Señor en este día festivo tan bendito para nosotros. No debo dudar de sus designios y estoy seguro de que, al no haber nadie más fervoroso que yo cuando se trata de servir al Maestro de todos nosotros, no me abandonará.

Miércoles, 26 de diciembre

Enloquecidos de dolor y rabiosos por la pérdida de la nao, sin que yo pudiera decir o hacer nada para contener su ira, mis hombres corrieron hacia el lugar del naufragio. Al no encontrar a nadie alrededor del pecio, fueron a la bodega y la vaciaron de toda la pólvora y todo el vino que pudieron transportar. Luego, más excitados aún por el desolador espectáculo del barco destrozado, se dirigieron a la playa donde estaba la carabela, decididos a luchar por ella. Pero el ejército de Behequio ya no estaba allí; entonces, abandonándose por completo a su furia, masacraron a todos los habitantes presentes, del primero al último, hombres, mujeres y niños, al grito de «¡Santiago! ¡Santiago!», para a continuación saquear y quemar el poblado. Es un acto reprobable el que cometieron allí, pero he de decir en su defensa que la sola visión de ese lugar reavivó el recuerdo de su suplicio.

Apaciguada su cólera, descargaron todas las cosas que pudieron de la bodega de la Niña sin ponerla a flote, pues para ello habrían necesitado mucho más tiempo y trabajo y temían el regreso de Behequio. Las armas que habían recuperado, y sobre todo los toneles de vino, fueron saludados con aclamaciones. Por contra, seguimos careciendo de caballos.

Cuando cayó la noche, organizamos un banquete para festejar la victoria, porque eso había sido, una victoria, dado que nuestra situación nos parecía ayer desesperada, después de la pérdida de la nao, y ahora había mejorado un poco, gracias sean dadas a Nuestro Señor.

Lunes, 31 de diciembre

Seis de mis hombres, que habían salido del fuerte para encargarse del abastecimiento de agua y de madera, han caído en una emboscada y han perecido. Un indio a caballo ha avanzado hasta la entrada del fortín para depositar allí unas cestas con las cabezas de esos desdichados cristianos.

He ordenado reforzar nuestras defensas porque estoy seguro de que Behequio nos atacará.

Martes, 1 de enero de 1493

Tres hombres que habían ido en busca del ruibarbo que yo quería llevar a Vuestras Altezas han sido atacados por unos jinetes. Es un milagro que uno de ellos haya podido escapar ocultándose en la montaña, porque ahí los caballos no podían perseguirlo.

Mis hombres están nerviosos, pues temen la llegada de Behequio, la cual consideran inevitable, al igual que yo.

Miércoles, 2 de enero

Nadie se atreve a salir del fuerte por temor a las emboscadas y a ser devorado, pues a mis hombres se les ha metido en la cabeza que los indios comen carne humana. Es cierto que son de una extrema crueldad cuando obtienen la victoria contra sus enemigos, les cortan las piernas a las mujeres e incluso a los niños.

Estoy alerta día y noche, hasta el punto de no poder dormir; en estos últimos treinta días, no he dormido más de cinco horas, y en los ocho últimos, solo he dormido lo que duran tres ampollas de arena de media hora cada una, aunque me quedaba con los ojos medio cerrados y, en algunos momentos del día, cerrados del todo.

Por fortuna, tenemos reservas de semillas y de animales, que se han aclimatado muy bien a estas tierras. Lo plantado en el huerto ha tenido un próspero crecimiento y hay legumbres que darán dos cosechas cuando las sembremos, y estoy seguro de que sucederá lo mismo con cualquier otro fruto, cultivado o salvaje: tan buenos son el aspecto del cielo y la bondad de la tierra. El ganado y las aves se reproducen que es una maravilla, como maravilloso es ver lo mucho que aumentan las gallinas: cada dos meses tienen polluelos y estos, al cabo de unos diez o doce días, ya están crecidos para

poder comérnoslos. En cuanto a los cerdos, descendientes de las trece hembras que he traído, hay tantos que vagan en estado salvaje por los bosques, mezclándose con los de aquí, pero ya no podemos beneficiarnos de ellos por culpa de los indios que merodean fuera.

Nuestro último lengua ha huido.

Jueves, 3 de enero

El sitio ha comenzado. Esta mañana, Behequio apareció con su ejército, montado sobre su caballo con peto de oro.

Por el comportamiento de este indio, todo el mundo puede ver que actúa con las maneras de un guerrero y que hay numerosos batallones ordenados del mismo modo y con tanta disciplina como en Castilla o en Francia.

Viernes, 4 de enero

Tenemos agua y comida en cantidad suficiente para resistir el sitio, pero mis hombres saben que la fortaleza no es lo bastante sólida como para resistir un ataque.

Que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de nosotros.

Sábado, 5 de enero

Desde lo alto de la torre podemos observar las maniobras de las tropas de Behequio. Al ver a su caballería y sus regimientos de infantería ponerse en disposición de batalla, no nos cabe ya duda de que el asalto será inminente.

Pero Dios, que nunca nos ha abandonado, nos ha enviado un milagro en la persona de Martín Alonso Pinzón, cuando esta mañana, desde lo alto de esta misma torre, mis hombres han divisado la Pinta despuntando por el horizonte.

Esta aparición milagrosa nos ha devuelto una fuerza y una moral extraordinarias. Mañana a primera hora intentaremos una salida y, con la ayuda de Dios, llegaremos hasta la costa para unirnos a Martín Pinzón y la Pinta, o moriremos combatiendo.

No me queda más que encomendar nuestras almas a Dios Nuestro Señor y que dé el triunfo a quienes siguen su camino contra cualquier obstáculo.

Domingo, 6 de enero

Por la mañana hemos salido en filas muy prietas, los arcabuceros y ballesteros delante, los heridos detrás, con la única artillería de un falconete que mis hombres habían cogido de la nao. No éramos ni treinta hombres válidos, pero teníamos la determinación de luchar hasta nuestro último aliento.

Fuera había más de mil indios esperándonos, con la caballería a la cabeza y la infantería detrás y por los flancos, todos armados con flechas que disparaban con sus tiragomas más rápidamente que con los arcos. Iban todos embadurnados de negro y pintados con rayas de colores, y con máscaras y espejos de cobre y de oro sobre la cabeza, y lanzaban unos gritos espantosos a intervalos regulares, como acostumbran a hacer. Behequio, montado en su caballo dorado, había establecido su campamento encima de un gran montículo a dos tiros de ballesta y desde allí dirigía a sus ejércitos.

Una parte de los nuestros tenía la tarea de esperar a los caballos en terreno descubierto y de agarrar a los jinetes por la pierna para derribarlos, porque montaban sin silla ni estribos, pero era una acción muy peligrosa y, aunque la llevaron a cabo según lo previsto, casi todos murieron.

Sin embargo, nuestros arcabuces abatieron parte de su caballería y nuestro falconete nos permitió abrir un hueco en sus filas. Perdíamos hombres, atravesados por sus flechas y aplastados por sus caballos, pero nosotros también causábamos muchos muertos entre los paganos y, aunque no era la primera vez que utilizábamos nuestras armas de fuego en la isla, el ruido atronador producido por el falconete y los arcabuces sembró la confusión en el campo enemigo, lo que nos dio un respiro salvador para bajar por el camino que llevaba a la costa (ya que habíamos construido el fuerte en una zona elevada).

Llegados a la playa donde fondeaba la Pinta más muertos que vivos y, aun así, corriendo hasta quedarnos sin aliento, espoleados por los alaridos del enemigo cual llamas del infierno, teníamos ya el agua hasta las rodillas y nos disponíamos a cubrir a nado la poca distancia que nos separaba de nuestra salvación —al menos eso era lo que creíamos entonces—, cuando apareció en el puente de la Pinta, al lado de Martín Alonso Pinzón, que permanecía inmóvil como una estatua y pálido como un espectro, un hombre tocado con una corona de plumas de papagayo adornada con placas de oro y con el rostro oculto por una máscara de madera tallada, cuyos ojos, nariz y boca estaban igualmente perfilados en oro y cuya estatura y altivo porte no nos dejaron ninguna duda de que no habría esperanza: era Caonabo, rey de Cipango.

Ya he dicho lo imponente que era Behequio y que se adivinaba enseguida su condición regia en su aspecto noble, pleno de superioridad sin arrogancia, pero eso no era nada comparado con el recién llegado, a quien el viejo rey saludó con la máxima deferencia, de rodillas y besando el polvo.

Caonabo llegó acompañado de su esposa, la reina Anacaona, hermana de Behequio, cuya belleza y cuya gracia no tienen par entre los indios, y eso que abundan los esplendorosos entre ellos.

En cuanto a nosotros, pobres cristianos, fuimos desarmados y hechos prisioneros y se remató a nuestros heridos.

Debido a nuestros respectivos rangos de capitán y de almirante, Martín Alonso y yo fuimos separados de nuestros hombres e invitados a la tienda del rey. Vicente Yáñez, capitán de la Niña y hermano de Martín Alonso, nos habría acompañado si hubiera sobrevivido a la batalla.

Caonabo, como Behequio, nos reprocha haber raptado indios de su pueblo y abusado de mujeres, lo que para él es un gran crimen. En tanto que almirante y jefe de esta expedición, pese a haber ordenado siempre que se tratase a los nativos con amabilidad, fui considerado responsable de las ofensas que Martín Alonso y los demás amotinados habían podido cometer. Sin embargo, jamás les he hecho ningún daño y tampoco he sido cruel con ninguno de ellos.

Sea lo que sea aquello que el Creador de todas las cosas tiene reservado a su humilde servidor, no sufriré más la injuria de malvados de escasa virtud que pretenden insolentemente imponer su voluntad contra quien les ha dado tanto honor.

Tan pronto como Martín Alonso desembarcó con sus hombres en la isla que linda con la de Juana (que es el nombre que he dado a la isla de Cuba), y que debe de ser Cipango, estos, buscando indicaciones de dónde podrían encontrar oro, cogieron a la fuerza a cuatro indios adultos y a dos muchachas, pero no tardaron en ser asaltados por el ejército de Caonabo, tan numeroso que los cristianos fueron derrotados de inmediato y la mayoría fue ejecutada allí mismo. Así, Dios castigó el orgullo y la sinrazón. Sin embargo, Martín Alonso y seis de sus hombres, de los veinticinco que formaban la tripulación, fueron perdonados.

De los setenta y siete cristianos que partieron de Palos, no quedan más que doce almas, sin contar a Martín Alonso.

Miércoles, 9 de enero

Desde hace tres días, los indios bailan al son de las flautas y tambores, sin dejar de cantar. Estos festejos parecen no tener fin, mientras que nosotros, los cristianos, estamos sumidos en la aflicción más profunda, pues nadie duda de que los indios están celebrando nuestra derrota. Un espectáculo sobre todo ha venido a avivar nuestro dolor. Con el fin de divertir a las esposas reales, Behequio ha querido ofrecerles una representación de la batalla en la que hemos sido vencidos en nuestra fortaleza. Para esta escenificación, el viejo cacique nos ha despojado de nuestras vestimentas y ha vestido con ellas a los indios que debían representar nuestro papel, dejándonos tan desnudos como cualquier nativo. Hemos tenido, asimismo, que enseñarles cómo disparar el arcabuz, y, aunque el ruido los espantara aún un poco, se han regocijado mucho con el trueno que desencadenan nuestras armas. Unos jinetes se desplegaron alrededor de los indios vestidos de cristianos y, mientras estos fingían gestos de miedo y disparaban al aire, los que iban a caballo se prodigaron en graciosos arabescos. Luego, los que hacían de cristianos se dispersaron en una retirada desordenada, al mismo tiempo que los otros los perseguían en sus cabalgaduras fingiendo acuchillarlos con sus espadas.

Nuestro único consuelo viene de la reina Anacaona, que declama y canta poemas, aunque no entendemos prácticamente nada de su sentido, pero no hay ninguno de entre nosotros que no haya caído en el embrujo de su belleza y de su voz. La esposa de Caonabo es la hermana de Behequio, como ya he dicho, y parece gozar de una extraordinaria consideración entre los indios, no solo por su parentesco real y por su belleza, sino también por su talento de poeta renombrada y admirada por todos.

Su marido, el rey, que asiste a todas estas celebraciones, manifiesta un gran disfrute, aunque nunca tanto como cuando Anacaona aparece en escena.

Esperando aprovechar su buena disposición, le hemos suplicado que nos devuelva nuestras ropas o que nos dé muerte, pero se ha negado a lo uno y a lo otro.

Jueves, 10 de enero

El rey Caonabo desea saber más sobre el país de donde vienen los cristianos, por esa razón ha querido hablar conmigo en presencia de la reina Anacaona y del cacique Behequio. Para hacerme entender mandó llamar al mismo lengua que había acompañado a Martín Alonso. Me ha recibido vestido con una camisa, un cinturón, una capucha y un gorro que son de mi propiedad, mientras que yo sigo estando desnudo.

De este modo, he podido hablarles de Vuestras Serenísimas Altezas, al mando del mayor reino de la tierra, y también de la verdadera religión y del verdadero Dios, Nuestro Señor que está en el Cielo. Estaba ansioso por explicarles los misterios de la Santísima Trinidad, y he constatado que la reina y su hermano me escuchaban con mucho interés.

Les he jurado que no existe mayor honor sobre la tierra que servir a soberanos como Vuestras Altezas, que el bautismo los preservaría del infierno después de su paso por este mundo y que solo la verdadera fe les daría la vida eterna.

Les he propuesto que vengan con nosotros a Castilla para arrojarse a los pies de Vuestras Altezas, asegurándoles que serían recibidos con todas las deferencias correspondientes a su rango. Caonabo se ha mostrado más bien interesado en nuestros fuertes, nuestros barcos y nuestras armas, pero he visto que mis palabras habían conmovido a su bella esposa.

Viernes, 11 de enero

Caonabo se ha marchado con su ejército, dejando a su mujer y a su hermano velando por nosotros y por la región, lo que supone una buena noticia, pues creo que será más fácil convencerlos a estos de que nos dejen libres y se conviertan.

Martín Alonso no opina como yo y quiere escapar con los hombres para embarcarse en la Pinta, que sigue fondeada en la bahía.

Sábado, 12 de enero

Hoy he conversado largamente con la reina acerca de Nuestro Señor Jesucristo, y ella ha aceptado erigir una cruz en la plaza del pueblo en el que estamos. Su hermano me ha invitado a compartir el *cohiba*, que es como llaman a esas hojas secas que prenden fuego dentro de unas cañas huecas para aspirar el humo.

Martín Alonso ha enfermado.

Domingo, 13 de enero

Al ser la reina mujer, le he descrito las joyas y los vestidos que se llevan en la corte del reino de Castilla, y he visto el destello de la codicia brillar en sus

ojos como en los de una niña.

Estamos bien alimentados y dormimos en hamacas, pero Martín Alonso se queja de dolores en todo el cuerpo. Dice que no quiere morir aquí y no piensa en otra cosa más que en volver a su barco.

Lunes, 14 de enero

Una fiebre maligna abrasa a Martín Alonso, lo que hace que temamos por su vida. Después de haberlo observado, creo que es muy probable que haya contraído ese mal en sus tratos con los indios. Lo desespera no poder volver a pisar tierra cristiana nunca más.

Como su nombre significa *flor de oro* en su idioma, he propuesto a Anacaona llamarse *doña Margarita*.

Martes, 15 de enero

El diablo se ha adueñado del cuerpo y del alma del capitán.

Cuando fuimos los dos invitados, como cada día, a compartir la comida con Behequio (pues hasta ahora no nos había dado ningún motivo para quejarnos, aparte del hecho de estar obligados a ir desnudos como él), Martín Alonso, devorado por la fiebre, se ha apoderado de un cuchillo y ha degollado al viejo cacique. Luego, amenazándola con el filo, ha obligado a la reina a ordenar que liberen a nuestros compañeros, les den a cada uno un caballo y ha huido con los que podían montar. El pobre loco espera así llegar hasta su navío. Pero con este proceder, no me cabe duda de que nos ha condenado a todos.

Miércoles, 16 de enero

Los indios lloran a su rey muerto. La reina, enlutada por la pérdida de su hermano, lejos de pensar ahora en el bautismo, no habla más que de venganza. La cruz que había mandado erigir ha sido desmontada y quemada.

Por mi parte, juro tomar los hábitos de los hermanos menores si, por un milagro, he de ver de nuevo Castilla algún día, ya que, en vista de esta sucesión de desgracias, parece evidente que el Altísimo me tiene reservados otros designios. De no ser así, suplico humildemente a Vuestras Altezas, si le place a Dios sacarme de este lugar, que no les parezca mal que vaya a Roma y

a otras peregrinaciones. Que la Santísima Trinidad os guarde y haga crecer vuestras vidas y vuestro poder.

Lunes, 4 de marzo

Ahora puedo decir con certeza que no me pasará lo que a los demás.

Caonabo ha vuelto con las cabezas de Martín Alonso y de los cristianos que lo habían seguido en su loca huida. Así perecen los hombres de mal vivir.

La Pinta, por orden del rey, ha sido puesta en seco. He dado a la bahía en que todavía ayer fondeaba el nombre de *bahía del Peregrino Perdido*, habida cuenta de mi condición actual y en memoria de mi funesta suerte.

No me cabe duda de que jamás volveré a España y de que Vuestras Altezas olvidarán a este pobre loco que les había prometido las Indias.

Sin fecha

A fuerza de escrutar el mar con la esperanza insensata de ver despuntar una vela en el horizonte, mis ojos me hacen sufrir terriblemente y mi vista se oscurece. Sé muy bien que mi fracaso disuadirá a Vuestras Altezas, al creerme engullido por los abismos, de enviar en adelante a nadie más por la mar oceana.

Sin fecha

Otra pena me encoge el corazón. Es pensar en don Diego, mi hijo, al que he dejado en España huérfano y desposeído de mi honor y de mis bienes, pese a que tengo por seguro que unos príncipes justos y agradecidos se lo restituirían todo, y mucho más si yo pudiera regresar de mi viaje cargado con la centésima parte de los tesoros de esta tierra de abundancia.

Sin fecha

La isla de Juana, o Cuba, que es aproximadamente tan larga como la distancia entre Valladolid y Roma, está casi por entero sometida a Caonabo. Gracias a la bondad de su mujer, se me tolera y alimenta entre su gente, de la que he aprendido que se llaman entre ellos taínos, aunque su rey no pertenece a esta

tribu, sino que descende de los caribes, lo que explica, sin duda, su complexión superior, su disposición a reinar y su gran ferocidad en el combate.

Sin fecha

Los pocos hombres que me quedaban estaban muy enfermos y afligidos. El último ha muerto esta mañana, y ahora me encuentro solo en medio de estos salvajes. ¿Qué mortal, excepto Job, no habría muerto de desesperación con ellos? No sé por qué el Señor prolonga así mi miserable existencia.

Voy desnudo, como un perro vagabundo, casi ciego, sin nadie que me atienda. Solo la hija de Anacaona me manifiesta el interés que los niños tienen a veces por los viejos que les cuentan historias. Cada día viene a verme para que le hable de la gran Castilla y de sus monarcas iluminados de gloria.

Sin fecha

Es una maravilla ver cómo la pequeña Higenamota aprende muy rápido el castellano, lo comprende muy bien y sabe repetir sus expresiones, para mayor regocijo de su madre.

A ojos de la reina, no soy más que un bufón que solo vale para divertir a su hija.

Sin fecha

Al no tener Vuestras Altezas ocasión para ello, ya que el Señor lo ha dispuesto de otro modo, suplico a Nuestro Padre que salve todos mis escritos para que mi trágico destino sea conocido algún día, así como cuánto he servido a estos príncipes y cuán lejos, dejando mujer e hijos, a quienes jamás he vuelto a ver por su causa, y cuán despojado estoy de mi honor y de mis bienes ahora, al término de mi vida, sin motivo ni juicio ni misericordia. Digo *misericordia*, pero no me refiero a la de Vuestras Altezas, pues esa no me falta, ni a la del Señor, sino a la de esta mala gente que, para mi desgracia, me rodea y me ha llevado a perderme con ella en estas tierras abandonadas por Dios.

Sin fecha

Se acerca la hora en que mi alma va a ser llamada ante Dios, y aunque seguro que ya me han olvidado al otro lado de la mar oceana, sé que al menos hay una persona que se preocupa todavía por el almirante caído y que ella, la pequeña Higenamota, que algún día será reina, mi último consuelo aquí abajo, estará a mi lado para cerrarme los ojos. Quiera Dios que, por su salvación, abrace nuestra fe en mi memoria.

Sin fecha

Soy tan miserable como pienso. He llorado hasta hoy por los demás: que el cielo me reciba ahora con misericordia y que la tierra llore por mí. En lo temporal, solo soy un blanco más para ofrendar. En lo espiritual, he venido aquí, a las Indias, de la manera que he contado. Aislado en mi pena, enfermo, esperando cada día la muerte, rodeado de un millón de salvajes enemigos llenos de crueldad, estoy tan lejos de los santos sacramentos de la Santa Iglesia que mi alma será olvidada si debe separarse aquí de mi cuerpo. Que llore por mí quien esté poseído por la caridad, la verdad y la justicia. No he hecho este viaje para ganar honor y fortuna; esta es la verdad, pues de ambas cosas hace tiempo que abandoné toda esperanza. He venido ante Vuestras Altezas con intención pura y gran abnegación, y no miento.

Tercera parte

Las crónicas de Atahualpa

1. LA CAÍDA DEL CÓNDOR

A nosotros, que los contemplamos mucho tiempo después de que la historia del mundo ha dado su veredicto, los augurios siempre nos parecen de una claridad inexorable. Pero la verdad del presente, por muy ardiente, bulliciosa y viva que sea, a menudo adopta una forma más confusa que la del pasado o incluso, a veces, que la del futuro.

Era la fiesta solemne del Sol, y Huayna Cápac, undécimo Sapa Inca del Imperio de los Cuatro Cuartos, podía estar satisfecho. Desde las salvajes comarcas de la Araucanía hasta las altitudes de Quito, ciudad a la que había convertido en su residencia favorita (aunque no en su capital, pues el corazón del Imperio era y debía seguir siendo Cuzco), había extendido su reino tan lejos como le había sido posible (eso creía él), limitado tan solo por la espesura del bosque y por las nubes del cielo. Los despojos de las llamas destripadas todavía palpitaban y los pulmones arrancados se hinchaban de aire cuando los sacerdotes soplaban por las tráqueas. Asimismo, las osamentas de los animales se asaban a la brasa con vistas al banquete, y todo estaba dispuesto para brindar según el orden protocolario, cuando apareció en el cielo un cóndor perseguido por una bandada de pequeñas rapaces — busardos, arpías, halcones— que lo acosaban sin descanso. Al límite de sus fuerzas, el cóndor, doblegándose a los picotazos y tabarras de sus cazadores, cayó sobre la gran plaza justo en mitad de la ceremonia, provocando una fuerte impresión entre los asistentes. Huayna Cápac se levantó de su trono y ordenó que lo examinaran. No tardaron en comprobar su mal estado y que su agonía no solo era debida a las heridas que le habían infligido sus perseguidores, sino a la sarna, que le había desplumado el cuerpo y cubierto de pústulas.

El Inca y los suyos consideraron este suceso como un buen presagio: los adivinos llamados para la ocasión vieron en ello el augurio de la conquista de un gran imperio situado en una comarca lejana. Entonces, Huayna Cápac, en cuanto acabó la fiesta del Sol, que debía durar nueve días, se puso a la cabeza de su ejército para ir más al norte, en busca de nuevos territorios que conquistar.

Dejó atrás Tumipampa, dejó atrás Quito y sometió a algunas tribus nuevas de Tahuantinsuyo, el Imperio de los Cuatro Cuartos.

Mas cuentan que, un día que iba por un camino con su cortejo, se cruzó con un viajero solitario que tenía el pelo rojo y a quien exigió en voz muy alta que se apartara para cederle el paso. Dicen que el tono no fue del agrado del viajero, que este se negó a hacerlo, ignorante de la identidad de su interlocutor. La discusión fue a peor. El hombre de pelo rojo lo golpeó en la cabeza con su bastón y el emperador se desplomó, mortalmente herido. Su primogénito, Ninan Cuyochi, quiso acudir en su ayuda, pero fue muerto de la misma manera. Se dijo que el viajero del pelo rojo era un hijo que el Inca había tenido en el pasado con una sacerdotisa de Pachacámac, pero nadie había oído hablar de él jamás.

Entonces el Imperio recayó sobre otro de sus hijos llamado Huáscar. Sin embargo, antes de morir, Huayna Cápac había expresado este deseo: que Huáscar lo sucediera en el trono de Cuzco, pero que dejara gobernar las provincias del norte a su hermanastro Atahualpa, el hijo que había tenido de una princesa de Quito y por el que siempre había manifestado un enorme afecto.

Por eso, durante varias cosechas, Huáscar y Atahualpa se habían repartido Tahuantinsuyo. Pero Huáscar estaba dotado de un temperamento obsidional, celoso, colérico. Por añadidura, algunos señores de Cuzco habían intrigado contra él porque quiso prohibir el culto a las momias, ya que lo consideraba demasiado oneroso. Con un pretexto falaz, aduciendo que Atahualpa le había faltado al respeto al no querer desplazarse hasta donde él estaba para hacerle los honores, Huáscar le declaró la guerra. Para humillarlo, le envió vestidos de mujer y objetos de maquillaje. Entonces, Atahualpa, que contaba con la estima de los generales de su padre, formó un ejército y marchó sobre Cuzco.

Las tropas de Huáscar eran más numerosas, pero las de Atahualpa estaban comandadas por jefes de gran valor que lideraban a hombres bien adiestrados. El general Quizquiz, el general Chalco Chímac y el general Rumiñahui libraron sangrientas batallas que los condujeron a las puertas de Cuzco. La caballería hacía la guerra más rápida y más feroz. Enfrente, Huáscar se vio obligado a ponerse él mismo a la cabeza de su ejército para tratar de contener ese avance irresistible. Logró así detener al ejército de su hermano en la orilla del río Apurímac, donde tuvo lugar una gran matanza. Entonces, las tropas de Atahualpa se refugiaron en la provincia de Cotabambas; allí, un gran número de soldados fue rodeado, atrapado en la sabana y quemado vivo. Los sobrevivientes se batieron en retirada.

Empezó la larga persecución hacia el norte.

2. LA RETIRADA

Porque Huáscar dudó. Pero no por mucho tiempo. Al principio, cuando la suerte de las armas le había sido menos favorable, había pensado esperar a su hermano en las llanuras de Quipaipán, para librar allí la batalla final. También él había sufrido grandes pérdidas y sus hombres, aunque victoriosos, estaban exhaustos. Deseaba darse un tiempo antes de volver a ponerlos en orden de combate. Además, la proximidad de Cuzco sin duda lo tranquilizaba. La capital del Imperio, ombligo del mundo, extendía su sombra benévola sobre el partido legitimista. Pero Cuzco era también el sueño dorado de los hombres de Atahualpa, el aroma de su bullicio excitaba su codicia, y Huáscar temió que esa peligrosa tentación, a tan solo unos pocos tiros de flecha, reviviera el corazón de los soldados en desbandada. No quiso dar al ejército enemigo la posibilidad de recuperar fuerzas. Contaba todavía con una caballería operativa, mandada por otro de sus quinientos hermanastros, Túpac Hualpa. Así pues, reunió a sus tropas y las lanzó en pos de los rebeldes, decidido a eliminarlos. Llegó incluso a sacar de su fortaleza a la guardia de Sacsayhuamán, lo que da la medida de su resolución: estaba dispuesto a apartar a esos hombres de su sagrada misión si con ello el regimiento de élite reforzaba el ejército imperial.

Atahualpa no necesitó consultar a sus generales, Rumiñahui «Ojo de Piedra», Quizquiz «el Barbero» o Chalco Chímac, para saber que no podrían encajar otro nuevo ataque. Uno detrás del otro, los dos ejércitos se pusieron en marcha como dos pumas renqueantes.

Hubo que cruzar puentes de cuerdas por encima de ríos, obligar a los caballos a atravesarlos relinchando de miedo, y también a los bueyes y a las llamas, cargar con las jaulas con cobayas y loros, los víveres de los soldados, más el innumerable séquito del Inca (¿pero de cuál?), sus esclavos, sus concubinas, su ajuar de oro y de plata, las alpacas destinadas a proveerlo de sus ropajes cotidianos, y luego estaban los heridos, que iban en litera, como su señor.

El Imperio, lentamente, empezó a desfilar. Las montañas, escalonadas de campos de maíz, aparecían hasta perderse de vista, pero los extenuados soldados apenas podían levantar la cabeza, y aquellas terrazas, orgullo imperial, se desvanecían en la indiferencia. Los loros, enjaulados, graznaban predicciones siniestras y los pequeños roedores que les hacían compañía

piaban irrisoriamente. Solo los perros protectores, encasquetados con una cresta blanca, animaban el largo cortejo con sus ladridos, subiendo y bajando por las filas de soldados como guardianes del rebaño.

Los almacenes que jalonaban el camino del Inca aseguraban el avituallamiento de las tropas del norte, pues los funcionarios encargados de gestionar estos graneros veían con sorpresa la llegada de un segundo ejército, que aprovisionaban igualmente sin rechistar al reconocer los estandartes del soberano de Cuzco, cuando todavía, a lo lejos, una nube de polvo señalaba la retaguardia de Atahualpa.

Huáscar mandó correos a su hermanastro. Los *chasquis* eran corredores tan veloces y el sistema de postas estaba tan extendido que en muy pocos días el Inca estaba perfectamente informado de cualquier noticia que llegara del rincón más remoto del Imperio. A los soldados les tenían sin cuidado estos gráciles mensajeros que salían corriendo como jaguares y, en menos de lo que tarda la Pachamama en causar un temblor, uno de ellos ya estaba murmurando al oído de Atahualpa, quien, a su vez, murmuraba algo al del joven para que volviera a partir corriendo sin esperar nada, y gritase el mensaje en cuanto viera a su colega a la distancia de poder oírlo, dispuesto también a lanzarse a la carrera, de modo que en unos pocos relevos la respuesta llegaba a Huáscar. Así, los dos emperadores podían conversar casi normalmente, mientras el ejército de Cuzco le pisaba los talones al de los quiteños.

—Hermano, ríndete.

—Hermano, jamás.

—En el nombre de Huayna Cápac, tu padre, cesa en esta locura.

—En el nombre de Huayna Cápac, tu padre, renuncia a tu venganza.

Los dos ejércitos estaban tan cerca que los campesinos que cultivaban maíz, al verlos pasar desde lo alto de sus terrazas, casi podían creer que se trataba de uno solo.

3. EL NORTE

Sin embargo, el ejército del norte forzó la marcha hasta llegar a Cajamarca, donde Atahualpa sabía que podría contar con la guarnición que había dejado en la ciudad recientemente ocupada. El verde valle ofrecía a los hombres extenuados el ambiguo espectáculo de las columnas de vapor que emanaban de las fuentes de agua caliente que daban fama a la región. A Atahualpa, como a sus antepasados, le gustaba ir con su padre a bañarse en ellas, en los días en que había paz. Contaba con ese lugar de esparcimiento para cuidar la

moral de sus hombres y hacer descansar sus cuerpos antes de atravesar la temible cordillera que los separaba de Quito, su capital y su hogar. Pero solo lo harían en el caso de que hubiera aumentado la distancia con sus perseguidores. Y lo cierto era que seguía sintiendo el aliento de Cuzco en la nuca. El ejército de su hermano acampó delante de la ciudad, en la ladera de una colina, y sus pabellones blancos estaban tan juntos entre sí que parecían cubrir toda la montaña como una sábana. Las nubes de vapor que exhalaba la tierra incrementaban esa visión lunar.

Atahualpa descendió de su litera y pisó con sus sandalias la gran plaza de Cajamarca. A su alrededor, los hombres daban de beber a los caballos, liberaban a las llamas de sus cargas y preparaban el campamento. De pronto, sintió una bocanada de angustia subiéndole por la garganta. Decidió partir de nuevo antes del amanecer.

Por la mañana, los exploradores de Huáscar encontraron Cajamarca desierta. Los hombres y los animales del ejército del norte emprendían ya la interminable ascensión. El camino era estrecho, el abismo parecía no tener fondo, el aire se había vuelto gélido. Los cóndores sobrevolaban. Los Andes, impasibles, bloqueaban el paso, pero era un camino que los soldados del norte conocían bien por haberlo recorrido a menudo, y de ese modo pudieron por fin sacar un poco de ventaja. Pasaron por minas de oro, desfiladeros, cortadas y bosques de abetos. Pasaron por las fortalezas que el genio inca había construido en equilibrio sobre unos espolones rocosos. Al otro lado de la cima, Quito los imantaba. En cuanto llegaran a sus casas, estarían a salvo, pensaban ellos.

Habían desestimado las masacres que habían perpetrado entre las poblaciones del norte, las de los chimúes, los caranquis y sobre todo los cañaris, para quienes Atahualpa era el tirano cruel que había ordenado exterminarlos. ¿No había mandado destruir la gran Tumipampa, fundada por su padre pero que había tomado partido por Huáscar? Los que habían sobrevivido vieron el regreso de sus verdugos como un regalo del Sol. Se les ofrecía la venganza. Empezó, entonces, una guerra de hostigamiento. Los quiteños, debilitados, sufrieron pérdidas que anulaban los refuerzos de Cajamarca. Además, la energía que hubieron de poner para rechazar los ataques de los cañaris los retrasó aún más, de modo que el ejército de Cuzco acabó por alcanzarlos. La retaguardia, dirigida por Quizquiz, fue prácticamente destruida por la caballería de Túpac Hualpa, hermano de Huáscar (y, por tanto, también de Atahualpa, pero cuzqueño de nacimiento).

Cuando por fin el ejército de Atahualpa llegó al valle de Quito, ya era muy tarde. Habían sufrido demasiadas pérdidas e iban a necesitar varias lunas para recuperarse, pero carecían de ese tiempo. Entonces, Atahualpa dio la orden a su mejor general, Rumiñahui «Ojo de Piedra», de que quemara su ciudad y luego trepó hasta la colina más alta, *el corazón de la montaña*, como la llamaban los quiteños, para contemplar desde allí el incendio. Cuando Huáscar se apodere de Quito, no encontrará en ella más que cenizas.

Atahualpa no vertió ni una lágrima. Se fue, siempre más al norte, más allá de las fronteras del Imperio. Los restos de su ejército se adentraban por un espeso bosque poblado de animales venenosos. Había esperado que Huáscar se hubiera detenido allí. Pero había subestimado la obstinación de su hermano, o su odio. La caballería de Túpac Hualpa le pisaba los talones. Pronto el glorioso ejército de Chinchaysuyo, el Imperio del Norte, no sería más que un viejo perro famélico devorado por las pulgas.

El emperador vencido se adentraba cada vez más en lo profundo de la húmeda jungla. Un calor agobiante sustituía a la dentellada glacial de las cumbres andinas. Ni un solo soldado de entre los que quedaban sanos se atrevió a murmurar contra él, pero sus espías lo informaban de que empezaban a maldecir el día de su nacimiento y deseaban la muerte para acabar con todo aquello. A uno tras otro, la muerte se lo concedió.

Quizquiz, sin embargo, había sobrevivido a los ataques de Túpac. Cabalgaba ahora a la altura de la litera imperial, sumándose a la escolta personal. Los generales de Atahualpa no lo habían abandonado. Lo acompañarían hasta el fin del mundo.

Una mañana, creyeron que sus perseguidores habían renunciado. Pero enseguida se elevó en el aire cargado de humedad el rumor de un canto de guerra:

*Beberemos en el cráneo del traidor
y con sus dientes haremos un collar.
Con sus huesos haremos flautas,
con su pellejo un tambor.
Y luego nos pondremos a bailar.*

Si Atahualpa lo oía, no lo aparentaba. En ningún momento se alteró su dignidad imperial.

La retirada cobró el aspecto de un sueño extraño. Por aquí y por allá encontraban pueblos primitivos habitados por hombres desnudos con miedo o con curiosidad. Algunos les daban de beber y de comer. Otros eran hostiles, pero su armamento se reducía a unos pocos arcos y lanzas con puntas de hierro y eran rápidamente derrotados. Les confiscaban los caballos. Les

mataban el ganado. Saqueaban lo que podían. Con eso compensaban la falta de depósitos de grano. Pero lo más penoso era la ausencia de caminos. Por veinte veces los hombres y los animales acabaron hundidos en ciénagas infestadas de insectos. Un esclavo y un buey cayeron en las fauces de los cocodrilos.

La corte de Quito, sabedora de una matanza segura si se quedaba atrás, acompañaba al ejército y suponía un largo y abigarrado cortejo suplementario de harapientos.

Por fin llegaron al istmo del norte, limitado al este por el mítico mar cuya existencia había sido mencionada tan solo por algunas viejas leyendas, por unas pocas caravanas salvadas de milagro o por los miembros extraviados de tribus lejanas. No era tan legendaria, después de todo, y algunos, pese a su dolor, sintieron la orgullosa arrogancia de los exploradores. Otros, rememorando las viejas historias sobre la Reina roja, hija del Trueno, enviada del Sol, alzaron los brazos respetuosamente. Atahualpa, por su parte, no caía en supersticiones. Franqueó el istmo, dejó atrás de nuevo, en un último esfuerzo, las fronteras septentrionales del mundo conocido y luego se detuvo, pero no porque le cerraran el paso unas tribus mal pertrechadas, sino unos poderosos guerreros cuyo rumor lejano en ningún momento había permitido ignorar su carácter belicoso ni la propensión exagerada a los sacrificios humanos. Él y sus hombres, sus mujeres, su oro, sus animales y su corte, al cabo de la interminable retirada, ahora ya completamente acorralados, habían ido a parar a una larga playa de arena después de haber atravesado los Andes, los pantanos, el istmo del fin del mundo, y tras haber caminado más al norte de lo que ningún antepasado inca se habría atrevido a soñar, ni Huayna Cápac, su padre, ni Pachacútec, el gran reformador. Ahora solo les quedaba esperar la llegada de Huáscar y el desenlace fatal, algo que hasta el momento habían estado retrasando.

Pero mientras el soberano pensaba, melancólico, en las condiciones en que muy pronto alcanzaría el mundo subterráneo, el general Rumiñahui fue a pedirle audiencia. A pesar de la situación, y dado que el propio Atahualpa, descendido de su litera, de pie frente al mar, menos perfumado que de costumbre, con el cabello sucio y vistiendo la misma túnica desde hacía casi media jornada, había dejado de respetar las formas debidas a su rango, inquieto sin duda ante la perspectiva de que su cuerpo no fuera embalsamado, el gran general se presentó con los pies descalzos y la cabeza gacha, dando todas las muestras de la más protocolaria humildad. Al fin y al cabo, Atahualpa todavía portaba la corona imperial trenzada sobre la frente, de la

que pendía la franja de borlas rojas, rematada por un penacho de plumas de halcón, y eso le bastaba al viejo soldado de su padre.

—Sapa Inca, ¿ves esas embarcaciones allá lejos?

Sin alzar la cabeza, señalaba con el dedo unos pequeños puntos que flotaban sobre el mar; luego, palmeando con las manos, hizo venir a un hombre desnudo sujeto con una correa por dos esclavos.

—Según este, a quien hemos capturado esta mañana, existen grandes islas a pocos días de navegación. Sus habitantes vienen hasta aquí para pescar y comerciar a bordo de troncos huecos que ellos llaman canoas. A juzgar por las provisiones de frutas que hemos confiscado al prisionero, deben de ser tierras exuberantes que solo esperan acogernos.

Atahualpa era de alta estatura, pero su general, un gigante, le sacaba todavía una cabeza incluso encorvado ante él. Como era habitual, dado su cargo, el emperador no dejó traslucir si consideraba la propuesta con desdén o con interés.

—Nosotros no tenemos barcos —se limitó a decir.

—Pero tenemos el bosque —replicó el general.

Entonces se organizó la evacuación. El valeroso Quizquiz se puso a la cabeza de sus hombres para proteger la playa. Rumiñahui movilizó el resto de los brazos disponibles para la tala y el transporte de los árboles, y en la playa, sobre la misma arena, Chalco Chímac se encargó de la construcción de las almadías. Se embarcó a los hombres en las canoas talladas a toda prisa; los animales y las cajas con el oro se subieron en balsas hechas con troncos atados entre sí con tiras de lana de llama. Los nobles, que en toda su vida jamás se habían servido a sí mismos ni un vaso de agua ni se habían vestido ni lavado solos, ayudaban torpemente al tallado, ensamblaje y cargamento de las embarcaciones. Mientras tanto, los soldados de Quizquiz rechazaban heroicamente los ataques de las tropas de Cuzco; el choque de las armas, los gritos, las cabalgadas en las lindes del bosque se mezclaban con el ruido de las olas.

Se produjo la evacuación. Quizquiz fue el último en embarcar bajo una lluvia de flechas y de maldiciones, dejando tras de sí una playa cubierta de cadáveres, entre los cuales corrían los últimos caballos que no habían podido subir a las balsas. Algunas tortugas que habían ido a poner sus huevos en la arena no se habían movido en toda la batalla.

4. CUBA

El mar estaba en calma, la flota supo mantenerse agrupada, no hubo apenas pérdidas.

Desembarcaron en una playa de arena blanca bordeada de lánguidas palmeras. Los chillidos de los loros invadían el aire. Unos cerdos dispersos por la playa les parecieron un buen augurio. Aquella tierra parecía hermosa y el clima, suave. Las fatigas acumuladas desaparecieron. Treparon por montañas sin nieve al son de sus cánticos. Cruzaron sin esfuerzo los ríos apacibles por vados donde los peces se pescaban a manos llenas. Del corazón de los bosques repletos de caza salían a veces algunos nativos movidos por la curiosidad. Iban desnudos y eran bellos, y sobre todo parecían carecer de intenciones hostiles. Gracias a un comerciante de Popayán que pretendía comprender su lengua, Atahualpa supo que una vieja reina reinaba sobre aquel archipiélago compuesto por tres grandes islas: Cuba, Haití y Jamaica, más una infinidad de pequeñas islas como la de Tortuga. Caminaron hacia el norte, sin saber por qué, solo por el placer de explorar las bellezas de esa tierra, o quizá por costumbre, porque el norte siempre había sido su lugar en el seno de Tahuantinsuyo. Por la noche, asaban unos cerdos y saboreaban la carne de los lagartos. ¿Pensó Atahualpa que allí podrían olvidar la guerra? Tal vez. Pero ¿acaso estaba él preparado para la paz? El encadenamiento de circunstancias que habían gobernado su destino hacía muy difícil la respuesta. Digamos que la paz nunca se había asomado a su cuna.

Sin embargo, la ceremoniosidad protocolaria volvía a imponerse entre su séquito a medida que la angustia desaparecía de los corazones: los barredores con túnica de damero abrían el camino, seguidos por bailarines y cantores, que precedían a unos jinetes de armadura dorada, luego venía el emperador, sentado en su trono, rodeado por su guardia de *yanas*, sus generales a caballo, los dignatarios de la corte, los más eminentes de los cuales iban también en litera, su hermana-esposa, Coya Asarpay, su prima y futura esposa, la jovencísima Cusi Rimay, su no menos joven hermana, la pequeña Quispe Sisa, sus mujeres secundarias y sus concubinas, las sacerdotisas del Sol, los sirvientes, los soldados de a pie y, en fin, desperezándose pesadamente, la multitud de quiteños sobrevivientes. Quizquiz y sus hombres cerraban la marcha de aquel largo rebaño.

Pero el cortejo se vio repentinamente detenido. Los hombres que iban a la cabeza se hicieron a un lado para dejar pasar la litera del Inca. Delante de ellos había cuarenta jinetes desnudos, con plumas en la cabeza, el cuerpo y el rostro pintados, portando armas. El que era su jefe llevaba al hombro una especie de palo de madera con piezas de hierro incrustadas. Como no parecía

dispuesto a permitir que ese grupo de extranjeros avanzara más por sus tierras, hubo que entablar un diálogo. Su nombre era Hatuey y servía a la reina Anacaona. Ignorando las costumbres, se dirigió directamente al Inca mirándolo a los ojos, sin poner su rodilla en tierra ni bajarse del caballo. Atahualpa le respondió a través de Chalco Chímac. Daba igual, ninguno entendía la lengua del otro. Pero finalmente se concertó un encuentro con la reina, en un lugar llamado Baracoa. Es probable que Atahualpa dudase por un instante mandar masacrar allí mismo a los hombres que le impedían el paso. Y no es menos probable que Hatuey presintiera ese titubeo cuando apuntó con su palo de hierro al cielo y fulminó a un urubú de testa roja emitiendo el ruido de un trueno, lo cual sembró el pánico entre los quiteños. Viejas leyendas resurgieron en sus mentes. Unas voces gritaron: «¡Thor!». Incluso el gigantesco Rumiñahui encogió los hombros, temiendo que el cielo cayera sobre su cabeza. Tan solo Atahualpa había conservado la más absoluta impasibilidad. El hijo del Sol no temía al rayo. Sin embargo, creyó más prudente dejar a Hatuey marcharse sano y salvo.

En otras circunstancias habría mandado ejecutar hasta al último de aquellos que habían temblado, pero el emperador vencido no estaba en condiciones de malgastar a ni uno de sus hombres y menos aún tenía la intención de privarse de su mejor general.

5. BARACOA

Llegaron hasta el mar y comprendieron que la isla era una franja estrecha cuya anchura se podía atravesar en pocos días. No penetraban por ese territorio como conquistadores, sino como fugitivos, y eso, seguramente, trajo consecuencias para el destino de Cuba y del mundo entero. Atahualpa hizo preceder su llegada por mensajeros cargados de presentes. Ofreció a la reina platos de oro, túnicas y papagayos. A cambio, ella lo recibió como a un viejo aliado, al son de tambores, entre alborozos y danzas, bajo una lluvia de flores. Unos sirvientes cargados de palmas y de ramos salieron al encuentro del cortejo. El pueblo había sido preparado para la ocasión. Se habían puesto frondosos festones en las cabañas encaladas. Los generales de Atahualpa observaron algunas casas alargadas con tejado vegetal y una fragua de cuyas brasas aún ascendía un hilo de humo blanco. Sobre la playa, fuera del mar, entre el ganado suelto, estaban los cascos de dos gigantes navíos. Se había dispuesto un banquete. La reina invitó al Inca a tomar asiento junto a ella. Atahualpa, que no tenía todavía el mismo desdén que su hermano, creyó

bueno tratarla como a una igual y disfrutó de los manjares que le sirvieron. En la belleza marchita de aquella mujer había una gracia que le gustaba.

Los festejos se prolongaron hasta muy tarde en la noche y volvieron a empezar al día siguiente. Los quiteños estaban encantados. No obstante, en medio de los cánticos y las diversiones, Anacaona quiso dar un mensaje al anunciar que Hatuey, que era su sobrino y reinaba en esa región de la isla, iba a ofrecer el espectáculo de una batalla simulada. En ella, unos jinetes desnudos hostigaban a unos hombres vestidos con túnicas blancas que se defendían con largos palos con piezas de hierro incrustadas. Los palos apuntaban al aire y otra vez el ruido del trueno aterró a los quiteños, pero, finalmente, la caballería ganaba la batalla y, conviene precisar, se hacía con las armas de fuego. Al observar a sus generales, que se esforzaban por ocultar su nerviosismo, Atahualpa vio que el mensaje había sido recibido. Comprendió que unos extranjeros habían llegado allí por mar, hacía casi cuarenta cosechas de eso, a bordo de los barcos varados en la playa, y que habían sido vencidos. La hija de la reina, Higenamota, disfrutaba contándoles esa historia. Entonces, el Inca juró que no había ido allí a sembrar la guerra, sino como un exiliado en busca de refugio. Los quiteños pedían humildemente asilo a los taínos, tal era el nombre del pueblo de Anacaona. Además, compartían con ellos el culto a Thor, esa divinidad secundaria de oscuros orígenes.

6. HUÁSCAR

Nadie sabe durante cuánto tiempo el Inca habría podido gozar de esa hospitalidad. La falta de acción apenas parecía pesarle, de tan agradable que le era el trato de la reina. En realidad, todo lo que ella contaba acerca de los extranjeros venidos del este le parecía increíble. Supo que los palos de fuego necesitaban de un poco de pólvora para hacer estallar aquel trueno, y como en la isla apenas había pólvora, su uso estaba severamente racionado, reservado tan solo para las ocasiones especiales, y la llegada de los nuevos extranjeros era una de ellas, indudablemente. Supo también que los extranjeros de antaño estaban obsesionados con dos cosas: su dios y el oro. Les gustaba plantar cruces. Todos habían muerto, no había quedado ninguno.

Los quiteños se entregaron a las delicias de Baracoa. Se mezclaron tan bien con sus anfitriones que algunos se desprendieron de sus ropas para ir desnudos, mientras que los taínos se divertían vistiéndose con las túnicas de

los otros. El recuerdo de las duras pruebas pasadas se alejaba, dando paso a un presente que se escurría como la arena.

Pero el avance del futuro, provisionalmente eclipsado, proseguía su camino.

Los espías de Anacaona informaron de que otros extranjeros, en todo parecidos a los quiteños excepto en que los superaban en número, habían desembarcado en la vecina isla de Jamaica. Atahualpa se vio obligado a contar a la reina que se trataba de su hermano, que venía en su búsqueda y no con intenciones pacíficas. Anacaona convocó un consejo, asistida por su hija y su sobrino, al que fueron invitados Atahualpa y sus generales, así como su hermana-esposa, Coya Asarpay.

¿Qué quería Huáscar? ¿Qué significaba tal obstinación? ¿Tanto temía el regreso de su hermano como para aventurarse tan lejos de Cuzco y por tanto tiempo? Esas preguntas no interesaban a los taínos, que temían sufrir las consecuencias de esa guerra fratricida. Hatuey, furioso, decía al Inca: «¡Vete a la montaña, al mar, donde quieras!». Huir de nuevo, pero ¿adónde? Los quiteños no sabían. Atahualpa veía a sus generales hacer gestos, desconcertados. Higienamota les mostró el mar: «La respuesta está ante vosotros». El este, pero ¿cuál? ¿Dónde estaban esas tierras? ¿A qué distancia? Tuvieron que enseñarles unos mapas hallados en los barcos. Atahualpa y los suyos contemplaron, sin entender nada, las representaciones de un mundo en el que Cuzco no figuraba. Eran incapaces de descifrar los pequeños signos escritos en el papel. Higienamota había aprendido la lengua de los invasores cuando era niña, pero no su sistema de transcripción. Desde luego, si hubieran sabido hasta qué punto aquellos mapas eran falsos, nunca habrían aceptado dar aquel salto al vacío.

Pero ¿cómo cruzar el mar? Higienamota, de nuevo, les sugirió que aquellos barcos abandonados sobre la playa podían llevar a cabo en un sentido lo que habían logrado hacer en el otro. La madera estaba podrida, no estaban en condiciones de navegar y, además, los quiteños candidatos para hacer la travesía eran demasiado numerosos para dos navíos, incluso de un tamaño tan extraordinario como el suyo. Pero el cortejo de Atahualpa contaba con los mejores carpinteros del Imperio. Se dio la orden de carenar los barcos y de construir un tercero más grande todavía. Chalco Chímac movilizó a sus ingenieros para que dibujaran los planos de una estructura gigantesca, inspirándose en los modelos que tenían ante sus ojos y escuchando a Anacaona y a su hija. Las dos les describieron el gran navío que había

naufragado antaño sobre las rocas y del que las olas habían arrancado hasta la última tabla.

Durante ese tiempo, los espías de Anacaona vigilaban a Huáscar. El ejército de Cuzco estaba todavía en Jamaica y los quiteños tenían la suerte de que no supieran dónde buscarlos. Se difundió la consigna, entre los habitantes del archipiélago, de hacer todo lo posible por desorientarlos. Huáscar acabaría finalmente por encontrar de nuevo las huellas de su hermano, pero antes se perdería muchas veces por esas tierras, y cada día que pasara explorando una isla que no era la buena era un día ganado por los obreros de Atahualpa. Si fuera necesario, se lo dirigiría hacia Haití, de donde Anacaona era originaria, para ganar aún un poco más de tiempo.

Los hombres de Atahualpa tallaban la madera y cortaban las tablas. Las mujeres cosían las velas multicolor. Los taínos forjaban miles de clavos que sumergían en aceite para protegerlos de la herrumbre. Los amazones volvían a la vida como si se regenerasen a sí mismos, igual que una serpiente muda de piel. Este lento renacer permitía a los dos pueblos abrigar la esperanza de un desenlace feliz: se habían amado brevemente, se dejarían como buenos amigos. Por supuesto, la partida de los quiteños no significaría el fin de la historia para nadie, porque no se podía garantizar de ninguna manera que los barcos supieran retornar al lugar de donde habían venido, ni que Huáscar, resentido al ver a su presa escapársele de nuevo, no se vengara en los taínos. Pero, gracias al destajo de leñadores, carpinteros, costureras y herreros, lo peor dejaba de parecer posible.

Lo único cierto, en cambio, era que nada volvería a ser igual. El eje del mundo estaba a punto de dislocarse. Coya Asarpay, la hermana-esposa, no deseaba marcharse, inquietud que compartían muchos más, pese a su ardor en la tarea. «Hermano mío, ¿a qué viene esta locura?», decía ella. El miedo a lo desconocido pugnaba en su interior con lo ya conocido. Le aterraba saber que el ejército de Huáscar merodeaba tan cerca, pero no se estremecía menos al contemplar el horizonte. ¿Cómo imaginar el otro lado del mar? Atahualpa sabía hallar las palabras: «Hermana mía, vamos a ver de dónde viene el Sol». Y, consciente de que su pueblo necesitaba un guía, sin preocuparse ya de ceremonias protocolarias, se dirigió a todos en estos términos: «El tiempo de los Cuatro Cuartos ha pasado. Vamos a bogar hacia un nuevo mundo, no menos rico que el nuestro, repleto de tierras. Con vuestra ayuda, vuestro emperador será el Viracocha de la nueva era, y el honor de haber servido a Atahualpa recaerá sobre vuestras familias y sobre vuestros *ayllus* durante generaciones. Y si nos hundimos, será porque debía ser así. Iremos a

encontrarnos con Pachacámac en el fondo del mar. Pero si pasamos... ¡Qué viaje! ¡Vamos, en marcha hacia un Quinto Cuarto!». Entonces, los quiteños, serenados y animados por esas palabras, repitieron con una sola voz: «¡En marcha hacia un Quinto Cuarto!».

Sin embargo, aunque las tres naves no podían dar cabida a todo el mundo, Atahualpa no tenía la intención de deshacerse de parte de sus posesiones. Había que cargar la vajilla, los ropajes, el ganado, los víveres. Por lo que había entendido de las explicaciones de Anacaona, consideró oportuno llevarse consigo mucho oro. Luego, seleccionó personalmente a los candidatos a embarcar en función de su rango y de su utilidad: la nobleza, los soldados, los funcionarios del Imperio (contables, archiveros, adivinos), los artesanos, las mujeres... No llegaban, en total, a doscientas personas, pero, aun así, los barcos iban demasiado cargados. Se embarcaron también algunos caballos, llamas y cobayas como alimento; Atahualpa no quiso separarse de su puma ni de sus papagayos.

Poco antes de la partida, Higenamota fue al encuentro del emperador y le dijo: «Déjame ir con vosotros». Atahualpa comprendió que, durante toda su vida, ella no había dejado de pensar en el país misterioso de donde, tiempo atrás, habían venido aquellos hombres de tez pálida. Vio en ella una baza que le podría servir.

Por fin, el día de la partida llegó. Los quiteños que no habían podido embarcar lloraban en la playa. Anacaona abrazó a su hija. Atahualpa, acompañado de sus generales, saludó por última vez a la isla que lo había acogido, embargado por el sentimiento de no estar seguro de si volvería a verla.

7. LISBOA

Navegaron.

Durante la travesía, Higenamota se convirtió en la amante de Atahualpa. El joven emperador amaba a esa mujer que tenía la edad de ser su madre y que, por propia voluntad, había abandonado su país natal por unos cuentos que nunca había olvidado desde su infancia.

Ambos se inclinaban sobre los viejos mapas hallados a bordo e intentaban descifrarlos. Los sabios de Atahualpa habían logrado comprender cómo se utilizaba un instrumento que permitía orientarse gracias a las estrellas, de modo que los barcos pudieron mantener el rumbo sin desviarse de su trayectoria.

Una mañana, Rumiñahui fue a buscar a Atahualpa a su habitación, donde estaba bebiendo *akha* con su amante, porque unos pájaros blancos estaban dando vueltas por el cielo, señal de que había tierra en algún lugar cercano. Cuando por fin esa tierra apareció en el horizonte, las semanas pasadas en la intimidad del emperador habían dado a la hija de Anacaona un conocimiento notable del quechua (que era la lengua que utilizaba Atahualpa, preferible al aimara, pero con acento de Quito).

Navegaron a lo largo de la costa de aquellas nuevas tierras. Una noche, poco antes del amanecer, se produjo un prodigio que espantó a los navegantes: el mar se puso a agitarse sin que se levantara un sople de viento. Fue como un huracán silencioso que estuvo a punto de hacer naufragar a los tres navíos ya agotados. Habría sido muy cruel encontrar la muerte a dos cables de tierra firme, cuando todo hacía creer que habían alcanzado el término de su travesía. La habilidad de los pilotos logró preservarlos de una ironía tan trágica.

Entraron por la desembocadura de un río gigantesco. Una gruesa torre de piedra se les apareció, como salida de las olas para guardar la puerta del mar. A mano derecha, unas colinas verdeantes auguraban un país acogedor. Pero a su izquierda, una llanura inundada hacía pensar que la cólera del río lo había sacado de su cauce. Un amplio edificio de piedra blanca, de una longitud con la que solo los más grandes palacios de Cuzco podían compararse, se alzaba a la orilla del río. Los pájaros habían dejado de cantar. Los recién llegados, inquietos por ese silencio, no se atrevían a pronunciar ni una palabra.

Atahualpa ordenó que se aproximaran a la torre. Sus muros estaban adornados con esculturas de animales desconocidos. Una cabeza de tapir con un ridículo cuerno en el hocico intrigó particularmente a los navegantes. También había, grabadas en la piedra, unas cruces que Higenamota reconoció como el emblema de los extranjeros de antaño. Entonces supieron que habían alcanzado su objetivo.

Los barcos avanzaron a lo largo del río. Un espectáculo extrañísimo se desplegaba a su paso. Casas de piedra derruidas, fuegos ardiendo en las colinas, cadáveres desparramados por el suelo. Hombres, mujeres y perros deambulaban entre los escombros. Los primeros sonidos que los quiteños oyeron del Nuevo Mundo fueron ladridos y llantos de niños.

El río se ensanchaba como un lago. Los pilotos debieron bordearlo entre restos de barcos medio sumergidos. Finalmente, descubrieron una plaza tan amplia que igualaba en superficie a la fortaleza de Sacsayhuamán, sobre la que se diría que habían sido arrojados barcos de todos los tamaños, los cuales

yacían con la quilla torcida, el casco partido y los mástiles arrancados. En el ala izquierda de la plaza, un magnífico palacio, coronado por una afilada torre, parecía haberse hundido sobre sí mismo. Desembarcaron allí.

La plaza, cuya magnificencia, de la que alardearía en un pasado todavía reciente, se podía adivinar, no era más que una enorme charca. Las sandalias de los quiteños se hundían en el barro y el agua les llegaba hasta los tobillos, incluidos los imperiales de Atahualpa, quien había juzgado prudente no llamar a sus portadores, habida cuenta del suelo empapado que los charcos habían reblandecido.

Se cruzaban con sombras de personas aturcidas, harapientas, que daban vueltas cansinamente en torno a los barcos encallados, con la mirada vacía, chocando a veces entre ellas como si estuvieran ciegas, y cuando se daban cuenta por fin de la llegada de los visitantes, les dirigían miradas inexpresivas, sin comprender y sin manifestar la menor sorpresa. De vez en cuando, un crujido siniestro provenía de la ciudad, seguido de gritos que pasaban a ser, al poco rato, desconsolados lamentos.

El aire, sin ser frío, mordisqueaba la carne. Habitados a las ásperas soledades andinas, los quiteños no tomaron precauciones, fascinados por el cuadro desolador que se abría ante sus incrédulos ojos. Pero Higenamota, que los había llevado hasta el fin del mundo, era una taína. Nunca había conocido más que dos estaciones en sus islas, la seca y la húmeda, ambas calurosas. Atahualpa observó cómo temblaba su cuerpo desnudo. Las tripulaciones estaban agotadas, irritadas después de semejante viaje. Decidió hacer un alto y ponerse a cubierto. Pero ¿dónde hallar un techo en aquel campo de ruinas que pudiera dar cobijo a ciento noventa y tres hombres, treinta y siete caballos, un puma y algunas llamas? Volvieron al edificio que habían visto río abajo, el único que, aunque tenía la torre en el agua, parecía sostenerse aún en pie.

Era un largo palacio anguloso, reforzado con finas columnas, puntiagudas como lanzas, que parecían servir de rodrigones, con anchos ventanales abovedados, torretas simétricas repartidas por aquí y por allá, dominado por un torreón en forma de cúpula y cuya piedra gredosa había sido tan finamente labrada que se diría tallada en hueso.

Estaba habitado por unos extraños individuos: hombres vestidos con ropajes marrones y blancos, afeitados en lo alto del cráneo, arrodillados con las manos juntas y los ojos cerrados, ocupados en murmurar sonidos inaudibles. Cuando por fin se percataron de los visitantes, esas extrañas criaturas echaron a correr en todas direcciones, como pequeños cobayas

enloquecidos, haciendo resonar sus sandalias sobre el empedrado y lanzando gritos estridentes. Uno de ellos, sin embargo, que llevaba un anillo de oro en la mano derecha, más tranquilo y más dueño de sí mismo, se les acercó para hablar. Atahualpa preguntó a su amante si ella entendía su idioma, pero esta reconoció que no llegaba a distinguir más que palabras sueltas —«providencia», «castigo», «india»— en frases cuya estructura le era incomprensible, aunque extrañamente familiar. Hubo de admitir que las conversaciones con el extranjero de antaño habían quedado olvidadas en el profundo pozo de su memoria y que no conservaba ningún recuerdo de su lengua, salvo fragmentos dispersos. No obstante, las criaturas, aunque asustadas, parecían inofensivas. Atahualpa ordenó a los suyos instalarse allí. Se desembarcó a los animales y se acomodó a los hombres y a las mujeres en un vasto refectorio. Higenamota, dirigiéndose al del anillo de oro, dijo: «Comer». Vio que el hombre la había entendido, pues mandó traer algo de comida: sopa caliente con una especie de galleta con una corteza crujiente y la pasta blanda, que encontraron deliciosa, dado el hambre que tenían. Gustaron también de un elixir oscuro teñido de rojo.

De ese modo, el largo viaje acababa por fin. Todos, hombres, mujeres, caballos, llamas, habían sobrevivido al mar. Habían llegado a la tierra del Sol naciente.

Fuera, el río se cubría de reflejos dorados, o tal vez era la paja que flotaba en su superficie.

Había en el interior de aquel palacio un lugar sagrado, ornamentado con unas placas translúcidas, rojas, amarillas, verdes, azules. El techo era como una tela de araña excavada en la piedra, de una altura que sobrepasaba la del palacio de Pachacútec. En un extremo del edificio, sobre un estrado fastuosamente decorado, aunque no tapizado del todo de oro, como la Casa del Sol, destacaba la estatua de un hombre muy delgado clavado sobre una cruz. Los hombres rapados manifestaban en ese lugar una devoción ferviente. Los quiteños enseguida comprendieron que se trataba de una especie de *huaca*. ¿Quién era ese dios clavado? No tardarían en aprenderlo.

Las criaturas parecían reñir entre ellas y los quiteños sabían que eran el objeto de sus discusiones.

Se disponían a limpiar los escombros que había por todas partes. Atahualpa creyó oportuno ordenar a sus hombres que ayudaran a los rapados. Los quiteños despejaron el terreno. Para quien fuera originario de Tahuantinsuyo no era difícil imaginar lo que había ocurrido: la tierra había temblado, se había abierto y luego una ola enorme había golpeado la costa.

Atahualpa y sus hombres estaban muy familiarizados con ese fenómeno. Por otra parte, el olor a huevo podrido, tan característico, flotaba en el aire, traído por un ligero viento del este.

Atahualpa había escogido una sala lo suficientemente amplia para él y sus mujeres, en la que mandó colocar su estera para dormir. Se le unieron Higenamota, que no había encontrado dónde colgar su hamaca, y su hermana-esposa, Coya Asarpay. El resto del grupo se había abrigado bajo las arcadas del patio interior, en el que habían metido a los animales, a los cuales los hombres rapados se acercaban con temor y curiosidad, pues jamás habían visto animales como las llamas. Finalmente, bajo la mirada vigilante de Rumiñahui, pudieron dormir después de haber pedido un poco más del elixir oscuro.

8. EL PAÍS DE LEVANTE

Los rapados, temerosos como eran, no dejaban de preguntarse quiénes serían esos visitantes que admiraban sus vestimentas y tocaban sus orejas, pero se perdían en conjeturas. La presencia de mujeres los sumía en una intensa agitación, especialmente la de Higenamota, cuya sola visión parecía cegarlos como el sol, porque se tapaban los ojos con las manos y volvían la cabeza a su paso. Quisieron echarle sobre los hombros una de sus feas capas, pero ella la rechazó entre risas. La princesa cubana iba vestida tan solo con unos brazaletes en las muñecas y los tobillos que habían pertenecido a su madre, más un collar de oro que le había regalado Atahualpa.

Sin embargo, el rapado del anillo, que era su jefe y parecía el más razonable, al ver que ella entendía un poco su idioma, la llevó a una sala donde otros rapados se dedicaban a garabatear unos cuadrados de tela ennegrecidos con pequeñas rayitas. Higenamota reconoció enseguida, por haberlas visto en otra época guardadas en unas cajas de cuero, las hojas que hablan, las cuales inundaban la sala hasta el techo. El rapado del anillo extendió una de esas hojas, sobre la que se había dibujado un mapa muy parecido al que ella había encontrado en el barco de los extranjeros. Higenamota comprendió que el hombre trataba de averiguar de dónde procedía. Él señaló sobre el mapa un lugar que llamó Portugal. A la izquierda, no había más que un gran vacío, con excepción de una pequeña isla situada mucho más abajo.

Quizquiz se llevó a diez hombres para inspeccionar los alrededores y volvió para informar a Atahualpa: el país estaba completamente destruido. La

ciudad parecía muy grande y muy poblada. Los habitantes estaban impactados por el estupor. Nadie se había fijado en los recién llegados. El río era abundante en peces y la tierra, cuando no temblaba, parecía acogedora. Quizquiz traía a modo de muestra una especie de llama enana que habían encontrado por el camino. No habían visto ningún pájaro por el cielo.

Se formaron unos espesos nubarrones por el norte y la lluvia extinguió los fuegos que seguían ardiendo en las colinas. Los quiteños aprovecharon la hospitalidad de los rapados para recuperarse de las fatigas de la travesía. Comprobaron que el elixir oscuro que les servían sus anfitriones se volvía rojo cuando era vertido en copas transparentes y esa maravilla les causó una gran impresión.

Cuando Atahualpa consideró que sus hombres habían descansado lo suficiente, ordenó que se quemaran, como era habitual, los restos de lo que él había comido desde su salida de Cuba, y que piadosamente se habían conservado en unas cajas. La costumbre exigía que se quemaran también las ropas que desde entonces había llevado puestas, sin embargo, la situación sin precedentes en la que se hallaba el exsoberano de Chinchaysuyo, desembarcado en una tierra desconocida de la que ignoraba todavía los recursos de alpaca y de algodón (pero bastante desfavorablemente impresionado por el grosero atavío de esas gentes que, no obstante, vivían en un palacio), lo incitó a omitir esa parte del ritual.

Desembarcaron las cajas. Atahualpa se volvió a subir a su litera para presenciar la ceremonia. Había querido que se realizara en la orilla del río, allí donde el agua ya se hubiera retirado. La pompa y la suntuosidad habitualmente desplegadas fueron reducidas debido a los pocos medios de los que disponían los fugitivos, pero el soberano vencido parecía deseoso, pese a todo, de reafirmar las prerrogativas de su real persona, aunque en realidad esta no había sido cuestionada por nadie. Para la ocasión, había prestado a Higenamota su manto de piel de murciélago, ya que el aire era fresco. La princesa cubana permanecía a su lado, al igual que su hermana-esposa, Coya Asarpay, mientras que las pequeñas, Cusi Rimay y Quispe Sisa, estaban sentadas a sus pies. Sus tres generales, montados a caballo, se erguían firmes con un hacha en la mano. Cuando acabaron las danzas y los cánticos, una mujer escogida entre las sacerdotisas del Sol prendió la primera caja al son de los tamboriles. Enseguida se elevó por el aire un olor a carne quemada, lo que hizo que se acercaran los habitantes de los alrededores. Estaban sucios y andrajosos, y sus ojos abiertos como platos, fijos en las cajas, parecían no reparar en los quiteños. Nadie habría osado interrumpir la ceremonia sin una

orden expresa de Atahualpa, que este no dio, pero todos estaban pendientes de las reacciones de aquellos recién llegados, que se iban acercando a las cajas en círculos concéntricos. Finalmente, no pudiendo aguantar más, uno de ellos metió las manos en la hoguera y sacó un hueso medio roído. Inmediatamente fue detenido por los soldados de la guardia, prestos a cortarle el cuello, pero Atahualpa hizo un gesto de perdón. Eso fue como una señal para todos los demás. Los quiteños contemplaron, estupefactos, aquel bestial espectáculo. Reventaron las cajas y los habitantes del Levante se disputaban su contenido entre gruñidos. Comían apresuradamente lo que podían, protegiendo a patadas su miserable botín. Sin duda más por sorpresa que por piedad, se les dejó que se acabaran su comida. Y cuando hubieron engullido hasta el último huesecillo de cobaya, fue como si despertaran de una fiebre maligna. Alzaron los rostros manchados de grasa y vieron por fin a los visitantes. Entonces se quedaron paralizados.

Más tarde, la escena sería inmortalizada por un célebre cuadro de Tiziano: Atahualpa, joven, bello, imperial, con un papagayo en el hombro, su puma tendido a los pies, entre sus mujeres, Higenamota, vestida con un manto de reflejos cobrizos que deja su pecho al descubierto, Cusi Rimay, con expresión de asco, su hermana pequeña, Quispe Sisa, espantada por el espectáculo de los primeros levantinos que ve de cerca, todos los quiteños inmóviles con sus vistosas ropas de colores tornasolados y motivos geométricos, el lustroso pelaje del caballo negro de Rumiñahui y los caballos blancos, crines al viento, de Quizquiz y Chalco Chímac. En el centro, un levantino sentado con las piernas cruzadas mordisquea un hueso con la boca entreabierta ante una sacerdotisa del Sol horrorizada. Otro, más curioso, toca la oreja de un noble inca impasible. Otro permanece de rodillas, implorando con los brazos extendidos hacia el cielo. Por último, los demás se inclinan respetuosamente delante del emperador.

Por supuesto, Tiziano no estaba allí para asistir a la escena y eso no pasó exactamente así.

Es verdad que uno de los levantinos quiso tocar la oreja de un noble inca, pero entonces Atahualpa, sin moverse de su litera, hizo una señal a su guardia; los hombres golpearon sus lanzas contra los escudos y los levantinos se dispersaron como vicuñas espantadas por el trueno.

Después de ese episodio, la noticia de la llegada de los quiteños se extendió por los alrededores. Algunos levantinos harapientos se apretujaron en torno al palacio de los rapados. Quizquiz, una vez más, fue enviado a reconocer el terreno. E informó de que sus intenciones, sin ser claramente

hostiles, no parecían muy amigables. Entonces se limitaron las salidas a lo estrictamente necesario. Después de todo, los quiteños se encontraban bien y a salvo tras esos muros de piedra. Las reservas de elixir oscuro eran abundantes y, de todas formas, no tenían adónde ir.

9. CATALINA

Los días pasaron, contaron una luna o quizá dos. Los quiteños estaban dispuestos a quedarse hasta que se agotaran las reservas. Pero la Historia nos ha enseñado que, en el fondo, pocos acontecimientos se toman la molestia de anunciarse, entre los cuales está cuándo a unos pocos les gusta desbaratar las previsiones mientras que la mayoría se contenta con dejar que sucedan.

Ocurrió que el rey de ese país vino al palacio de los rapados. Iba acompañado de una joven rubia que era su reina, más una numerosa escolta de señores y soldados. Los señores y la reina iban vestidos con una elegancia que los quiteños no habían visto aún entre los demás habitantes, sus telas eran de un tejido que, sin rivalizar con los de los incas, parecía más delicado, pero el rey, cubierto por una sencilla capa y un gorro llano, ambos negros y a juego con su barba, se limitaba a lucir un collar compacto de eslabones trenzados, al cabo del cual pendía una cruz roja engastada también en un anillo de oro. El cabello rubio de la reina les intrigaba menos que la barba del rey. El de las barbas negras habló primero con el jefe de los rapados, y los quiteños pudieron ver la deferencia con que este se dirigía a aquel, besándole la mano y haciendo varias genuflexiones sin ponerse de pie del todo (pero sin quitarse de ninguna manera las sandalias).

Luego, el rey manifestó su deseo de hablar con Atahualpa.

Dijo llamarse João y, al oírlo, el Inca se volvió hacia Higenamota, ya que ese nombre sonaba un poco como ciertos nombres taínos.

Si al rey barbudo le afectó la desnudez de la princesa, no lo dejó aparentar. Dijo que reinaba en el país de Portugal e hizo grandes gestos con los brazos, dando muestras de amplitud, para referirse a un vasto imperio, pero la conversación era difícil debido a que Higenamota no comprendía más que algunas frases sueltas. El rey pronunciaba mucho la palabra *deus*, que ella no entendía. Atahualpa tendió un brazo en dirección al oeste para explicarle de dónde habían venido ellos. João parecía perplejo. Pronunció la palabra: ¿*Brasil*?, pero sus interlocutores seguían sin entenderlo.

Se produjo un silencio. Entonces el rey dirigió unas palabras a su esposa, que Higenamota comprendió a medias: le preguntaba dónde podrían encontrar

un traductor para hablar *turco*. La reina le respondió con gracia que, para eso, tendrían que esperar a que su hermano regresara victorioso de su futura «cruzada» contra un rey llamado Solimán, e Higenamota se percató de que podía comprender a la reina. Fue así como, del pozo de la memoria, brotaron unas palabras que ella había creído olvidadas: «¿Hablas castellano?».

El rey y la reina la miraron de arriba abajo, estupefactos.

Entre las dos mujeres se entabló una animada conversación.

La reina preguntó si venían de las Indias, de África o de Turquía.

La princesa le dijo que ella vivía en una isla situada al otro lado del sol poniente.

La reina dijo que ellos sabían de una isla lejana de nombre Vera Cruz, adonde el pueblo de su marido había ido en busca de madera, pero nunca regresaron.

La princesa dijo que había visto extranjeros parecidos a los portugueses desembarcar en su isla, hacía mucho tiempo, pero que buscaban oro y no madera.

La reina se acordó de un marino genovés que deseaba demostrar la redondez de la Tierra y al que sus abuelos Isabel y Fernando habían enviado al oeste para buscar un camino a las Indias. Nunca jamás había vuelto, y por eso nadie se había arriesgado desde entonces a tratar de cruzar la mar oceánica.

La princesa le dijo que ella conoció a ese marino cuando era pequeña y que había muerto en sus brazos.

La reina preguntó si venían de Cipango y si los había enviado el Gran Kan.

La princesa le dijo que Atahualpa era el emperador de los Cuatro Cuartos, sin mencionar la guerra civil que había sostenido y perdido frente a su hermano.

Atahualpa supo que hablaban de él, pero no entendía nada de la conversación.

João parecía comprender, pero se callaba.

La reina dijo que se llamaba Catalina y que venía de un país llamado Castilla.

La pequeña Cusi Rimay tocaba la barba de João, que la dejaba hacer.

La princesa preguntó si el país en el que estaban era muy grande.

La reina dijo que su marido reinaba sobre reinos más allá de los mares, pero que su hermano reinaba sobre tierras más vastas.

La princesa sabía que España reunía Castilla y Aragón.

La reina le habló de Italia y de Roma, donde vivía un sumo sacerdote, de Alemania y de sus príncipes, así como de la lejana Jerusalén, ciudad de un tal Jesús, ahora en manos de un pueblo enemigo.

La princesa preguntó cuál era el cataclismo que había golpeado a la ciudad.

La reina le dijo que, cuando la tierra había temblado, las aguas del río se habían abierto en dos y habían lanzado los barcos al cielo.

Se oyó fuera un grito lúgubre, sin que se pudiera determinar si se trataba de un hombre o de una bestia.

Entonces, João se dirigió de nuevo al rapado del anillo. Parecía preocupado y le hablaba con firmeza.

Higenamota preguntó a la reina de qué hablaban los dos hombres. Supo entonces que estaban en un templo y que los rapados eran sacerdotes. La reina le explicó que algunos de ellos predecían un nuevo cataclismo y que João quería poner fin a esos rumores. La gente del lugar pensaba que era la cólera de Dios, que se había abatido sobre el país, y que la presencia de los extranjeros venidos del mar no hacía más que acrecentar sus temores y sus supersticiones.

La princesa preguntó de qué dios se trataba.

La reina deslizó una mano por el rostro y el pecho, en un rápido gesto que la cubana había visto hacer con frecuencia a los españoles que había conocido tiempo atrás.

Luego, el rey y la reina se despidieron. Residían lejos de allí, al otro lado del río, por temor a una enfermedad que llamaban la peste.

10. LAS INCADAS, CANTO I, ESTROFA 1

*Oh vosotros, valientes de playas tan lejanas,
partiendo de Occidente, por vuestra sola hazaña
habéis hollado más allá de las costas cubanas
en mares que por vez primera se cruzaban;
vosotros, que, menospreciando el viento y la furia
a través de peligros y combates gigantescos,
llegasteis a crear, como premio de conquista,
de un nuevo Imperio los fundamentos primeros.*

11. EL TAJO

En los días que siguieron, Atahualpa no salió de su cuarto y mandó que le llevaran mucha cantidad del elixir oscuro. La entrevista lo había sumido en una fantasía que lo irritaba. Si en algún momento había pensado conquistar ese Nuevo Mundo como sus antepasados habían conquistado el norte, ahora se daba cuenta de la ingenuidad de su empresa: no se puede tomar posesión de un país con menos de doscientos hombres. Tan solo un loco habría imaginado algo así. Por añadidura, la escolta del rey João le había dejado entrever las capacidades militares de los nativos, disciplinados, bien equipados, que, sin ninguna duda, sabrían combatir a la perfección llegado el caso.

Pero había que animar a sus tropas, por poco numerosas que fuesen, lo cual implicaba ofrecerles perspectivas, algo a que agarrarse, al menos la ilusión de una esperanza. Atahualpa conocía bien los efectos mortíferos de la inacción; sabía que había que reemprender la marcha, pero ¿hacia dónde? Una vez llegados a este Nuevo Mundo, ¿adónde ir? ¿Qué hacer? Se veía incapaz de abandonar ese refugio de piedra tan abundantemente provisto de elixir oscuro.

Las circunstancias, como le ocurre casi siempre a cualquiera de nosotros (si uno, honestamente, tiene a bien reconocerlo sin creerse dueño de su destino), decidirían por él.

Una muchedumbre de levantinos crecía a las puertas del templo, al mismo tiempo que se elevaba un murmullo amenazador. Cada día, cuando iban de reconocimiento, a Quizquiz y sus hombres les parecía más y más numerosa, y el fragor iba en aumento. Algunos, excepcionalmente audaces, llegaban a tirarles piedras. Sin embargo, la mayoría temblaba a su paso y no se atrevía a hacer nada, pero nadie podía decir cuánto tiempo aguantaría el dique invisible del miedo antes de dar libre cauce al río de la cólera. Higenamota preguntó a los rapados qué era lo que trastornaba a aquella muchedumbre. El jefe de los sacerdotes, que hablaba castellano, le explicó que la gente de ese país era muy supersticiosa. No habían visto en el temblor de tierra un fenómeno natural, como él mismo creía, sino una venganza divina, a la que no podían por menos que asociar la presencia del grupo de Atahualpa. Los lisboetas tenían la opinión dividida: para unos, los visitantes eran turcos; para otros, indios. Una pequeña minoría veía en ellos a unos enviados del cielo. Pero la mayoría los consideraba lisa y llanamente unos demonios. Entre los mismos rapados, la cuestión no estaba zanjada.

Higenamota preguntó al sacerdote cómo la veía a ella. El hombre no pudo evitar mirar el pecho, las caderas y el bajo vientre de la cubana. Respondió

con una voz sorda, signo evidente de confusión: «Como a una criatura de Dios».

Higenamota informó de la conversación a Atahualpa, que tomó la decisión de irse de allí antes de la siguiente luna.

Trataron de negociar la compra de víveres, caballos, carromatos y *vinho* (que es como los levantinos llamaban al elixir oscuro). Los habitantes de la ciudad, demasiado felices por verlos partir, les suministraron todo lo que pedían.

Dejaron sus tres navíos anclados cerca de la torre. Las embarcaciones estaban tan desgastadas que no habría sido prudente continuar la navegación, ya que ignoraban hasta qué punto ese río, al que los rapados llamaban Tejo, era practicable.

No sabiendo adónde ir ni teniendo ninguna razón para tomar una dirección u otra, avanzaron por la orilla de aquel río, del que Catalina les había dicho que llevaba a Castilla. ¿Qué iban a hacer allí? Atahualpa no tenía la menor idea. Pero *Castilla* era una palabra y, aunque todavía era una palabra vacía, él creía en la fuerza de las palabras. Podía valerle de objetivo tanto como cualquier otra.

Encontraron por el camino cadáveres pudriéndose en la tierra, pueblos devastados, levantinos consternados. Las reacciones a su paso eran muy diferentes. Los habitantes de una población llamada Alverca los miraron como a seres sobrenaturales. Les pidieron limosna en Alhandra. Villa Franca de Xira los recibió con hospitalidad, pese a la extrema miseria en la que vivían sus habitantes. En cambio, tuvieron que vérselas con la población de Santarem, que los acogió con horcas, poseída por una rabia homicida irreprimible.

Con el paso de los días, Higenamota constató que comprendía cada vez mejor lo que decían los levantinos con los que se cruzaban en su marcha.

Atahualpa sabía lo que eso significaba: habían llegado a Castilla. Aun así, le pidió a su compañera cubana que no lo divulgara. Continuaron bordeando el río. Más valía esa vida errante, después de todo, que haber caído en manos de Huáscar o haber perecido en el mar, y su gente se había acostumbrado a ella desde la huida de Quito.

Avanzaron así, penetrando por aquellas tierras siempre más lejos, a merced de caminos y de pueblos, hasta llegar a una ciudad llamada Toledo.

12. TOLEDO

Vieron que esta ciudad estaba situada sobre un cerro rocoso, y enseguida les gustó.

Había un puente de piedra que cruzaba por encima de la garganta del Tajo, y unas murallas almenadas que rodeaban la ciudad; también había un templo que se elevaba hacia el cielo y unos palacios macizos, puestos sobre la montaña por la mano gigantesca de Viracocha.

Toledo ofrecía a los viajeros la imagen de una fortaleza inexpugnable, pero los guardias del puente, al ver llegar el cortejo del Inca, se apartaron para dejarlo pasar sin hacer ninguna pregunta.

El grupo de Atahualpa se diseminó por las estrechas callejuelas. Había numerosos tenderetes, pero la ciudad parecía desierta. Un rumor, sin embargo, los condujo hasta una gran plaza en la que estaban reunidos todos los habitantes. Indudablemente, se trataba de una ocasión especial.

El espectáculo intrigó a los quiteños. El propio Atahualpa, famoso y admirado por su capacidad de no desviarse nunca ni un ápice de su serenidad imperial, incluso con las cosas y las situaciones más sorprendentes, no pudo disimular una ligera expresión de curiosidad.

En el centro de la plaza, metidos en una jaula, había unos cuantos hombres y mujeres tocados con un capirote y vestidos con túnicas, unas amarillas y otras negras, en las que se habían pintado unas cruces rojas y unas llamas. En las túnicas amarillas, las llamas estaban vueltas hacia abajo. Algunos llevaban unas cuerdas atadas al cuello. Todos sostenían en la mano una larga vela apagada. A ambos lados de la jaula había unas cajas negras y unos muñecos de tamaño humano.

Delante de ellos, alineados en torno a una gran cruz blanca que se había erigido para la ocasión, unos hombres rapados, semejantes a los de Lisboa, escuchaban a uno de ellos perorar un largo discurso apuntando con su dedo acusador hacia los encapirotados de la jaula.

Higenamota se había fijado en los caciques que estaban en un lateral, cuyos ropajes de buena hechura y digno porte los delataba. Una joven rubia se parecía a Catalina, tenía la misma prestancia y la misma mirada. Sentado junto a ella, un hombre calvo vestido de rojo mostraba un rostro tan seco y huesudo como el de una momia. Unos soldados armados se mantenían de pie a sus espaldas, ostensiblemente encargados de su protección.

El resto de la plaza estaba ocupada por entero por una muchedumbre compacta y vibrante, atenta a las palabras que se pronunciaban en el estrado, y entonaba cantos a intervalos regulares, casi danzando.

Higenamota entendía a duras penas aquellos discursos extraños, de los cuales ciertos pasajes se pronunciaban en una lengua desconocida para ella, y el conjunto no le quedaba claro. Se les pedía a los encapirotados que se retractaran, pero no lograba captar cuál era el objeto del litigio. Cada uno, por turnos, daba un paso adelante y respondía «sí, yo creo» a las preguntas que le hacían, excepto unos pocos que estaban amordazados.

A la cubana, al igual que al resto de sus compañeros, se le escapaba el significado ritual de la ceremonia, pero no su solemnidad.

Un joven, pobremente vestido pero con buen aspecto, se había acercado a ella tímidamente y contemplaba absorto su desnudez bajo el manto de murciélago. Mientras los cánticos se elevaban al cielo, ella le preguntó por el sentido de todo aquello. El joven tímido había dado un paso atrás, pero, a diferencia de los sacerdotes, no dejaba de mirarla.

Estaban juzgando a unos *conversos* sospechosos de haberse mantenido fieles a su antigua religión y de *judaizar*. También podían ser *mahometanos*, o *iluminados* o *luteranos*, aunque estos eran muy raros en esta región. Los allí presentes eran juzgados por *frases malsonantes*, *blasfemia*, *superstición*, *bigamia*, *sodomía* o *brujería* (a veces los cargos se acumulaban), y se exponían a penas más bien benévolas: multa, látigo, prisión o galeras. El joven le explicó que las llamas vueltas hacia abajo estaban reservadas a los que se libraban de la hoguera. Señaló a uno de los encapirotados acusado de cocinar con aceite de oliva y no con manteca. Al menos es lo que ella le tradujo a Atahualpa, aunque no estaba segura de haber comprendido del todo la naturaleza de este último crimen. Los cánticos proseguían.

Según el joven, los jueces eran todos unas serpientes venenosas cuyas madres tenían por costumbre venderse a los hombres, pero entre ellos, sin embargo, había uno que le inspiraba respeto porque había estudiado en una ciudad llamada Salamanca, dedicada toda ella al conocimiento y a reunir, según él, todos los saberes del mundo.

Se descubrió una cruz verde previamente recubierta por un lienzo negro. A continuación, el jefe de los jueces se dirigió al banco de los caciques.

La joven rubia era la reina del país y la momia vestida de rojo, su ministro.

La ceremonia duraba tanto que se repartieron unas colaciones a los asistentes, jueces, acusados y notables.

Luego, unos hombres armados se llevaron a los condenados vestidos de negro, así como las cajas y los muñecos de tamaño humano. Atahualpa, curioso, fue tras ellos. Como no se había dignado informar a sus generales de

sus intenciones, Rumiñahui ordenó a los demás que esperaran y se fue con él, y lo mismo hizo Higenamota, que consideró que la consigna no era para ella; la acompañaba el joven levantino tímido.

Desembocaron en otra plaza en la que había clavados unos postes con argollas rodeados de unas gavillas de paja. Los soldados prendieron las primeras hogueras, a las que arrojaron las cajas negras y los muñecos de tamaño humano.

Luego ataron a los condenados a los postes.

Según una lógica misteriosa que sobrepasaba a los quiteños, estrangularon a algunos antes de entregarlos a las llamas —en ese momento, el joven tímido les explicó que se trataba de un acto de piedad—, pero los demás, cuyos crímenes debían de ser más graves, fueron quemados vivos. A cada uno de ellos se les hizo la señal que ya habían visto hacer a Catalina, consistente en pasar una mano por la cara y por el pecho.

Los sacrificios humanos no eran extraños para los incas. Sin embargo, sabemos que a Atahualpa, por mucho que no quisiera que se le notara, lo impresionaron el espectáculo de aquellos cuerpos retorciéndose y consumiéndose y los gritos de los torturados.

La muchedumbre se quedó en la plaza contemplando las brasas hasta bien avanzada la noche.

La presencia de los quiteños no podía seguir ignorándose. Vinieron en su búsqueda para presentárselos a la reina.

Ella se llamaba Isabel y era la hermana de João, el rey de Portugal, pero, al igual que Catalina, hablaba castellano, y por tanto Higenamota podía entenderla. A decir verdad, la reina era de una belleza superior a la de su cuñada e iba más ricamente vestida. Su esposo reinaba en España y también en un territorio lejano al que ella llamaba Sacro Imperio Romano Germánico, que debía administrar desde el país donde había nacido, más al norte, y defender de un imperio rival que había en el este.

Su hermano le había escrito para advertirla de la llegada de unos indios venidos del oeste. Ella deseaba acoger merecidamente a la que consideraba una embajada de Cipango o de Catai, lo que la obligaba, decía entre risas, a admitir la redondez de la Tierra.

Atahualpa creyó observar entre algunos de los rapados que escuchaban esas palabras, empezando por la momia vestida de rojo, cierta impaciencia o al menos una reserva. Uno de ellos, que se presentó como obispo e inquisidor y respondía al nombre de Valverde, les preguntó si reconocían a la Santísima

Trinidad. Atahualpa mandó contestar que no la conocía. Se produjo a continuación un largo silencio.

Los quiteños fueron alojados en un palacio y se cuidó a sus animales.

Al día siguiente, deambularon por las calles, suscitando no demasiada curiosidad entre los habitantes, tal vez todavía hartos y ebrios de la ceremonia de la víspera.

Había en el grupo de Atahualpa un herrero pelirrojo llamado Puka Amaru, que se percató de que las armas fabricadas por los artesanos de Toledo eran de una calidad casi igual a las de Lambayeque. Informó de sus observaciones a Rumiñahui, que le encargó la conservación del armamento. Puka Amaru recabó todas las hachas, espadas, lanzas y garrotes con punta estrellada, y se las llevó a los herreros locales, que se extasiaron ante la finura del trabajo del hierro. Juntos, las engrasaron, las afilaron y se las intercambiaron. Puka Amaru apreció mucho poder disponer de buenas herramientas: las limas, los buriles, los sopletes de forja eran de una excelente factura, y sus hombres pudieron moldear el hierro sobre buenos yunques. Sus mazas estrelladas intrigaban a los toledanos. También les gustaban mucho las hachas largas, de las que ellos tenían un equivalente que llamaba *alabardas*. En reciprocidad, les ofrecieron unas espadas rectas con la guarnición en cruz y unos sables curvos que eran como largos machetes. Aquel fue, después del descubrimiento del elixir oscuro teñido de rojo, uno de los primeros intercambios culturales entre los quiteños y los habitantes del Nuevo Mundo. Además, el elixir oscuro de Toledo no era menos sabroso que el de Lisboa. Unas jóvenes del entorno de Atahualpa habían contado cómo en Lisboa algunos rapados se asustaron muchísimo cuando ellas habían querido ofrecérseles. En Toledo, en cambio, los hombres y las mujeres se juntaban sin temor.

Pero esta armonía no duró demasiado.

La pregunta acerca de la Santísima Trinidad parecía definitivamente problemática para los sacerdotes locales, que se habían reunido en una especie de consejo que ellos llamaban Suprema. Manifestaban de manera obstinada su deseo de saber si Atahualpa creía o no que un tal Jesús era el hijo de Dios. Atahualpa mandaba responderles que Viracocha había creado el mundo hacía mucho tiempo, pero que, personalmente, había dejado de creer en Pachacámac, hijo del Sol y de la Luna. Esta respuesta, que se pretendía de buena voluntad, parecía incomodarlos mucho, pues al oírla se callaban y bajaban sus miradas torvamente.

Se había convenido que los quiteños esperasen el regreso del rey Carlos, marido de Isabel, a quien fueron a prevenir rápidamente de la presencia de Atahualpa y de su delegación. Sin embargo, el sacerdote con cabeza de momia, que llevaba por nombre Távera y tenía el título de cardenal, desaprobaba que se hiciera venir al rey, ya que tenía, según él, asuntos más importantes que atender en una región del norte llamada Países Bajos.

La reina Isabel no era de esa misma opinión, ella deseaba el regreso de su esposo. Pidió al consejo de la Suprema, y especialmente al sacerdote Valverde, que tuvieran a bien dejar de importunar a sus huéspedes. Este requerimiento fue hecho como un ruego, pero la Suprema parecía poco dispuesta a concederlo. Los interrogatorios prosiguieron, esta vez acerca del número de sacramentos y del celibato de los sacerdotes. Atahualpa mandó responder que, en su país, las cosas relativas a los dioses estaban en manos de sacerdotisas. Eran mujeres escogidas que se consagraban al culto del Sol y al servicio del emperador. El consejo entero lanzó una exclamación de asombro. Conciliador y evitando herir la susceptibilidad de nadie, Atahualpa les envió a la sacerdotisa de su séquito más fervorosa para que les explicara en qué consistía ese culto, ya que parecían manifestar un vivo interés por él, pero se negaron a recibirla.

Los hombres de Quizquiz no tardaron en informar sobre algunos rumores que estaban extendiéndose por la ciudad, según los cuales los visitantes eran, en realidad, moros o turcos. El término *heréticos* se oía cada vez con más frecuencia, y Quizquiz comprendió que no era halagüeño.

Una noche, una vieja avisó a Higenamota de que la Suprema había decidido arrestarlos a todos al día siguiente al amanecer, para ser juzgados y quemados como conversos. Era una vieja judía que había visto a miembros de su familia perecer en las llamas. No le quedaba más que un hijo.

Higenamota se apresuró a informar a Atahualpa de la advertencia de la vieja. Se reunieron con los generales y con Coya Asarpay para establecer un plan de acción. Los quiteños comprendieron que estaba en juego algo muy grave en torno a los diferentes grupos de creencias, los judíos y los conversos, los moriscos mahometanos, los luteranos, los viejos y los nuevos cristianos. No alcanzaban a entender exactamente lo que había tras las historias del dios clavado y de la cocina con manteca de cerdo, pero sabían que los levantinos se lo tomaban todo muy a pecho, como habían podido comprobar sobradamente en la ceremonia de las hogueras.

Se decidió un plan de acción. Había que neutralizar a la Suprema, a los guardias, a la escolta de la reina y de Távera, a todos los soldados que hubiera

en la ciudad, y, en fin, a todos sus habitantes, cuya reacción era imposible de prever, si bien, por el decir de los exploradores de Quizquiz, todo hacía pensar que sería potencialmente hostil.

Higenamota objetó que no todos eran culpables y que, entre los habitantes, además de la vieja judía que había ido a prevenirlos, también había futuras víctimas de la Suprema.

Coya Asarpay replicó que, ya que estas, tarde o temprano, serían víctimas, era inútil dejarlas aparte. Más aún, matarlas en ese momento sería un acto de clemencia si así se les evitaba la hoguera.

Pero Chalco Chímac comentó que esa gente, conversos, moriscos, brujas, bígamos, iluminados o luteranos, significase lo que significase eso, también eran los únicos aliados potenciales de los quiteños, quienes, por el momento, no contaban con ninguno.

Quizquiz preguntó cómo reconocerían, llegado el caso, a los que habría que salvar.

Higenamota veía una manera muy sencilla: únicamente los cristianos hacían el signo de pasarse la mano por la cara y el pecho. Lo hacían cada vez que tenían la oportunidad y, según recordaba de los españoles que ella había conocido cuando era niña, lo hacían sobre todo al ver cerca la muerte. Precisamente era lo que reprochaban a los que se exponían a la hoguera por no ser buenos cristianos.

Rumiñahui dijo que, en ese caso, bastaría con salvar a los que no hicieran ese signo y con matar a todos los demás.

Atahualpa decidió que procederían así, en la medida de lo posible.

Se distribuyeron las armas y se herró a los caballos en secreto. Todos, incluidos los nobles, las mujeres y los niños con edad de sostener un hacha, se prepararon para el combate. No habían hecho todo ese viaje, ni habían escapado de la venganza de Huáscar, ni habían sobrevivido a las tempestades para acabar asados a la brasa como cobayas o estrangulados por unos salvajes velludos.

Poco antes de amanecer, Quizquiz dio la señal.

Sometieron primero a los palafreneros en las cuadras, luego mataron a los guardias del palacio y encerraron a los sacerdotes y a los caciques. La reina fue confinada en su habitación. Se atacó a los soldados por sorpresa y se mató a un gran número de ellos antes incluso de que pensarán en defenderse. Quitaron a los cadáveres los palos de fuego. Luego, cuando los gritos sacaron a los habitantes de sus casas, se cargó a caballo por las calles.

Fue una carnicería. Las espadas toledanas y las hachas de Lambayeque penetraban y cortaban sin distinción de oficio, edad o sexo. Se degolló a la gente en sus casas. Los que trataron de defenderse fueron acuchillados como los demás. Algunos se refugiaron en su templo, a lo que ellos llamaban catedral. Quizquiz la mandó incendiar. Su dios clavado no los socorrió.

El joven tímido que había conversado con Higenamota fue capturado durante el ataque. Había buscado refugio en los soportales, tratando de esconderse en los patios interiores, pero un grupo de quiteños furiosos lo obligó a salir de allí. Huyó por los tejados, pero resbaló y cayó sobre el empedrado. Sentía la muerte en sus talones lanzando gritos de guerra. Puka Amaru, con quien se dio de bruces, le rompió el hombro de un mazazo estrellado. Pero el joven herido, movido por el ansia de vivir, logró levantarse y reemprender su carrera de animal acorralado.

Mientras las masacres proseguían, Atahualpa fue en busca de los miembros de la Suprema. Les preguntó por qué había sido su intención aniquilarlos a él y a su gente, pero ellos no dejaban de gritar señalándole con el dedo una efigie de su dios clavado colgada en la pared. Multiplicaban frenéticamente los signos de la mano. Algunos de ellos caían de rodillas, como golpeados por el rayo, presas de convulsiones.

Él quiso explicarles que un dios que exigía que se quemara vivos a los hombres, cualquiera que fuese el crimen que hubieran cometido, era un dios malvado, pues el cuerpo de los muertos debía permanecer íntegro para que pudieran continuar viviendo después de la muerte, y que un dios así no merecía ser adorado.

Pero como en aquel momento Higenamota no estaba con él para hacerle de intérprete, creyó más sencillo hacerlos ejecutar. Mandaría exponer sus cabezas para dar ejemplo. El sacerdote Valverde murió lanzando imprecaciones cuyo significado nadie pudo descifrar.

La princesa cubana había salido para asegurarse de que la vieja que la había prevenido no temiera nada. Esta vivía con su hijo en un barrio donde apenas había habido violencia, porque los quiteños habían notado que allí nadie hacía el signo de la mano.

Sin embargo, escuchó gritos y el ruido de una cabalgada. Una figura ensangrentada vino a arrojarle a sus pies, perseguida por una jauría de quiteños, a la cabeza de la cual iba el herrero pelirrojo. La princesa reconoció al joven tímido y ordenó a sus perseguidores que se detuvieran. Puka Amaru, que se resistía a reconocer la autoridad de una princesa extranjera, dijo que las órdenes estaban claras y que tenían obligación de cumplirlas. Pero

Higenamota avanzó hacia él hasta rozar su seno con la punta de la espada que el hombre blandía. Tocarla equivalía a la muerte, y él lo sabía. A regañadientes, los atacantes dieron media vuelta.

Higenamota se inclinó sobre el joven, que aún respiraba. Ella le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Él murmuró:

—Pedro Pizarro.

Ella decidió convertirlo en su paje si sobrevivía a las heridas.

En dos horas, mataron a más de tres mil personas.

De vuelta en el palacio, Higenamota fue requerida en presencia de Atahualpa para que le sirviera nuevamente de intérprete. El emperador hizo venir a la reina y a los caciques que había mandado encarcelar y les preguntó por qué habían querido asesinarlo; le respondieron que no había sido cosa de ellos, sino de los inquisidores de la Suprema, los cuales les habían obligado a hacerlo; que la Santa Inquisición escapaba a su autoridad y que el rey Carlos jamás habría aprobado semejante crimen, de haber sido informado.

Después de reprocharles su perfidia, les devolvió la libertad; al día siguiente, la ciudad estaba otra vez repoblada, llena de mujeres y de niños, como si nada extraordinario hubiera ocurrido.

Durante los quince días que pasaron en Toledo, la ciudad y los alrededores disfrutaron de una profunda paz; había en las calles tal movimiento que no parecía que faltara nadie, pues se comerciaba y se abrían mercados como de costumbre. Tan solo las cabezas de los sacerdotes, expuestas en la plaza mayor, recordaban los últimos acontecimientos.

Sin embargo, Atahualpa, que tenía a su cargo a todo su pueblo, reducido ahora a menos de doscientos súbditos, debía decidir qué hacer en adelante. Mandó quemar la gran cruz verde que había presidido la ceremonia de los inquisidores, pero creyó conveniente, por el momento, no exigir que se descolgaran las innumerables imágenes del dios clavado.

Reiteró ante la reina y su ministro, Távera, el deseo de encontrarse con el rey Carlos. La reina le dijo que su marido había ido a defender una gran ciudad del este, amenazada por los turcos, el imperio rival, pero que ya había enviado correos para informarle de su presencia.

Había, pues, que esperar, pero la espera, como bien sabía Atahualpa, es una madrastra que roe la moral de las tropas, más aún si se combina con la inacción.

Chalco Chímac comentó que, sin duda, no era lo mejor quedarse en una ciudad en la que acababan de masacrar a tres mil de sus habitantes.

Quizquiz sugirió ir al encuentro de Carlos, pero Rumiñahui objetó que, así como habían podido sacar ventaja del cataclismo de Lisboa y del desorden consiguiente cuando llegaron, una situación de guerra de la que no sabían nada, ni sobre las fuerzas en liza ni sobre el terreno, y de la que apenas comprendían quiénes eran los contendientes y los triunfadores, entrañaba demasiadas incertidumbres y peligros, máxime para un grupo constituido en su mayoría por civiles, por muy aguerridos que estuvieran después de un año luchando por su vida.

Así, sin tener la menor idea de qué conducta adoptar, se presentaron ante la reina, quien los recibió en audiencia, como estaba previsto, pues deseaban que ella conservara los gestos protocolarios de su real autoridad. Atahualpa iba engalanado con una pechera de oro y cubierto con la larga capa de alpaca blanca que tanta impresión causaba a los levantinos, pero no se decidía a tomar la palabra. Entonces, Higenamota dijo que solicitaban un salvoconducto.

—¿Adónde? —preguntó la reina.

—Salamanca —respondió la cubana.

La reina echó una mirada inquieta a su ministro con cabeza de momia. El cardenal Távera preguntó cuál era la razón de que hubieran escogido ese destino. Higenamota contestó que, mientras esperaban la vuelta del rey Carlos, querían aprovechar el tiempo para estudiar la historia y las costumbres del reino de Castilla, y las del Nuevo Mundo en general.

—*Barbari qui studeant!* —dijo Távera, alzando los ojos al cielo.

De todos modos, los levantinos no estaban en ese momento en condiciones de discutir. Se les entregó el salvoconducto, con cartas de recomendación dirigidas a los más eminentes teólogos de Salamanca.

La vieja que había advertido a Higenamota acudió de nuevo a ella para decirle que deseaba unirse a los quiteños con su hijo; también lo hizo una veintena de personas más. No hacían más que repetir: «¡Cubanos, cubanos!». Atahualpa, que los oía sin entenderlos, se percató de que, a ojos de la vieja y sin duda de la mayor parte de levantinos con los que se habían topado, incluidos la reina y el cardenal, todos eran cubanos, a imagen de su intérprete. Quiso saber por qué esas personas deseaban unirse a ellos. La vieja dijo a Higenamota que, cuando partieran de allí, otros inquisidores vendrían y la persecución continuaría.

Así fue como Atahualpa contó con sus primeros refuerzos, compuestos por unas pocas familias de conversos desesperados, un puñado de herejes lívidos más o menos animosos y el joven Pedro Pizarro, medio muerto.

13. MAQUEDA

El joven soberano siempre encontraba no tanto una meta que les hiciera olvidarse de sí mismos, como un destino, una dirección, un estímulo que cohesionaba a su gente y le daba impulso y fuerza, si bien aquel viaje imposible, inconcebible, que los había llevado primero hasta las puertas de Cuzco y los había alejado de allí después, haciéndoles tocar el ombligo del mundo antes de enviarlos hasta sus más remotos confines, nunca había derivado por completo en pura vida errante, o al menos el grupo de los quiteños nunca fue consciente de ello, pues, de lo contrario, no cabía la menor duda de que habrían naufragado, uno tras otro, en los ríos de la locura. La sangre de Pachacútec corría por las venas de Atahualpa y seguro que eso, más que ninguna otra cosa, había guiado sus decisiones hasta el momento, ya que todavía no había estudiado la filosofía política del levantino de Florencia, cuyas obras solo vendrían a confirmar las dotes de gobernante que había heredado de aquel al que llamaban Reformador, su bisabuelo.

De camino a Salamanca, se detuvieron a las puertas de un pueblo llamado Maqueda. Convencido de que el rumor de la masacre de Toledo se había extendido por toda la región, Atahualpa montó su campamento en las afueras del pueblo y envió a Quizquiz, como de costumbre, a hacer labores de exploración, acompañado de Higenamota por su conocimiento del idioma.

Los habitantes del pueblo se habían congregado en su templo. Quizquiz e Higenamota, que había procurado disimular su desnudez con una capa, se introdujeron allí para asistir a una escena muy extraña.

Un rapado disertaba dentro de una garita de madera ante una asistencia muy distraída. El espectáculo que tenían delante era muy diferente de la ceremonia solemne que había concluido en las hogueras de Toledo, careciendo de su fasto y de su pesada gravedad.

Pero, de repente, un hombre con una espada al cinto interrumpió el discurso del rapado para avasallarlo con insultos. Higenamota, sin captar del todo los detalles, comprendió que lo acusaba de no ser lo que decía ser. Los dos hombres se injuriaron mutuamente hasta que el rapado cayó de rodillas en su garita, con las manos juntas y los ojos al cielo, rogando a su dios que intercediera en su favor.

Enseguida, como fulminado por el rayo, el hombre de la espada se desplomó y se convulsionó echando espuma por la boca. Entonces, todos los levantinos allí presentes fueron presas del terror y, en medio de la mayor confusión, suplicaron al rapado que deshiciera ese sortilegio. El rapado aceptó

bajar de su garita y pasó entre la multitud para ir a inclinarse sobre el cuerpo del hombre agitado por los espasmos. Le colocó una especie de cilindro sobre la cabeza mientras pronunciaba algunas palabras de oscuro significado y las convulsiones cesaron de inmediato.

En cuanto el hombre de la espada volvió en sí, no tardó en testimoniarle su lealtad y se retiró. La consecuencia inmediata de ese episodio fue que la multitud se precipitó hacia el rapado tendiéndole pequeñas monedas de cobre y de plata. Repetían una palabra que la cubana no conocía: *indulgencia*.

Quizquiz e Higenamota se quedaron muy impresionados con los poderes del dios clavado (si es que, como ellos suponían, había sido a este a quien el rapado había invocado para castigar al que lo contradecía). Fueron a dar cuenta del hecho a Atahualpa, el cual, como de costumbre, no manifestó la menor turbación. Sin embargo, consideró oportuno examinar esta nueva amenaza. La moral de su gente era precaria, no debía ser mermada por fuerzas sobrenaturales potencialmente hostiles. Mas ¿cómo proceder con claridad? Después del asunto de Toledo, Atahualpa creía conveniente que se olvidaran de ellos y no quiso ordenar que fuesen en busca del rapado hechicero. Deseaba limitar, al menos por un tiempo, los contactos con los nativos locales. Entonces se acordó de los levantinos que se habían unido a su grupo.

El joven Pedro Pizarro, a quien Higenamota había salvado de la masacre, recuperaba sus fuerzas. Cada anochecer, él le contaba a la cubana historias de su país, que ella traducía a las mujeres y hermanas de Atahualpa. Ella le refirió la escena de la que había sido testigo en el templo de Maqueda y le preguntó de dónde sacaba el rapado sus poderes. Pedro Pizarro, después de escuchar atentamente el relato de su protectora, se echó a reír amablemente.

—Lo que habéis visto —dijo él— son dos pícaros que se habían puesto de acuerdo previamente para representar una comedia, con objeto de sacarles el dinero a los aldeanos del lugar. El sacerdote comercia con indulgencias, es decir, vende a sus fieles unas bulas que él mismo redacta, obviamente en un latín inventado, y que a quienes las compran les permiten redimir sus pecados y salvar su alma. Estoy seguro de que el alguacil que ha fingido discutir con el cura es parte interesada en los beneficios de su pequeño negocio.

Higenamota tradujo sin comprender. No obstante, lo que los quiteños querían saber se refería al poder de vencer a distancia a los adversarios, que el rapado parecía obtener de su dios clavado, y al modo como se hizo obedecer. A este respecto, Pedro Pizarro, que era joven pero no tonto, se lo explicó de nuevo con ayuda de la imaginación: «Si volvéis al pueblo esta noche, cuando el sol se haya puesto, encontraréis al sacerdote ese en su casa, brindando con

su compadre a la salud del público crédulo ante el que los habéis visto hacer su divertida representación». Y añadió, antes de regresar a su lecho para volver a dormirse, fatigado por las heridas pero sin dejar de reírse: «¡La cantidad de veces que impostores como esos engañarán a la gente sencilla!».

Esa fue su primera lección del Nuevo Mundo.

14. SALAMANCA

Escalona, Almorox, Cebreros, Ávila... Atravesaron otros pueblos, se cruzaron con otras gentes. Era un desfile de perros vagabundos, de mendigos, de jinetes, de cruces de madera en procesión. A la orilla de los caminos, como en Tahuantinsuyo, los campesinos inclinados sobre la tierra se levantaban para mirarlos pasar.

Por la noche, Pedro Pizarro les contaba las historias de Roldán y de Angélica, de Renaud a lomos de su fiel Bayard, de Bradamante y el Hipogrifo, de Roger, de Ferragus en busca de su yelmo, y de Olimpia en lucha con Cimosco, rey de Frisia.

Les habló de cómo Gradasse, rey de Sericania, logró capturar al emperador Carlomagno en persona, pero fue vencido luego por Astolfo, armado con una lanza encantada. Atahualpa, que recordaba su captura por los hombres de Huáscar y su evasión al principio de la guerra civil, escuchaba muy atentamente ese pasaje. Asimismo, mandaba repetir las descripciones de los arcabuces en la aventura de Olimpia. Quería saberlo todo sobre las culebrinas, los falconetes, las bombardas, porque no eran quiméricas. Pedro Pizarro le aseguraba que, al contrario que en las venganzas aleatorias del dios clavado, el rayo de esos artefactos, si se sabían utilizar bien, era lanzado con toda precisión. Él mismo, desde muy joven, había recibido una formación militar impartida por sus tíos y primos. Cada vez que el grupo hacía un alto en el camino para acampar, los soldados, bajo su dirección, empezaban a practicar con los palos de fuego. Para Quizquiz eran más ruidosos que eficaces.

A Higenamota le gustaba ese joven de mente despierta que había tomado bajo su ala. Atahualpa lo apreciaba por los conocimientos que podía proporcionarle sobre su país y su mundo. Así supo que España estaba en guerra con otro país llamado Francia.

Recogieron a un negrito que encontraron en una posada de Tejares. Su madre era una criada a la que maltrataban y las mujeres de Atahualpa se compadecieron de él.

Por fin, Salamanca apareció en el horizonte. Descubrieron una ciudad cuya belleza superaba a la de Toledo. Rumiñahui mostró el salvoconducto a las autoridades locales, que los acogieron, no sin temor, con todos los honores. Nuevamente, fueron confiados a los cuidados de unos rapados, categoría de la población que, por lo visto, se dedicaba a las tareas más diversas: adoración de su dios, recolección del elixir oscuro, almacenamiento y conservación de las hojas que hablan... Eran sacerdotes, archiveros, pero también *amautas*^[6], pues debatían acerca de los misterios del mundo y contaban muchas historias, incluso recitaban *haravecs*, ya que algunos de ellos componían poemas según sistemas métricos muy bien medidos. Por otra parte, no paraban de cantar, siempre a coro, melodías cansinas y graves, sin acompañarse de más instrumentos que su voz. Como en Lisboa, por mucho que simularan haber hecho voto de pobreza, vivían en espléndidos edificios.

En el pórtico de uno de esos edificios, los estudiantes que poblaban la ciudad se entretenían buscando una rana de piedra disimulada en un entramado de esculturas. Atahualpa, que se había detenido para contemplar tan fino trabajo, no acertaba a verla. Un mendigo ciego que pedía limosna a la entrada del pórtico le dijo esto: «¿Quién piensa que el soldado que es el primero de la escala tiene más aborrecido el vivir?». El Inca, fuera de su litera, no se ofendió por ser interpelado de ese modo, y pidió a Higienamota que se lo tradujera (aunque él mismo ya empezaba a entender algunos fragmentos del castellano).

El mendigo prosiguió con este extraño discurso: «Ningún escrito debería romperse o destruirse, a menos que sea muy inmundo, sino, por el contrario, ser difundido entre todos, especialmente si es inofensivo y se pueden extraer de él algunas enseñanzas».

El rapado que los acompañaba quiso hacer callar al ciego, pero Atahualpa lo detuvo con un gesto de la mano. Así, el ciego pudo continuar devanando el hilo de su oscuro pensamiento: «Si no fuera así, en efecto, pocos de los que escriben escribirían para un solo lector, ya que esto supone un esfuerzo, y ya que van a hacer ese esfuerzo, quieren ser recompensados por ello, no con dinero, sino con el hecho de que sus obras sean vistas y leídas, y, llegado el caso, incluso elogiadas. Ya dijo Cicerón a este respecto: “Es el honor quien crea las artes”».

Pizarro, que tenía algunos estudios, le explicó en voz baja que Cicerón era un gran *amauta* que había vivido hacía mucho tiempo.

«¿Creéis que el soldado que llega el primero a la brecha desprecia la vida más que los otros? Seguramente no; es su deseo de gloria lo que lo hace

exponerse al peligro. En las artes y las letras sucede lo mismo».

Como notó cerca la presencia del rapado, el viejo ciego se volvió hacia él: «El teólogo predica muy bien, cual hombre que desea a toda costa la salvación de las almas. Pero preguntadle si le molesta que se le diga: “¡Ah, qué maravillosamente ha predicado Vuestra Merced!”».

El ciego se fue después de soltar una carcajada. Antes Atahualpa se quitó uno de sus pendientes y se lo puso en la mano. Hecho esto, continuaron su visita por la ciudad, mientras el rapado le hablaba del Índice, de la herejía y del auto de fe.

A Atahualpa, y más aún a Higenamota, no dejaba de sorprenderlos algo que les había llamado la atención: el que hubiera entre los habitantes algunos hombres satisfechos y colmados de todo tipo de comodidades, mientras que otros de sus semejantes llamaban a su puerta cual mendigos, demacrados por el hambre y la pobreza. A Atahualpa, y más aún a Higenamota, se les hacía extraño que esos necesitados sufrieran semejante injusticia sin lanzarse a estrangular a los otros o a prender fuego a sus casas.

Pedro Pizarro sabía descifrar las hojas que hablan. Había echado mano a una obra, secretamente traducida por un rapado, y la llevaba escondida bajo su manto, y les leía algunos párrafos al emperador y a su compañera cubana: «Pues los grandes, al ver que no pueden doblegar al pueblo, empiezan a favorecer a uno de ellos y le hacen príncipe para poder así, a su sombra, saciar su apetito».

Era de un tratado político que había llegado recientemente de un país llamado Florencia, y el joven Atahualpa, en su atávica sabiduría, presentía que podría serle de algún provecho en el futuro, sobre todo cuando le leían esto: «Además, no se puede honestamente dar satisfacción a los grandes sin causar perjuicio, pero sí al pueblo, porque el fin del pueblo es más honesto que el de los grandes, pues estos quieren oprimir y aquel, no ser oprimido».

Y no es que al joven emperador lo preocupara mucho la felicidad de los pueblos ajenos. Había aplastado sin inmutarse las revueltas de los cañaris, y a aquellos perros de Tumbes, como le gustaba llamarlos, y a los de Toledo. Pero sentía una responsabilidad hacia su propio pueblo, ese pueblo reducido ahora a doscientas cabezas, los sobrevivientes de Chinchaysuyo. Para salvarlos, sabía que tendría que plantar cara a unos adversarios poderosos e innumerables, con los que tendría que hacer sutiles requiebros políticos, usando todas las ventajas del terreno y una comprensión particularmente aguzada de los equilibrios y las relaciones de fuerza. Ese Nicolás Maquiavelo no le pareció mal consejero.

Quizquiz se concentró en los mapas de la región: quería saber cómo se alzan las montañas, cómo se abren los valles y cómo se extienden las llanuras; entender la naturaleza de los ríos y de los pantanos. Puso especial atención en ello.

Chalco Chímac se inició en la disciplina que regía la aplicación de las leyes y de las penas, según un rapado de gran reputación al que llamaban Francisco de Vitoria.

Higenamota aprendió a descifrar las hojas que hablan gracias a su joven protegido, que pasó así a ser su preceptor y, según decían, algo más.

Atahualpa descubrió, fascinado, la enmarañada historia de los reyes nativos.

Todos se quedaban perplejos ante las explicaciones de los rapados sobre las fábulas contenidas en la caja que habla, que ellos citaban con cualquier motivo y de la que no se separaban casi nunca, profesando por ella una adoración obsesiva. El sistema de organización sacerdotal al que pertenecían parecía también de una complejidad abrumadora. Con todo y con eso, había dos cosas que los quiteños tenían muy claras: que había un lugar llamado Roma que suscitaba el mayor respeto, y que un sacerdote llamado Lutero, la mayor excitación. Ni siquiera el tal Francisco de Vitoria, que parecía de una sabiduría superior, podía evitar acalorarse al oír el nombre de su colega. Atahualpa y los suyos no alcanzaban a comprender la naturaleza de la discrepancia, pero esta debía de ser de enorme importancia, ya que era motivo de guerras en el norte.

Había una fábula en concreto que les desagradaba: la historia de un pastor a quien su dios le quita todo lo que tiene, mujer, hijos, ganado, salud, riqueza, y lo hace por diversión, después de una apuesta con un demonio, como para entretenerse, o por orgullo, para comprobar la piedad del desgraciado y mostrar hasta qué punto este permanece fiel pese a las circunstancias. Ese dios no les parecía muy serio a los quiteños, y el hecho de que, al final, le restituyera todos sus bienes, mujer, hijos, ganado, al pobre pastor (y con creces, como para hacerse perdonar su mala pasada), no hacía más que aumentar un sentimiento de recelo con respecto a él. Jamás se le habría ocurrido a Viracocha un juego tan pueril y cruel. En cuanto al Sol, su curso imperturbable lo situaba muy por encima de tales chiquilladas.

La ceremonia de la misa, sin embargo, les interesaba. Los órganos atronaban en sus oídos y les llegaban al corazón. Las pequeñas Cusi Rimay y Quispe Sisa aprendieron a hacer la señal de la cruz como un juego y decían que querían ser bautizadas.

Al cabo de los días, los rapados de Salamanca fueron más proclives a relacionarse con las jóvenes quiteñas de lo que lo habían sido los de Lisboa. Algunas se preñaron. Ciertos rapados cayeron enfermos.

A Atahualpa le gustaba escuchar a Francisco de Vitoria cuando le hablaba de derecho natural, de teología positiva, de libre albedrío, así como de otras nociones cuya complejidad, unida al hecho de que, por aquel entonces, el Inca dominaba todavía muy mal el castellano, volvía la comprensión aleatoria y, en consecuencia, el diálogo limitado.

Luego, un día, les llegó la noticia del regreso de Carlos V. Pedro Pizarro había fantaseado tanto con sus historias de paladines que los incas esperaban encontrar a Carlomagno, emperador de los francos, y a su sobrino Roldán blandiendo su fiel Durandal. Pero ese tal Carlos no era nada ingenuo, como no tardarían en comprobar. Su ejército, que ellos intuían inmenso, se acercaba a Salamanca precedido por el rumor de sus éxitos en países lejanos. (La realidad era más ambigua, pero no la descubrirían hasta más tarde).

Se decidió enviar una delegación a su encuentro. Chalco Chímac y Quizquiz fueron los encargados de la embajada. En cambio, Atahualpa no permitió que Higenamota los acompañara: no quería que fuera la Angélica de ese Carlos. En su lugar, un rapado que se había interesado en conocer la lengua quechua haría las veces de intérprete. De todos modos, la embajada no era más que un pretexto para una misión de reconocimiento. Chalco Chímac, sin embargo, creyó oportuno llevar consigo el puma de Atahualpa y algunos papagayos, por si les fueran útiles.

15. CARLOS

Unos treinta jinetes se pusieron en marcha. Un río les cortaba el paso y tuvieron que buscar un vado para franquearlo. Poco después, vieron el campamento. La llanura estaba cubierta por grandes tiendas. ¿Había sido anunciada ya su llegada? Unos soldados con pantalones bombachos se apartaron para abrirles paso. Los caballos avanzaban entre un bosque de lanzas y banderas. Un hombre calvo de barba blanca los recibió, envuelto en un manto de pieles negro, con una cadena de plata alrededor del cuello y un anillo con una piedra roja engastada en la mano izquierda. Invitó a Quizquiz y Chalco Chímac a entrar en una tienda ante la cual montaban guardia catorce soldados fuertemente armados. Los dos generales pusieron pie a tierra y entraron, escoltados tan solo por el intérprete, los papagayos y el puma atado con una correa.

En el interior, Carlos V, rodeado de parte de su corte, estaba sentado en un trono de madera. Llevaba barba negra, un jubón rojo y unas calzas blancas. A los dos visitantes los impresionó su mandíbula de cocodrilo y su nariz de tapir. Chalco Chímac quiso dar un paso adelante para ofrecerle los papagayos, pero dos guardias se interpusieron enseguida. Se llevaron los pájaros, lo que hizo suponer a los dos generales que su presente había sido aceptado, pero el monarca no había pronunciado ni una palabra, ni siquiera había echado un vistazo a las plumas multicolores. Tenía la boca abierta y parecía ausente. Echado a sus pies había un gran perro blanco al que acariciaba maquinalmente. El silencio se prolongó, turbado tan solo por los aullidos del puma, a los que el perro respondía con un gruñido sordo, y este fue el único diálogo que hubo durante mucho rato. Los dos generales esperaban, de pie, inseguros. Finalmente, a una señal del emperador, se les sirvió a cada uno una copa de *akha* que solo Chalco Chímac aceptó. El propio Carlos se mandó servir en una copa de oro, que vació de un trago. Se enjugó con el revés de la mano la espuma que se le había quedado en los labios. El brebaje venía acompañado de un ave asada servida en una bandeja de plata, de la que él arrancó un muslo que se puso a morder metódicamente, mientras los quiteños observaban, fascinados, las gotas de grasa que caían sobre su barba. Al acabar, arrojó el resto a su perro y habló con una voz extraña, baja, casi inaudible. Quería saber si, tal como su mujer le había escrito, los hombres de Atahualpa habían venido de las Indias por la mar oceánica. Estaba convencido de que no eran originarios de la isla de Vera Cruz, de donde los portugueses traían su madera ennegrecida; los de allí, según le había informado su hermana, la reina de Portugal, no eran más que unos salvajes devoradores de carne humana. Mientras que Chalco Chímac trataba de explicarle qué era Tahuantinsuyo y la guerra de Atahualpa contra su hermano, el monarca lo interrumpió. Prefirió mencionar sus propias guerras contra un rey muy poderoso llamado Solimán. Chalco Chímac le aseguró que, si lo deseaba, Atahualpa y sus hombres irían a someter a su enemigo. Carlos V se echó a reír con estridencia. Los hombres que lo rodeaban rieron con él, pero los quiteños no sabían si se trataba de una risa de complacencia o si la idea les parecía, también a ellos, extravagante. Por fin, Carlos V se levantó de su trono, revelando una estatura mediana, y exclamó que Atahualpa debía pagar por el ultraje de Toledo. Enardecido por la cólera de su amo, movido por el deseo, muy de su especie, de imitarlo, complacerlo y defenderlo, el gran perro blanco se había alzado sobre sus patas y ladraba a los visitantes. Pero, al hacerlo, dio un paso demasiado adelante. El puma emitió un silbido rauco y,

rápido como un rayo, le propinó un zarpazo en el hocico. El perro se batió en retirada dando chillidos. De inmediato, Carlos interrumpió su vociferación para atender al animal. Le hablaba con voz tierna en una lengua desconocida, repitiendo: «*Sempere, Sempere...*». El perro lamía los dedos de su amo. Un chorro de sangre había regado el suelo.

Chalco Chímac dijo que Atahualpa deseaba un encuentro con el rey de España y que lo esperaría al día siguiente en la plaza mayor de Salamanca, delante de la iglesia de San Martín.

El hombre calvo de barba blanca empezó a desgarnar el enunciado incompleto de los títulos de su señor, emperador de Roma, rey de las Españas, duque de Borgoña, pero Carlos V, inclinado sobre su perro, echó a los visitantes con un gesto de impaciencia.

16. PLAZA DE SAN MARTÍN

¿Vendría? ¿Y cuándo? Ante la duda, los habitantes de Salamanca, alarmados por el rumor, empezaban a abandonar la ciudad.

Atahualpa reunió a su consejo, que llegó a la conclusión de que la mejor opción para los quiteños, considerando que su situación no era nada buena, incluso más bien desesperada, sería tender una emboscada a ese rey de España. Además, como no tenían adónde ir, salvo quedarse donde estaban, todos estuvieron de acuerdo. Atahualpa recordó que ya se había jugado el todo por el todo varias veces contra su hermano Huáscar y que siempre los había sacado del apuro. Pero ninguno de sus generales, ni de sus mujeres ni de sus tropas, pensaba comparar el peligro mortal en el que se encontraban ahora con cualquier otro por los que habían pasado hasta este momento. Habían llegado al final del camino, así de claro, y no podían aspirar más que a una muerte gloriosa. El mundo subterráneo los esperaba.

Aun así, Rumiñahui llevó a cabo los preparativos. Delegó en Puka Amaru la tarea de hacer acopio de bolas de acero para las hondas, flechas para los arcos y toda clase de armas arrojadizas, preferentemente hachas cortas de doble filo que, lanzadas con la suficiente fuerza y destreza, podían perforar las armaduras más sólidas. Dispuso hombres en los tejados de las casas que daban a la plaza y en los de las callejuelas que llevaban a ella. Mandó poner cascabeles a los caballos para sembrar el pánico entre los levantinos y los escondió en la iglesia de San Martín. Ordenó que todas las piezas de artillería disponibles apuntaran hacia el enemigo que ocuparía la explanada. Pidió que se capturara a Carlos vivo.

Chalco Chímac seguía creyendo en la posibilidad de una solución negociada, pero Rumiñahui lo increpaba: «¿Qué quieres negociar? ¿De qué solución hablas? No tenemos nada que ofrecer más que nuestra rendición. ¿Y qué condiciones pondrías? ¿Estrangulamiento en la hoguera? El mundo subterráneo no acogerá tus cenizas».

Entonces Atahualpa comprendió que había llegado el momento de arengar a sus hombres, sin velo, sin protocolo, sin intermediario, ya que al fin y al cabo iban a morir juntos, después de haber compartido tantas pruebas. «¿Creéis que el soldado que llega el primero a la brecha desprecia la vida más que los otros?». La Historia, les dijo, recordaría cómo unos pocos hombres, en este lejano país, se habían alzado contra una multitud. No había perdido el tiempo en los monasterios salmantinos. Les habló de Roldán en Roncesvalles, de Leónidas en las Termópilas. Les contó también que Aníbal venció a las legiones romanas en Cannas. Tal vez murieran, y entonces el mundo subterráneo del dios serpiente los acogería como a héroes. O quizá no, y la Historia celebraría a los ciento ochenta y tres que, derrotando a todo un imperio, se cubrieron de gloria y de riquezas. Los hombres, enardecidos, lanzaron gritos de hurra blandiendo sus hachas. Luego, cada uno fue a ocupar su puesto.

Por la mañana, la ciudad estaba vacía y sin habitantes, a excepción de algunos mendigos y de un puñado de conversos. Los perros vagabundos se extrañaban de tanta soledad. El silencio de las calles recordaba a Lisboa antes de la tempestad. La espera abrumaba a aquellos hombres como una pesada carga. Yo mismo oí personalmente cómo muchos quiteños, sin poder evitarlo, se orinaron encima por puro miedo.

La gran plaza de San Martín se componía de edificios dispuestos en forma de media luna cuyas fachadas daban a la iglesia por el lado sur. Los lados del norte y del oeste estaban cerrados por casas de piedra; de estas, las que daban al norte sobrepasaban los soportales. El lado del este era más abierto, tan solo bloqueado por unos tenderetes y por una torre rematada con una esfera que dividía la jornada en doce momentos. Este lado era el que preocupaba a los generales. Habrían preferido una plaza cerrada completamente, con salidas estrechas bajo unos arcos de piedra, como, por ejemplo, la de Cajamarca. Pero no era el momento de pensar en eso. Los centinelas anunciaban ya la llegada de Carlos V.

Soldados de infantería armados con picas abrían camino al emperador, que iba a caballo con miembros de su corte al abrigo de un ancho palio de tela desplegado por unos sirvientes a pie. A ambos lados, en dos columnas,

soldados con uniformes de colores llevaban alabardas y arcabuces. Unos carruajes tirados por caballos cerraban la marcha para la intendencia. En total, tal vez dos mil hombres. El grueso del ejército, que Quizquiz y Chalco Chímac habían calculado en cuarenta mil, se había quedado en la llanura. La relación no sería, pues, más que de uno contra seis. Pero, a diferencia de en Toledo, donde la población fue sorprendida mientras dormía, esta vez se trataba de hombres armados que estaban muy despiertos.

Carlos V llevaba una armadura de negro y oro y cabalgaba sobre un caballo azabache cubierto con una manta roja.

Higenamota fue enviada a su encuentro sola. La princesa cubana se había quitado su capa de murciélago y avanzaba desnuda bajo el sol, que estaba en su mediodía. Un murmullo agitó a los soldados. Un rapado que acompañaba al ejército levantino caminó hacia ella tendiéndole su caja que habla. «¿Reconoces al dios único, Nuestro Señor Jesucristo?». Higenamota cogió la caja y, familiarizada con esos discursos, respondió: «Reconozco al dios único, Vuestro Señor Jesucristo». Luego dirigió al sacerdote una mirada irónica y abrió la valiosa caja. Leyó: «*Fiat lux, et facta est lux*». Y su dedo señaló al sol encima de sus cabezas.

Entonces un silbido atravesó la plaza y una flecha se clavó en el cuello del caballo de Carlos V. Hubo otro seguido inmediatamente, más grave y más vibrante, y el caballo fue golpeado en la cabeza por una bala de hierro del grosor de un dedo. De pronto, el cielo se surcó de proyectiles, todos dirigidos a los jinetes. Los tiradores, emboscados en los tejados, tenían la consigna de matar primero a los caballos. Apuntaban a las testuces con sus arcos y sus hondas. Unos tras otros, los animales se desplomaron lanzando relinchos trágicos. Se oyeron gritos al unísono que decían: «¡Salva al rey!». Y los hombres de la guardia formaron un cuadrado en torno a Carlos. Este fue su primer error.

El segundo lo cometieron los arcabuceros que dispararon contra los tiradores de los tejados, ya que, desde su posición y a tanta distancia, descargaron sus armas sin darle a nadie.

En ese momento, las puertas de la iglesia se abrieron y por ellas salieron los quiteños montados a caballo, con Atahualpa a la cabeza. El arte ancestral de la equitación los había convertido en excepcionales jinetes. Su sentido táctico y el arrojo con que se habían forjado a lo largo de su odisea determinaron el momento oportuno para el ataque. Los cascos de los caballos chasqueaban sobre el empedrado mientras rodeaban el cerco de los levantinos, que se estrechó más aún por el efecto de la sorpresa, hasta el punto

de que los arcabuceros no tenían el espacio necesario para recargar, apretados los unos contra los otros y estorbados por los cadáveres de las cabalgaduras, y dado que al mismo tiempo los miembros de la guardia real que formaban el cordón exterior bajaban sus lanzas para protegerse y evitar cualquier incursión, el conjunto tenía la apariencia de un ejército de erizos replegados unos sobre otros entre convulsiones.

El círculo sigue dando vueltas sin desfallecer para sofocar toda tentativa de ruptura del cerco. Si un lancero trata de ensartar a un caballo para abrirse paso, el jinete siguiente le propina un mandoblazo en la nuca. Las flechas y las balas continúan lloviendo sobre los soldados desprovistos de escudos y golpean de lleno en el corazón del erizo. «¡Dios salve al rey!». Los generales de Carlos V lo rodean y lo protegen con sus cuerpos.

Los españoles mueren, las municiones se agotan y los que siguen en pie jadean entre los cuerpos amontonados sobre los cadáveres de sus compañeros para pedir ayuda. El ejército que está en la llanura ha de ponerse en marcha para solventar la situación, si no, no hay nada que hacer. Ha de acudir rápido. Entonces, Rumiñahui fustiga a su caballo y galopa hacia las lanzas, salta por encima de ellas dando un brinco extraordinario, casi imposible, y cae al otro lado del cordón formado por las picas; el caballo aplasta a los hombres y Rumiñahui golpea con su gran martillo a derecha e izquierda, percutiendo repetidas veces sobre las armaduras como si reblandeciera carne.

La brecha se ha abierto y se abalanzan por ella. Los quiteños, en ese instante, se convierten en demonios poseídos por el ansia de matar, hacen una zanja humana a golpes de hacha para llegar hasta el rey, no han olvidado que él es el objetivo, pero, en la locura homicida que mueve sus brazos, nadie podría jurar que recuerdan la orden de prenderlo vivo.

Atahualpa también acude, y su caballo, como los de los demás, patea a vivos y muertos para llegar hasta la pelea, donde ve cómo la armadura del rey, brillante bajo el ardiente sol, cede por los golpes. En ese momento, Atahualpa da sablazos por doquier, sin distinguir levantinos de quiteños, porque sabe que de la vida de Carlos dependen la suya y la de sus hombres.

Carlos lucha valientemente, el duque de Alba lucha y muere a su lado bajo las estocadas, el duque de Milán lucha y cae bajo los hachazos, el poeta español Garcilaso de la Vega muere al interponerse entre su rey y los filos que baten el aire y hurgan en las rendijas de las armaduras, incluso el propio Carlos va a morir también porque cae y el peso de su armadura le impide levantarse de nuevo, como una tortuga, y los quiteños se arrojan sobre él para despedazarlo igual que los perros se disputan una carroña y le arrancan trozos

de su coraza como si fueran trofeos. Pero Carlos pelea, aún no está muerto, se revuelve como un animal herido y sus atacantes se estorban para rematarlo.

Por fin Atahualpa llega hasta ellos, pero en ese instante ya no hay rastro del emperador, ni en un campo ni en el otro, y sus hombres no lo oyen cuando les grita que se detengan, por lo que tiene que dar golpes con el plano del hacha y hacer cocear a su caballo. Cuando finalmente llega hasta el rey, hace una cabriola, salta de su montura y ayuda a Carlos a ponerse en pie.

El rey está herido en la mejilla y de su muñeca, bajo su guante, gotea la sangre. Debido a lo destrozada que tiene la ropa está medio desnudo, pero la mano que Atahualpa le ha puesto encima actúa como un bálsamo mágico protector: de repente, saca de su locura a los atacantes y paraliza sus brazos vengadores. El combate ha terminado. El sol sigue achicharrando la plaza. En el reloj de la torre, la aguja grande ha vuelto a su punto de partida.

17. LAS INCADAS, CANTO I, ESTROFA 11

*Mirad, en absoluto son falsas promesas
de fantásticas hazañas, inventadas por gusto
como el extranjero hace, cuyas lisonjeras Musas
hallan la verdad tan cruda que la embellecen.
Aquí lo real sobrepasa a la fábula
y a cuanta maravilla imaginar se pueda,
y a Roldán, si acaso fuese verdadero,
y al gran Rodomonte y al Roger impulsivo.*

18. GRANADA

Algunos afirmaron que, al tender esa emboscada, Atahualpa había incurrido en una gran deslealtad, pero hay que tener en cuenta las amenazas que Carlos V había lanzado ante los emisarios del Inca a propósito del asunto de Toledo. Por otra parte, los quiteños habían podido observar cómo los adeptos al dios clavado trataban a quienes no compartían absolutamente sus creencias, lo cual parecía importarles mucho más todavía que la sumisión a sus fábulas, ya que fue lo primero que el sacerdote exigió a Higenamota cuando se encontraron en Salamanca.

Sea como fuere, la captura del rey de España sumió a este en un completo abatimiento, y al Nuevo Mundo en un enorme estupor.

Atahualpa sabía que la salvación de los quiteños pendía de la vida de su rehén, por lo que decidió dejar Salamanca por otro lugar mejor fortificado.

El cortejo de quiteños atravesó España escoltado por el ejército de Carlos, que los envolvía con su sombra hostil, como un pequeño cobaya bajo la atenta mirada de un puma dispuesto a devorarlo. Debieron hacer frente a varios intentos de evasión orquestados desde el exterior, pero el humor melancólico en el que el rey se había hundido, privándolo de toda voluntad, contribuyó a que fracasaran.

Al término de su larga caminata, se instalaron en un palacio rojo, edificado antaño sobre un espolón rocoso por los partidarios de una religión rival que durante mucho tiempo habían ocupado aquellas tierras antes de ser derrotados en un pasado reciente. En adelante, la Alhambra de Granada sería su fortaleza de Sacsayhuamán.

En medio de la edificación, detrás de las murallas, había un palacio que precisamente Carlos había empezado a construir, pero que él jamás había pisado. Aunque las obras no estaban acabadas, Atahualpa se las arregló para instalarlo allí, con sus sirvientes, su corte, su perro y todas las comodidades propias de su rango. Su esposa y sus dos hijos partieron de Toledo para reunirse con él. Poco a poco, fue saliendo de su abatimiento, y de aquel hombre quebrado, resurgió el monarca. Para ayudarlo, Atahualpa le ofreció todas las apariencias del poder, dejando que se ocupara de los asuntos de su imperio. Recibía a todas horas emisarios de las regiones del Nuevo Mundo que afluían para informarse de aquella nueva situación tan extraordinaria y de las consecuencias políticas que en adelante se derivarían. Luego, el Inca los recibía a su vez. De este modo pudo hacerse una idea clara del mapa político del continente, en el centro del cual reinaba el soberano que él tenía en su poder.

El imperio de Carlos V parecía casi tan vasto como Tahuantinsuyo, aunque más fragmentado: al sudoeste España, al norte los Países Bajos y Alemania, al este Austria, Bohemia, Hungría y Croacia, amenazadas por Solimán, temible conquistador a la cabeza de otro imperio lejano. Al sur, cerca de España pero separada de ella por el mar, había una región que era, por lo visto, el objeto de todas las codicias, Italia, territorio de guerras perpetuas donde vivía el líder de los rapados, representante en la tierra del dios clavado. El gran rival de Carlos para la supremacía del Nuevo Mundo era el rey de un país que cortaba su imperio en dos, Francia, cuyo territorio, a su vez, estaba amenazado por una isla del norte, Inglaterra. Una pequeña confederación, situada en el corazón mismo del continente, proveía de soldados a los ejércitos de todos: Suiza. El país vecino, Portugal, era un reino

de exploradores que navegaban por los mares conocidos en busca de otros mundos.

En el extremo sudoeste de España, un lugar que ellos llamaban las Columnas de Hércules se abría a la mar oceánica que los quiteños habían sabido atravesar. En la vertiente sur de ese lugar empezaba el país de los moros, cuyos reyes habían sido vencidos por España hacía unas cuarenta cosechas. (Higenamota calculó que eso debió de coincidir con la llegada de los españoles a su isla). Algunos de esos moros se habían quedado en Granada después de la derrota de sus reyes; se les llamaba *moriscos*. Habitaban en una colina que estaba enfrente de la Alhambra llamada el Albaicín, que quería decir, en su lengua, *los miserables*.

Fuera de Granada, el ejército imperial se había instalado en una ciudad fortificada llamada Santa Fe, donde la corte española se había reunido para tratar de fijar una estrategia frente a la situación crítica en que la captura de su rey la había sumido.

Estaban congregadas las personas más poderosas del reino, después del rey: el consejero con cabeza de momia, Juan Pardo Távera, el viejo Nicolás Perrenot de Granvela, que había recibido a Chalco Chímac y a Quizquiz en el campamento de Carlos V, Francisco de los Cobos y Molina, su secretario de Estado, que llevaba alrededor del cuello una gran cruz roja con un enorme rubí incrustado, Antonio de Leyva, duque de Terranova, príncipe de Áscoli, que había sobrevivido a la masacre de San Martín, pero había perdido el uso de sus piernas en la batalla, donde fue dado por muerto. Este último era partidario de un ataque inmediato, pero los demás consideraban la Alhambra como inexpugnable, al menos mientras el emperador Carlos estuviera allí de rehén.

Ciertamente, el golpe de Salamanca había permitido a los quiteños restablecer una posición desesperada. No obstante, esta seguía siendo todavía incierta. Atahualpa disfrutaba de su victoria y del prestigio que le confería, pero no ignoraba que los beneficios obtenidos serían efímeros si no los consolidaba. En adelante ya no podían contar con la sorpresa como una ventaja, en cambio la desproporción de fuerzas seguía suponiendo un grave problema: siempre serían un puñado enfrentado a todo un mundo.

La deferencia que los emisarios llegados de todas partes testimoniaban a su prisionero lo tranquilizaba: con el rey de España a su merced, se sabía en poder de una valiosa mercancía. El propio Carlos lo afianzó en ese convencimiento cuando le propuso retener como rehenes a sus dos hijos, el pequeño príncipe heredero, Felipe, de cinco años, y su hermana, María, un

año más joven, a cambio de su liberación. Esta propuesta hizo reír a Atahualpa. Carlos, avergonzado, se rio también tras cruzar su mirada con la de su esposa.

Cuando Carlos recibía a un visitante en su palacio a medio construir, este era conducido luego al palacio contiguo, el de los antiguos reyes, donde Atahualpa había instalado su cuartel general. Para ello, había que atravesar unas oscuras salas donde la divisa de Carlos V, rey de España y cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico, estaba grabada sobre el contorno de una columna blanca incrustada en una cerámica azul: «*Plus Ultra*», que, en el lenguaje erudito de los *amautas* de ese mundo, significa «siempre más allá», y que Atahualpa consideraba oportuno adoptar para sí mismo. Luego, el visitante pasaba delante de un largo estanque bordeado de setos en el que se reflejaban los arcos como si fueran barcas invertidas, protegido por una torre maciza de piedra roja con forma de cubo almenado y, por último, penetraba en el Salón de Embajadores, inmerso en una semioscuridad cegadora, al fondo del cual había tres nichos abiertos a la planicie y a las montañas nevadas de Granada, cuyas ventanas estaban parcialmente tupidas por el calado de las celosías. Atahualpa estaba sentado en el vano de la ventana central. A su derecha, de pie, el gigantesco Rumiñahui. A su izquierda, la princesa Higienamota echada sobre unos cojines.

El visitante, que venía del patio bañado de luz con los ojos entornados, al deslumbrarse por los rayos de sol que se filtraban por los huecos perforados en las ventanas, apenas distinguía, a contraluz, las siluetas del monarca y de sus dos consejeros, que se le aparecían así como sombras asimétricas. Por encima de su cabeza, un techo de madera maravillosamente labrada representaba el cielo estrellado y lo achataba un poco más.

Fue allí donde Carlos V, al descubrir el salón en el que sus antepasados habían aceptado la rendición de los antiguos reyes mucho tiempo atrás, había exclamado: «¡Desdichado aquel que ha perdido tanta belleza!». Había pasado en ese lugar una feliz estancia después de su boda con la reina, inevitablemente abreviada por los asuntos del Imperio, y no había vuelto desde entonces. Cuando Atahualpa conoció esa frase, le dijo a Carlos: «Desdichado aquel que, pudiendo disfrutar de esta belleza, no supo aprovecharse de ella cuando tuvo la ocasión». Y lo consolaba de su desgracia haciéndole ver que, gracias a él, Carlos podía en adelante gozar del esplendor del palacio que sus antepasados habían conquistado.

Uno de los primeros visitantes fue precisamente el antiguo señor de Granada, Boabdil, vencido hacía cuarenta cosechas, que vino a reclamar algo

por si, por fortuna, se le daba, pero nada consiguió. El viejo del turbante regresó a su exilio para morir allí poco después. Pero Carlos, conmovido por esa visita, dijo a sus allegados, y sus palabras llegaron a oídos de su anfitrión: «Yo soy el Desafortunado».

Atahualpa recibió a un joven proveniente de Florencia, la ciudad del *amauta* Maquiavelo, cuya obra había estudiado en Salamanca. El joven se hacía llamar Lorenzino, era descendiente de una noble familia, los Médicis, y lo animaba una ardiente pasión cuando exclamaba de manera extraña: «¡Si los republicanos fueran hombres, qué revolución habría mañana en la ciudad!». Ni Higenamota ni Pedro Pizarro entendían a lo que se refería, pero le hablaba al Inca de palacios prodigiosos y de tesoros extraordinarios para arrastrarlo a complicadas guerras. Ante todo, solicitaba su ayuda para destronar a su primo, el rey de Florencia, un depravado que tiranizaba a su pueblo. Quizquiz, intrigado por las descripciones de ese país fabuloso, soñaba con ir a explorarlo, pero de Atahualpa, a quien traía sin cuidado la idea de un régimen político fundado sobre una especie de colegialidad señorial cuya autoridad emanaría del pueblo y no del Sol, Lorenzino tan solo obtuvo una promesa de asilo y protección.

Llegó un hombre de una ciudad alemana llamada Augsburgo, enviado por una familia, los Fugger, que no eran exactamente señores ni *curacas*, pero estaban al frente de una especie de *ayllu*. Eran mercaderes que comerciaban con oro y plata. El enviado iba vestido con mucha sencillez y Carlos lo recibió con desdén. Sin embargo, los quiteños habían percibido un desequilibrio extraño. En la sociedad levantina, el oro y la plata no servían únicamente de ornamentación o de atributo señorial, sino que conferían de un poder considerable a quien los poseía, en tanto que les permitía, bajo la forma de pequeñas piezas redondas, adquirir o intercambiar toda clase de bienes. El enviado de los Fugger urgía al emperador a cumplir con ciertos compromisos que figuraban inscritos en unas hojas que hablan equivalentes a unos *quipus*; en caso contrario, el suministro de oro y de plata se vería interrumpido. Esta perspectiva parecía poner a Carlos en un enorme aprieto. Atahualpa, por su parte, dejaba escapar su imaginación y sonreía al pensar en sus montañas andinas, rebosantes de esos metales.

Un *amauta*, llegado también de Augsburgo, le habló de la presencia «real» del dios clavado durante las ceremonias religiosas en las que se bebía el elixir oscuro y se comía pan. Se llamaba Felipe Melanchthon y llevaba un sombrero plano de tela negra. Atahualpa fingió escucharlo atentamente, ya que había observado que Carlos, pese a que ni ese hombre ni sus ideas eran de

su agrado, lo había recibido durante mucho rato y parecía demostrar, si no una inquietud (que no podía ser más que secundaria, habida cuenta de su actual situación), al menos una viva preocupación con respecto a esas cuestiones. Melanchthon era el enviado de otro personaje al que Carlos consideraba un demonio, ese tal Lutero, que había fomentado una revuelta religiosa porque deseaba reformar aspectos del culto cristiano y poner en entredicho algunos puntos de una doctrina cuya importancia a los quiteños les costaba mucho comprender.

De París, adonde había ido a estudiar, llegó un rapado que pidió audiencia a Carlos para hablarle del mejor modo de contrarrestar la creciente influencia de Lutero. La nueva situación creada por la irrupción de Atahualpa modificaba un tanto las prioridades políticas; sin embargo, para los representantes de la religión nativa, de la cual el rey de España pretendía ser el más ferviente defensor, seguía siendo urgente la necesidad de combatir a los rebeldes reformadores venidos del norte. Atahualpa escuchó con interés las explicaciones del rapado, llamado Íñigo López de Loyola. Era un hombre pequeño de mirada muy viva, en la que se mezclaban la astucia y la bondad, al que le gustaba hablar de su fe y decir las cosas claras, lo que permitió a los quiteños aprovecharse de sus frases para aumentar sus conocimientos de las leyendas del Nuevo Mundo.

Los levantinos creían en una familia de dioses compuesta por un padre, una madre y su hijo. El padre vivía en el cielo y había enviado a su hijo a la tierra para salvar a los hombres, pero, después de muchas aventuras y de una serie de malentendidos, se había dejado clavar en una cruz por los hombres a los que había venido a ayudar y que no lo habían reconocido. Luego, el hijo había regresado del mundo subterráneo y se había vuelto a reunir con su padre en el cielo. Desde ese día, conscientes de su error y mortificados por ello, los levantinos esperaban con anhelo que el hijo regresara de nuevo a la tierra. Al mismo tiempo, no dejaban de rezar y de venerar a la madre, quien tenía la insólita particularidad de haber seguido virgen después de que el padre la hubo fecundado. Existía también una divinidad secundaria a la que ellos llamaban el Espíritu Santo y que se confundía unas veces con el padre, otras veces con el hijo, y otras veces con los dos. El signo de la mano que los adeptos al culto cristiano hacían con cualquier motivo representaba la cruz en la que el hijo había sido clavado. Lo hacían para que todas sus acciones estuvieran dictadas por la voluntad de reparar la ingratitud demostrada por sus antepasados con su dios, al haberlo torturado y clavado en una cruz de madera

que luego habían erigido en la cumbre de una montaña, en un país muy lejano del que habían sido expulsados, pero que soñaban con reconquistar.

Toda la guerra con los moros tenía su origen en el hecho de que estos, pese a conocer su existencia, se negaban a prestar juramento de fidelidad al dios clavado. Ellos reconocían al padre, pero no al hijo. Tenían también hábitos alimenticios diferentes y una lengua diferente. Bastaba con esto, por lo visto, para guerrear sin piedad durante cientos de cosechas. Una tercera tribu, los judíos, aunque más antigua, tenía costumbres similares a las de los moros. Por ejemplo, cortaban un trozo de piel del miembro de los niños al poco tiempo de nacer, se negaban a comer cerdo, no consumían otra carne que la que había sido consagrada por sus sacerdotes y cortada según ciertos ritos. (En cambio, podían beber del elixir oscuro, lo que los moros tenían prohibido). Tampoco practicaban el culto del dios clavado, que, sin embargo, había sido antaño uno de los suyos. Pero, al contrario que los moros, autorizados estos a quedarse después de la derrota y del exilio de su último rey, Boabdil, los judíos, que no tenían ni rey ni reino, habían sido brutalmente expulsados de España, salvo aquellos que hubieran demostrado fidelidad al dios clavado y renunciado a las costumbres que les eran propias. A los que se habían quedado a este precio se los llamaba *conversos*, eran maltratados y siempre fueron sospechosos de seguir fieles a sus antiguas creencias. La Inquisición los perseguía, llegando incluso a quemarlos. El rapado Loyola no aprobaba esta política, ni tampoco la que él llamaba limpieza de sangre, la pureza de la sangre que hacía, en última instancia, imposible el paso de una tribu a otra. «Nuestro Señor Jesús no está en nuestras venas, está en nuestros corazones», decía él.

Teniendo en cuenta estas informaciones, Atahualpa decidió que había llegado el momento de buscarse aliados. Propuso a Carlos que dictara una ley que autorizara los diferentes cultos en todo su reino, a los que simplemente habría que añadir el culto al Sol. Carlos V, con la boca abierta, pareció primero no comprender en absoluto de qué se trataba, si bien Higenamota, toda una experta ya en su papel, le había traducido perfectamente la proposición del Inca. Luego, el emperador de mandíbula prominente se puso a vociferar de indignación, escupiendo como una llama, y se negó en redondo.

Atahualpa no estaba en condiciones de imponer sus decretos al nivel del Imperio, ni siquiera al nivel de España, pero encargó a Chalco Chímac y a Pedro Pizarro que al menos transmitieran su propuesta a los habitantes de Granada. Tal propuesta dio mucho que hablar, desde las callejas blancas del Albaicín hasta la colina cercana del Sacromonte, donde los efluvios de la

Inquisición habían llegado a sembrar el miedo y la consternación. Habían empezado por quemar a los judíos. Nadie ignoraba lo que eso significaba: pronto quemarían a los moriscos. Aun así, los creyentes de la religión de los moros no veían con buenos ojos la perspectiva de aumentar el número de sus divinidades. «Alá es el más grande», repetían sin parar, y no tenían la menor intención de ampliar su panteón. Además, el ejemplo de los conversos judíos que tenían ante sus ojos (pues vivían en buena compañía unos con otros) los hacía reflexionar: ¿no debían los conversos adoptar los ritos y las creencias de los dominadores cristianos? Y, encima, ¿no tenían también que abandonar sus propias costumbres, bajo pena de muerte?

Después de todo, *Alá es el más grande* no quiere decir que *solo* Alá sea grande. Su propio lema permitía la coexistencia de su dios único con otras divinidades secundarias.

Algunos empezaron a mirar el Sol de otra manera.

19. MARGARITA

Prisionero en su palacio inacabado, cuya redondez tenía para él incluso algo de ironía y de amargura (sin que supiera decir exactamente qué), Carlos no podía disimular su melancolía, pero ocultaba el estado de sus nervios y de su salud con partidas de un juego parecido al *hnefatafl*, en el que se enfrentaban unas figuritas negras y blancas en un tablero de madera dividido en sesenta y cuatro casillas. La ironía, en este caso, era inevitable: el objetivo del juego consistía en capturar al rey.

Les había enseñado las reglas a los generales incas y, si bien Chalco Chímac se había convertido en poco tiempo en un temible adversario, era Quizquiz quien, cada vez que su servicio se lo permitía, ocupaba las veladas del emperador disputando con él unas cuantas partidas.

Un día, los centinelas de Quizquiz anunciaron la llegada de una visitante. Era una reina, la hermana del rey de Francia, que se presentaba en la Alhambra para solicitar una audiencia con ambos emperadores. Venía acompañada de un séquito numeroso y el tiro de su litera lo formaban cuatro caballos blancos como la nieve. Tenía el pelo peinado con prodigioso esmero y vestía un manto de exquisita textura. Su rostro y su castellano eran de lo más graciosos, aunque su tez pálida y su acento diferían de los de los lugareños.

Conversó con Carlos en una lengua desconocida para que ningún quiteño supiera de lo que hablaban. Quienes estaban presentes, no obstante, notaron

que Carlos se ponía rojo de cólera mientras Margarita (que así se llamaba la reina) se dirigía a él en un tono muy frío.

Sin embargo, el joven Lorenzino, que aún no se había vuelto a Florencia, su ciudad, supo encender en los quiteños las luces que les faltaban: aquella no era la primera vez que la reina visitaba al emperador. Se acordó de que, cuando Lorenzino era niño, el rey de Francia había perdido una batalla en la que fue hecho prisionero por las tropas imperiales. Su hermana Margarita vino entonces a interceder para su liberación ante Carlos, pero fue en vano. El rey Francisco solo fue liberado finalmente bajo la promesa de ceder a su rival enormes extensiones de su reino.

Al parecer, eran esos territorios los que la reina Margarita venía a reclamar en nombre de su hermano y de Francia.

Informado de la situación, Atahualpa accedió a recibirla en el Salón de Embajadores.

Aunque cada día entendía mejor la lengua del país, quiso que Higenamota continuara sirviéndole de intérprete, así, de paso, eso le permitía reflexionar mientras ella traducía las palabras de los levantinos, además su presencia le agradaba y hasta ahora siempre le había traído suerte, por cómo intimidaba a su interlocutor.

A su derecha, Lorenzino ocupaba por esa vez el lugar de Rumiñahui, con el fin de aclarar los eventuales puntos oscuros en el discurso de la visitante.

Y estos no faltaron.

El reino en cuestión, Navarra, estaba situado entre España y Francia, y a requerimiento de la reina Margarita, Carlos le había garantizado su total renuncia a reivindicar sus tierras.

El rey de Francia deseaba recuperar unos territorios del norte, Artois y Flandes, perdidos en el pacto de la Paz de las Damas, del que hacía ya cuatro cosechas.

Deseaba que el rey de España renunciara definitivamente a Borgoña, una región que parecía cobrar una importancia especial para cada una de las partes.

Reivindicaba, asimismo, la soberanía sobre dos ciudades del país de Italia, Milán y Génova.

También estaba en cuestión un país llamado Provenza y las ciudades de Niza, Marsella y Tolón.

Todo esto carecía de interés para Atahualpa. ¿Qué le importaban Borgoña o Artois? ¿Qué significaban Milán o Génova? Nada. Una idea. Menos que una idea. Una palabra. Lugares cuya existencia ignoraba hacía un año, una

luna, una semana, un día. El horizonte de Atahualpa era Andalucía: había rechazado como si nada las pretensiones de un Boabdil que quería recuperar su posesión. Pero podía liquidar sin escrúpulos los pedazos de un imperio que no le pertenecía. Podía incluso arrojárselos a los perros, qué más daba. No eran más que puntos sobre un mapa.

Pero ¿por qué habría de hacerlo?

Margarita de Navarra bajó la voz. Había comprendido que Atahualpa venía del otro lado del mar, no del este o del sur, sino del oeste. Quizá de las Indias, de las Molucas, de Cipango, o tal vez de otro lugar. Sabía que estaba muy lejos de su casa, pero que, debido a una serie de circunstancias particulares, viéndose favorecido por la suerte de las armas, tenía a su merced a Carlos V, emperador de Roma, rey de las Españas, rey de Nápoles y de Sicilia, duque de Borgoña. Una situación maravillosa.

Ella hablaba con voz dulce pero firme. La Cristiandad jamás toleraría semejante situación. El papa no lo haría. Ordenaría una cruzada que tomase Granada, pese a que sus relaciones con Carlos no eran las mejores. La Inquisición, con absoluta certeza, declararía heréticos a los adoradores del Sol. Fernando, el archiduque de Austria, acudiría de inmediato en ayuda de su hermano a la cabeza de un formidable ejército. En cambio, el gran rey venido del mar —y al decir estas palabras, Margarita hizo una pequeña reverencia— podía contar, si lo deseaba, con el apoyo del rey de Francia. Francisco, su hermano, ¿no acababa de cerrar una alianza con Solimán, el emperador de la Sublime Puerta, líder de los infieles? Al contrario que Carlos, Francisco, el Muy Cristiano, no había sido siempre un encarnizado defensor de la Cristiandad. En las luchas de religión que habían prendido en el norte, él había dado muestras de comedimiento y de comprensión hacia los luteranos. De ello se podía deducir que, si el emperador venido del mar estaba de acuerdo, se podía establecer una alianza indisoluble entre los dos países. Francisco I, rey de los franceses, ofrecía su amistad y su apoyo a Atahualpa. Porque, a fin de cuentas, ¿quién querría tener al Sol por enemigo?

Atahualpa había escuchado muy atentamente. La elocuencia de la que había hecho gala la reina de Navarra, más lo que comprendía acerca de los equilibrios del Nuevo Mundo, lo animaban a darle todo lo que ella había venido a reclamar, a cambio de una ayuda militar muy valiosa. En realidad, la proposición de alianza del rey de Francia llegaba como algo providencial. Pero se encontraba con un obstáculo difícil de franquear: pese a lo que quería creer Margarita, Atahualpa podía disponer del rey, pero no del reino, y Carlos, por muy rehén que estuviera, seguía siendo todavía rey y emperador.

Solo él podía ceder los territorios de su imperio, y Atahualpa sabía de sobra que ningún tipo de presión ni de amenaza lo obligarían a hacerlo.

Margarita partió de nuevo para Francia con un papagayo y algunas promesas.

El Inca reunió a su consejo en el Patio de los Leones. Coya Asarpay sugirió matar a Carlos o hacerlo abdicar en favor de su hijo, cuya edad extremadamente joven —no tenía ni seis cosechas— garantizaba su docilidad. Quizquiz se oponía a la muerte del rey, aduciendo que esta expondría a los quiteños a la venganza de sus súbditos. En cuanto a Carlos, no tenía ningún interés en abdicar, al contrario, sabía que su soberanía era su mejor protección y que, privado de ella, no sería de ninguna utilidad para nadie. Los quiteños no estaban, por tanto, en condiciones de satisfacer las demandas del rey de Francia. Mientras viviera Carlos, no podían dar sus tierras sin su consentimiento. Pero muerto Carlos, se quedarían sin defensa contra el ejército imperial. Tal como estaban las cosas, lo más que podían garantizar era que no se ordenase ninguna ofensiva contra el reino francés.

La cuestión militar seguía sin resolverse. Hacían falta hombres para defenderse y oro para reclutarlos. Se optó por volver a llamar al enviado de los Fugger. Este no veía ningún inconveniente en adelantar unos fondos, pero exigía unas garantías que el Inca no estaba en condiciones de darle.

Entonces, Atahualpa le encargó a Higenamota una misión secreta. La princesa cubana debía regresar a Lisboa. La acompañaría, a petición suya, el joven Pedro Pizarro. Se llevaron consigo a algunos conversos que transportaban a lomos de asno un cargamento de elixir oscuro, unas buenas espadas toledanas, palos de fuego, cajas que hablan, trigo, pinturas y mapas del Nuevo Mundo. Carlos había aceptado mandar un mensaje al rey João III, su cuñado, ordenándole que, por amor a él, pusiera a su disposición un buen navío y al mejor piloto que encontrara. Atahualpa confiaba también a su amiga cubana un *quipu* compuesto de numerosos hilos, cuya disposición de nudos había sido preparada meticulosamente por su archivero personal y del que incluso Higenamota, en quien él tenía la más absoluta confianza, ignoraba el contenido.

Ese *quipu* era un mensaje para entregar exclusivamente a su hermano Huáscar.

20. SEPÚLVEDA

Había en el entorno de Carlos un *amauta* encargado de hacer la crónica de su reinado y también de velar por la educación de su hijo, el pequeño Felipe.

Este hombre manifestaba un interés por los quiteños que parecía sincero. Se mostraba siempre deseoso de cruzar palabras con ellos, les hacía muchas preguntas sobre su historia, sus costumbres, sus creencias y les testimoniaba aparentemente una viva simpatía. Gracias a ello, fue el primero en comprender de dónde venían y qué los había traído a España.

Se llamaba Juan Ginés de Sepúlveda.

Tenía un maestro al que se refería muchas veces, Aristóteles, y dos enemigos a los que vituperaba otras tantas, Erasmo y Lutero.

En realidad, este hombre era tan hipócrita y fingía tan bien que se ganó la confianza de los quiteños, quienes le encomendaron una misión diplomática en Santa Fe. Debía garantizar a los españoles que su rey estaba bien tratado, al igual que su esposa y sus hijos, que gozaba de todas las prerrogativas excepto de libertad de movimiento y que así seguiría hasta que la Alhambra fuera preservada de cualquier ataque, por lo que ordenaba a los comandantes de su ejército que no intentaran nada para su liberación.

En vez de esto, Sepúlveda los enfureció todo lo que pudo, jurándoles que su rey no llegaría a mañana si no intervenían, que la reina y sus hijos estaban muy débiles por los malos tratos que les infligían y se bañaban en su propia suciedad, y que si no se hacía nada, sería el fin de la familia real y de la monarquía española.

Añadió que Atahualpa y sus hombres eran infieles e idólatras, adoradores de Mahoma, unos demonios salidos directamente del infierno, paganos que ignoraban hasta el nombre de Cristo, fornicadores y putas que iban desnudas sin ninguna noción del pudor, ofendiendo los ojos y el alma de los buenos cristianos.

Repitió también lo que había aprendido de boca de aquellos que, imprudentemente, se habían confiado a él, a saber, que su líder había sido derrotado en su país por su hermano y que, a fin de cuentas, no eran más que una banda de fugitivos que vagaban por el mundo desde hacía mucho tiempo, igual que los judíos.

Aseguró a los españoles que esos bárbaros no eran ni doscientos, contando a las mujeres y a los niños, y les confesó que, por lo que él mismo había podido observar, no eran nada duchos en el manejo de los arcabuces ni de la artillería en general.

Antonio de Leyva, el lisiado de Salamanca, acogió estas palabras con entusiasmo. Pero los demás, Tavera, Granvela, Cobos, se mostraron más

circunspectos. Aunque los extranjeros fueran unos bárbaros sanguinarios, no parecía que fuesen herméticos a la razón, los informes sobre su trayectoria y sus artimañas desde que habían desembarcado en la península ibérica así lo atestiguaban. Por otra parte, sabían que su salvación pasaba por la de Carlos. Su rehén carecía de valor si moría. Precisamente, su debilidad y su escaso número eran lo que garantizaba la vida del emperador.

Sin embargo, otros factores alegaban en favor de una intervención rápida. Había que pagar a las tropas y faltaba dinero para ello. Fugger se negaba a prestar más mientras la situación no se clarificara. En esa espera, los suizos gruñían y los lansquenets se impacientaban. Llegaban informes de Flandes, de Galicia, de Italia, que hablaban de abusos, pillajes y amotinamientos. Nadie quería volver a vivir el saqueo de Roma. Y si el ejército imperial se desmoronaba, daría a Francia la oportunidad de una ofensiva, lo que el consejo de los españoles temía por encima de todo.

A continuación, Távera pronunció un nombre con un tono de amenaza, sin que los demás supieran con certeza a quién se dirigía: «Fernando vendrá». No eran de su gusto los retrasos.

Así pues, se decidió que Sepúlveda regresara junto al rey para espiar y dar cuenta de los hechos y movimientos de los extranjeros. Debía preparar la evasión de Carlos o avisarlo de un previsible ataque. En el momento convenido, él abriría las puertas de la Alhambra. Hasta entonces, continuaría disimulando y fingiendo su amistad.

21. LAS INCADAS, CANTO I, ESTROFA 20

*Entonces, los dioses del Quinto Cuarto,
de donde surge el mandato que gobierna a los hombres,
debieron reunirse en augusta asamblea
para ordenar del Oriente su suerte y sus destinos.
Por la tierra radiante donde habita la luz,
un camino de estrellas se les ve recorrer,
acuden llamados por el Señor del Trueno,
cuyo mensajero los ha avisado.*

22. LA ALHAMBRA

Pasaron varias lunas. Atahualpa echaba de menos la compañía de Higenamota, pero ya podía pasarse sin ella. Había dejado a Coya Asarpay encinta. Conversaba con Carlos y perfeccionaba su castellano. Juntos,

trazaban planes para vencer a la Sublime Puerta, reconquistar Jerusalén e invadir el país de los moros. Atahualpa soñaba con ese mar del Sur que Carlos llamaba Mediterráneo. Sepúlveda le explicaba el misterio de la Eucaristía y, a su vez, Atahualpa le contaba la historia de su antepasado Manco Cápac. Quizquiz jugaba con el pequeño príncipe Felipe y con su hermana, María. Rumiñahui inspeccionaba las defensas de la fortaleza. Quispe Sisa y Cusi Rimay suplicaban a Lorenzino que las llevara a Italia cuando él, entre risas, les prometía los más hermosos vestidos. Se plantaban tomates en los jardines del Generalife, en la parte alta de la Alhambra. Chalco Chímac vigilaba a Sepúlveda, porque no se fiaba de él. Y hacía bien, pues estaba preparando la evasión de su señor.

Carlos alternaba los momentos de abatimiento y los de resolución. Rezaba unas horas en el Salón de los Reyes del Palacio de los Leones, el mismo donde su abuela Isabel y su abuelo Fernando habían oído su primera misa, después de la toma de la Alhambra. El lugar no estaba dentro del perímetro que se le había asignado en su inacabado palacio, sino que se encontraba en la parte ocupada por Atahualpa y su corte. El Inca le había concedido esa libertad generosamente, como prueba de afecto y de respeto de un soberano hacia otro soberano.

En realidad, Carlos no estaba tan abatido como para sentir la necesidad de recogerse durante jornadas enteras. Era una idea de Sepúlveda. El Salón de los Reyes le permitía acceder al Palacio de los Leones, pegado al Palacio de Comares. Antaño, el joven Boabdil, prisionero de su padre en un calabozo de la Torre de Comares, se había deslizado desde la ventana por una cuerda hecha de fajines anudados que le había preparado su madre.

Carlos debía coger el mismo camino. Los hombres de Atahualpa montaban guardia, pero no eran lo suficientemente numerosos para un palacio tan grande y nadie había considerado útil vigilar una prisión vacía.

El intento fracasó porque el día de la evasión Carlos tuvo un ataque de gota que lo dejó postrado en su lecho.

El ingenioso Sepúlveda no se desanimó. Cada mañana, las puertas de la Alhambra se abrían para acoger a los conversos y mahometanos del Albaicín que engrosaban la mano de obra para cuidar los jardines, trabajar en las cocinas, lavar la ropa y hacer todo tipo de tareas que no fuesen de naturaleza militar y para las que no se bastaban los quiteños ni sus refuerzos toledanos. Por la tarde, las puertas se abrían de nuevo para dejarlos salir. Sepúlveda imaginó disfrazar a Carlos para que saliera con ellos. Avisó de su plan a los

de Santa Fe. Un destacamento se emboscaría en la salida, con el encargo de recoger al rey y llevarlo a un lugar seguro.

El día señalado, al caer el sol, los dos hombres se mezclaron con los obreros que volvían a sus casas. Para pasar desapercibidos, llevaban ropas muy vulgares e iban encapuchados para ocultar su rostro. Pero Chalco Chímac, desconfiado, observaba, como cada tarde, la apertura de las puertas desde la muralla. Reconoció a Carlos por su nariz de tapir, que sobresalía de la capucha. Enseguida dio la voz de alarma y ordenó cerrar las puertas. Los que estaban fuera emboscados lo oyeron y empezaron a atacar al grito de «¡Santiago!». Los españoles armados irrumpieron en la Alhambra. Los quiteños hicieron fuego, los asaltantes respondieron. El pánico se apoderó de los obreros y la situación se volvió extremadamente confusa en poco tiempo. Las flechas y las hondas silbaron abatiendo a los hombres, que caían de bruces o lanzaban aullidos de dolor. Los españoles, que habían ido en un reducido número para no hacerse notar, retrocedieron. Sepúlveda quiso tirar de Carlos, a quien sujetaba por el brazo, pero, de repente, se desplomó, fulminado por un disparo de arcabuz. Sepúlveda tuvo el tiempo justo de cruzar la puerta antes de que se cerrara. Logró huir con los supervivientes. Carlos se quedó dentro, caído en medio de los cadáveres. Chalco Chímac corrió hasta él. El rey de España respiraba débilmente.

Tardó tres días en morir. Sus últimas palabras no fueron comprensibles.

Para los quiteños, eso suponía una catástrofe. Por nada del mundo su muerte debía ser revelada. Enterraron el cuerpo de noche, sin ceremonia, en los jardines de la Alhambra, entre las tomateras. Pero Sepúlveda lo había visto caer y repetía, una y otra vez, a los nobles de Santa Fe, que su rey había sido mortalmente herido y que ya nada impedía asaltar la Alhambra. Ciertamente, al otro lado de aquellos muros, la reina, el príncipe Felipe y su hermana, María, seguían aún en poder de los bárbaros, pero ningún otro motivo más que la venganza podía albergar en su destrozado corazón todo buen cristiano. «¡Represalia!», exigían.

Pese a todo, ¿cómo estar seguros de la muerte de Carlos? Los españoles despacharon unas delegaciones que fueron todas rechazadas. No obstante, esperaban todavía un milagro, porque no podían resignarse a la muerte de su soberano. Por otra parte, los acontecimientos, tal como habían sido relatados por Sepúlveda y otros testigos, no estaban muy claros y ofrecían dudas sobre la procedencia del disparo fatal. Sepúlveda juraba que había provenido de las murallas, pero su parcialidad hacía dudar de su juicio. Por otro lado, eso no significaba nada. No había constancia de que Carlos estuviera vivo o muerto.

Los quiteños trataron de aprovechar ese tiempo de vacilación para montar una estrategia. Se temían que la reina y sus hijos carecieran de peso suficiente para seguir conteniendo a los españoles y, por tanto, que el ataque fuera inminente. Bien defendida, la Alhambra era inexpugnable, pero, sin la ventaja de su rehén, se sabían en un número muy inferior para aguantar el asedio. Chalco Chímac sugirió maquillar el cuerpo y sacarlo a pasear por las murallas como si estuviera vivo. Su propuesta no fue aceptada, aunque todos alabaron su ingenio.

De hecho, la situación no permitía más que una sola decisión: intentar una salida. Cuando Santa Fe les hizo llegar un ultimátum exigiendo una prueba de que Carlos seguía aún con vida, Atahualpa decidió que partirían esa misma noche, lo más discretamente posible. Si conseguían llegar a las montañas, tal vez lograrían salvarse. Por lo que pudiera pasar, se llevarían consigo a la reina y a sus dos hijos.

En cuanto la última llama del cortejo hubo franqueado el umbral de la Alhambra, tuvieron que abandonar toda esperanza de llevar a cabo su plan. Los españoles los esperaban y cayeron sobre ellos. El camino de la montaña estaba cortado. Los quiteños fueron detenidos en la falda de la colina, por donde corre un pequeño río, en cuyas aguas empezó la masacre. Coya Asarpay tuvo contracciones.

En la otra vertiente, la colina del Albaicín les cerraba el camino; estaban en el fondo de una garganta e iban a morir. Pero el Albaicín no dormía. Al contrario, bullía y parecía bramar como el mar. Sus habitantes contemplaban la escena, la resistencia heroica de los extranjeros frente a los cristianos, abatidos por la artillería y las cargas de la caballería española. Un rumor se extendió por las callejuelas blancas. Los moriscos repetían en su lengua una frase que atribuían a su dios: «Tendréis los gobiernos que os merezcáis». Enseguida vieron, en aquella circunstancia que se les presentaba, una ocasión política, providencial, sentimental. Oleadas de hombres bajaron por la colina y se metieron en la pelea. ¿De dónde habían sacado las armas? De las cocinas, de las tiendas, de los talleres, del campo. Tal vez las tuvieran guardadas, o fuesen robadas, o las forjaron con sus propias manos, en previsión de que algún día llegara un acontecimiento semejante.

La sorpresa apagó el ímpetu de los españoles. Estaban demasiado bien equipados y eran demasiado numerosos para dispersarse, pero cedieron y dieron marcha atrás. Se batieron en retirada sin romper las filas. Esta tregua, no obstante, bastó a los quiteños para salir del barranco en cuyo fango estaban

atascados y perderse por el dédalo de callejas blancas, adonde los españoles nunca irían a buscarlos.

23. CÁDIZ

La revuelta de los moriscos se propagó por toda Andalucía. Atahualpa aprovechó la confusión engendrada para huir de nuevo. El Albaicín fue un refugio solo el tiempo que tardaron en curar a los heridos, pero no era un lugar seguro donde pudieran quedarse indefinidamente; tarde o temprano, los españoles volverían. Y ese tal Fernando, del que se decía que tenía un ejército impresionante, no dudaría en vengar la muerte de su hermano.

Córdoba, Sevilla..., en adelante, evitarían las ciudades. Habían dejado tras de sí a sus papagayos, sus llamas, sus cobayas, incluso al puma de Atahualpa, para llevar consigo tan solo a los tres rehenes, la reina y sus dos hijos, lo único que en ese momento quedaba de la Corona Española. Los que podían, montaban a caballo; ya no había literas, solo algunas carretas para llevar a los heridos. Tan lamentable cortejo siguió quejumbroso el curso del sol, acompañado por el grito de los buitres en el cielo, que son los cóndores de este país.

Si la intención de Atahualpa hubiera sido simplemente llegar hasta el mar, habrían ido hacia el sur. Pero era el oeste lo que él buscaba; siempre más al oeste, de la mañana a la noche, sin desviarse jamás, empujando a hombres y a animales a exprimirse hasta sus últimas fuerzas, como si corriera tras el sol, como si quisiera atraparlo, o alcanzarlo, o adelantarlo, pero siempre el sol, Inti, su ancestro y su dios, se le escapaba, y así llegaron a Cádiz.

La ciudad parecía desierta, ya que sus habitantes, no sabiendo a qué atenerse, se habían encerrado en sus casas y habían echado los postigos. Los quiteños, al sentir su sorda presencia, avanzaban a paso de puma. El templo de Cádiz, construido en honor del dios clavado, era también un edificio extraordinario en el que se detuvieron para poder descansar un poco. Pero Atahualpa quería llegar al puerto cuanto antes. Sus hombres empezaron a sospechar que buscaba un barco para regresar a casa. Algunos pensaron que no era una mala idea. Desafortunadamente, el puerto estaba vacío, con excepción de algunas barcas; todos los barcos se habían ido. Solo entonces consintió Atahualpa en instalarse en el templo.

Pasaron los días. Los conversos y los moriscos que no habían querido abandonar a los quiteños salían para deambular por la ciudad y regresar con víveres. Un día, el hijo de la vieja judía de Toledo trajo noticias alarmantes:

un destacamento de soldados se aproximaba, venían en su búsqueda, para capturarlos o matarlos allí mismo, y no cabía la menor duda de que serían apenas una vanguardia. El ejército de Carlos iba hacia allí y quizá también el de Fernando. Había que huir sin demora.

Pero Atahualpa no estaba dispuesto a huir. Sus hombres no podían más, su hermana-esposa estaba a punto de parir. Habían llegado al final de su camino. Por más que aquellos cuyo rango los autorizaba a dirigirle la palabra le dijeran que cada hora que pasaban esperando era un error de consecuencias posiblemente irremediables, el joven Inca no se inmutaba. Encargó a Quizquiz la organización de la defensa de la ciudad. Cádiz estaba rodeada de murallas, podían contar con el refuerzo de los moriscos en ellas, pero, si de lo que se trataba era de aguantar un asedio, ¿por qué habían abandonado la Alhambra?, se preguntaban los generales. Las murallas que rodeaban Cádiz no soportaban la comparación con la gigantesca ciudadela roja asentada sobre rocas. Naturalmente, nadie osó hacer tal observación delante de Atahualpa. Tan solo Coya Asarpay, que llegaba ya al término de su embarazo, protestó entre sollozos.

Poco después, la situación empeoró rápidamente. Quizquiz logró contener la vanguardia española, pero entonces empezó un nuevo asedio en condiciones mucho más inciertas. Los habitantes que se habían quedado en la ciudad eran hostiles a los quiteños y el puerto los volvía vulnerables, a merced de un ataque por mar. Ese era el lugar donde Atahualpa concentraba toda su atención, dejando a sus generales la defensa de las murallas. Y allí fue donde puso el mayor peso en los platillos de la balanza.

Una mañana, cuando ya el sitio de la ciudad no era más que cuestión de días, quizá de horas, cinco navíos aparecieron en el horizonte. Al creerse atacados por la espalda, todos los quiteños pensaron que, esa vez, su historia acababa de verdad. Únicamente Atahualpa consideraba otra posibilidad. Sus ojos escrutaban la proa de aquellos barcos. Y mientras sus compañeros, resignados, aguardaban ya los primeros cañonazos, él reconoció a Higenamota, a Pedro Pizarro y a Túpac Hualpa, su hermano y el de Huáscar. En ese instante, supo que se habían salvado y que ese mundo sería suyo.

24. LAS INCADAS, CANTO I, ESTROFA 24

*Inmortales habitantes del luminoso Imperio
del firmamento sereno, Polo de esplendor,
recordad sin que necesario sea repetirlo
cómo de fuertes quiteños el brillante valor*

*ha ilustrado su historia de hazañas sin cuento,
y que este pueblo por la Ley del Destino tendrá
un porvenir tan grandioso que borraré la memoria
de asirios, griegos, romanos y persas.*

25. LA CONQUISTA

Alemania, Inglaterra, Saboya, Flandes, poco le importaban. Le importaban Andalucía, Castilla, España. Andalucía era su tierra ahora y moriría por ella, si era preciso, pero no sería hoy.

Las bodegas de los barcos rebosaban de tres cosas: oro, plata y salitre.

Con el salitre, Quizquiz dio munición a los cañones de las murallas y dispersó a los sitiadores. No significaba de ninguna manera que con ello hubiera acabado con el ejército español, sino simplemente les hacía llegar un mensaje: «La situación ha cambiado. Vuestro mundo ya no volverá a ser el mismo. Sois el Quinto Cuarto».

Con el oro y la plata podían comprar hombres. La noticia de las bodegas rebosantes de oro se extendió y los mercenarios acudieron. Un elevado número de desertores del ejército español se sumó a las tropas del Inca.

Atahualpa proclamó que los conversos, judíos, moriscos, luteranos, erasmianos, sodomitas y brujas estarían en adelante bajo su protección.

Cada día, centenares de refuerzos engrosaban sus filas y hacían más real su proclama.

Cuando se envió un emisario a Navarra, otro galopaba ya hacia Augsburgo.

Atahualpa tomó posesión de Sevilla sin un solo cañonazo. Instaló con él a la reina y al príncipe en el palacio del Alcázar.

Desde Sevilla, estableció un enlace marítimo con Tahuantinsuyo, pasando por Cuba. Así estaría asegurado el abastecimiento de oro y de plata. Fugger le adelantaría cuanto quisiera.

De hecho, Atahualpa necesitaba mucho, ya que tenía grandes proyectos.

Convocó las Cortes para que confirmaran sin demora al príncipe Felipe como futuro rey de España y, de paso, ratificaran la regencia de Atahualpa. En este mundo, con oro todo parecía posible; o, al menos, nada lo era sin él. El oro y la plata lo simplificaban todo.

El partido de los Távera y los Granvela, que había estado a punto de desaparecer, no podía ya oponérsele por ningún medio: ni con la legitimidad,

que se había extinguido con Carlos, ni con el oro, que se les había agotado, ni con el ejército, agotado y diezmado por una enfermedad desconocida.

El Inca se había apresurado en obsequiar Flandes y Artois al rey de Francia, y el ejército de Fernando había corrido a defender las provincias de su hermano, dejándole el campo libre.

Ahora quería reinar. O, mejor dicho, ya que la Corona de España no estaba precisamente vacante, quería gobernar.

¿Qué había ofrecido a Huáscar para firmar la paz? Elixir oscuro, arcabuces, un poco de trigo, hojas que hablan y unos cuadros. La idea de que el mundo era lo suficientemente grande para los dos. Y la perspectiva de nuevas riquezas, a cambio de las que Tahuantinsuyo tenía hasta rebosar: el oro y la plata.

De este modo, los incas descubrieron el comercio, esa actividad que consistía en intercambiar mercancías utilizando la moneda.

Higenamota había cumplido perfectamente su misión. Se habría podido quedar en Cuba, con los suyos, y no regresar jamás. Sin embargo, había decidido lo contrario, quizá por amor a Atahualpa, aunque nunca ocultó su relación con el joven Pizarro. O más bien el gusto por la aventura y la curiosidad habían prevalecido por encima de cualquier otra opción. Le gustaba este mundo de furor y promesas; quería saber hasta dónde la llevaría todo eso. Y, además, quería ver Italia, pero la entristeció la noticia de que Lorenzino había vuelto a su país. Ella ignoraba entonces qué papel le reservaba el destino al joven de Florencia.

Ignoraba, en realidad, todos los acontecimientos por venir.

26. LAS INCADAS, CANTO I, ESTROFA 74

*Al parecer, la caprichosa Fortuna dicta
que los nobles quiteños, por doquier victoriosos,
impongan su yugo cual ley de Belona^[7]
a los pueblos de Europa, fieros y cuantiosos.
Y yo, hijo de un padre augusto entre los dioses,
pues de grandes títulos puedo vanagloriarme,
impasible, veré como el injusto Destino
añade un nuevo nombre que deba humillarme.*

27. MANCO, EL JOVEN

Túpac Hualpa había traído consigo un *quipu* con la respuesta de Huáscar al mensaje de Atahualpa.

Huáscar perdonaba a su hermano y quería olvidar las ofensas pasadas, pues este proclamaba su renuncia a toda pretensión al trono de los Cuatro Cuartos. A petición suya, le enviaba trescientos hombres y grandes cantidades de oro, plata y salitre. A cambio, esperaba más elixir oscuro, palos de fuego y pinturas mágicas, que daban la ilusión de profundidad. Agradecía a su hermano haberle enviado al ingeniero Pedro Pizarro para que le explicase el funcionamiento de esas armas nuevas. Como podía ver, los incas habían sabido construir sus primeros cañones, con los que habían cargado los navíos fletados desde Cuba.

Huáscar, en su infinita bondad, ante el ruego de su hermano y por amor a él, renunciaba a invadir la isla de la que era originaria la princesa Higenamota (a cambio de un modesto tributo).

El *quipu* había sido trenzado en Tumipampa, donde Huáscar residía con su corte, pues no había querido volver a Cuzco, al presentir que el curso de los acontecimientos seguiría desplazándose hacia el norte (ya que el sur estaba absolutamente bloqueado por los salvajes araucanos).

No había sido fácil para Higenamota llegar al emperador, pero la princesa cubana, como siempre, causaba una gran impresión allí por donde pasaba. En Lisboa, obtuvo de João no uno sino tres barcos, ayudada, a decir verdad, por el hecho de que Isabel, la hermana del rey y esposa de Carlos V, estaba en manos de Atahualpa. A su regreso en Cuba, los taínos, que habían adquirido el conocimiento necesario, construyeron otros dos barcos más mientras ella iba al encuentro de Huáscar, en el corazón del Imperio.

El emperador había leído el *quipu* e, impresionado por los regalos que Higenamota traía, había querido satisfacer las demandas de Atahualpa, ya que los Cuatro Cuartos rebosaban de los productos que solicitaba. Confió a su hermano-general Túpac Hualpa el cuidado de enviar la mercancía. Atahualpa había decidido, de acuerdo con Higenamota, tras examinar los mapas que ahora sabían interpretar perfectamente, que los navíos desembarcaran no en Lisboa, sino en Cádiz, más cerca de Granada.

Con Túpac Hualpa viajó otro de sus hermanastros, el joven Manco Cápac, que tenía el temible honor de llevar el nombre del gran antepasado fundador. Túpac Hualpa volvería luego con los barcos repletos de armas, vino y pinturas, pero el joven Manco Cápac se quedaría. Sería una especie de embajador de Huáscar en Sevilla, lo que equivalía a ser su espía, algo que Atahualpa, diplomático, fingiría ignorar.

28. EL ALCÁZAR

La acogida que tributó Sevilla a los quiteños fue muy diferente a las anteriores.

Ese día, la reina Isabel montaba un caballo blanco y ella misma iba vestida de raso blanco, en señal de duelo. A su lado, Atahualpa hacía gala sobre su frente de la corona escarlata del Sapa Inca.

Los más nobles señores de la ciudad, el duque de Medina Sidonia, el duque de Arcos, el marqués de Tarifa, habían acudido a su encuentro con el alcalde (que era el *curaca* encargado de administrar la ciudad) y se inclinaron a la vez delante de la reina y del Inca.

El joven Felipe y su hermana los seguían detrás, así como una fuerza de seis mil hombres.

Al hacer su entrada en la ciudad, Chalco Chímac y Quizquiz se intercambiaron miradas, era fácil adivinar que estaban pensando en el día en que estuvieron en la tienda de Carlos V, en las afueras de Salamanca, y en todo lo que habían recorrido desde entonces hasta estas señales de respeto protocolario que se les dispensaba ahora.

Por otra parte, Quizquiz observaba los botes y brincos que delante de él daba Sempere, el gran perro blanco del emperador, que había seguido al pequeño Felipe en la huida de Granada. El animal conservaba en el morro la huella del zarpazo del puma de Atahualpa. Cuando Quizquiz vio los jardines del Alcázar, deslumbrado por su esplendor, pensó en lo mucho que le habría gustado a la fiera retozar por allí, trepar a las palmeras, bañarse en los estanques, cazar pájaros, y se preguntaba dónde estaría en esos momentos.

En esos jardines fue donde Coya Asarpay dio a luz a su hijo, que recibió de su padre el nombre de Carlos Cápac, en homenaje a su infortunado rival. El pequeño Felipe fue autorizado a inclinarse sobre la cuna y a ser su padrino. Por insistencia de Isabel, que era muy piadosa, el niño fue rociado con agua por un sacerdote local, por si acaso. Atahualpa valoró ese padrinzgo como una buena política. Incluso ofreció a Isabel tomarla por esposa secundaria, pero esta declinó la proposición.

Lorenzino regresó de Italia con un artista de gran reputación llamado Miguel Ángel, a quien había ido a buscar a Roma. Se habló con él, en primer lugar, sobre la necesidad de construir una tumba a la que trasladar el cuerpo de Carlos V, que se había dejado en la Alhambra en medio de los tomates. Luego se le encargó una escultura que representara a Viracocha, creador del Sol, la Luna y las estrellas. Atahualpa habría deseado que hiciera el retrato de

su hermana-esposa y de su hijo recién nacido, pero como el artista detestaba pintar a personas vivas, tuvo que renunciar y le encomendó a Lorenzino que fuese en busca de otro pintor, familiarizado con Carlos, del que sabía que ejercía su arte en una ciudad llamada Venecia. Sin embargo, Miguel Ángel aceptó hacer una excepción con la princesa Higenamota, de quien es la magnífica escultura que preside hoy el gran templo de Sevilla, allí donde se casaron antaño Carlos e Isabel.

A decir verdad, Atahualpa habría preferido regresar a Granada, pues se sentía mejor encaramado en las alturas de la Alhambra, pero necesitaba un lugar de residencia que estuviera unido por mar con su país de origen, y el Guadalquivir, el río que atravesaba Sevilla, aunque poco profundo y difícilmente navegable por los barcos de gran tonelaje que se enviaban a Cuba, servía de nexo de unión. En muy poco tiempo, los toneles de elixir oscuro y de harina rodaban noche y día por los muelles del puerto y se cruzaban con los barriles de salitre y de coca que rodaban en sentido contrario, desembarcados junto con los cofres con oro y plata enviados por Huáscar; a su vez, se cargaban de tinajas de aceite de oliva, de miel y de vinagre que tanto encantaban a los incas de ultramar.

El tráfico llegó a ser de tal tamaño que Atahualpa ordenó la creación de una institución específica, llamada por los nativos *Casa de contratación*, para gestionar las relaciones comerciales entre Tahuantinsuyo y el Quinto Cuarto. Nadie, ni en España ni en ninguna otra parte de Levante, estaba autorizado a comerciar con los países de Poniente sin pasar por Sevilla, con excepción de Lisboa, que recibió una derogación en agradecimiento por la ayuda prestada a Higenamota, sin la cual habría sido el fin de los quiteños en España y la historia habría tomado otro curso. (Aun así, un quintil de todo lo que llevaban los navíos portugueses debía ser transferido a la Corona Española).

Era también una manera de compensar a la reina Isabel, hermana de João III, por la pérdida de su marido, a quien adoraba.

29. LAS CORTES

Otra compensación era el ascenso de su hijo primogénito al rango de rey de España.

Era costumbre que una asamblea de nobles, sacerdotes y comerciantes, venidos de todas las regiones de Castilla, acudieran a presentar su homenaje al nuevo rey. Eran las Cortes, y la ceremonia solemne tenía algo de intimidante para el pequeño Felipe. Sin embargo, con el fin de que estuviera

preparado ante cualquier aprieto, Chalco Chímac le había escrito el discurso, e Higienamota, con la ayuda de Pedro Pizarro, se lo había traducido al castellano. Los duques de Arcos y de Medina Sidonia habían tenido la amabilidad de releerlo, para que el texto se beneficiara de su conocimiento, tanto de las instituciones locales como de las formas protocolarias ligadas a ese tipo de asambleas.

De este modo, el pequeño Felipe pudo asegurarse que sería digno de la tarea que le correspondía, pues era la voluntad de Dios confiarle tan joven el destino de España. Los nobles sevillanos, que habían prestado su apoyo a la preparación del evento, creyeron conveniente señalar que su padre había sido llamado por Dios a la edad de treinta y tres años, y Chalco Chímac, sospechando la importancia simbólica de esa información, lo había mencionado varias veces en el texto del discurso.

Pero Dios no había dejado desvalido al pequeño rey ante la magnitud de semejante empresa. En su gran misericordia, le había enviado al hijo del Sol desde el otro lado del mar para guiarlo y aconsejarlo.

Por otra parte, ese papel de consejero difícilmente podía pasar inadvertido: cuando el pequeño Felipe dudaba o perdía el hilo de su discurso, Chalco Chímac, que estaba de pie a su lado, se agachaba para soplarle al oído las palabras que debía pronunciar, lo que causaba una impresión muy favorable en la asamblea. Los más ancianos recordaban que había sucedido algo parecido, antiguamente, con el joven Carlos y su viejo maestro, el señor de Chièvres. Ciertamente que la situación era entonces sensiblemente diferente, pero en definitiva no menos extraordinaria, con la llegada de un joven monarca que no hablaba ni una palabra de español. Por lo menos, Felipe había nacido en Valladolid, y no en Flandes. En cuanto al señor del otro lado del mar, tenía oro y parecía estar dispuesto a compartirlo.

De este modo, el joven rey, inspirado por su nuevo séquito, pudo presentar las primeras medidas de su reinado.

La primera de todas fue la disolución del Consejo Supremo de la Inquisición y la supresión inmediata del Tribunal del Santo Oficio. Ante los murmullos de aprobación que recorrieron la asamblea, incluidos los de algunos representantes de los sacerdotes, Atahualpa entendió que aquel asunto no sería demasiado impopular.

La segunda medida consistió en ceder Artois y Flandes al reino de Francia, a cambio de un tratado de alianza consolidado por una promesa de asistencia mutua. Las provincias del norte no interesaban a los españoles y esta noticia fue recibida con una indiferencia matizada de alivio.

Finalmente, el señor de ultramar, Atahualpa, hijo del Sol, fue nombrado canciller del rey, en lugar de Nicolás Perrenot de Granvela, a cuya cabeza, como a las de los demás rebeldes, se había puesto precio.

La recompensa ofrecida por la cabeza de Sepúlveda, declarado responsable de la muerte del rey Carlos, era de mil ducados.

Pedro Pizarro fue nombrado secretario de Estado en sustitución de Francisco de los Cobos y Molina, también en la lista de los insurrectos, al igual que Juan Pardo Távera y Antonio de Leyva.

Se creó un Ministerio de Cultos, que Atahualpa habría deseado confiar a Íñigo López de Loyola, pero como este lo rechazó, se le otorgó el puesto a un converso humanista, Juan de Valdés, traído de Roma por Lorenzino.

El decreto de la Alhambra concerniente a la expulsión de los judíos, datado en el año 1492 de la antigua era y firmado por los abuelos de Carlos V en Granada, fue abolido.

30. CARTA DE MORO A ERASMO

Tomás Moro saluda a Erasmo de Róterdam:

Ya sabes, mi querido Erasmo, cuánto disfrutaba de mi retiro después de haber devuelto el Sello y renunciado a la carga de canciller con la que su majestad el rey Enrique había tenido a bien honrarme.

En cuanto a ti, estoy al corriente de que habías dejado Basilea porque tu inestable salud te hacía aspirar a más tranquilidad y, a este respecto, espero de todo corazón que el cálculo renal te haya dado alguna tregua.

Si, pese a todo, mi querido Erasmo, hoy tomo la pluma es para suplicarte que acudas en ayuda de tu viejo amigo en un asunto que supera mi caso personal y afecta, no temo decirlo, al destino de toda la Cristiandad.

No ignoras que su majestad el rey de Inglaterra se ha empeñado en mandar anular su matrimonio con la reina Catalina para casarse con lady Ana Bolena, ni que el papa se niega a esta anulación, lo que lo convierte, actualmente, en un bígamo a ojos de la Iglesia.

También habrás oído hablar de esa nueva religión que se expande desde España, que algunos llaman intismo y otros solismo, y que dice ser la religión del Sol, a la que pertenece ese nuevo señor, Atahualpa, que ha causado la pérdida del emperador Carlos y del que se comenta que, a día de hoy, es el verdadero amo de las Españas.

¿Te imaginas qué se le ha ocurrido a Su Majestad mi rey? Amenaza con convertirse a la religión del Inca, y con él toda Inglaterra, si el papa no le da

satisfacción, pues ha oído que en esa religión se pueden multiplicar las esposas como Nuestro Señor multiplicó los panes.

Por mucho que Nuestro Santo Padre haya amenazado al rey con la excomunión, no ha logrado nada. Su Majestad está tan prendado y es tan obstinado que parece muy decidido a hacer caso omiso de las advertencias del sumo pontífice en persona.

¿Puedes imaginarte mayor blasfemia? Como si no tuviéramos ya bastante con defendernos de los avances de ese Lutero y de su herejía mil veces condenable. Pero, mira por dónde, ahora tenemos que afrontar un peligro mayor aún y más diabólico, esas idolatrías de bárbaros que diríanse salidas directamente del infierno.

Te suplico, mi querido Erasmo, que escribas una carta al rey para hacerle ver las consecuencias de esta locura, que solo pueden conducir a socavar los fundamentos de la verdadera fe en Nuestro Señor. Como ves, no se trata únicamente de combatir a quienes se esfuerzan por negar el purgatorio o rechazan hacer ayuno el viernes santo. No es ya solo la unidad de nuestra Iglesia la que está en peligro, sino la Cristiandad misma la que corre el riesgo de hundirse en la infidelidad y el ateísmo.

Lo mejor, si te soy sincero, sería que publicaras un texto para recordar nuestra adhesión a la verdadera fe y para condenar esas supersticiones impías.

Solo tú, en efecto, tienes autoridad suficiente para poner fin a esta locura, y una palabra tuya puede volver a colocar a Europa de nuevo en el camino de Dios.

¿Quién sabe? Quizá ese tal Atahualpa nos ha sido enviado por Dios para reconciliar a la Iglesia con sus ovejas descarriadas, hacer que los seguidores de Lutero recuperen la razón y unirnos todos juntos contra esos nuevos paganos.

Sabes que siempre he deseado ardientemente que salga de tu corazón, el órgano más apropiado para velar por la verdad, un tratado que demuestre, de manera irrefutable, que nuestra fe es la verdadera. No me cabe la menor duda de que no podría escogerse mejor momento que ahora para ello y deseo que nada pueda desviarte de esta noble tarea.

Cuídate, Erasmo, el más apreciado de todos los mortales.

En Chelsea, a 21 de enero de 1534.
Al maestro Erasmo de Róterdam, hombre de probada virtud y saber eminente.
De todo corazón,

31. CARTA DE ERASMO A MORO

Erasmus saluda a Tomás Moro:

No te equivocas, amigo mío, al sospechar mi fatiga y mi desánimo. En verdad, mi cuerpo apenas me deja tranquilo y no hay día en que no me vea agobiado por nuevos dolores.

Sin embargo, por amistad hacia ti y porque tratas asuntos importantes que merecen que me detenga en ellos, me tomo la molestia de responderte lo más diligentemente que puedo.

Ante todo, te diré que las calumnias me han debilitado tanto que ya no tengo la fuerza ni la energía necesarias para, de nuevo, bajar a la arena. Esto en cuanto al tratado que me pides.

Por otra parte, esas mismas calumnias y la pérdida de credibilidad que han supuesto para mi reputación me hacen dudar que el rey de Inglaterra escuche a un viejo ya medio enterrado y olvidado, y que, por añadidura, ha rechazado muchas veces las generosas invitaciones que tu soberano me ha hecho.

En cuanto al asunto del papa, creo que tu mejor aliado al respecto y el que más te ayudará en tu noble empresa es el propio Atahualpa, a quien, en mi opinión, ensombreces demasiado pronto.

Fíjate: al causar la pérdida de Carlos, que era el sobrino de la reina Catalina y que amenazaba a Roma con represalias si fuera repudiada con la bendición del Santo Padre, ha suprimido la amenaza que suponía el emperador y, por tanto, el obstáculo principal para la anulación de ese matrimonio. Una vez concedida esa anulación, nada se opondrá a oficializar los esponsales del rey Enrique con lady Ana, y esa oficialización, al dar plena satisfacción a sus deseos, deslegitimará a tu rey para desertar de la Iglesia católica.

Pero, más allá de estas consideraciones, te ruego que reflexiones sobre lo que has dicho a propósito de ese Inca y de su religión. ¿Piensas realmente que es peor y más peligrosa que las herejías luteranas que tanto vilipendias? ¿Crees que será más perjudicial para nuestra Iglesia que los codiciosos monjes de corrompidas costumbres que denunciaba antaño? Es indudable que Lutero, con pleno conocimiento de causa, ha sacado la espada para destrozar a la Iglesia. Pero Atahualpa es inocente de ello. ¿Qué culpa tiene él

de que el mensaje del Evangelio no haya llegado todavía a su isla, dondequiera que sea que esta se encuentre?

Pareces estar muy convencido de que los enemigos de la Iglesia están condenados al infierno y yo no sabría argumentarte lo contrario, pero recuerda, querido amigo, que el infierno no puede atemorizar a los paganos.

Además, si te diera por estudiar esa religión del Sol, verías que tiene numerosos puntos en común con nuestra propia fe. ¿No son Viracocha y el Sol un poco como Dios Padre y su Hijo Jesús, Nuestro Señor? La Luna, hermana y esposa del Sol, ¿no recuerda, aunque de manera lejana y figurada, a la imagen de la Virgen María? Y el rayo que ellos adoran, ¿no se parece a nuestro Espíritu Santo? Al fin y al cabo, has visto a menudo al Espíritu Santo representado en nuestras iglesias bajo la apariencia de un pájaro, entonces, ¿por qué no podría serlo bajo la de un relámpago?

Procura, amigo mío, no ver herejes ahí donde solo hay criaturas de Dios. Cuando más odiosa sea la palabra hereje a oídos cristianos, más hay que evitar usarla a la ligera. Sabes que condeno en Lutero su voluntad de destrucción y su pasión guerrera. Pues mira por dónde te doy la razón en una cosa: tal vez ese Atahualpa es una oportunidad para la paz.

Cuídate mucho, querido amigo, y abraza de mi parte a la señora Alice y a la señora Roper.

En Friburgo, a 28 de febrero de 1534.

A Tomás Moro, el más sabio
y más ferviente defensor de Dios.
Desiderio Erasmo de Róterdam

32. CARTA DE MORO A ERASMO

Tomás Moro saluda a Erasmo de Róterdam:

Una vez más, tu clarividencia había dado en el blanco, tú, el más sabio entre los sabios: nuestro muy Santo Padre ha suspendido sus amenazas de excomunión y finalmente ha autorizado la anulación del matrimonio. Nada impide, en adelante, al rey Enrique desposarse con lady Bolena.

Pero tu asombrosa sagacidad no podía llegar a adivinar lo que nadie, aparte de Dios, era capaz de prever.

Si pensaste que Inglaterra estaría salvada porque el rey se viera privado de razón para caer en la impiedad, has de saber que no es así en absoluto y que el peligro nunca ha sido más grave que ahora.

¿Puedes creer que a Su Majestad se le ha metido en la cabeza abrir un templo del Sol, lleno de vírgenes escogidas cuidadosamente y puestas a su disposición? Su locura ha crecido tanto que se ha declarado hijo del Sol, siguiendo el ejemplo de ese Atahualpa de bárbaras costumbres.

Me gustaría compartir tu benevolencia con respecto a esa religión impía, pero de ninguna manera sabría ver en ella la menor relación con la verdadera fe. Y de haberla, ¿cuál sería? Ciertamente que el Antiguo Testamento anunciaba el Nuevo, como me recordaste una vez muy pertinentemente, y que ya estaban allí los signos precursores de la venida del Mesías, pero yo te pregunto, querido Erasmo: admitiendo que Moisés hubiera preparado la venida de Jesús, ¿es esa una razón para hacerse judío?

Sea como sea, te agradezco tu carta al papa, no me cabe duda de que ella ha pesado en su decisión de anular el matrimonio, aunque dicha decisión, finalmente, no ha tenido los efectos esperados.

Dios te guarde, Erasmo, el más querido de mis amigos.

Chelsea, 23 de marzo de 1534.

A Erasmo de Róterdam, adiós.

Tomás Moro

33. CARTA DE ERASMO A MORO

Erasmo de Róterdam saluda a su querido Moro:

¿No te había dicho que ese extranjero, ese bárbaro, como tú lo llamas, era una oportunidad para Europa? En realidad, el mérito no es mío, y menos aún esa presciencia que quieres atribuirme, pues fue gracias a una carta de nuestro buen amigo Guillaume Budé por lo que pude formarme esa opinión.

Por lo visto, el rey Francisco recibió el mes pasado en París a un embajador de la Corona Española que iba acompañado por varios de esos indios o incas, no sé cómo llamarlos. (A lo mejor son persas, ya que allí se adora al Sol). Al parecer, son seres de gran refinamiento y enorme belleza, pero, sobre todo, han logrado la firma del tratado de paz entre Francia y España, concediendo al reino de Francia extensas porciones de lo heredado por el rey Felipe. En contrapartida, el rey Francisco, en su gran sabiduría, se ha comprometido a renunciar al Milanés, lo que tal vez sitúe a Italia, tierra de guerras constantes, en el amanecer de una paz duradera.

Pero esto no es todo. De verdad que me estremezco de gozo y de contento al escribir estas líneas para informarte, si no lo estás ya, mi muy querido

Moro, de las últimas noticias llegadas de España.

¿Te puedes creer que el joven rey Felipe, siguiendo el consejo de su nuevo canciller, ha promulgado en Sevilla un decreto que proclama la libre elección, así como el libre ejercicio, de su religión en todos los territorios de Castilla y de Aragón? La única obligación es celebrar dos veces al año la festividad del Sol. (Hasta el más ferviente defensor de la Cristiandad estará de acuerdo en que la imposición es muy ligera, quiero creer que serás de mi misma opinión a ese respecto).

¿Te das cuenta de lo que eso significa, mi muy querido Moro, el más valioso de mis amigos? Es la puerta que por fin se abre a esta Europa de tolerancia de la que ya desesperábamos y puede que, incluso, si Dios quiere, sea la vía hacia la paz universal. Tal vez ese decreto de tolerancia sirva de ejemplo a reyes y príncipes y, de paso, aplaque la furia de Lutero.

¿Ves, querido Moro, cuál es la lección de todo esto? La sabiduría de un pagano, si está guiada por Dios, incluso a sus espaldas, puede hacer más por la humanidad que un cristiano sediento de sangre. A fin de cuentas, ¿no fue también Sócrates un predecesor de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Y dirías que Sócrates y Platón eran unos bárbaros impíos? ¿O dirías, por el contrario, que el monje Savonarola, que hacía reinar el terror en Florencia en nombre de Nuestro Señor, era un buen cristiano?

Querido Tomás, espero con impaciencia recibir tu opinión sobre todo esto, y hasta entonces te mando un abrazo afectuoso.

En Friburgo, a 17 de abril de 1534.

A Tomás Moro, mi hermano humanista.

Erasmus

34. CARTA DE MORO A ERASMO

Mi muy querido Erasmo:

He recibido tu carta con un poco de retraso, al no hallarme allí donde esta tenía que llegarme, así que te ruego me disculpes por mi tardanza en responderte.

Me habría encantado compartir tu gozo y tu entusiasmo ante el curso de los acontecimientos, pero, ay, las cosas por aquí no han sucedido como era de esperar.

Como te decía en mi anterior carta, el rey Enrique, en efecto, ha promulgado una ley que decreta que, al igual que tu nuevo amigo el canciller

de España, él también es hijo del Sol.

Por todo el reino de Inglaterra sustituye los monasterios y abadías por templos del Sol, que no son, ni más ni menos, que burdeles regentados por las que los más indulgentes llamarán vestales, pero que los más lúcidos consideran putas.

Y como si todo esto no fuera suficiente para nuestra vergüenza y nuestra mayor aflicción, ha exigido que todos sus súbditos reconozcan, bajo juramento, que su rey es, sin lugar a dudas y por la gracia de Dios, hijo del Sol.

Esta es la razón por la que hoy te escribo desde la Torre de Londres, donde estoy ahora encerrado, a la espera de ser juzgado y probablemente sentenciado a muerte, al haberme negado, como puedes imaginar, a jurar y prestar mi apoyo a esa herejía inimaginable, impuesta a todo el mundo por esos blasfemos inauditos.

A ti, Erasmo de Róterdam, adiós.
En Londres, a 15 de agosto de 1534.
Tomás Moro

35. CARTA DE ERASMO A MORO

Querido Tomás, mi queridísimo hermano:

Si invoqué a Sócrates en mi carta anterior, no era en absoluto para que imitaras su conducta dirigiéndote voluntariamente a la muerte.

Te imploro, en nombre de nuestra vieja amistad y del amor que te profesan Alice, Margaret y todos tus hijos, que prestes juramento ante el rey y jures todo lo que él quiera. Aunque le dé por creerse el Gran Turco o Dios en persona, ¿qué te importan sus fantasías? Tú sabes, los dos sabemos, en el fondo de nuestros corazones, cuál es la verdad de Dios transmitida por el mensaje de los Evangelios.

El amor de los tuyos, eso es lo único que importa, al igual que las tareas que todavía tienes por delante y el bien que aún puedes hacer en este mundo. Estas cosas cuentan mucho más que las niñerías de un monarca caprichoso, ¿no crees? Te suplico, viejo amigo, que salves tu vida. ¿Qué es un juramento arrancado bajo pena de muerte? ¿Qué validez podría tener ante Dios y tu conciencia?

Déjame recordarte una historia. Es de no hace mucho tiempo y tal vez no la hayas olvidado todavía, aunque se remonta a la época de tu juventud.

Cuando el rey Luis XII, al poco de llegar al trono, quiso divorciarse de su mujer, hija de Luis XI, el asunto desagradó a mucha gente de bien, entre otros a Juan Standonck y a su discípulo Tomás, quienes, en sus sermones, no lo censuraron, sino que dijeron que había que rezar a Dios y servir de inspiración al rey. Este se limitó a desterrarlos y los volvió a llamar una vez llevado a cabo el divorcio. Ahora, déjame que te haga una pregunta: si el terrible Standonck aceptó una situación que, sin embargo, ofendía a su conciencia, ¿el buen Moro no puede hacer lo mismo? Ten cuidado, amigo, con el demonio de la vanidad. ¿Has recomendado a tu esposa, a tus hijos y a tus amigos que sigan el mismo camino que tú y que se nieguen a prestar juramento? Seguro que no, porque no deseas su muerte, y, por otra parte, sabes que ese juramento no pone en peligro la salvación de su alma. ¿Por qué, entonces, lo que es suficientemente bueno para ellos no habría de serlo para ti? ¿A qué viene esta vocación de mártir que se ha apoderado de ti?

Ruego a Dios para que te devuelva la razón y sobre todo la humildad. Por mi parte, voy a escribir ahora mismo una carta al rey Enrique intercediendo en tu favor.

Mientras tanto, que Dios te guarde, amigo mío, y mis oraciones te acompañen.

En Friburgo, a 5 de septiembre de 1534.

Erasmus

36. CARTA DE ERASMO AL REY ENRIQUE VIII

Erasmus de Róterdam saluda al invencible rey de Inglaterra Enrique VIII:

Tu sagacidad no tiene igual, por eso no dudo de que adivines, oh gran rey, el objeto de esta carta. Si tomo hoy la pluma es para suplicarte, Majestad, que preserves la vida de nuestro gran amigo común, el ilustre sir Tomás Moro.

No por casualidad debo recordarte que hubo un tiempo no muy lejano en que lo colmabas de honores. Hoy, en cambio, lo ves como un traidor, desleal a vuestra amistad, pero ¿puedes considerarlo traidor si voluntariamente ha dimitido del cargo que le confiaste? ¿Se puede tildar de falsario y de conspirador a quien renuncia por propia voluntad a la más alta función junto al rey de Inglaterra?

Sabes, mi rey, que nuestro Moro es incapaz de hacer nada que pueda perjudicarte, Majestad, pues es grande el amor que te profesa.

Es verdad que, en materia religiosa, su piedad puede ser algo irritante por su ingenuidad y a veces tiende a la superstición. ¡Qué más da! ¿Acaso un hijo que se ha hecho mayor no puede perdonar a su padre como este perdonaba antaño a su hijo? ¿Qué te importa el juramento de un pobre hombre sin poder?

Te suplico, oh rey invencible y sabio, que detengas la espada en tu brazo y perdones la vida de nuestro buen Moro. Al perdonar a un hombre de piedad y de erudición tan notables, tocado ya por la inmortalidad, el rey de Inglaterra habrá obrado en su beneficio y en el de su propia gloria. Si de verdad deseas castigarlo, destiérralo de tu reino, oh el más brillante de los reyes, y muestra así, a la vez, tu poder y tu clemencia.

Por mi parte, no dudo de que estas palabras sabrán tocar el corazón de aquel a quien yo enseñé a Plutarco cuando todavía era ese niño que auguraba las más bellas esperanzas y que, convertido ya en adulto, las ha colmado muy por encima de lo imaginable.

Friburgo, 5 de septiembre de 1534.

Erasmus de Róterdam

37. ELISABETH

El decreto de Sevilla corrió como un huracán por el sur de Europa (pues así era como llamaban a su mundo antes de que se convirtiera en el Quinto Cuarto).

En España, era lógico y razonable que los moriscos y los conversos fueran los primeros en saludar la nueva ley, ya que eran sus beneficiarios más directos. Atahualpa sabía que el decreto incrementaba el vínculo de su lealtad, que él se cuidaba de juzgar indefectible algunas veces, pues sabía bien cómo eran los pueblos y cuán cambiantes sus humores.

En Alemania, en Francia, en Inglaterra (como bien le demostraban los documentos precedentes), o incluso en Suiza, por todas partes donde proliferaban los luteranos, por todas partes donde los perseguían, por todas partes donde luchaban por sustituir la vieja religión por una nueva, rejuvenecida (aunque bastante cercana a la antigua, en realidad, ya que ambas reconocían al mismo dios, pero deseaban homenajearlo según costumbres diferentes), el decreto de Sevilla fue recibido como un resplandor de esperanza en medio de las tinieblas. Si el sueño de un mundo sin Inquisición

coabraba forma en España, entonces tal vez todo llegara a ser, si no posible, al menos viable, incluida la paz y la concordia.

Lutero callaba acerca de la religión del Sol porque no podía aprobarla.

El rey de Francia, superada la indulgencia del principio, no quería en absoluto hacer las paces con esos luteranos cuya insolencia reprobaba y era más partidario de quemarlos vivos.

Pero muchos otros, cansados de masacres, se comprometían a redactar decretos calcados al de Sevilla.

Se contaban historias terribles de hombres desmembrados vivos, asados y comidos, al estilo como lo hacían los chirihuanos, que repugnaba a los quiteños. Una carta de Margarita de Navarra informaba de que, en Francia, una muchedumbre de católicos desatados había devorado el corazón de un luterano, y el relato de ese crimen, que la misma reina calificaba de «execrable carnicería», circuló por el Alcázar, haciendo estremecer a los incas. Por lo que la reina decía, tales actos espantosos eran consecuencia de una creencia incomprensible para ellos: durante los ritos que hacían en sus templos, los levantinos eran invitados por su sacerdote a comer una pequeña tortita blanca y a beber un trago de elixir oscuro. No obstante, por un prodigio de la imaginación que a los quiteños les costaba mucho concebir, los seguidores de la vieja religión creían que se trataba realmente de la sangre (pues el elixir oscuro se volvía rojo ante la luz) y de la carne de su dios, a quien, por tanto, se bebían y se comían.

Los de la joven religión no creían en semejante cosa, pero para los quiteños, esos no cometían menos crímenes por ello. También quemaban hombres.

Los hijos del Sol no dejaban de asombrarse por que esas disputas, causadas por supersticiones tan increíbles, pudieran degenerar en conflictos mortales, a veces dentro de una misma familia o de un mismo *ayllu*.

Era sobre todo en Alemania donde esas divisiones se habían desencadenado, cuyos ecos llegaban hasta Sevilla.

Una princesa que se había convertido al luteranismo había abandonado a su marido, margrave de la Brandemburgo católica, para refugiarse en casa de su tío, landgrave de Turingia, a quien ella presionaba para que promulgara en su reino la misma libertad religiosa que desde hacía poco reinaba en España. Había enviado una conmovedora y fervorosa carta al canciller Atahualpa para testimoniarle su admiración y contarle la esperanza de paz que él había hecho crecer en el norte (ella era originaria de Dinamarca, un pequeño país del que los quiteños no habían oído hablar todavía). Chalco Chímac sugirió entonces

a su señor proponerle un matrimonio de cara a nuevas alianzas. Coya Asarpay hubo de recordarle al general las reglas matrimoniales del Nuevo Mundo, a las que los príncipes estaban obligados a atenerse (con la notable excepción, en lo sucesivo, del rey de Inglaterra): Elisabeth de Dinamarca estaba ya casada, y mientras su esposo viviera, ella no podía unirse a nadie más, aunque estuvieran separados y enemistados de manera irreconciliable. Además, lo que ella pedía no era un matrimonio, sino tropas para defenderse. Suplicaba al canciller concederle su protección. Desde la muerte de Carlos, la sombra de Fernando se extendía por Europa y todos temían su cólera, o más bien, todos, sabedores de que inevitablemente acabaría por abatirse sobre ellos, rogaban para que, igual que el rayo, golpeará en el territorio del vecino. Elisabeth de Dinamarca mencionaba una liga de Smalkade, alianza de pequeños países luteranos, pero dicha liga apenas podría oponerse al ejército imperial. Fernando, rey de los romanos, sucesor de su hermano, Carlos, a la cabeza del Imperio, debía hacerse coronar en breve en Aquisgrán. Elisabeth suplicaba a Atahualpa que impidiera tal coronación, ya que supondría la ruina de todos los demás.

Sin embargo, ni los países del norte ni Fernando formaban parte todavía de las verdaderas preocupaciones del Inca, quien debía primero dedicarse a afianzar su posición en España.

38. VALENCIA

Andalucía estaba totalmente pacificada. Rumiñahui había regresado a Granada para establecer allí una guarnición. Cádiz fabricaba barcos. Se había añadido a la catedral de Córdoba un templo del Sol diseñado por Miguel Ángel. Sevilla se volvía cada día más rica y su población se multiplicaba, convirtiéndola en la mayor ciudad del Nuevo Mundo. Los judíos afluían, suministrando una mano de obra cualificada que aumentaba la prosperidad del país. El joven Felipe había inhumado finalmente los restos de su padre, trasladados desde la Alhambra, en la espléndida tumba de mármol erigida en el seno de la catedral que lo vio unirse a su esposa, Isabel. Tal como prometió, Lorenzino trajo a un pintor de Venecia, Tiziano, cuyos méritos no dejaba de ensalzar y a quien enseguida se había encargado un retrato de Atahualpa como hijo del Sol. Y, para colmo, los cofres con oro y plata se cruzaban incesantemente con los barriles de elixir oscuro en las almadías del Guadalquivir.

No obstante, quedaban todavía dos focos de disturbios en la península. Uno era Toledo, en Castilla; el otro, Valencia, en Aragón.

En Toledo se refugiaban los últimos leales a Carlos V. Su posición, en lo alto de un escarpado cerro, hacía muy difícil la toma de la ciudad. Sin embargo, el reducto toledano no causaba más que una moderada inquietud en el estado mayor inca: sin ayuda exterior, los rebeldes no podrían aguantar el sitio indefinidamente.

Lo de Valencia era otra cosa. Esta ciudad era la puerta de Italia por vía marítima, de donde partían los navíos hacia Génova, y de allí hacia Nápoles y Sicilia, lugares heredados por el pequeño Felipe a la muerte de su padre. Su situación la exponía a la codicia y a los ataques frecuentes de los piratas berberiscos a sueldo del turco Solimán. Además, más de un tercio de los habitantes de Valencia eran moriscos y los cristianos viejos los acusaban de ser partidarios de sus hermanos africanos, con los que compartían la religión y la lengua, y, sin duda, también el deseo de devolver España a sus antiguos dueños.

Se mentiría si se dijera que el decreto de Sevilla había sido acogido favorablemente en toda España, pues era evidente que beneficiaba sobre todo a judíos y a moriscos. Con todo, el final de la Inquisición había contribuido a hacer las nuevas leyes más aceptables para los cristianos viejos, igual que les había aliviado la supresión de los impuestos con los que Carlos, cuando vivía, los abrumaba sin cesar para financiar sus viajes y sus guerras. Con el caudal de oro y plata que le llegaba de Tahuantinsuyo, Atahualpa no tenía necesidad de impuestos. La miseria es la causante del desorden. Y España se volvía cada día más próspera.

Pero también lo causa el miedo. En Valencia, más que en ninguna otra parte, los moriscos habían seguido siendo los moros, y, cuando los cristianos repelían los ataques de los piratas, no podían evitar sentir a sus espaldas el frío filo de las cimitarras. Así surgió un movimiento de revuelta. Se creó una fraternidad de cristianos viejos para combatir las nuevas leyes. Unos *curacas* enviados desde Sevilla aparecieron asesinados.

Atahualpa sabía que la solución al problema de Valencia no era militar sino política, y que iba a requerir habilidad y astucia. Nuevamente, recurrió a la lectura del florentino Maquiavelo.

39. EL CONSEJO

De todos los retratos que Tiziano hizo de Atahualpa, el más famoso es sin duda el que pinta en los jardines del Alcázar y que la Historia ha dado en llamar *El Consejo*. El Inca aparece en él representado como hijo del Sol, ceñido con su corona escarlata, ofreciendo su mejor perfil (el artista tuvo cuidado en disimular la oreja dañada durante la guerra civil con su hermano), un papagayo azul en el brazo y un brazalete de oro en la muñeca izquierda. Está de pie delante de una fuente, en cuyo borde hay unas cestas con naranjas y aguacates. Un gato pelirrojo duerme a sus pies. Una serpiente se enrosca alrededor de su pierna. Al fondo, unas palmeras suben hasta el cielo donde brillan juntos el sol y la luna, ceñidos de oro y plata. Sobre su túnica de alpaca, el emperador ha hecho bordar sus escudos de armas con hilo dorado: se reconoce en ellos el castillo de Castilla, las franjas rojas y amarillas de Aragón, un halcón entre dos árboles, así como una carabela malva realzada sobre un sol de atardecer como recordatorio de su viaje desde Cuba. En el centro, cinco cabezas de puma bajo un arcoíris enmarcan una fruta amarilla con pepitas rojas, símbolo de Granada y de Andalucía.

En segundo plano permanecen Coya Asarpay, que sostiene en los brazos a su hijo recién nacido (según la costumbre del Nuevo Mundo que ella había adoptado), Higenamota, altiva y desnuda, Quizquiz, Chalco Chímac, Manco Cápac, Pedro Pizarro y Lorenzino de Médicis.

Faltan Rumiñahui, Quispe Sisa, Cusi Rimay Ocllo, Felipe II e Isabel.

La verdad es que la genealogía de este cuadro permite entender uno de los giros más decisivos de la historia de España y del mundo.

Al parecer, Atahualpa se había habituado a reunir a su consejo durante las sesiones de posado.

En el curso de algunas de esas sesiones se tomó una serie de medidas que decidieron la suerte, no solo de un determinado número de individuos, y no precisamente menor, sino también de países enteros.

Atahualpa no era más que canciller. Fue al terminar el cuadro cuando el pintor añadió los blasones de España a la túnica del Inca.

Rumiñahui estaba acuartelado en la Alhambra; Quispe Sisa y Cusi Rimay jugueteaban en alguna parte de los jardines; pero la ausencia del joven rey Felipe y de su madre significaba otra cosa. Lo cierto es que no habían sido invitados.

Después de todo, los rebeldes toledanos eran partidarios del padre. Más valía desconfiar del hijo y de la viuda.

Se decidió enviar a Quizquiz para que sitiase Toledo. El general fue elegido por su valía militar, pero también para alejarlo del joven Felipe, a

quien enseñaba esgrima con espadas de madera y quería mucho.

Lorenzino estaba encargado de ir a Génova en busca del almirante Doria para montar una flota que atacara los puertos que servían de base en la retaguardia a los berberiscos, en el otro extremo del mar Interior. Se enviaría a Isabel a Lisboa para solicitar de su hermano João el apoyo de Portugal. Higenamota iría a París para recabar el del rey de Francia.

Paralelamente, se trasladaría de Valencia a los moriscos. Atahualpa consideraba necesarias esas medidas con vistas a calmar la cólera de los cristianos viejos de Aragón.

Sin embargo, Higenamota hizo observar que no era juicioso discontentar a sus aliados y que esas medidas no eran una buena señal para los moriscos. Chalco Chímac propuso disfrazar la deportación como una misión de confianza: se les encargaría a los moriscos de Valencia ir a pacificar los estados alemanes que eran presa de los antropófagos y que, encima, habían pedido su ayuda. Tendrían que pasar por Francia y se establecerían en los Países Bajos, gobernados por la tía de Felipe, María de Hungría, donde garantizarían que la soberanía española no estaba en entredicho tras la muerte de Carlos. Manco Cápac los guiaría.

Había que decidir, también, la suerte de Felipe. Los espías de Chalco Chímac habían interceptado unas cartas de Fernando: en ellas, el nuevo emperador juraba a su sobrino que el ejército imperial marcharía sobre España en cuanto la lucha contra los turcos le diera una tregua. Quedaron al descubierto los planes de evasión y las complicidades de personas de dentro del Alcázar. La cuestión que se planteaba nuevamente era saber si un rey muerto no sería, en definitiva, más ventajoso que un rey vivo. Atahualpa tenía sus miras puestas en el trono y sus lugartenientes ya no fingían ignorarlo.

Coya Asarpay, que daba el pecho al pequeño Carlos, preconizaba una ejecución pública para dar ejemplo.

Pero las reacciones de los españoles eran imprevisibles. Habían aprendido a amar al padre, luego era de temer que apoyaran al hijo, máxime considerando que todavía era muy joven, pues no había llegado aún a las ocho cosechas.

Chalco Chímac propuso una eliminación más discreta, que pareciera de naturaleza accidental. Esta solución tenía la ventaja de que no ofendería al rey de Portugal, tío de Felipe, ni a su madre ni al pueblo.

Sin embargo, Quizquiz se oponía ferozmente. «¡No es más que un niño!», repetía.

Mas Atahualpa, que había permanecido en silencio, acabó por responderle: «No, es un rey».

Fue entonces cuando se produjo una escena ya famosa. El pintor Tiziano no comprendía el objeto de la discusión, ya que todos hablaban en la lengua de los incas, lengua que Lorenzino y Pedro Pizarro habían aprendido y entendían suficientemente bien. Pero, tal vez movido por algún sombrío presentimiento, al artista le había temblado la mano y había soltado el pincel.

Atahualpa dejó de posar, dio un paso adelante y, agachándose, recogió el pincel y se lo tendió al pintor.

Esto fue lo que ocurrió y no lo que cuenta Gomara, que además dijo muchas otras cosas de las que no creo que yo deba hablar.

Y, por cierto, digo y afirmo que todo lo que está relatado en este libro es harto verídico. No son los viejos cuentos ni las historias que contaban los mochicas o los chimúes hace setecientas cosechas: fue ayer mismo, por así decir, cuando sucedieron los acontecimientos que se pueden leer en esta historia, su cómo, su cuándo y su verdad.

Sea como sea, el asunto de la suerte que debía correr el rey se suspendió. Pero la vida de Felipe pendía ahora de un hilo.

Atahualpa tenía grandes proyectos de reforma para España y creía que tan solo los podría cumplir si era investido plenamente del poder real, libre de cualquier obstáculo dinástico.

Sus consejeros se sorprendieron. ¿Una reforma? ¿Religiosa? ¿Otra más?

Atahualpa les dio una respuesta que ni Francisco de Gomara, ni Antonio de Guevara, ni Alonso de Santa Cruz, ni ningún otro cronista del Quinto Cuarto pueden desmentir: «No religiosa. Agraria».

40. FELIPE

Son dos, muy pequeños; una institutriz los cuida. Su padre ha muerto, su madre está lejos. Juegan al borde del gran estanque del Alcázar con sus barquitos de madera. Fantasean con victorias, tempestades y aventuras. Felipe se ve al frente de la flota que se está reuniendo. Irá a la conquista del país de los piratas, al lado de Quizquiz, cuando este regrese. Pero María no quiere ser menos. «Primero, tomaremos Túnez. Luego, Argel». El hermano y la hermana se disputan la captura de Barbarroja. La institutriz vestida de negro los vigila tiernamente.

Una carta, llegada de Lisboa, les comunica que su madre está en camino con su hermano el infante Luis, duque de Beja, su tío, que trae consigo

veintitrés carabelas. Pero es Doria, el viejo almirante al mando de galeras genovesas, el que excita su imaginación. Y esos pintorescos indios, ¿dónde están?

Quizquiz incendia Toledo.

Higenamota se acuesta con el rey de Francia, que enviará diez mil hombres.

Manco llega a Bruselas con sus moriscos de Valencia al cabo de una larga trashumancia.

Rumiñahui está de camino a Barcelona, donde se reúnen las tropas.

Rodeado de sus ingenieros, en el frescor del palacio, allí donde estaba antaño el trono del rey Pedro I el Cruel, Atahualpa se inclina sobre unos mapas y dibuja unos planos, absorto en vastos proyectos de movimientos de tierras, para cultivar el maíz y la patata en las montañas españolas. En el sur, en Sierra Nevada, que él conoce por haberla atravesado durante su huida de Granada. En el norte, en los Pirineos, donde vive su amiga Margarita de Navarra. Durante demasiado tiempo ha estado huyendo, ahora construirá. Sus ojos están enrojecidos, como de costumbre.

Desde una ventana del palacio, Chalco Chímac observa a los dos niños. Su mirada es oscura, como su corazón.

Chalco Chímac era alguien terrible.

Desciende hasta el jardín y se acerca a decirle algo al oído a la institutriz. La vieja palidece, pero hace lo que le pide. Se lleva a María con un pretexto cualquiera. La pequeña protesta, no comprende, quiere seguir jugando, piensa en forcejear, pero teme arrugarse el bonito vestido. Se resigna y sigue a la vieja.

Felipe no es malo, aunque en su fuero interno se alegra de tener todo el estanque para él solo. Así nadie puede discutir sus órdenes. Él y solo él comanda esa armada de pequeños barcos. Con una hoja de palma cogida del jardín del Estanque, forma olas para hacer navegar sus juguetes. La onda se propaga y sus navíos avanzan.

No ha prestado atención a Chalco Chímac, puesto detrás de él. Su perro, Sempere, dormita tranquilo.

El pequeño Felipe es ligero, está inclinado hacia el agua, al quiteño le basta con una sola mano. El ruido no es mayor que el de una piedra que cae. Los gritos del niño despiertan al perro, que comprende y ladra, impotente. La escena dura atrozmente. Unos guardias acuden para intervenir, pero, al ver a su general inmóvil al borde del estanque, se retiran con prudencia. Luego, el

pequeño cuerpo se calla y flota boca abajo. Los ladridos del perro pasan a ser gemidos lastimeros.

Al mismo tiempo, Isabel cruza el estrecho de Gibraltar, feliz de haber visto a sus hermanos y de volver a encontrarse con sus hijos.

Concentrado en sus proyectos de reforma, Atahualpa se apasiona por los cultivos locales y por la cría de esas pequeñas llamas blancas que abundan en los campos españoles.

Un cisne, al que ha molestado la inusual agitación en el estanque, pasa por encima del Inca, pero este no levanta la cabeza.

Chalco Chímac era alguien terrible, al servicio de su amo.

41. TÚNEZ

Después de la muerte de Felipe, todo fue más fácil.

Las Cortes de Castilla y de Aragón, sepultadas bajo el oro de Tahuantinsuyo, proclamaron a Atahualpa I, rey de las Españas, de Nápoles y de Sicilia. Para mayor comodidad, se prestó al rito del bautismo, al que los levantinos concedían tanta importancia. Se dejó atribuir el nombre de Antonio, pero no es este el que la Historia ha conservado, pues todos, amigos o enemigos, con excepción de algunos cristianos viejos de Castilla, siguieron llamándolo por su verdadero nombre.

Lo que la Historia recuerda bien son sus promesas a las Cortes. Como su predecesor, juró su decisión de vivir y morir en España. Hemos podido ver cómo ha cumplido su palabra.

Siguió a continuación una política de matrimonios destinada a afianzar la posición de los incas en Europa.

Isabel, destrozada por la muerte de su hijo, no se vio con fuerzas para rechazar por segunda vez la petición de Atahualpa; de este modo, la viuda de Carlos V se convirtió en su esposa secundaria. La ceremonia no fue alegre debido al duelo, aunque sí solemne. Para no avivar la tristeza de la recién casada, no se celebró en la catedral de Sevilla, presidida ahora por la tumba de Carlos, sino en la de Córdoba. El zapato de los incas encontró la horma en la corona española. El rey de España puso unas sandalias en los pies de su nueva esposa, luego se sacrificaron unas llamas, como quería la costumbre. Se le entregaron a la reina varias cajas con joyas.

Más feliz, Quispe Sisa se casó con Lorenzino y lo siguió a Italia. Como regalo de bodas, Atahualpa nombró al joven duque de Florencia, en lugar de a su primo Alejandro. Este último, al haber perdido el sostén del que gozaba

con Carlos V, debió abandonar la ciudad entre insultos y lanzamiento de piedras.

Manco fue prometido a la hija de Margarita de Navarra, la pequeña Juana de Albret.

El pequeño Carlos Cápac debería unirse con María, hija de Carlos V y de Isabel de Portugal, nieta de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, bisnieta de los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Toledo cayó bajo una lluvia de guijarros ardientes como brasas. Las hondas de Quizquiz tanto como sus inagotables reservas de pólvora acabaron con los rebeldes. Antonio de Leyva fue arrojado vivo desde lo alto de las murallas. Cobos y Granvela salvaron la vida después de jurar sumisión. Távera se negó a prestar lealtad al nuevo rey y fue ahorcado tras haber sido azotado. Al traidor Sepúlveda se lo encerró en un sótano oscuro lleno de serpientes y la piel que le fue arrancada a su cadáver sirvió para hacer un tambor que se remitió al Inca.

Bautizado Atahualpa, la expedición a Túnez recibió la bendición papal. La flota de Barbarroja, muy inferior en número, fue aplastada y hundida por entero. El puerto de La Goleta fue conquistado al cabo de un mes de largo y penoso asedio. Atahualpa venía del norte y no había conocido los desiertos de Chile; padeció de sed y de calor, pero no dejó que se le notara. La toma de La Goleta abría la vía hacia Túnez, donde el corsario Barbarroja, nombrado capitán general de los mares por Solimán, se había hecho fuerte con cinco mil jenízaros, sus tropas de élite turcas. Su situación parecía inexpugnable, el calor agobiaba a los hombres de Atahualpa hasta enfermarlos y este estaba a punto de perder la paciencia, cuando una revuelta de esclavos acudió en su ayuda. Veinte mil cristianos, presos en las mazmorras de la ciudad, se sublevaron contra sus verdugos y corrieron a abrir los portones de las murallas.

El primero que franqueó las puertas de la ciudad fue Pedro Pizarro, a la cabeza de un regimiento de moriscos del Albaicín adiestrado por Rumiñahui. A su lado, Puka Amaru, que desde lo de Toledo se había convertido en su lugarteniente más fiel, aplastaba cráneos con su maza estrellada. Un cuadro de Tintoretto representa la escena, para mayor gloria del quiteño de cabello rojo.

Los veinte mil esclavos cristianos, desenfrenados contra sus antiguos amos, asolaron la bella ciudad berberisca. Atahualpa hizo su entrada en un cementerio a cielo abierto, entre ruinas humeantes. No dejó de saludar a sus tropas por tan brillante victoria, gritando por tres veces la divisa de Carlos V: «¡Más allá!». Y por tres veces, un extraordinario clamor le respondió.

Sin embargo, el triunfo no había sido absoluto, ya que Barbarroja había conseguido escapar. Además, Túnez por sí misma no valía gran cosa. Lo que había que limpiar era toda la costa berberisca. El infante Luis de Portugal insistía en ir a sacar al corsario de su guarida de Argel. A Atahualpa le habría encantado complacer a su nuevo cuñado, pero, por razones que eran solo suyas, no deseaba eternizarse por allí. Debilitado Solimán, ocupado además en una nueva guerra contra los persas, Fernando quedaba libre en el frente del este y eso le daba ocasión de atacar por el oeste. Ahora que había encontrado un reino, el Inca quería reinar. Moulay Hassan, un moro que había sido sultán de Túnez antes de ser derrotado por Barbarroja, fue repuesto en su poder a cambio de que su reino fuese, por tratado, tributario del reino de España. Al fin y al cabo, ¿Atahualpa no había liberado la ciudad del yugo de los turcos? El regimiento de moriscos del Albaicín se quedó de guarnición.

Luego la flota se hizo a la mar y enfiló hacia Sicilia. La acogida que le dispensó la ciudad de Palermo permitió a Atahualpa medir el impacto de su victoriosa campaña. De pronto, el Inca se había convertido en un héroe de la Cristiandad. Se construyó un arco del triunfo en su honor. El papa le envió sus felicitaciones. Todo el mundo lo comparaba con un tal Escipión. Alonso de Santa Cruz, que no presumía aún de ser cronista, sino tan solo de cartógrafo, había trazado un mapa que sería utilizado por el pintor Vermeyen para el tapiz de una monumental colgadura titulada *La Conquista de Túnez*. El elixir oscuro corrió a raudales.

42. LA MITA

Atahualpa agotó las delicias de Palermo antes de regresar a Sevilla cargado de cajas de vino siciliano.

Los informes de Manco hablaban de que los moriscos deportados a Flandes eran el blanco de las hostilidades de la población local. La regente María de Hungría no se había mostrado tan acogedora como cabría esperar, dada la sumisión al rey de España que se le presuponía. A continuación, Manco se dirigió a Alemania, donde estaban las regiones en poder de los luteranos. Allí la cosa había sido peor: después de la llamada de Lutero en persona a «combatir los poderes del demonio», los moriscos fueron masacrados y pocos pudieron escapar. El propio Manco estuvo a punto de perder la vida. Atahualpa se limitó a aconsejarle que regresara a Navarra para ofrecer unos regalos a Margarita, su futura suegra. A decir verdad, la

agitación del norte seguía siéndole indiferente. No había tomado aún la medida a lo que allí estaba pasando.

Una carta de Lorenzino proveniente de Florencia lo tranquilizó: ahora su reputación brillaba tan alto en el cielo del Quinto Cuarto que ni el mismísimo Fernando se atrevería, al menos durante mucho tiempo, a intentar atacar al salvador de la Cristiandad, si no quería verse condenado por todos y rechazado por la sociedad europea. Esto era cuanto Atahualpa deseaba saber.

Por fin el Inca podía entregarse a su pasión secreta. Por supuesto, a cualquier monarca le gusta embriagarse de sus conquistas. Pero Atahualpa había comprendido esta verdad: es más difícil reinar que guerrear. Su abuelo Cusi Yupanqui había estrechado las fronteras del Imperio más que ningún otro soberano. Pero el nombre que la posteridad le tenía reservado decía bastante de la naturaleza de la huella que había dejado: Pachacútec. *El Reformador del Mundo*.

De hecho, la ambición de Atahualpa no se limitaba a diseñar algunas terrazas sobre las faldas de las montañas de Sierra Nevada. La chusma de Tahuantinsuyo que Huáscar le enviaba en navíos rebosantes —collas, chachapoyas, chimúes, cañaris, caras..., ¡lo peor del Imperio!— le sirvió ante todo de mano de obra. Allí donde la tierra no estaba explotada todavía, en las laderas de las montañas, en los macizos nevados o en las llanuras áridas, allí donde nadie jamás habría pensado cultivar algo, él mandó plantar maíz, quinoa, papas, a las que los habitantes del Quinto Cuarto son tan aficionados que les han puesto el nombre de *patatas*. Esas vastas extensiones se cubrieron de cultivos; se abrieron innumerables canalizaciones para regar tierras que hasta entonces se creyeron estériles.

Los corderos, esas pequeñas llamas blancas que pululaban por toda España, se comían la tierra desde hacía mucho tiempo. Atahualpa consideró que eran los responsables de aquellos paisajes pelados, secos y polvorientos. Ordenó matar rebaños enteros. El nuevo rey de España no quería un pueblo de pastores. Quería echar raíces.

Creó graneros. La carne de cordero se ataba con cordeles, se salaba y se dejaba secar. Los granos de maíz y de quinoa se transformaban en harina; los tubérculos de las papas se helaban por la noche y se desecaban por el día para poder conservarlos durante varias lunas. Los víveres eran guardados en tinajas o enterrados en hoyos profundos.

Con estas reservas se aseguraba la subsistencia de los que tenían hambre cuando llegaban los tiempos de escasez, de peste o de malas cosechas.

Los campesinos de España se pusieron a mascar coca, incrementando así su resistencia al cansancio y aprovechando sus efectos medicinales. (La verdad es que algunos abusaron de ello y se embrutecieron).

Puso fin al sistema de arriendos y despidió a los empresarios de las guarniciones que financiaban el ejército con préstamos con intereses.

Abolió la mayor parte de los impuestos y distribuyó porciones de tierra entre los campesinos, reagrupados en *ayllus* o en comunidades ya constituidas, tales como las mancomunidades, encargadas cada una de repartir los trabajos y los bienes en su seno.

En contrapartida, desarrolló un sistema de corveas^[8] que reemplazaban a los impuestos y a las tasas, calculado según la mita^[9] en vigor en Tahuantinsuyo. Los campesinos debían consagrar una parte de su tiempo a trabajar las tierras del Inca, así como las del Sol (las cuales también estaban a cargo del Inca, en tanto que era su representante en la tierra, pero que tenía delegadas en los responsables del culto). Cada uno de estos periodos estaba señalado por fiestas nuevas que alegraban a la población.

Esta vasta empresa de redistribución tuvo repercusiones en toda la sociedad. Muchos sacerdotes católicos abandonaron al dios clavado para cambiar sus iglesias por templos del Sol, con el fin de beneficiarse del nuevo sistema. Por las mismas razones, los conventos se transformaron en casas de mujeres distinguidas.

Los artesanos fueron sometidos a unas obligaciones similares: debían dedicar una parte de su tiempo a la colectividad (albañilería, herrería, puentes, canales...) o al servicio personal del Inca (cerámica, orfebrería, textiles...), lo que, a fin de cuentas, era lo mismo.

Cada *ayllu* o comunidad estaba obligada a alimentar, albergar y cuidar a los inválidos, a los viejos, a las viudas y a los enfermos.

Los frutos de la tierra pertenecían a los que la explotaban, incluso los excedentes, pero no la tierra misma. La repartición de tierras era revisada con regularidad y ajustada en función de las necesidades. Si la población de un grupo descendía, la tierra que se le había adjudicado bajaba en la misma proporción. Por el contrario, si crecía, se les entregaban unas tierras suplementarias, con el fin de que el grupo pudiera alimentar a las nuevas bocas. Cuando el tamaño de los grupos variaba demasiado, se hacía una redistribución de los hombres. Un ejército de *quipucamayocs*^[10] llevaba las cuentas en sus registros: hombres, mujeres y niños equivalían a pequeños nudos colgados de las cuerdecitas de colores que formaban los flecos de los *quipus*.

Hubo reticencias por todas partes, incluso algunas revueltas, pero fueron severamente reprimidas.

Los enviados del Inca, sus gobernadores, sus *curacas* y hasta los hidalgos que reclutó especialmente para tal efecto, tenían la tarea de propagar el mensaje que el Inca les había entregado para que llegara a todas las poblaciones rurales, a todas las ciudades y capitales de Castilla y de Aragón, consistente en que las tierras de las que se apoderaba no eran aquellas de las que los levantinos tenían necesidad, sino aquellas con las que no sabían qué hacer y que no podían trabajar; que todo el tributo que les imponía era la cosecha de las tierras que él mandaba cultivar a sus expensas; que les daba parte de su propio beneficio, al distribuirles lo que quedaba después de haber satisfecho el mantenimiento de su ejército y de su corte; que las disensiones y las querellas que se producían entre ellos por causas muy triviales habían desaparecido, y que, en fin, todo su reino podía estar seguro de que ni el rico, ni el pobre, ni el grande, ni el pequeño se sentirían ofendidos nunca más.

Para terminar, Atahualpa decretó que a cada campesino se le ofreciera, el día de su boda, una pareja de llamas, como regalo de su rey.

43. EL PRÍNCIPE

Sin embargo, el reinado del Inca era todavía joven y este no ignoraba que esa juventud lo hacía vulnerable. El hijo del Sol no inspiraba aquí el mismo respeto que en su país natal.

«Nada hace estimar tanto a un príncipe como las grandes empresas y que sirva de excepcional ejemplo», decía Maquiavelo en sus hojas que hablan.

El nuevo rey se cuidó mucho de no recortar los privilegios de los grandes de España. Distribuyó Toisones de Oro, una distinción muy apreciada que no le suponía ningún coste y poseía la ventaja de convertir en aliado a quien la recibía. De todas formas, aunque su número era insignificante y carecían de recursos, los no españoles no dejaban de suponer un peligro potencial, por lo que convenía tenerlos contentos.

Atahualpa se bebía las palabras de ese Maquiavelo porque le parecía que contaban su propia historia a través de la de otro: «En nuestra época tenemos a Fernando de Aragón, el actual rey de España. Podemos casi considerarlo como un príncipe nuevo, ya que, de ser un rey débil, ha pasado a ser, por fama y gloria, el primer rey de la Cristiandad. Si observáis sus acciones, veréis que son todas grandiosas y algunas extraordinarias. Al principio de su reinado atacó Granada, empresa que fue el pilar básico de su poder. La

empezó primero en un periodo de paz interna y sin miedo a ningún tipo de impedimento: en ella mantuvo entretenidos a los nobles de Castilla, quienes, mientras se ocupaban de esa guerra, no se preocupaban de fomentar cambios políticos. De esa manera, él iba adquiriendo prestigio y autoridad sobre ellos sin que se dieran cuenta».

El Inca había seguido, sin saberlo, los pasos de ese glorioso predecesor, el mismísimo abuelo de Carlos, cuyo lugar ocupaba ahora, y de Fernando, que se lo disputaba.

Sin embargo, lo que seguía en el texto señalaba unas diferencias, incluso divergencias, entre los dos monarcas: «Con el dinero de la Iglesia y del pueblo mantuvo a sus tropas y, con esa prolongada guerra, sentó una sólida base para su ejército, que lo honró por ello. Además de esto, para poder llevar a cabo empresas de mayor alcance, y siempre sirviéndose de la religión, se dedicó con piadosa crueldad a perseguir y expulsar de su reino a los marranos: ejemplo que no puede ser más miserable ni más excepcional».

Lo que Fernando de Aragón había hecho, Atahualpa lo había deshecho. Pese a ello, el Inca se sentía más próximo a ese hombre que a cualquier otro. Con qué ávida curiosidad descubría su historia: «Atacó África con ese mismo pretexto; hizo la campaña de Italia y últimamente ha atacado Francia, y siempre ha procedido así y urdido grandes cosas que siempre han tenido atentos y admirados a sus súbditos, y los ha entretenido con ellas a la espera de su resultado. Ha ejecutado sus acciones de tal manera que, entre una y otra hazaña, no pasara demasiado tiempo, para evitar así que los hombres tuvieran la suficiente calma para reaccionar contra él».

Con un gesto, Atahualpa mandó callar al sirviente que estaba leyendo y decidió atacar Argel.

44. ARGEL

El almirante Doria le aconsejó adelantar la invasión, si no quería exponerse a los temporales del invierno, y el Inca siguió su consejo.

Dejó pasar las fiestas del Maíz y las del Sol, y luego reunió una gigantesca armada, para no dejar nada al azar.

El rey de Francia, convencido por Higienamota de que merecía tener su ración de gloria, se unió a la misión.

El propio papa le envió a su geógrafo personal, un moro convertido de nombre Hasán al Wazzan, que se hacía llamar León «el Africano» por su gran conocimiento del mundo musulmán.

Atahualpa había tenido muy en cuenta embarcar a regimientos enteros de moriscos a quienes se les había presentado la invasión como una empresa de liberación del yugo turco, así como a un regimiento de judíos a los que se les ofrecía la ocasión de reencontrarse con sus hermanos expulsados antaño.

La armada ocupó la bahía de Argel y pronto el sol y la cruz reemplazaron a la media luna sobre las fortificaciones del Peñón, el islote que defendía su acceso.

Los cristianos se temían que no encontrarían allí a Barbarroja, pero el corsario estaba esperándolos, atrincherado detrás de las murallas de la ciudad.

Pedro Pizarro fue enviado a su encuentro para negociar una rendición honrosa. Iba acompañado de Puka Amaru, del que se esperaba que sus cabellos rojos creasen cierta connivencia, pero esa iniciativa resultó inútil: los cabellos de Barbarroja eran blancos y daban la impresión de que jamás habían sido rojos.

Puka Amaru, no obstante, representó su papel. Como era de esperar, Barbarroja rechazó con desprecio la oferta de rendición, y dio muestras de una increíble insolencia en su respuesta, al dirigirse a Pedro Pizarro en estos precisos términos: «Di a tu amo que jamás un perro cristiano ha tomado ni tomará Argel, y que si el mío hubiera sabido vuestros propósitos, habría enviado a cualquiera de sus esclavos, con algunas tropas reunidas con premura, para dispersar a vuestra miserable armada y arrojaros a todos al mar».

Entonces, Puka Amaru, después de haber escuchado a su traductor, se levantó de un salto y pronunció estas palabras, que han pasado a la posteridad: «Mi amo no es cristiano y tú eres un esclavo».

Habiendo creído llegada su última hora, Pedro Pizarro se llevó la mano a la empuñadura de su espada, listo para defender su vida; pero, respetuoso con las normas universales de la guerra y la diplomacia, Barbarroja los dejó partir sanos y salvos.

Con unos pocos hombres, el corsario se defendió con coraje; pese a ello, la ciudad cayó en unas semanas, bajo el intenso fuego de una artillería incesante.

Francisco I vio matar a un caballo ante sus ojos durante una escaramuza: al rey de Francia aquello lo fascinó.

En un principio, Atahualpa había pensado confiar la ciudad al hijo del antiguo emir Salim at Tumi, vencido tiempo atrás por el primer Barbarroja, Arudj «Brazo de Plata». A la muerte de su padre (que se había ahorcado en su baño), Yahia at Tumi se había refugiado en España. Al cabo de todo ese

tiempo, recibió la proposición de Atahualpa como una bendición del cielo. Sin embargo, el Inca cambió de opinión cuando supo que el padre no había gozado de demasiada popularidad durante su reinado. No bastaría con ser moro para reemplazar al turco. El segundo Barbarroja estaba rodeado de un halo aún más legendario que su hermano, al que había sucedido. Atahualpa quería romper con esa saga de corsarios al servicio de los otomanos, pero también creía prudente situar al sucesor en una línea de continuidad. Por eso decidió nombrar a Puka Amaru gobernador de Argel, que fue presentado a la muchedumbre como un tercer Barbarroja, «el Verdadero». *Barbarroja* no significaba nada en el idioma de los berberiscos y, de todos modos, Puka Amaru no tenía barba, ya que esta, sin ser desconocida en Tahuantinsuyo, siempre había sido considerada como una anomalía y un defecto físico, con frecuencia propio de quienes tenían el pelo rojo. *Amaru*, además, era una palabra parecida a otra que venía a significar *rojo* para la población local. El Inca mandó que le confeccionaran una serpiente roja a modo de emblema y asignó a unos moriscos de Valencia su guardia personal. Nombró visir a Hasán al Wazzan para que lo asistiera en su tarea. (Por otra parte, este León «el Africano» era originario de Granada). Atahualpa juzgó conveniente hacer gobernar esas tierras por los moros españoles, leales a él desde el edicto de Sevilla y que compartían las mismas creencias que los de aquí. Nombró jefe de la guardia a un morisco llamado Cristóbal que había sido esclavo en casa de una dama de Burgos, ciudad del norte de España, y que se había unido al Inca para escapar de su condición.

Se colgaron en los muros de su palacio unas pinturas que representaban las hazañas de Puka Amaru a las puertas de Túnez. Y para que todos comprendieran que Argel había cambiado de dueño, se colocó en las murallas la cabeza del corsario del que él era sucesor.

Eliminado Barbarroja, la limpieza de la costa fue un juego de niños. Bugía, Tenés, Mostaganem, Orán..., la flota comandada por Doria se apoderó de todos los fuertes berberiscos como de un manojo de flores. Para los españoles, Atahualpa era en adelante el conquistador. Para los moros, el liberador. Pero, cuando el almirante genovés quiso aprovechar ese irresistible impulso y sugirió que llegaría a tomar la isla de Rodas, más al este, Atahualpa decidió que había llegado el momento de poner fin a esa aventura. No tenía ningún interés en derrotar a Solimán en el mar Interior y prefería darle a Fernando alguna ocupación en las fronteras orientales. Rodas no constituía un objetivo estratégico para España. De Nápoles a Cádiz, la ruta de Cuba estaba libre para los navíos del Quinto Cuarto: no era deseable nada más. Por su

parte, Francisco I dio su aprobación, ya que, en el pasado, no había manifestado demasiado entusiasmo por la guerra de Carlos V contra el turco. Poco tiempo después, el rey de Francia firmaría un tratado comercial con la Sublime Puerta.

45. FLANDES

La historia habría podido detenerse ahí. Pero la épica humana es un río del que nadie, salvo que el Sol se extinguiera, podría interrumpir su curso.

Fernando iba en camino para recibir la corona del Sacro Imperio en Aquisgrán.

Se decía que Atahualpa no tenía ningún interés por Alemania y era verdad, hasta entonces. Pero un acontecimiento vino a cambiar esta disposición.

María de Hungría, regente de los Países Bajos, era de la casa de Austria y hermana de Fernando. Era una Habsburgo. Vio en la llegada de su hermano la oportunidad de romper con la nueva Corona Española para reconstruir el seno del imperio familiar. En previsión de una reacción por parte de Francia, aliada de España, había ordenado recaudar un nuevo impuesto con el fin de pagar a un ejército de mercenarios. Sin embargo, los burgueses de Gante, la ciudad en la que el mismísimo Carlos V había nacido, estimaron que ya habían pagado bastante para financiar guerras que no eran las suyas. Y se sublevaron contra esa nueva contribución.

El rumor de esta revuelta llegó a Sevilla y, con él, el eco de la conspiración habsburguesa.

Atahualpa no había olvidado aún el recibimiento que se les hizo a Manco y a los moriscos de Valencia. Había estado dispuesto a dejar en poder de Fernando Alemania, esa mezcla de reinos turbulentos donde el emperador no gobernaba verdaderamente. Pero los Países Bajos constituían el legado borgoñón de Carlos V, al cual, en cierto modo, y eso que nunca había puesto los pies en él, se sentía especialmente unido. El Inca decidió ir allí en persona.

Se puso a la cabeza de su ejército y cruzó toda Francia hasta llegar a Flandes.

46. GANTE

Había prohibido a sus hombres tomar los víveres de los habitantes de los lugares por donde pasaban, lo que obligaba a una intendencia colosal. De nuevo, como en la época de la guerra civil que lo había enfrentado a Huáscar, el ejército imperial se estiraba bajo una nube de polvo. Había ahora menos papagayos y cobayas en jaulas, menos llamas, menos jaguares y pumas amaestrados, pero más corderos y bueyes, más artillería, cañones y carretas repletas hasta arriba de barriles de pólvora, más los halcones por el cielo y los perros corriendo a lo largo de las columnas de soldados.

Mandó construir cuarteles, depósitos que al principio llenó con los víveres traídos de Andalucía, algunos de los cuales provenían incluso de Tahuantinsuyo.

Al llegar a Gante, ordenó instalar un campamento gigantesco.

Recorrió en muy poco tiempo todas las poblaciones que se habían sublevado y dejó en ellas nuevos gobernadores y una guarnición. Luego regresó al campamento para que sus hombres descansaran y, sin tomarse la molestia de cambiarse, entró en la ciudad con una escolta reducida, flanqueado por sus dos generales, Rumiñahui y Chalco Chímac. (Quizquiz, afectado por la muerte de Felipe, se había quedado en Sevilla para cuidar de la capital del reino).

Franqueó un fortín cuyo rastrillo había sido levantado, luego ascendió por un camino desierto bordeado de casas con los postigos cerrados hasta llegar a una gran plaza donde se alzaba uno de esos templos de piedra con el campanario elevado al cielo. Siempre le llamaban la atención los edificios de varios pisos. Aquí, la piedra era roja, como en Granada, pero los tejados de las casas eran más puntiagudos y almenados. Cada región tenía su propio estilo, Atahualpa apreciaba esa variedad.

Un rudimentario canal atravesaba la plaza.

Una muchedumbre se había congregado en ella.

Las mujeres y los niños fueron a su encuentro con ramas verdes en las manos, exclamando en la lengua de los franceses: «Único señor, hijo del Sol, consuelo de los pobres, perdónanos».

(El eco de las reformas que había acometido en España había llegado hasta esas provincias).

El Inca los recibió con mucha clemencia y mandó decirles que habían sido sus diputados en Flandes la causa de las desgracias que les habían ocurrido. Que, por lo demás, él perdonaba sinceramente a todos los rebeldes; que venía a verlos en persona para que, al oír el perdón de su propia boca, se quedaran más satisfechos y perdiesen todo el miedo que su falta pudiera provocarles.

Ordenó que se les diera cuanto necesitaran, que se los tratase con amor y caridad, y que se garantizara especialmente la subsistencia de las viudas y de los huérfanos, hijos de aquellos que habían muerto en los enfrentamientos contra las tropas de la regencia.

Los habitantes se habían temido una gran masacre. (Todavía guardaban en su memoria lo sucedido en Toledo). Por eso su discurso fue recibido con gran alegría y la muchedumbre prorrumpió en aclamaciones. Unos lo besaban; otros le secaban el sudor del rostro; otros le quitaban el polvo que lo cubría, otros le arrojaban flores y hierbas aromáticas. El Inca llegó así al gran templo, donde, según los ritos de los seguidores del dios clavado, se celebró una ceremonia en su honor. Luego fue a visitar a los notables de la ciudad, a quienes aseguró que no se les pediría ningún impuesto más. A cambio, exigió tan solo una parte de su tiempo de trabajo para llenar sus almacenes.

Se le ofreció a Atahualpa la posibilidad de residir en el palacio de Carlos, donde fue festejado durante tres días.

Luego partió hacia Bruselas para encontrarse con María de Hungría.

47. BRUSELAS

Las tropas de María, mal armadas y mal pagadas, no estaban preparadas; fueron barridas.

Los miembros del consejo desfilaron por la ciudad, desnudos, con un nudo corredizo alrededor del cuello. La regente suplicó que se le ahorrara esa indignidad, pero para Atahualpa no había excepciones. Higenamota, por lo demás, no lo habría permitido.

María de Hungría se parecía a su hermano Carlos, aunque sus labios eran más gruesos, tenía las mejillas más llenas y las caderas más anchas. El Inca encontró su fisonomía agradable y el pecho aún firme; la hizo su concubina y al poco tiempo se quedó preñada.

Pudo habérsela enviado a su hermano Fernando a cambio de un rescate. Pero Chalco Chímac vio el partido que podrían sacar a esa unión y aconsejó a su señor casarse con la regente. María sería la segunda esposa secundaria del rey de España, después de Isabel.

Así nacería un heredero que sería mitad Inca y mitad Habsburgo.

Se organizó una ceremonia solemne en la catedral de Santa Gúdula, que era el gran templo de Bruselas. Atahualpa, portador de la corona escarlata trenzada con lana, recibió el homenaje de su regente y nueva esposa, María, que hincó la rodilla delante de él para calzarle su sandalia en señal de

fidelidad. Él sostenía en cada mano una copa de oro llena de elixir oscuro y le tendió a ella la que tenía en la mano izquierda, en señal de amistad. Después, el Inca y su nueva esposa bebieron juntos como muestra de mutuo respeto. El contenido de la otra copa fue vertido en una jarra también de oro para ser ofrecida al Sol.

Esta escena está hoy representada en una vidriera del templo de Santa Gúdula, en la que se indican, en la lengua sabia reservada a los *amautas* de Levante, las cualidades de Atahualpa: «*Atahualpa Sapa Inca, Semper augustus, Hispaniarum et Quitus rex, Africae dominator, Belgii princeps clementissimus et Maria ejus uxor*». En efecto, la costa berberisca donde estaban Túnez y Argel también se llamaba África, y los habitantes de Bruselas se hacían llamar belgas porque se consideraban descendientes de una tribu y de un pueblo que llevaban ese nombre. Los que tengan curiosidad por los idiomas seguro que apreciarán este tipo de detalles. Que los demás me perdonen.

Ocho mil bruselenses, considerados como los promotores de los disturbios por haber combatido del lado de la regente, haber llamado a la resistencia o haber propalado discursos hostiles a la llegada del Inca, fueron enviados a España, a una provincia poco poblada que se llamaba la Mancha.

Para superar lo de Gante y hacer olvidar la rebelión de la ciudad, se decretaron diez días de fiesta. El centro de las celebraciones fue el palacio de Coudenberg, que había pertenecido a Carlos V y donde residía su hermana María, en concreto en una suntuosa sala cuya longitud era tal que ningún palacio de Cuzco podía pretender tener una igual, y que lindaba con la calle en pendiente por la que la regente y los miembros de su consejo habían tenido que subir con la cuerda al cuello, desnudos y humillados. Tuvo lugar allí un gran baile a la moda del Quinto Cuarto que, por una amarga ironía, fue presidido por la regente al lado de su nuevo esposo. Luego se sacrificaron unas llamas negras en los jardines y desfilaron las tropas del Inca.

Llegados a este punto, debo interrumpir un instante la narración para llevar al lector a Sevilla, adonde, día tras día, llegaban los barcos provenientes de los Cuatro Cuartos trayendo oro y pólvora, pero también gran cantidad de hombres, venidos a tentar su suerte en el Nuevo Mundo, aunque, después de los ciento ochenta pioneros de Quito, España se había enriquecido con un número considerable de emigrantes de Tahuantinsuyo, la mayor parte de los cuales había engrosado las filas del ejército español.

Sin embargo, Rumiñahui, en calidad de general en jefe, había organizado su ejército en función de las diferentes nacionalidades que lo constituían, ya

que no era cosa de mezclar a los chinchas con sus antiguos enemigos, los yuncas, y menos aún a los yuncas con los chimúes, dada la sangrienta guerra que estos dos pueblos habían librado antaño, como tampoco los quechuas, que odiaban a los chancas, podían concebir luchar codo con codo con ellos.

Por eso los bruselenses vieron desfilar a cada regimiento con los colores de los pueblos y de las tribus que los componían.

Los feroces chancas, que se distinguían particularmente por su fiereza en el combate, desfilaron los primeros. Los seguían los moriscos de Valencia, la caballería andaluza y un regimiento de judíos procedentes de toda España. Los charas suscitaban la curiosidad y la admiración de la muchedumbre porque iban engalanados con alas de cóndor sujetas a la espalda. Los yuncas, con sus horribles máscaras, espantaban a los asistentes al hacer gestos y muecas de locos, de idiotas o de alelados. Llevaban en la mano flautas y panderetas disonantes, de pieles desgarradas, de las que se servían para hacer mil tonterías. Como era la costumbre, la guardia montada de los *yanas*, tropa de élite del Inca mandada por Pedro Pizarro en ausencia de Quizquiz, cerraba la marcha.

Al desfile le sucedieron cánticos, danzas y juegos de pelota sobre una amplia extensión de césped que había delante del Palacio Real. Grandes cisnes blancos se deslizaban sobre el agua de un estanque.

La cerveza, que es una especie de *akha* (diferente a esta porque no sale del maíz sino de otro cereal), corrió por oleadas, pues era un brebaje muy apreciado por esas tierras.

Atahualpa decretó que la antigua Constitución fuera sustituida por las nuevas leyes de España. Mandó proclamar que Flandes y todas las provincias de los Países Bajos estaban vinculadas de nuevo y de manera indisoluble al reino de España, con excepción de la parte cedida al rey de Francia, incluyendo las ciudades de Lille, Douai y Dunkerque.

Por otra parte, Borgoña, tal como la había construido Carlos el Temerario y tal como la había soñado Carlos V hasta el día de su muerte, dejaba de existir.

María alumbró a una niña a la que se llamó Margarita Duchicela, por Margarita de Austria, nacida Habsburgo, tía de Carlos V que había precedido a María en sus funciones de regente, y por Paccha Duchicela, princesa de Quito, la propia madre de Atahualpa. Más tarde, la pequeña infanta se casaría con su hermanastro Carlos Cápac.

48. ALEMANIA

Sin embargo, Alemania, que preparaba la coronación de Fernando, no dejaba de desgarrarse. En Hesse, en Turingia, en Pomerania, en las ciudades imperiales de Estrasburgo, Ulm, Constanza, en las hanseáticas de Bremen, Lubeca o Hamburgo, estaban hartos de que la Iglesia romana se aprovechara de la credulidad de la buena gente y creían que, por mucho que el cuerpo del dios clavado estuviera contenido en una galleta salada o en un trozo de pan, ese trozo de pan no dejaba de ser un mero trozo de pan.

Por este motivo, ni el duque de Sajonia, ni el landgrave de Turingia, ni el margrave de Brandemburgo, ni el conde palatino del Rin, ni los príncipes electores del Sacro Imperio Romano Germánico aceptaban acoger a Fernando, defensor de la vieja fe, como su mesías reencarnado. El landgrave de Hesse, Felipe el Magnánimo, unido en amistad con Melanchthon, llevaba las riendas de la Liga de Esmalcalda para convertir a Alemania a las ideas luteranas, o al menos para obtener del emperador que fuesen toleradas, por la espada si era necesario. Todos miraban con ambición los bienes de la Iglesia, que pretendían confiscar, así como sus exagerados derechos, que deseaban suprimir para redistribuirlos mejor.

Estos vientos de revuelta tenían, sin embargo, un límite, y por haberlo traspasado, los anabaptistas, que creían que a un niño, mientras careciera de uso de razón, no se le debía imponer la religión del dios clavado mediante la ceremonia del bautismo, lo habían pagado con su vida. Igualmente, los campesinos, que habían creído ver en Lutero a un defensor de su causa y a un detractor de la miseria, habían sido masacrados por haberse sublevado en nombre de la justicia en la tierra. Lutero, además, no había sido partidario de apoyarlos, sino más bien al contrario, había exhortado a los príncipes a despellejarlos a todos.

Federico el Sabio y Felipe el Magnánimo, eminentes príncipes electores convertidos al luteranismo, se habían dedicado a esta tarea con sumo celo y diligencia, matando a los líderes y mutilando a quienes los habían seguido. Desde entonces, miles de hombres sin nariz y sin orejas vagaban por los campos de Alemania.

Por si fuera poco, la llegada simultánea de Fernando y de Atahualpa reavivó las brasas de esos pasados furores.

Por un lado, los príncipes luteranos veían en el decreto de Sevilla un modelo en el que Alemania debía inspirarse para alcanzar la paz religiosa. Contaban con la llegada de Atahualpa a las provincias del norte para presionar a Fernando antes de la coronación en Aquisgrán, y arrancar

concesiones al nuevo emperador, el cual, frente a los poderes sumados de Francia y de España, sin hablar de la amenaza que representaba Solimán a su espalda, no podía prescindir de los príncipes alemanes, aunque fuesen luteranos.

Por el otro, los campesinos alemanes, informados de las reformas agrarias que habían llegado a los Países Bajos emulando a las de España, sentían que volvía a alumbrarse una esperanza. Veían en el Inca a un nuevo Lutero, y quizá también a un nuevo Müntzer.

Más que nunca, las almas de Alemania, una región extraña poblada de fantasmas azorados y visiones brumosas, estaban excitadas. Silenciosamente empezaba a formarse un ejército de desnarigados. Se acordaban de los héroes de ayer y de sus sueños rotos. Lloraban cuando se evocaba al pobre Conrad. Pero también rechinaban los dientes. Los nombres del cuchillero Kaspar Preziger, de Jean de Leyde, de Jan Matthys, y sobre todo del gran Thomas Müntzer, brotaron de los labios de los mutilados que, al caer la noche, contaban a sus hijos viejas y terribles historias. Algunos de los espectros del pasado surgieron de nuevo, como resucitados, de los escondrijos donde se habían refugiado durante tanto tiempo que se los había dado por muertos. La llegada de Atahualpa hacía milagros. Un vagabundo salido de los bosques afirmaba ser el anabaptista Pilgram Marpeck. El peletero Sebastian Lotzer y su amigo el herrero Ulrich Smid reaparecieron en Suabia, repitiendo sus viejas reivindicaciones como si no hubieran pasado, no ya un día, sino toda una cosecha.

«Cada comunidad parroquial tiene derecho a designar a su cura y a destituirlo si se comporta mal. El cura debe predicar el evangelio, precisa y exactamente, sin ningún añadido humano. Pues solamente a través de las Escrituras se puede ir a Dios por la verdadera fe». Así decían ellos y el viento brumoso de la llanura azotaba los rostros de los que dejaban de labrar la tierra para escucharlos.

«Los pastores son remunerados con el gran diezmo. Eventualmente pueden percibir un suplemento por los pobres del pueblo y por el reglamento del impuesto de guerra. El pequeño diezmo se suprimirá por ser un invento de los hombres, pues Dios Nuestro Señor creó el ganado para el hombre sin que tuviera que pagar». Así decían ellos y el halcón brillaba en el cielo gris en señal de aprobación.

«La larga práctica de la servidumbre es un escándalo, ya que Cristo nos redimió y liberó a todos sin excepción, desde el humilde pastor hasta el ciudadano más principal, vertiendo su preciosa sangre. Por las Escrituras

somos libres y queremos ser libres». Así decían ellos y el amable bosque les respondía con el murmullo de sus hojas.

«No va contra la fraternidad ni contra la palabra de Dios el pobre que caza pájaros o pesca peces. Porque, cuando Dios Nuestro Señor creó a los hombres, les dio el poder sobre todos los animales, incluidos los pájaros del cielo y los peces del agua». Así decían ellos y el oscuro bosque les respondía con el rugido de las bestias.

«Los señores se han apropiado de la madera. Si el pobre tiene necesidad de alguna, debe pagársela al doble de su valor. Pues bien, toda la madera que no se haya vendido ha de volver a la comunidad, para que cada uno pueda prever cuánta madera necesita para construir y cuánta para calentarse». Así decían ellos y la corteza de la madera seca crepitaba, contenta y amenazadora.

«Los trabajos, siempre en aumento y de mayor intensidad, se reducirán de manera considerable, igual que nuestros padres los cumplieron únicamente según la palabra de Dios». Así decían ellos, y añadían: «Los señores no deben aumentar los trabajos sin un nuevo acuerdo».

«Muchos terrenos agrícolas no pueden soportar el precio de su arrendamiento. Personas respetables deben visitar esas granjas, hacer un cálculo y establecer las nuevas rentas, de modo que el campesino no trabaje por nada, pues todo trabajador tiene derecho a un salario». Así decían ellos y las cornejas congeladas caían del cielo como piedras.

«El precio de las multas se establecerá según nuevas reglas. Mientras tanto, hay que acabar con lo arbitrario y volver a las antiguas reglas escritas». Así decían ellos, pero eso era antes de la traición de Lutero.

«Muchos se han apropiado de campos y prados que pertenecen a la comunidad: queremos recuperarlos para darles un buen uso». Así decían ellos y la sombra de Atahualpa sobrevolará en adelante por encima de esas palabras.

«El impuesto hereditario se eliminará totalmente. Nunca más viudas y huérfanos deben ser despojados innoblemente». Así decían ellos, como búhos ululantes al caer la noche.

«Si algún artículo no es conforme a la palabra de Dios o se revela injusto, ha de suprimirse. No hay que correr el riesgo de estar contra Dios ni de perjudicar al prójimo». Así decían ellos y ese escrúpulo los honraba, ya que evidenciaba la ingenuidad infantil y el sentido moral que habían sabido cultivar en sus fábulas y supersticiones.

49. EL PEQUEÑO JOHAN

Entre el martillo de la herejía solar y el yunque del campesinado furioso, los príncipes no estaban seguros de qué estrategia seguir. Los del norte y los del este, ganados por el luteranismo, en el que veían un medio de confiscar las inmensas riquezas de la Iglesia del dios clavado, desconfiaban de Fernando, guardián de las creencias ancestrales, contrario a toda ruptura con el sumo sacerdote de Roma, pero también muralla contra el turco. Sin embargo, sabían por experiencia que la cólera de los campesinos superaba con creces cuestiones religiosas como la comunión bajo las dos especies y otros aspectos del ritual que estos últimos consideraban secundarios, habida cuenta de su miserable condición. Y mientras que esa cólera rugía de nuevo, los príncipes de Sajonia, de Turingia y de Brandemburgo estaban a la expectativa, dubitativos, aguardando las consignas que pudieran llegar de Wittenberg, la ciudad de Brandemburgo donde vivía Lutero.

No sucedía lo mismo en el oeste ni el sur, en las regiones de Westfalia, de Alsacia, de Suabia, donde los príncipes deseaban ahogar la revuelta sin dilación, como se ahoga una camada de gatitos, antes que, de nuevo, prendiera en sus dominios. Pagaron a mercenarios para saquear las granjas y las ciudades.

Sin embargo, hubo un caso en que los lansquenets persiguieron a un jardinero estrasburgués tenido por agitador porque predicaba de pueblo en pueblo el derecho a cortar madera y a cazar y pescar libremente. Un día en que creyeron haber dado con él en una granja donde se había refugiado, solo hallaron allí a su mujer y a su hijo recién nacido, al que mataron cruelmente. La noticia de este asesinato indigno no tardó en propagarse por toda la región. Como la criatura asesinada se llamaba Johan, en todos los pueblos, en todas las granjas y en todos los puestos de mercado no se hablaba de otra cosa que de vengar a *der kleine Johan*. Fue así como esta nueva hermandad del «pobre Conrad» sucedió a la antigua y, al igual que esta, tampoco únicamente para reclamar justicia, sino para obtener venganza.

Pero, por muy legítima que fuera su cólera, atizada incluso por el crimen, no podía enfrentarse a las alabardas ni a los mosquetes de los mercenarios. Los campesinos no habían olvidado que, no hacía demasiado tiempo, apenas veinte cosechas, la cabeza de Thomas Müntzer, su jefe, había rodado por el serrín, uniéndose a los cadáveres putrefactos de cien mil de los suyos que sembraban los campos.

Huelga decir que ni Lutero ni el emperador los habían socorrido entonces. Pero hoy en día, la situación había cambiado.

Despacharon un emisario a Bruselas para solicitar la ayuda de Atahualpa, el protector de los pobres, pues sabían que, sin un apoyo exterior, no podían esperar nada del duque de Lorena (el mal llamado Antonio «el Bueno»), salvo castigos ejemplares y la ruina generalizada.

Atahualpa no tenía ninguna prisa por regresar a España. Una ciudad lo imantaba en el este, a tan solo una jornada a caballo de Bruselas: Aquisgrán, donde su rival, Fernando, debía hacerse coronar. Sabía que mientras permaneciera en Bélgica, el otro no se aventuraría a acercársele, salvo para hacerle la guerra, lo que implicaba mandar a su ejército atravesar Alemania y dejar así al descubierto su flanco oriental.

El rey de España, príncipe de los belgas, soberano de los Países Bajos y señor de los berberiscos decidió que apoyaría la revuelta del Pequeño Johan y envió sus tropas a Alsacia, con Chalco Chímac a la cabeza.

Entre las bandas de campesinos y el invencible ejército del Inca, el duque de Lorena fue aplastado rápidamente, y la ciudad de Metz, donde él se había refugiado, abrió sus puertas a los asaltantes, ya que los comerciantes y los artesanos se compadecían de la suerte de los campesinos, cuyas reivindicaciones juzgaban razonables y a quienes veían «frecuentemente recortados, carcomidos y roídos sin motivo». Sin embargo, Chalco Chímac no pudo hacer prisionero al duque debido a que los campesinos, enfurecidos, se lo arrebataron. Tanto a este como a su hermano, el duque de Guisa, los descuartizaron vivos en varios pedazos y clavaron sus cabezas en la punta de unas picas.

La política, no obstante, no perdió sus derechos, ya que entregaron al representante del Inca una nueva versión de las viejas reivindicaciones que, tiempo atrás, habían esgrimido sus hermanos suabos. Chalco Chímac la envió a Bruselas. Media luna más tarde, les llegó la respuesta del Inca. Copio aquí el documento original, que tengo ante mis ojos, anotado de puño y letra por el propio Atahualpa.

50. LOS DOCE ARTÍCULOS DEL CAMPESINADO ALSACIANO

Artículo primero

El Evangelio debe ser predicado según la verdad y no según el interés de los señores y de los sacerdotes.

Cada uno podrá ejercer libremente su religión, a condición de participar en las fiestas del Sol.

Artículo 2

No pagaremos más diezmos, ni grandes ni pequeños.

Concedido.

Artículo 3

El interés sobre las tierras se reducirá al cinco por ciento.

Se suprimirá y se reemplazará por un sistema de trabajos por turnos.

Artículo 4

Todas las aguas deben ser libres.

Concedido.

Artículo 5

Los bosques volverán a ser propiedad del municipio.

Concedido.

Artículo 6

La caza será libre.

Concedido, pero únicamente durante ciertos periodos determinados por el Inca, con ocasión de las fiestas del Sol y de algunas otras fiestas. Esto, con el fin de preservar la buena reproducción de la caza.

Artículo 7

No habrá más siervos.

Concedido.

Artículo 8

Nosotros mismos elegiremos a nuestras autoridades. Consideraremos nuestro soberano a quien buenamente nos parezca.

Rechazado.

Artículo 9

Seremos juzgados por nuestros pares.

Concedido, siempre y cuando el nombramiento de los jueces sea aprobado por el Inca o sus representantes.

Artículo 10

Nuestros bailíos serán elegidos y destituidos por nosotros.

Rechazado. El Inca se reserva esta prerrogativa, pero sois libres de presentarle vuestros candidatos.

Artículo 11

No pagaremos más impuestos por fallecimiento.

Concedido. La familia del difunto recibirá una ayuda del municipio y unos víveres traídos de las reservas personales del Inca.

Artículo 12

Se devolverán al municipio todas las tierras municipales que nuestros señores se han apropiado.

Concedido.

51. CARLOMAGNO

En cuanto se conocieron los términos del acuerdo, hubo una gigantesca explosión que se desató por toda Alemania.

La victoria de los campesinos alsacianos alentó a los demás. A partir de ese momento, el más desgraciado, el más aislado labrador alemán sabía que no estaba solo, que podía contar con una fuerza formidable, providencial, un poder casi divino capaz de acabar con todos los príncipes y, además, dispuesto a socorrer a los plebeyos.

De hecho, a cualquier parte en la que se requería su ayuda, Atahualpa enviaba a sus tropas. Él mismo encabezó su ejército para dirigirse a Westfalia.

Así pudo ver con sus propios ojos el templo de Aquisgrán donde Carlos había sido coronado emperador. Pudo sentarse en el trono de Carlomagno. Pudo tocar con sus manos su dorado sepulcro. Las historias de Pedro Pizarro, cuando le mandaba leer las aventuras de Rolando, Angélica, Medoro y Bradamante, le habían enseñado a admirar y a envidiar a aquel gran emperador. De esta manera empezó a germinar en su real cabeza una idea que crecerá día tras día, igual que la papa crece y se fortalece en las más ásperas soledades.

Por todas partes en las que se alzaban siguiendo la estela del Pequeño Johan, los campesinos enarbolaban como emblema un zapato acordonado y una bandera con los colores del arcoíris. Atahualpa asumió como propio el emblema del arcoíris. Pensó que era un estandarte adecuado para el imperio de Carlomagno.

52. AUGSBURGO

La Dieta era una especie de equivalente a las Cortes en Alemania, con la salvedad de que tan solo reunía a los príncipes y a los soberanos locales, así como a los representantes de las ciudades del Imperio, pero estos, al estar Alemania entonces tan fraccionada, eran tan numerosos que, en esas asambleas, se apretaban varios centenares de personas.

Se había convocado una Dieta en Augsburgo, ciudad del Imperio situada en la frontera entre Suabia y Baviera. El Inca, convertido en amo y señor de toda la Alemania occidental, era un invitado de pleno derecho. Pero la presencia de Fernando en aquellos parajes le dificultaba el acceso, incluso lo imposibilitaba, sobre todo porque las pretensiones de aquel a quien el archiduque de Austria tenía por el usurpador del trono de España se mostraban ya a la vista de todos: lo que claramente estaba en juego era el Imperio, no había ninguna duda. Fernando consideraba que se había entablado entre ellos una lucha a muerte desde el día en que su hermano había sido asesinado, y veía acercarse un enfrentamiento que creía inevitable; congregaba por ello a sus tropas en Baviera, que para él era la puerta de entrada a Alemania, pero también el estado que hacía de tapón y lo separaba de Suabia, casi ocupada por entero por los ejércitos de Atahualpa.

La situación parecía sin lugar a dudas bloqueada: si Atahualpa cortaba el paso a Aquisgrán a Fernando, impidiéndole ser coronado, Fernando cortaba a Atahualpa el paso a Augsburgo, imposibilitándole hacer valer sus pretensiones ante la Dieta.

Los dos ejércitos estaban enfrentados, pero ninguno se atrevía a atacar al otro. Se observaban. Se temían. La espera terminó por minar los ánimos y los cuerpos. Los hombres de Fernando, sobre todo, se ponían nerviosos y caían enfermos. Frente a ellos, el ejército de Atahualpa, que había guerreado codo con codo con los campesinos contra los príncipes católicos y estaba cansado, fatigado por la campaña de Alemania.

El tiempo se paralizaba en la llanura de Suabia.

Fue Higenamota, una vez más, quien encontró la solución al problema de su señor y amigo.

La princesa cubana escribió personalmente al rey de Francia para sugerirle que enviara un mensaje a Solimán en estos términos: «Fernando tiene la cabeza en otra parte, Viena es vulnerable».

De nuevo, el ejército del turco, que ocupaba ya casi toda Hungría, se puso en marcha.

Avisado de la amenaza, Fernando no tuvo más remedio que regresar precipitadamente a su reino de Austria para proteger la capital. Su ejército, además, estaba siendo afectado por un extraño mal que se había extendido primero por España, Francia, Flandes y ahora por Alemania: a los hombres los atacaba la fiebre, se les caía el pelo, el cuerpo se les cubría de manchas rojizas y ganglios hinchados. El primer signo de ese mal era un chancro sobre el miembro viril, el ano o el fondo de la garganta. Al principio se temió que se tratara de la peste, que había fulminado países enteros y acababa con cualquiera en pocos días, pero este mal nuevo no era mortal: los enfermos terminaban por recuperarse y, sin curarse del todo, veían cómo desaparecían los vestigios de la enfermedad. Sin embargo, quedaban muy debilitados y pasar por ello no era bueno para la moral de las tropas. Al ejército de Fernando no le disgustó levantar el campamento en aquellas circunstancias. El turco, por lo menos, era un adversario feroz pero familiar, mientras que Dios o el diablo parecían estar a favor de esos indios llegados por el mar.

La vía estaba libre para Atahualpa.

Cuando llegó a Augsburgo, se puso en contacto inmediatamente con el hombre más poderoso de la ciudad y, desde luego, de Alemania.

A decir verdad, Anton Fugger era tan importante que Atahualpa fue directamente a alojarse en su casa, antes incluso de presentarse ante la Dieta o ante las autoridades locales. El banquero lo acogió en su amplia morada, situada en el corazón de la ciudad, igual que antaño había acogido a su predecesor, Carlos V. La piedra arenosa del edificio era del gusto del Inca. El palacio, en su maciza simplicidad, le recordaba los de Quito. (La verdad es

que nunca había puesto los pies en Cuzco). Gustó del banquete que su interlocutor le había preparado. Y la cerveza no era mala.

Los dos hombres tenían muchas cosas de que hablar.

Anton Fugger iba vestido sencillamente, aunque de una manera un tanto extraña incluso para las normas del Quinto Cuarto. Envuelto en un manto negro, del que sobresalía una camisa blanca sin cuello, estaba tocado con un sombrero en forma de una ancha galleta blanda. Llevaba el cabello recogido en una especie de bolsa y su barba tenía algo de vaporoso, rala y poblada a la vez. Sus manos se disimulaban dentro de unos finos guantes blancos.

Se dirigía al Inca en italiano y este le respondía en español. Se entendían bastante bien.

En realidad, conscientes ambos de sus propios intereses, deseaban exponer con precisión lo que tenían para ofrecer y, sobre todo, a cambio de qué.

Allí, en el despacho de Fugger, apartados de los festejos, se fraguó la alianza que iba a sellar, más que ninguna otra, las grandes transformaciones del futuro.

Había en la habitación un mueble con numerosos cajones sobre los cuales Atahualpa, que ya sabía leer y escribir, reconoció los nombres de algunas ciudades: Lisboa, Rom, Sevilla, Augsburg. Otros le eran desconocidos: Venedig, Nüerenberg, Cracaf...

Fugger, por su parte, no ignoraba en absoluto los motivos por los cuales tenía delante a ese hombre vestido con una falda y una corona de plumas en la cabeza. Eran los mismos que los de Carlos V antaño: el Imperio costaba caro, por doble motivo. Por una parte, había que pagar a los mercenarios para hacer la guerra. Por otra, había que comprar el voto de los grandes electores. El oro de ultramar no llegaba lo bastante rápido a Sevilla, y de Sevilla se encaminaba demasiado lentamente hasta aquí, sin contar con que luego había que cambiarlo en moneda contante y sonante. Fugger podía adelantar las sumas colosales que la empresa de Atahualpa iba a consumir en la conquista del Imperio. Atahualpa tenía que comprender que, a cambio de su oro, Fugger iba a facilitar unas unidades de medida en forma de piezas redondas. El Inca hizo un gesto impreciso con la mano. La moneda no existía bajo esa forma en Tahuantinsuyo, pero se había dado cuenta de esa ingeniosidad desde su llegada a España.

Fugger le explicó el valor de esas pequeñas piezas: un florín podía equivaler a veinticinco gallinas, un kilo de pimienta, diez litros de miel, noventa kilos de sal y diez días de trabajo de un obrero cualificado.

Atahualpa podía estar seguro de que iba a necesitar muchos florines.

El Inca lo había escuchado atentamente y seguía callado. Se negaba a hacer la pregunta que el banquero iba a responder por sí mismo.

¿Qué quería a cambio?

Fugger sirvió dos vasos de elixir oscuro de una jarra que destacaba sobre la mesa de su despacho y ofreció uno al Inca, que lo aceptó sin ofenderse. El vino venía de la Toscana, región de Florencia. El banquero parecía percibir cierta arrogancia. Durante todos esos años pasados en el Nuevo Mundo, y sobre todo desde la guerra civil con su hermano, allá lejos, Atahualpa había aprendido a no ofenderse por las faltas de protocolo que, por su origen real, debían estarle reservadas. Hacía ya mucho tiempo que aceptaba que se dirigieran a él directamente y no detrás de un velo tendido entre él y su interlocutor. Había tenido también todo el tiempo para familiarizarse con las costumbres del Quinto Cuarto: sabía que aquí, ofrecer un vaso era una muestra de amistad y buena voluntad, un rito que se llevaba a cabo por lo general entre iguales, con ocasión de celebrar un feliz encuentro, una ocasión especial o el cierre de un trato. También podía ser una artimaña para envenenar a un huésped. Pero este alemán no tenía ningún motivo para envenenar a quien iba a hacer de él el hombre más rico de Europa y permitirle desplazar definitivamente a su gran rival, Welser, el otro banquero de Augsburgo, así como a los genoveses y a los comerciantes de Amberes.

Claro que el alemán había tenido sus dudas a la hora de escoger al Inca. Lo natural habría sido apoyar a Fernando, heredero de Carlos V designado para dirigir el Imperio. Pero dos factores habían influido en su decisión: la solvencia de Atahualpa, cuyas riquezas en oro y plata parecían inagotables, y la perspectiva de nuevos mercados.

A decir verdad, no era mucho lo que Fugger exigía. Antaño, el rey de Portugal había concedido a su tío Jacob «el Rico» la autorización para comerciar con la ciudad de Goa, en las Indias, en el Lejano Oriente, aunque luego se la había quitado. Lo que pedía Anton Fugger al rey de España era una licencia semejante para ir a comprar los productos de ultramar. Los Fugger eran una familia de pañeros que se había enriquecido. Anton deseaba especialmente comerciar con lana de alpaca, cuya calidad no tenía parangón con la de Europa. Tenía también la idea de importar caucho, lo cual veía como una inversión prometedora, ya que la madera que llora de la que se extrae ese material no se hallaba en ninguna parte de este lado del mundo.

Atahualpa consintió. Quiso brindar para cerrar el negocio, como sabía que era lo acostumbrado, pero Fugger suspendió el gesto.

Había una condición más.

Exigía que el Inca lo librase de Lutero.

Atahualpa se sorprendió de que su anfitrión sacara a colación un asunto religioso.

En realidad, Lutero era malo para los negocios. El sacerdote rebelde siempre había vilipendiado lo que constituía el corazón de la actividad bancaria: el préstamo con interés. Precisamente ese pequeño fraile de Wittenberg era quien había arruinado el lucrativo comercio de las indulgencias, con el que Roma debía reembolsar las colosales deudas contraídas con el tío Jacob.

El sobrino no hacía de ello una cuestión personal, pero lo quería muerto antes de dos lunas, sin lo cual el acuerdo no sería válido y suspendería todos los pagos.

Sin tener una idea muy clara de la posibilidad de realizar esa parte de su contrato, ni de lo que ello implicaba en materia de repercusiones políticas, Atahualpa, cegado por su sueño imperial, aceptó. Finalmente brindaron por la amistad entre los pueblos y por el Imperio universal.

El Inca se marchó con un cofre lleno de cinco mil florines, del que se dijo que correspondía a la milésima parte del tesoro de los Fugger.

53. LOS PRÍNCIPES PROTESTANTES

Le quedaba por someter, ya por la fuerza, ya por la persuasión, a los príncipes alemanes del este y del sur, mayoritariamente favorables a la reforma de Lutero.

Esto concernía principalmente al margrave de Brandemburgo, Joaquín Héctor, a su primo el duque de Prusia, Alberto de Brandemburgo, al landgrave de Hesse, Felipe llamado «El Magnánimo», y sobre todo al protector personal de Lutero, sobrino de Federico el Sabio, elector de Sajonia, Juan Federico, llamado también «El Magnánimo» (una cualidad aparentemente muy común entre esos príncipes).

Estaba también Mauricio de Sajonia, primo y rival del anterior, pero al no ser ni elector ni abiertamente luterano, y careciendo además de importantes medios militares para defenderse llegado el caso, Atahualpa decidió concentrar sus esfuerzos en los otros.

Los príncipes luteranos se enfrentaban a un dilema. Opuestos *a priori* a Fernando, como lo habían estado a Carlos, porque, al igual que su difunto hermano, aquel no quería ni oír hablar de una reforma de la religión oficial de

la que él se consideraba garante, hacían votos por un decreto alemán como el de Sevilla, que extendiera por todo el Imperio la libertad religiosa que Atahualpa había acordado para España.

Al mismo tiempo, acoger al Inca en Alemania y confiarle la carga del Imperio en vez de a Fernando suponía traer a sus dominios la religión del Sol, que significaba no solo una herejía, sino, en el fondo, hasta donde podían juzgar, puro y simple paganismo.

Sin embargo, no era ajena a ellos la idea de un compromiso. Habían contado con ayuda, primero de Carlos y luego de Fernando, para sofocar las revueltas campesinas. Algo que también podría hacer ahora el ejército de Atahualpa.

Lo que los inquietaba, no obstante, era ese programa de reformas políticas que Atahualpa había puesto en marcha en sus reinos, así como las concesiones que había hecho a los campesinos alsacianos. Los príncipes no deseaban, a ningún precio, renunciar a los sustanciosos ingresos que sacaban de la explotación de sus tierras y del trabajo de sus campesinos, que les aseguraba su modelo de organización de la vida civil, fundada en los privilegios que la nobleza se había otorgado desde tiempos inmemoriales. Con Atahualpa presente en las proximidades, se corría el riesgo de avivar la antorcha de la revuelta, a la vez que la esperanza de reformas copiadas de los doce artículos que se negociaban en secreto por los campos de Sajonia y de Prusia. Se estaba produciendo una especie de adecuación, o de compatibilidad inquietante, peligrosa, entre los proyectos de Atahualpa y las aspiraciones campesinas. Como mucho, los príncipes podían asumir la liberación de sus siervos, que eran campesinos reducidos por completo a la esclavitud. Pero la sola idea de una redistribución de tierras en beneficio de los municipios, o de quienquiera que fuese, les parecía absolutamente inconcebible. Y, sin embargo, eso era lo que había ocurrido en Alsacia, en Westfalia, en Renania, hasta en Suabia y en algunas provincias del Palatinado...

Así pues, fue con estos príncipes totalmente desconcertados, presa de la indecisión más flagrante, con los que se encontró Atahualpa. Una vez más, mandó llamar al astuto Chalco Chímac para llevar las negociaciones. El general echó mano de la sabia combinación de amenazas y promesas, mezcla sutil de firmeza y untuosidad, que él sabía necesaria para ayudar a la parte contraria a tomar las decisiones convenientes.

Pese a todo, los príncipes protestantes no eran capaces de superar sus reservas.

Para poner fin a las tergiversaciones, propusieron al Inca organizar un encuentro con Lutero en persona. Él les indicaría el camino a seguir y prometieron atenerse a su opinión. Esto, naturalmente, no excluía las innumerables prebendas que iban a reclamar al nuevo emperador, y que Atahualpa estaba dispuesto a concederles, ni las gigantescas indemnizaciones que debería desembolsar para garantizar su apoyo y el de su voto, y que Fugger debía adelantarle.

Atahualpa dio su aprobación. Se hizo enviar una convocatoria a Wittenberg, donde residía Lutero. Se le pedía que volviera inmediatamente a la Dieta de Augsburgo para encontrarse con el rey de España, nuevo pretendiente al título imperial, con el fin de escuchar sus argumentos y estimar si él los hallaba dignos, que era como decir si su candidatura le parecía compatible con los Evangelios.

La respuesta llegó unos días más tarde: el doctor Lutero agradecía a la honorable asamblea su invitación, pero lamentablemente se veía obligado a declinarla. El fraile deseaba recordar a sus interlocutores, con todo respeto, un precedente que seguro que no habían olvidado: cuando estuvo tiempo atrás en la Dieta de Worms delante de Carlos V, se había visto aislado y solo frente al Imperio, llevado por unos desconocidos a un oscuro bosque, donde creyó que había llegado su última hora. En consecuencia, suplicaba a los príncipes, sus benefactores, que le perdonasen su negativa y encomendaba a todos que se pusieran en manos de Dios.

Atahualpa, pese a ser conocido y alabado por su legendario dominio de sí mismo, empezó a dar muestras de impaciencia.

El duque de Sajonia le propuso entonces viajar a Wittenberg. Se ocuparía personalmente de que el Inca fuese recibido con todas las consideraciones debidas a su rango y organizaría el encuentro entre él y Lutero.

Ese hombre gordo, con ojos con forma de media luna, barba rojiza y pelo corto, le inspiraba una instintiva desconfianza, pero el Inca, después de un breve diálogo con su estado mayor, dio su consentimiento. La llamada del Imperio era demasiado fuerte.

Entre los siete electores que votaban para designar al emperador, había tres sacerdotes y cuatro príncipes. Los tres arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia habían pasado a su control durante la guerra del Pequeño Johan, sostenida victoriosamente junto a los campesinos. Por lo tanto, podía contar con esos tres votos. Fernando había heredado el reino de Bohemia y el conde palatino del Rin se había refugiado en sus tierras del este tras su derrota frente al ejército comandado por Rumiñahui. Estos dos votos le serían contrarios. Le

faltaba aún, por tanto, arrancar un voto más. Quedaban los dos electores luteranos. El duque de Sajonia y el margrave de Brandemburgo tenían, pues, la suerte del Imperio en sus manos.

Atahualpa iría a Wittenberg, lo acompañarían Higenamota y Chalco Chímac. Los príncipes luteranos, y quien quisiera, podrían asistir al encuentro. La verdad es que iba a acudir gente de toda Alemania, incluso de Dinamarca y de Polonia, para verlo.

54. WITTENBERG

El trayecto fue rico en enseñanzas. Se cruzaron con campesinos miserables, familias hambrientas, niños enfermos. Vieron a hombres sin nariz o sin orejas. Algunos tenían dos dedos amputados en la mano derecha. Las mujeres no decían nada, no lloraban, pero echaban a su alrededor miradas duras, cargadas de odio, como animales caídos en una trampa, a punto de escupir.

Un mendigo con los ojos reventados tendió su platillo cuando pasaba el Inca. Los *yanas* de la guardia quisieron apartarlo a patadas, pero Atahualpa mandó que lo acercaran a su litera. El mendigo agitaba su platillo como una campanilla. Fijando en el Inca sus ojos glaucos, dijo: «Dios misericordioso, defiende los derechos de los pobres». Se fue con un anillo de oro y dos florines.

Poco después, el cortejo se detuvo en la ciudad imperial de Núremberg, cuyos magníficos edificios contrastaban llamativamente con la miseria de los campos aledaños.

La continuación del viaje, que comprendía una parada en Leipzig, ciudad famosa por sus mercados, les permitió ver los mismos espectáculos y suscitó en ellos las mismas reflexiones. Por un lado, hombres sin nariz; por el otro, una opulencia impactante.

Finalmente, llegaron.

Wittenberg era un centro de estudios muy renombrado, pero no se parecía en nada a Salamanca.

La ciudad estaba llena de frailes con capa que se movían como hormigas atareadas, llevando en las manos fajos de hojas o cajas que hablan, o bien lechones, hogazas o barricas de cerveza bajo el brazo y una cruz de madera colgada del cuello.

La iglesia del castillo estaba rematada por una torre espantosa, circular, en cuya cúspide había una corona erizada de espinas, como el bulbo de una rosa

negra sobrepasada por su propio tallo, que proyectaba encima de la ciudad una sombra lúgubre.

En la plaza del mercado se agolpaban los frailes, los estudiantes, los mercaderes y las granjeras. Los corderos y los puercos se les colaban entre las piernas.

El castillo propiamente dicho estaba deshabitado desde la muerte de Federico el Sabio. Su sobrino y heredero se lo ofreció como alojamiento al Inca y a sus hombres; les envió a sus cocineros, pero le fueron devueltos. Y aunque ocuparon el castillo vacío, Chalco Chímac se dirigió sin más dilación a casa de Felipe Melanchthon, el brazo derecho de Lutero, a quien Atahualpa había recibido antaño en Granada, con vistas a preparar el gran encuentro.

Como Melanchthon hablaba todas las lenguas, la entrevista tuvo lugar en castellano. El hombre era de estatura media, afable, y sonreía detrás de su barbita pelirroja. Su rostro, aunque precozmente arrugado, desprendía una expresión juvenil que inspiraba habitualmente una simpatía y una confianza inmediatas, pero no eran los dos sentimientos a los que Chalco Chímac era más proclive. Lo que notaba el general inca era la inteligencia penetrante que destacaba detrás de la afabilidad.

El profesor y el general brindaron y bebieron la cerveza que elaboraba el propio Lutero, hecho que parecía divertir a Melanchthon, ya que no era algo que consumiera con frecuencia.

La entrevista duró toda una tarde, ajenos ambos a la agitación que había en la casa: un viejo sirviente entraba a rellenar las jarras de cerveza, unos estudiantes pasaban a dejar o a coger unas hojas, intrigados por ese visitante inhabitual al que observaban a hurtadillas, captando de pasada trozos de un diálogo que no comprendían.

He aquí lo que el general inca dijo cuando volvió para informar a su señor:

Las gentes del lugar se hacen llamar *protestantes*. Exigían la libertad de practicar su religión como a ellos les pareciera. Deseaban introducir cambios en la manera de adorar al dios clavado. Estaban muy apegados a unos ritos, pero a otros no tanto. Deseaban que sus sacerdotes pudieran casarse, regla que ellos ya estaban aplicando: el propio Lutero, que era sacerdote, tenía mujer e hijos, lo que estaba teóricamente prohibido, como cualquier otro comercio carnal. Estaban obsesionados con la cuestión del lugar al que irían después de su muerte y del mejor medio de salvarse, es decir, ir al cielo a reunirse con su dios clavado (que, sin embargo, debía regresar a la tierra en una fecha indeterminada, por lo que Chalco Chímac pensaba que corrían el riesgo de

cruzarse) y no bajo tierra, donde se quemaba a los muertos eternamente, salvo que permanecieran en un lugar transitorio del que se podía salir al cabo de cierto tiempo, aunque de ninguna manera pagando con florines mientras aún están vivos.

Otra cuestión, que Chalco Chímac no había acabado de entender muy bien, era relativa a lo que ellos llamaban las buenas obras. ¿Había o no que realizar buenas acciones para esperar obtener la salvación? Los protestantes creían firmemente que no era necesario y que las condiciones de su vida después de muertos eran totalmente independientes de su comportamiento mientras vivían. Las buenas acciones debían hacerse de manera desinteresada, solamente motivadas por el ejemplo de su dios clavado, pero no por el deseo de ser recompensados por ellas. Chalco Chímac se había contenido de preguntar a Melanchthon cómo decidía el dios clavado, en ese caso, a quién salvar y a quién enviar a la hoguera bajo tierra. A decir verdad, las supersticiones locales no interesaban al general más que en la medida en que podía aprovecharlas políticamente. Los interrogantes que generaban y los problemas morales que se derivaban de ellas le eran indiferentes.

No era así a la inversa. Melanchthon había hecho muchas preguntas: tenía curiosidad por el país de su invitado, por sus costumbres, por sus dioses; había preguntado si hacían la guerra, si tenían esclavos, si alguna vez habían oído hablar del dios clavado, si el Sol recompensaba a los buenos y castigaba a los malos. Había manifestado mucha curiosidad por el emplazamiento de Tahuantinsuyo. Parecía comprender mejor que los demás que los quiteños no eran indios, con los que solían confundirlos habitualmente.

En fin, aquel hombre le había parecido abierto al diálogo y a la negociación. Pero también le había dado a entender que Lutero no era de trato fácil, que el temperamento del sumo sacerdote de la Reforma podía ser bastante rígido y, según la opinión generalizada, eso no había mejorado con el tiempo.

La conversación terminó derivando en asuntos colaterales. El *amauta* de barba roja había declarado, entre otras cosas, después de muchas cervezas, que «Augsburgo era la Florencia alemana y los Fugger, los Médicis de nuestro tiempo». Chalco Chímac había considerado esa observación, hecha de pasada, lo suficientemente digna de interés como para informar de ella a su señor.

55. LUTERO

El primer encuentro tuvo lugar en el gran edificio que ellos llamaban *universität*, delante de una audiencia de mil personas y en presencia del elector de Sajonia.

A Atahualpa, que presidía sobre un estrado entre Higenamota y Chalco Chímac, Lutero le causó el mismo efecto que un toro furioso cuando el jefe de los protestantes se presentó ante ellos. Las palabras del sacerdote golpeaban como hachazos que Melanchthon traducía al español. Sus frases, sin embargo, eran incoherentes y costaba seguir el hilo de su pensamiento. Hablaba mucho de los judíos, a los que acusaba de crímenes terribles y a quienes deseaba el mayor de los males. Según decía, estaban «llenos de excrementos del diablo» y era un pecado no matarlos. Como poco, en Alemania había que cazarlos como perros rabiosos y quemar sus casas.

Lutero peroró sobre este asunto casi una hora sin parar. Atahualpa lo escuchaba en silencio, impasible como siempre en circunstancias parecidas (aunque esa circunstancia, en realidad, era absolutamente inédita), sin que nada traicionara su incompreensión.

Luego, Lutero se puso a hablar de sus huéspedes, los visitantes de ultramar.

No cabía ninguna duda, según él, de que Atahualpa y sus hombres habían sido enviados por Dios para castigar a los pecadores y purificar la Iglesia.

El Sol con el que ellos se identificaban no era otra cosa que la metáfora de Dios, y Atahualpa tal vez fuera, si no el mesías reencarnado, al menos un nuevo profeta o un ángel enviado a la tierra.

Sin embargo, también Lutero había sido designado por Dios para hacer reinar su justicia y no, no podía callarse, no podía callarse bajo ningún concepto. Estaba obligado a advertir al Inca: no era bueno que esa mujer (y señaló con el dedo a Higenamota) estuviera a su lado. Melanchthon dejó de traducir en ese momento, pero todos habían comprendido sus palabras, incluso los que no entendían alemán.

Higenamota había optado por vestirse, ya que hacía más frío en esos países. Pero era obvio que habían llegado a oídos de Lutero las leyendas que circulaban sobre la célebre princesa desnuda. Naturalmente, sospechaba que era una enviada del diablo. A Higenamota eso la divertía. En ese instante todo el mundo asistió a la escena extraordinaria de la que el pintor Cranach hizo un célebre cuadro, en la que la princesa, que se había levantado, dejó deslizar su vestido para mostrar su cuerpo ante una asistencia estupefacta.

Sin embargo, mientras ella permanecía orgullosa y provocadora delante de él, con una sonrisa desafiante en los labios, suscitando todo tipo de gritos

de reprobación y admiración mezclados en el público, incluso también algunas risas, Lutero soltó esta insolencia, apuntando con un dedo vengador al cuerpo desnudo de la cubana: «Los hombres tienen la espalda ancha y la cadera estrecha. Están dotados de inteligencia. Las mujeres tienen la espalda estrecha y la cadera ancha, para tener hijos y quedarse en casa».

La sesión fue suspendida.

56. EL DILEMA

«Mátalo», le dijo Higenamota.

Pero la cosa no era tan fácil.

Eliminar a Lutero era cumplir con su parte del acuerdo firmado con Fugger y asegurarse así de que el banquero le suministraría los cientos de miles de florines necesarios para comprar el voto de los dos electores protestantes. Pero también suponía enajenarse de esos mismos electores, y, con ellos, de todos los príncipes favorables al monje rebelde, reunidos en la liga de Esmalcalda.

No contaba sobre el terreno con medios militares suficientes para vencer a esa coalición, ya que Quizquiz se había quedado en España con un tercio de su ejército para detener cualquier ataque por sorpresa de Solimán o de Fernando, y había dejado atrás otro tercio para ocupar Bélgica y la Alemania occidental.

Pero tampoco podía garantizar su elección por la vía pacífica, pues esta estaba condicionada a la muerte y, al mismo tiempo, al asentimiento de Lutero.

Mientras Atahualpa reflexionaba, una muchedumbre afluía a Wittenberg. El encuentro entre Lutero y el Inca parecía alimentar en todo el país una esperanza inmensa en el pueblo. Era verdad que no habían olvidado la traición de Lutero cuando, en el pasado, había renegado de Thomas Müntzer y había exigido a los príncipes que masacraran a los campesinos rebeldes, pero todos tenían en la cabeza los doce artículos del campesinado de Alsacia y esperaban que el Atahualpa emperador hiciera extensiva esas nuevas leyes a toda Alemania. El número aumentaba en la plaza del mercado y en las calles de la pequeña ciudad.

Mientras tanto, Chalco Chímac había vuelto a casa de Melanchthon a beber cerveza para tratar de salvar el encuentro.

El pequeño barbudo había convencido a su amigo Lutero de que presentara excusas antes de proseguir con los debates.

Un punto importante por discutir era el estatus de la religión del Sol. Por razones políticas evidentes, no podía plantearse considerarla una herejía, o una religión del falso profeta Mahoma. Las victorias de Atahualpa daban fe de que Dios estaba de su lado. En honor a la verdad, la derrota de los reinos del Quinto Cuarto era sin duda alguna el castigo que Dios les infligía por su corrupción, y probaba una vez más las tesis luteranas. Porque Lutero, astuto como era, consideraba a Atahualpa como un enviado de Dios, no del diablo, y, pensándolo bien, aceptaría ver en la religión del Inca una metáfora, o una versión de los Evangelios adaptada al mundo del otro lado del mar, igual que el Antiguo Testamento era, según los partidarios del dios clavado, una sucesión de relatos que anunciaban y prefiguraban el Nuevo.

—¿Como un bosquejo? —preguntó el general.

—Más bien como una interpretación de un mismo tema —le respondió su anfitrión.

Chalco Chímac le preguntó entonces qué debían pensar del discurso de Lutero sobre los judíos.

Melanchthon despachó la pregunta con un revés de la mano:

—Con la edad, ese tema se ha convertido para él en una obsesión, una manía que no debe interferir en los debates. Basta con dejarlo hablar.

Decidieron que la próxima sesión tendría lugar en la iglesia del castillo. Chalco Chímac regresó más tranquilo de su visita, incluso entusiasta, pero hay que reconocer que había bebido mucho. Transmitió fielmente a su señor el consejo que le había dado Melanchthon: «Dejadlo hablar, asentid a todo, en la medida de lo posible. Así, obtendréis el acuerdo que buscáis».

57. LA IGLESIA DEL CASTILLO

Un rumor decía que el gran *amauta* Erasmo en persona se había desplazado hasta allí, pese a que, desde hacía varias cosechas, ya se conocía la noticia de su muerte en Basilea, donde llevaba mucho tiempo refugiado para huir de las persecuciones religiosas. Huelga decir la importancia histórica que se daba a este encuentro entre los dos grandes reformadores del siglo. Pero era impredecible lo que pudiera salir de tal encuentro, y en Alemania entera y en todo el Quinto Cuarto, hasta en Roma, se contenía el aliento.

Mientras esperaban, la agitación iba en aumento en la ciudad. Circulaban por doquier folletos y hojas impresas. Los doce artículos pasaban de mano en mano, adornados con grabados y retratos de Atahualpa, Müntzer y el pequeño Johan. Los dibujos de zapatos de cordones cubrían las paredes. Unos

panfletos alusivos a Lutero denunciaban «la delicada carne de Wittenberg». No dejaban de afluir masas de campesinos que acampaban a las puertas de la ciudad, por lo que el elector Juan Federico hizo venir a unos regimientos de lansquenets como refuerzo para prevenir cualquier disturbio. Los estandartes arcoíris se mezclaban con los de Sajonia.

En la iglesia del castillo, sin embargo, las buenas voluntades no escatimaban esfuerzos. Lutero se había excusado públicamente con Higenamota. Decía que se podía tolerar la religión del Sol como metáfora de los Evangelios. Seguía, eso sí, vilipendiando duramente a los sectarios y a los exaltados que, afuera, deseaban subvertir el orden de Dios, y exigía de todos los participantes una condena firme de esas llamadas a la violencia. Sin llegar a citarlos, hacía claras alusiones a los doce artículos. Estaba dispuesto a reconocer la legitimidad de algunas reivindicaciones. («¡Por fin!», pensaban unos. «Un poco tarde», decían otros). Pedía a los príncipes que hicieran examen de conciencia y que cedieran lo más posible. Maldecía menos a los judíos.

Atahualpa, por su parte, había consentido en invertir los papeles: se había sentado en la primera fila de los fieles, en un banco de madera, al lado de una Higenamota que había aceptado graciosamente las excusas de Lutero, dejando ambos al monje subir al púlpito, lo que equivalía a que se dirigiera a ellos desde una posición más alta que la de Atahualpa, algo que, en circunstancias normales, jamás se habría permitido. El Imperio bien valía una misa, había dicho entre risas al elector. Chalco Chímac y Melanchthon se cruzaron miradas inquietas cuando Lutero empezó a enfurecerse con los judíos, pero esto, en el conjunto de su discurso, no constituyó en el fondo más que un poco de escoria sin importancia.

Lo esencial era que parecían haber llegado a un principio de acuerdo calcado al edicto de Sevilla. Al término de la sesión, se felicitaron. Los dos electores, Juan Federico de Sajonia y Joaquín Héctor II de Brandemburgo, negociaban ya conjuntamente el precio de su voto con Atahualpa. (Se hablaba de cien mil florines, que el Inca no tenía, como era de esperar). Melanchthon y Chalco Chímac conversaban aparte. En ese instante, lo razonable era que se redactara un texto y se firmara rápidamente.

Hoy sabemos que no fue así.

58. LAS PUERTAS DE LA IGLESIA

A la mañana del quinto día, los cuervos volaban por encima de la torre. Delante de la entrada del templo, donde las partes debían reunirse de nuevo para el acuerdo final, se había formado una aglomeración. Los curiosos se empujaban unos a otros, ya que, por segunda vez en veinticinco cosechas, se había clavado un texto en las puertas de madera que se leía en voz alta entre los que estaban más cerca, pero un eco difuso lo extendía por toda la ciudad. (El texto estaba en alemán).

Luego, un hombre apareció, precedido por un murmullo, y la gente se apartaba a su paso. Era un monje barrigudo, vestido de negro, con una boina también negra; su rostro, más bien graso, lucía una expresión severa pero cansada, su mirada no era tan penetrante como cabría esperar, su paso no era ligero, pero se imponía cuando andaba. En su presencia, todos sentían encogerse.

Como el rumor iba en aumento, se acercó a las puertas que, desde hacía mucho tiempo y no sin razón, consideraba suyas. Y todo el mundo pudo observar cómo la cara del monje se volvía carmesí.

59. LAS 95 TESIS DEL SOL

1. El Sol no es una alegoría del dios creador.
2. Él es el dios creador y la fuente de toda vida.
3. Viracocha es su padre o su hijo y padre o hijo de la Luna.
4. El Inca es el representante del Sol en la tierra.
5. El Inca descende de Manco Cápac, el padre fundador, y de su hermana Mama Ocllo, ambos hijos del Sol.
6. El Inca pertenece a ese linaje, por lo que se lo considera hijo del Sol.
7. El Inca pertenece a la rama menor del Sol, pues Manco Cápac era el hermano menor o el nieto de Viracocha.
8. Por tanto, la autoridad del papa, representante de la vieja religión, no puede aplicarse al Inca, ni a sus vasallos ni a los seguidores de la religión del Sol.
9. El año 1531 de la antigua era es el año 1 de la nueva era, ya que marca la llegada del Inca por la mar oceánica.
10. La tierra tembló y Lisboa abrió al hijo del Sol una puerta que nadie aquí abajo podrá ya cerrar.
11. La Santísima Trinidad, imaginada por Tertuliano al comienzo de la antigua era, es la representación alegórica imperfecta del Sol, de la Luna y del Trueno.

12. Esta representación es imperfecta porque es la Virgen María quien debería haber tenido un lugar en esa trinidad, como alegoría de la Luna, y no el Espíritu Santo. O bien, si se hubiera querido añadir el Trueno a las tres divinidades principales, habría que haberla llamado Cuaternidad.
13. Es verdad que el dios del Trueno puede fulminar la tierra con su martillo, pero su poder dista mucho de ser parecido al del Sol, al que está supeditado.
14. La Sagrada Familia ya no es aceptable como alegoría del dios Sol verdadero, de la Luna y de su hijo-padre Viracocha, pues en la vieja religión José no está considerado como un dios, sino como un hombre que solo es el padre adoptivo del falso mesías Jesús.
15. La concepción virginal del falso mesías Jesús es una fábula inventada, sin duda, para justificar el inconveniente embarazo de María, dado que José, su marido, era un anciano impotente.
16. El Sol fecundó sin lugar a dudas a la Luna para engendrar a Viracocha, a su hermano Manco Cápac y a la Tierra, Pachamama.
17. Quienes pretenden que la Luna es la alegoría de María y no al revés no deben persistir en este error, pues si ese fuera el caso, el Dios de los cristianos no habría permitido la llegada ni las victorias del Inca, y, en cambio, lo que se ha podido ver es que Atahualpa ha conquistado esta parte del mundo con la bendición del dios Sol y de la diosa Luna, sus ancestros, y que nosotros estábamos equivocados, con nuestros falsos ídolos y nuestro falso mesías.
18. La verdadera Jerusalén ya no es Jerusalén, sino Cuzco, al otro lado de la mar oceánica, donde se encuentra el ombligo del mundo.
19. Ni el papa ni sus representantes pueden exigir dinero a cambio de la redención de los pecados, pues no tienen poder para hacerlo.
20. Los muertos pagan sus deudas con la muerte.
21. Se equivocan, por tanto, los predicadores de indulgencias que dicen que, con esas indulgencias del papa, el hombre compra su pena y se salva.
22. Hay que enseñar a los cristianos que dar limosna a los pobres o socorrer a los necesitados es mucho mejor que comprar indulgencias.
23. Hay que enseñar a los cristianos que, quien ve a un pobre y, sin prestarle atención, da dinero para las indulgencias, atrae hacia sí mismo, no las indulgencias del papa, sino la cólera de Viracocha.
24. Hay que enseñar a los cristianos que, si no poseen bienes superfluos, están obligados a conservar con ellos lo necesario y a no gastarlo de ninguna manera en indulgencias.
25. Recuperarán la razón los obispos, curas y teólogos que dejen de difundir entre la gente semejantes ideas.

26. Cuando se pregunta a los cristianos por qué su dios expulsó del paraíso al primer hombre y a la primera mujer, dicen mil extravagancias y, viendo que no pueden ir muy lejos con tales argumentos, inventan alegorías como la fábula de la serpiente tentadora, la manzana prohibida y la mujer corruptora.
27. Cuando a los viejos cristianos que comen el cuerpo y beben la sangre de su propio dios se les reprocha que cómo es posible entregarse a esa bárbara práctica y a ese acto antropófago, se sorprenden y no saben qué decir, salvo algunos luteranos que admiten que su dios no está presente en la ceremonia más que como un símbolo.
28. En cuanto a los seguidores de Lutero que piensan que la salvación de algunos hombres está ya decidida, igual que la perdición de otros tantos, quedando los demás condenados a errar después de la muerte por una antecámara del infierno, sin que importen sus obras ni sus acciones, deberían escandalizarse de la crueldad y de la tiranía de ese dios que salva a algunos hombres y a otros no, según su capricho, las mismas crueldad y tiranía del dios de los judíos que tan prestos están a vilipendiar.
29. Sin embargo, Lutero tiene razón en un punto, cuando afirma que si una virgen se cree superior, o simplemente igual a los demás, «es que es la virgen de Satán», aunque Satán no sea más que fruto de una superstición cristiana, queriendo decir con ello que la virginidad no tiene en sí misma ningún valor y que no debe ser exigida en vistas al matrimonio.
30. ¿Por qué es tan importante para los partidarios del dios clavado que su dios sea reconocido por encima de todos los otros dioses? Es un misterio que no nos explicamos.
31. El dios clavado puede, sin embargo, servir de ejemplo como hacen Moisés y otros santos. Pero su vida es privada y de ninguna manera está para socorrer a los hombres, sean cristianos o no.
32. El Sol no exige la muerte de los otros dioses. No lo necesita para conservar su primacía ni su poderío, pues ninguno de ellos puede estar a su altura.
33. El Sol no es celoso, no elige a su pueblo, no salva a una minoría de hombres para dejar al resto en las tinieblas, extiende su luz bienhechora sobre todos los seres humanos.
34. De la misma manera, el Inca, hijo del Sol, extiende su bondad magnánima a toda la humanidad, sin excepción.
35. No son pocos los que instruyen sobre Cristo solamente para agitar los sentimientos, que sientan pena por él, incitar contra los judíos y demás divagaciones afeminadas y pueriles.

36. Lo mismo que es pueril creer que el padre del dios clavado ha creado el mundo y luego, un día cualquiera, envía a su hijo para salvar a los hombres. ¿Dónde estaba ese dios durante la guerra de Troya? ¿Acaso dormía? ¿Por qué dejó que los griegos ignoraran su existencia?
37. ¿Por qué no advirtió a Platón y a Aristóteles, hombres tan sabios, de que existía? ¿Por qué haber esperado tanto tiempo? ¿Es que no había por aquel entonces ningún pecador que mereciera ser salvado?
38. En verdad, las edades se suceden como la destrucción sucede a la creación, y la creación sucede a la destrucción.
39. La primera edad fue la de los primeros hombres que se vestían con hojas.
40. La segunda edad fue la de la segunda raza humana que vivía en paz. El diluvio acabó con esa raza.
41. La tercera edad fue la de los hombres salvajes que veneraban a Pachacámac. Vivían en perpetua guerra. Fue en esa época cuando la hija del Trueno les trajo el fuego.
42. La cuarta edad fue la de los guerreros. Entonces, el mundo se dividió en cuatro partes.
43. La quinta edad es la del Sol. Coincide con el reinado de los Incas en la tierra. El mundo ha crecido con una quinta parte, que es la nuestra.
44. La vieja religión era cruel y dañina para el espíritu por su iniquidad, sus castigos arbitrarios y sus decretos injustos, pero la religión del Sol es justa y buena y ecuánime.
45. Porque, en fin, ¿qué padre digno de tal nombre sacrificaría a su hijo?
46. ¿Por qué haber dado el libre albedrío a los hombres si es para permitirles hacer el mal?
47. ¿Por qué hacerlos pecadores y castigarlos a continuación?
48. El dios clavado es un desconocido para los niños hasta que un cristiano les predica su historia, mientras que, en cambio, ven al Sol desde los primeros días de su venida al mundo. Por eso los adoradores del Sol, sean niños o adultos, no necesitan ningún bautismo.
49. A Pablo le preocupaba que algunos hombres pudieran incluso ignorar la existencia de su dios clavado: «¿Y cómo creerán en su persona, si nunca han oído hablar de él?». El Sol no tiene ninguna necesidad de predicadores, pues brilla en el cielo y todas las noches se pone en el mar y todas las mañanas se eleva por encima de las montañas.
50. Pablo sigue diciendo: «La fe viene de lo que hemos oído». Pero la fe en el Sol no se enseña. Basta con levantar la cabeza.
51. Sin embargo, Pablo tuvo el presentimiento de la verdad, cuando dijo: «La noche está ya muy avanzada, y el día se acerca: dejemos pues las obras de las tinieblas y tomemos las armas de la luz» (Epístola a los Romanos 13, 12).

52. «Acoged con caridad al que todavía es débil en la fe, sin entreteneros en discutir con él» (Romanos 14, 1).
53. «Pues hay quien cree que le está permitido comer de todo, y hay quien, por el contrario, débil en la fe, no come más que verduras» (Romanos 14, 2).
54. «El que come de todo no ha de despreciar al que no se atreve a comer de todo; y el que no come de todo, no ha de condenar al que come de todo, pues Dios lo ha puesto a su servicio» (Romanos 14, 3).
55. El reino de Viracocha no consiste en beber y comer, sino en la justicia, la paz y la alegría que da el Sol, en conformidad con Romanos 14, 17.
56. ¡Acabemos de una vez con esos profetas que dicen al pueblo del dios clavado: «guerra al Anticristo», para quienes el Anticristo está en todas partes menos donde ellos están!
57. El Sol sostiene los derechos de los pobres.
58. Ha engendrado la tierra para que todos gusten de la sal.
59. Ni el Sol ni la tierra exigen a nadie el pago de ningún diezmo, grande o pequeño.
60. La tierra no se compra, ni se arrienda ni se presta con intereses.
61. La tierra no se acapara. Es distribuida en función de las necesidades de cada uno.
62. El agua forma parte de la tierra y es libre.
63. La pesca está en el río.
64. La caza está en el bosque.
65. Los bosques pertenecen a la tierra, que pertenece al Sol.
66. El Sol no conoce siervos. Solo conoce personas.
67. El Inca es el descendiente del Sol en la tierra, pero el Sol nos considera a todos como hijos suyos.
68. Bajo el Sol, Caín no mata a Abel.
69. Si alguna vez eso ocurriera, Caín será juzgado por los hombres, sus hermanos.
70. Los vivos no deben pagar por sus muertos, ni por los de los demás.
71. Los príncipes que tienen esposas secundarias a las que llaman favoritas son unos hipócritas.
72. El papa no es menos hipócrita, ya que da a sus bastardos los mejores puestos.
73. La Tierra gira alrededor de su padre, el Sol.
74. El Sol está en el centro del universo, como tiene que ser.
75. Nuestro Señor Jesucristo es hijo del Sol, que ha creado a los hombres.
76. Es hermano menor o nieto de Viracocha.
77. Nuestro Señor Jesucristo es en el Quinto Cuarto lo que Manco Cápac es en el reino de los Cuatro Cuartos.

78. No obstante, entre Jesucristo y Manco Cápac, la preeminencia es del segundo, pues los hijos de Manco Cápac han venido a nuestro país para dar la buena nueva que Nuestro Señor Jesucristo había anunciado, y no al revés.
79. Dios no ha querido que vayamos a enseñar la buena nueva al reino de ultramar.
80. El papa no representa a nadie más que a sí mismo, no es el hijo de san Pedro.
81. Lutero tiene razón al denunciar la avaricia y la codicia del papa.
82. Lutero se equivoca al denunciar a los campesinos que reclaman más justicia.
83. Lutero tiene razón al condenar la pereza y la corrupción de los príncipes.
84. Lutero se equivoca al condenar la supuesta perversidad del pueblo.
85. Lutero tiene razón al ver en el castillo de Sant'Angelo la sede de la puta babilónica.
86. Lutero tiene razón al ver al Anticristo en la persona del papa, pero se equivoca al ver al Anticristo en la persona de Thomas Müntzer, cuyo único error fue querer el bien de los pobres.
87. Lutero es un profeta del fin de los tiempos.
88. Pero Lutero no ha visto la llegada de los tiempos nuevos.
89. El Inca encarna la Ley nueva y el Espíritu nuevo.
90. Los príncipes no son los representantes del Sol en la tierra.
91. El Inca es el único representante legítimo del Sol.
92. Los príncipes son los *curacas* del Inca, es decir, representantes suyos en su ausencia.
93. Los príncipes reciben su autoridad del Inca.
94. Las leyes del Inca son las leyes del Imperio.
95. Dios es el otro nombre del Sol.

60. EL FIN DE LUTERO

Nadie ha sabido jamás quién fue el autor del texto, aunque se sospechase de un gran número de gente, entre los cuales estaban Christoph Schappeler, predicador de Suabia, Ulrich Schmid, el autor de los doce artículos, del que decían que aún vivía, los hermanos Hans Sebald y Barthel Beham, dos pintores antaño acusados de ateísmo, el anabaptista Pilgram Marpeck, unos impresores, unos estudiantes, algunos de los cuales eran los propios alumnos de Lutero, incluso se dijo que había sido el propio Melanchthon en persona.

¿Sería Atahualpa el autor intelectual? Nada, no existe ninguna prueba que haya podido atestiguarlo hasta hoy.

Naturalmente, Lutero se puso furioso. Tomó el manifiesto por lo que sin duda era, al menos en parte: un ataque personal. Para él, ya no había posibilidad de ningún acuerdo. Sus gritos retumbaron por toda la universidad, donde se había atrincherado. El escándalo fue enorme.

Pero no se trataba solo de eso. Juan Federico lo había comprendido perfectamente y enseguida decretó un toque de queda y mandó patrullar por la ciudad a sus lansquenets.

Fue en vano. Los primeros disturbios estallaron al día siguiente de la aparición del texto clavado en la puerta. Las tropas del elector se unieron a los alborotadores. Se quemaron casas. Los cuerpos yacían en las calles. Las llamadas a la calma de los profesores más eminentes no dieron ningún resultado. Los propios estudiantes se dividieron en dos bandos. Se declaró un incendio en la universidad y alcanzó hasta la casa de Lutero, que era contigua. Lutero quiso refugiarse en casa de Melanchthon, pero se dice que encontró la puerta cerrada.

Durante esos acontecimientos, Atahualpa se cuidó mucho de intervenir. Su ejército, que permanecía fuera de la ciudad, recibió la orden de no intervenir bajo ningún pretexto. Se mantuvo sordo ante las llamadas de auxilio del elector. Los hombres de su guardia personal no salieron del castillo en el que se habían acuartelado.

Cuando trataba de huir, escondido en el fondo de un carro de heno, Lutero fue capturado por un grupo de campesinos que enarbolaban el estandarte del *Bundschuh*, el calzado de cordones.

Fue abatido, torturado, deshuesado, descuartizado, desmembrado y quemado.

Su muerte, sin embargo, no fue suficiente para apaciguar la cólera de los campesinos. Prendieron fuego al ducado de Sajonia y a toda Alemania.

Juan Federico, Joaquín Héctor de Brandemburgo y los demás negociaron la paz civil con Atahualpa, el único capaz de alcanzarla. Melanchthon, como sustituto de Lutero, ratificó el tratado de Wittenberg, por el que se acordaba la libertad religiosa según un principio previamente convenido: en cada región, su religión. En otros términos, cada príncipe decidía por sus súbditos, independientemente de la tutela de Roma. No era tan liberal como el decreto de Sevilla, pero esto no era lo más importante. Los príncipes cedieron a la casi totalidad de los doce artículos, después de haber arrancado la promesa de conservar algunos privilegios. Juan Federico y Joaquín Héctor, que en

realidad transfirieron al Inca la mayor parte de su soberanía, no olvidaron pedir compensaciones financieras a cambio. Muerto Lutero, el dinero llegó desde Augsburgo, como se había prometido: cien mil florines para cada uno. Viniendo del país de donde venía, Atahualpa fue incapaz de refrenar su magnanimidad, sobre todo cuando había cuestiones políticas en juego. Pagó sin regatear, pues la dadivosidad formaba parte de su estrategia. Verdaderamente, era consustancial a su dignidad imperial, tanto aquí como allá.

61. LO SAGRADO

«Sire, puesto que Dios os ha concedido esta inmensa gracia de elevaros por encima de todos los reyes y príncipes de la Cristiandad, con un poder que hasta ahora solo había ostentado vuestro predecesor, Carlos V, y antes de él únicamente Carlomagno, estáis en el camino de la monarquía universal y vais a reunir a toda la Cristiandad bajo un mismo cayado».

Con estas palabras, el arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandemburgo, tío de Joaquín Héctor, él mismo margrave y elector de Brandemburgo, recibió a Atahualpa en el templo de Aquisgrán bajo una inmensa araña de cobre pulido, al pie de las estatuas de san Pablo con la cruz y de san Pedro con la llave (dos ídolos populares en esos países), para hacerle entrega solemnemente de los atributos de la dignidad imperial.

Atahualpa escuchó sin inmutarse el discurso de ese sacerdote adiposo con labios de mujer, fofo de carnes y mirada torva, que lo presentaba como el salvador de la fe católica. Lo cual, siendo honestos, no parecía demasiado exagerado: el Inca no solo había conquistado la mayor parte del Quinto Cuarto, dejando a Francia, Inglaterra y Portugal al margen de sus ambiciones territoriales, sino que había privado a Fernando de su Imperio y había metido en su feudo de Austria al rey católico, solo y sin apoyo frente a Solimán.

Pero, desde entonces, los templos del Sol se habían extendido por toda la superficie del Nuevo Mundo y hasta los príncipes alemanes, tanto católicos como luteranos, empezaban a convertirse. Precisamente, el elector de Brandemburgo era uno de ellos.

Parecía, pues, difícil de sostener que Atahualpa había actuado a mayor gloria de Jesucristo, la divinidad local.

El sumo sacerdote de Roma, además, había hecho saber que excomulgaría al Inca si este ocupaba el lugar que correspondía a Fernando, heredero legítimo de su hermano. (La excomunión era una especie de expulsión

simbólica de la comunidad católica, a la que los reyes, en el fondo, hacían poco caso).

Esto carecía de importancia para el arzobispo, que había sido uno de los actores principales en la comedia de las indulgencias, se había contado entre los más resueltos adversarios de Lutero y había vendido caro su voto en la elección de Carlos V («Me avergüenza su vergüenza», había dicho entonces el enviado del rey de España). Toda su carrera política era una demostración de que ni los escrúpulos ni la palabra dada le habían preocupado jamás excesivamente, aunque ahora la suerte de las armas y la ocupación militar de Renania por el ejército del Inca le habían impedido toda alternativa y, en consecuencia, todo dilema moral. Su sumisión al nuevo dueño de Alemania caía por su propio peso y, al contrario que Carlos, Atahualpa no había tenido necesidad de pagar por ella: a veces, el oro reemplazaba al hierro, pero otras veces era al revés. Para coronar al Inca, el sacerdote iba vestido con sus mejores ropas rojas y los dedos adornados con una profusión de sortijas engastadas de piedras preciosas multicolor.

Los otros electores, salvo Fernando, se acercaron a saludar al nuevo emperador. Todos experimentaban el mismo sentimiento de frustración por haber tenido que renunciar a algunos de sus privilegios, pero esa frustración se mezclaba con el alivio de haber evitado lo peor. Lutero había muerto y se pudría en el infierno con el duque de Lorena y su hermano, el duque de Guisa, mientras que ellos aún estaban vivos.

Melanchthon asistió también a la ceremonia de Aquisgrán, lo cual dice mucho del extraordinario trabajo de unificación, si no de reconciliación, llevado a cabo por el aventurero de Quito.

Desde hacía mucho tiempo, el Sacro Imperio no era más que una entidad fragmentada, cuya responsabilidad simbólica se confiaba por lo general a la familia alemana más importante del momento. Esa época ya había pasado: Atahualpa no era ni un príncipe alemán ni una abstracción. Era el Reformador y el Protector de los pobres, y esos títulos concedidos por el pueblo no tenían nada de simbólico, se los había ganado merecidamente: mientras recibía la corona, el cetro y la esfera de Carlomagno de manos del sacerdote de mejillas flácidas, sus leyes ya habían empezado a aplicarse en la mayor parte del Imperio, incluso más allá, en algunas regiones del este de Francia y del norte de Suiza, donde las autoridades locales se habían visto obligadas a dar vigencia inmediata a esas reformas para evitar nuevos levantamientos.

El rey de Francia había enviado a su hermana, Margarita, para que lo representara, junto con Manco, su yerno.

El rey de Portugal había delegado en su hermano, el infante Luis, duque de Beja, quien, al igual que Francisco, había tomado parte en la campaña de los berberiscos.

De Inglaterra se desplazó la segunda esposa del rey, Ana Bolena (pues la primera, al ser tía de Carlos V, no habría sido conveniente que acudiera a saludar al sucesor de su sobrino, habida cuenta de los acontecimientos que habían conducido a su muerte).

El visir Hasán al Wazzan había viajado desde Argel.

Lorenzino llegó con Quispe Sisa, vestida a la moda italiana, cuya belleza suscitó a su paso murmullos de admiración.

Sentado en el trono de piedra de Carlomagno, ante tan prestigiosa asistencia, mientras las flautas gigantes que contenía la iglesia resonaban en aquellas paredes ocho veces centenarias, sin duda Atahualpa pensó en su hermano Huáscar. Ahora ya los dos tenían el mismo título, pero él había realizado cosas que ninguno de sus antepasados, incluido el gran Pachacútec, se había atrevido a soñar jamás.

62. LAS DIEZ LEYES DEL IMPERIO

La primera y la principal especifica que no están obligados a pagar tributos, en ningún momento y por ninguna razón, aquellos que estén exentos de ello. Tales son los incas de sangre real, los capitanes generales y los subalternos, incluidos los centuriones y sus hijos y los hijos de sus hijos, más todos los *curacas* y sus parientes. Los oficiales reales empleados en tareas inferiores no pagan tributos mientras dure su cargo, tampoco los soldados utilizados en la guerra y en las conquistas, ni los jóvenes de menos de veinticinco años, porque hasta esa edad están obligados a servir a sus padres. Los viejos también están exentos a partir de los cincuenta años, así como todas las mujeres, jóvenes, viudas o casadas; los enfermos, hasta que hayan recobrado la salud; los inválidos, tales como los ciegos, los cojos, los mancos y demás impedidos; no lo están los mudos y los sordos que estén empleados en cosas que se puedan hacer sin que se necesite hablar ni oír.

La segunda establece que todos los demás levantinos que no correspondan a los que acabamos de nombrar están obligados a esos tributos, excepto los sacerdotes y los servidores de los templos del Sol y las vírgenes escogidas.

La tercera, que, por la razón que sea, ningún levantino tenga que pagar con su propiedad lo que le corresponda de los tributos, sino que lo pague con

su trabajo, o con el deber de su cargo, o con el tiempo dedicado al servicio del rey o del Estado.

Según la cuarta ley, no se puede forzar a nadie a trabajar en un oficio que no sea el suyo, con excepción de la labranza y del ejército, a los que todo el mundo está obligado.

Según la quinta ley, cada uno debe pagar sus tributos con lo que su provincia pueda suministrarle, sin ir a buscar en las demás las cosas de las que carece su propia región, ya que para el Inca es muy ofensivo pedir a sus súbditos productos que su tierra no da.

La sexta ordena que todos los obreros empleados al servicio del Inca o de sus *curacas* estén provistos de todo cuanto necesiten para el ejercicio de su profesión, es decir, que al orfebre se le provea del oro, de la plata o del cobre con los que pueda realizar su trabajo; al tejedor, de lana y de algodón; al pintor, de sus colores; y así sucesivamente. Y que se haga de manera que el obrero no tenga que aportar más que su trabajo, durante el tiempo en que esté obligado a llevarlo a cabo, es decir, dos meses, tres como máximo; una vez expirado el plazo, no está obligado a trabajar más.

La séptima establece que todos los obreros estén provistos de cuanto necesiten en materia de alimentación y vestimenta, así como de cuidados y medicamentos en caso de que caigan enfermos.

La octava ley concierne a la recaudación de los tributos. En la época que se fije, se reunirán en la capital de cada provincia los jueces recaudadores y los contables o escribanos que lleven la contabilidad de los impuestos en sus cordeles anudados. Por los nudos se sabe el trabajo que ha producido cada levantino, los empleos que ha realizado, los viajes que ha hecho por orden del príncipe o de sus superiores, y cualquier otra actividad que haya llevado a cabo; todo eso se deducirá del tributo que debe pagar. Darán cuenta igualmente de todo lo que haya en los almacenes de cada ciudad.

La novena ley dice que todo lo que quede de esos tributos, una vez se hayan cubierto los gastos del rey, estará reservado al bien común de los súbditos y guardado en los almacenes públicos para épocas de escasez.

La décima ley contiene una declaración de las ocupaciones a las que los levantinos tienen que entregarse, tanto para el servicio de su rey como para el bien de sus ciudades y de sus estados; esos trabajos les son impuestos a modo de tributo y deben realizarlos codo con codo y de común acuerdo; como por ejemplo allanar los caminos y pavimentos; reconstruir o reparar los templos del Sol y los otros santuarios de su idolatría; y atender a todo lo que concierna a los templos. Están obligados a construir edificios públicos, como los

almacenes, las viviendas de jueces y gobernadores; a reparar los puentes, a hacer de mensajeros o *chasquis*; a labrar la tierra, recoger los frutos, llevar a pastar al ganado, cuidar las propiedades, cultivos y otros bienes públicos; hacer hosterías para alojar a los viajeros y permanecer a su lado suministrándoles, a cuenta de los bienes reales, todo lo que puedan necesitar.

63. LA EDAD DE LA PAPA

Fue así como el Quinto Cuarto conoció un periodo de paz y prosperidad sin precedentes. Y aunque no estuviera llamado a durar, es justo recordarlo como un momento feliz en la historia del Nuevo Mundo. Quién sabe, por otra parte, cuánto tiempo habría podido prolongarse esta armonía, si no hubieran acaecido las circunstancias extraordinarias que acabaron con ella.

Atahualpa había emprendido otros desplazamientos de poblaciones: los campesinos pobres de Suabia, Alsacia y los Países Bajos fueron instalados en las regiones de España más estériles, donde les hizo acometer amplias obras de regadío.

Los de España fueron a cultivar la papa y la quinoa a los fríos campos alemanes. Enseguida, la papa y la quinoa se extendieron por todas las regiones del Imperio, incluso más allá.

Se implantaron colonias de chancas en la región de Sajonia para controlar los focos protestantes que subsistían en torno a Wittenberg.

El Inca organizó intercambios de productos alimenticios en función de las necesidades de cada quien: mandó enviar aguacates y tomates a Alemania y proporcionó en su lugar cerveza alemana y belga a los españoles. El elixir oscuro de Castilla se cambió por el brebaje amarillo de Alsacia.

Llegó a un acuerdo con Portugal para que le cediera sus tierras de Brasil. En contrapartida, el Imperio se comprometía a no disputarle el comercio de especies ni entorpecer la ruta de las Indias por la península africana.

Regularmente llegaban emisarios de Huáscar en busca de noticias y a saludar al emperador de parte de su hermano.

Sevilla era el eje del mundo. Lisboa resplandecía. Los puertos del norte, Hamburgo, Ámsterdam, Amberes, crecían con la fortuna de los Fugger.

Los templos del Sol se multiplicaban en detrimento de las idolatrías locales, que estaban toleradas al garantizarse su existencia por el tratado de Sevilla, en España, y por la paz de Wittenberg en el resto del Imperio.

La teoría de un astrónomo venido de los más recónditos confines orientales de Alemania, que ponía al sol, en vez de a la tierra, en el centro del

universo, se extendió por todo el Quinto Cuarto. Se había impreso y difundido en lengua docta bajo el título *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, que significa «Revoluciones de las esferas celestes». Su éxito aceleró aún más las conversiones. (El astrónomo fue invitado a Sevilla y recibió el cargo de gran astrólogo del rey).

Sin embargo, unos espías enviados por Roma recorrían los campos españoles para incitar al pueblo a rebelarse en nombre de su antigua fe católica. Era, en verdad, un auténtico ejército oculto que tenía como general al sacerdote Íñigo López de Loyola, a quien Atahualpa había conocido tiempo atrás en Granada. El Inca se tomó esta amenaza muy en serio y encargó a Chalco Chímac que persiguiera sin descanso a los miembros de esa sociedad, los cuales se hacían llamar jesuitas, por el nombre del dios clavado que veneraban y por el que habían jurado morir.

Esta resistencia preocupaba a Atahualpa, aunque no demasiado, y lo que deparaba el futuro iba a darle la razón, exponiéndolo a los más graves peligros.

64. EL SILENCIO DE CUBA

De repente, los barcos dejaron de llegar a Sevilla.

Al principio, fue un cambio imperceptible: la agitación en los muelles decayó un poco, pero se continuaba cargando navíos que partían para Cuba. Se pensó que ciertos retrasos eran atribuibles al mal tiempo y a algunas tempestades. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un largo viaje. Pero ninguno de los que partían regresaba luego.

Entonces, el silencio del océano afectó a los sevillanos. Todos sintieron brotar en su corazón una vaga inquietud. Durante un tiempo, fingieron no darle importancia. Pero poco después, la pregunta estuvo en todas las bocas: «¿Dónde está el oro?». ¿Por qué la ruta del oro se había cortado tan repentinamente? Cada barco que partía para averiguarlo sin luego volver aumentaba la angustia de los que se quedaban. Poco a poco, los marineros se negaron a embarcarse en un viaje sin retorno. Los muelles quedaron desiertos. Los hombres dejaron de empujar los arcones con oro, plata, pólvora, lana, vino, coca y cohibas. La ciudad entera se afligió por ese silencio.

De pronto, un rumor llegó desde Lisboa. Había en mitad de la mar oceana un archipiélago que pertenecía a Portugal. Se decía que una flota de barcos, a bordo de los cuales iban unos hombres vestidos con plumas y pieles de jaguar, había atracado allí. Más tarde, unos correos provenientes de Navarra

indicaron que la flota había sido avistada en el litoral francés. Parecía que se habían producido incursiones y pillajes.

En una carta oficial dirigida a Atahualpa, Francisco I se extrañaba de que esa flota estuviera en aguas francesas y recordaba el tratado de amistad que ligaba a sus dos países.

Atahualpa recibió también otra carta de Enrique VIII: la flota misteriosa se había adentrado por el brazo de mar que separaba Francia de Inglaterra. Por ahora, la artillería inglesa los había disuadido de desembarcar, pero el rey también se interrogaba sobre esa amenazadora presencia.

El Inca convocó a su consejo, en el que predominaba la mayor perplejidad. ¿A qué jugaba Huáscar? ¿Por qué había cortado el vínculo con Cuba? ¿Por qué querer poner fin a intercambios tan ventajosos para todas las partes? ¿Qué significaba el envío de esa flota? ¿Cuáles eran sus intenciones?

Higenamota no comprendía por qué sus compatriotas taínos los dejaban en la ignorancia y no habían tratado de informarles de la situación.

Rumiñahui veía que aquello tenía todos los signos de una invasión militar.

Coya Asarpay estaba segura de que el viejo odio entre sus dos hermanos solo había permanecido dormido y ahora se había despertado.

Chalco Chímac era de esa misma opinión: todo hacía creer que el arreglo comercial ya no era suficiente para Huáscar y que quería apoderarse de las riquezas del Quinto Cuarto.

Pero el general señalaba un problema más urgente: sin el abastecimiento de Tahuantinsuyo, las arcas del Imperio estaban vacías.

Atahualpa lo sabía bien, después de recibir esta carta de advertencia proveniente de Augsburgo, cuya insolencia le impedía ignorar la fragilidad de su posición:

«Seguramente que Vuestra Majestad es muy consciente de la abnegación de la que nuestra casa ha dado siempre pruebas al servicio de la casa de España. Igualmente Vuestra Majestad sabe que, sin nuestra ayuda, jamás habría accedido al trono imperial, como bien pueden atestiguar muchos de los suyos. En todo este asunto, no hemos dudado en ningún momento en asumir riesgos considerables. De hecho, hubiera sido menos arriesgado preferir, en vez de Vuestra Ilustre Casa, la casa de Austria, que también nos habría permitido conseguir importantes beneficios. Considerando nuestra devota abnegación, ruego a Vuestra Majestad tenga a bien reconocer el humilde y leal servicio que Le hemos dado y ordene sean pagados sin más dilación, con los debidos intereses, las sumas que Le hemos adelantado».

Se imponía, pues, restablecer el contacto con Cuba y, sobre todo, negociar lo más rápidamente posible con Huáscar.

Se decidió que Higenamota volviera a Fontainebleau, donde estaba la corte del rey Francisco, y que partiera sin demora, pasando por Navarra para ver a Manco y a su suegra, Margarita.

65. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Hijo del Sol, salud:

Ante todo, te alegrará saber que tu hermano Manco, a quien he tenido el placer de visitar en la corte del rey de Navarra, está de maravilla y se encuentra absolutamente satisfecho con su joven esposa, Juana, hija de Margarita, con la que tu sabiduría lo hizo casar. Están siempre juntos de la mañana a la noche, cuando uno puede cruzarse con ellos, riéndose como niños, por los jardines del palacio, y más juntos aún de la noche a la mañana, por los ecos de los combates que libran entre ellos y que se oyen por toda la ciudad de Pau. Nadie duda por aquí que Juana no tardará en quedarse preñada.

Sin embargo, su madre Margarita está inquieta por las noticias que llegan de Francia y teme que una traición ponga en peligro el reino de su hermano. Me ha suplicado que te pida, como prueba de tu lealtad, que retires esos barcos que navegan por aguas francesas, y no me cree cuando le aseguro que tú desconocías totalmente tanto su procedencia como su destino. No ha habido manera de convencerla de ello y la he dejado llorando y muy alterada, por mucho que le juraba que el rey de España, su amigo, no los abandonaría ni a ella ni a su hermano.

Francia rebosa de maravillas, no he cesado de extasiarme ante los paisajes que he atravesado a lo largo de mi viaje, como si descubriera este país por primera vez. Además, su vino es excelente, aunque de sabor muy distinto del de España.

El rey Francisco me ha recibido en su castillo de Fontainebleau con todos los honores de mi rango, llevado por su galantería y por el recuerdo de nuestra pasada amistad. Mientras me esperaba en lo alto de una escalinata que parecía formar dos brazos de un río de piedra que discurriera a los pies del visitante, mandó tocar para mí a una orquesta de pífanos, trompetas, oboes, flautas y violas, y luego dio un baile en mi honor en una espléndida galería con paredes de madera que ha dispuesto en su residencia real.

He de decir que las personas de su corte siempre son encantadoras y es un placer pasear por los jardines de ese castillo, llenos de mujeres con vestidos extravagantes, sabios que escrutan el cielo, pintores y arquitectos italianos y poetas que cantan sobre la belleza de las rosas y la fragilidad de la vida.

Al contrario que su hermana, Su Majestad, como él se hace llamar, apenas me ha parecido alarmado por la noticia de esos navíos avistados en sus costas, mostrándose con la misma alegría y amabilidad que yo siempre le he conocido. Sin embargo, está lejos de ser el que era, ya que ahora da muestras de debilidad y de cojera y se excusa por no poder invitarme a bailar, cuando el hombre que yo había conocido antaño era un bailarín infatigable. Tu embajador aquí me ha informado de que el rey de Francia tiene una vena abierta y descompuesta en sus partes bajas, por lo que los médicos no confían en que le quede una larga vida. Al parecer, el rey padece de lo que aquí llaman el mal español y que nosotros, en España, denominamos el mal de Lisboa.

No obstante, pese a que a veces su cara traiciona el malestar de su cuerpo y su considerable fatiga, está decidido a que no se le note nada y lleva los asuntos del país siempre con gran convicción.

Por lo que respecta al asunto que nos ocupa, parece que la flota de tu hermano ha desembarcado finalmente en las costas de Inglaterra, país con el que, como sabes, Francia está en guerra, lo que no nos ha permitido saber más. Sin extenderme en detalles superfluos, he informado a Francisco sobre el probable origen de esos visitantes, mostrándome evasiva acerca de tu contencioso del pasado con Huáscar. Le he asegurado que sin duda se trata de navíos extraviados que retomarán la ruta hacia Sevilla tan pronto como se les ordene en tu nombre. Por ahora, esta explicación ha parecido bastarle.

Que el Sol vele por tu sombra y proteja tu imperio.

*En Fontainebleau, a 30 de abril de 1544
de la era antigua, decimotercera
cosecha del Quinto Cuarto.
Tu fiel princesa, Higenamota*

P. S.: Llevo tu capa de piel de murciélago.

66. CARTA DE ATAHUALPA A HIGENAMOTA

Princesa radiante, salud:

Nunca te agradeceré lo suficiente las noticias que me has hecho llegar de Francia, ni tampoco el que hayas emprendido tan largo viaje por amor a mí y al Imperio.

Tengo por mi parte otras tantas que darte que son de la mayor importancia y que te conciernen muy directamente.

Por fin ha atracado aquí un barco de Cuba, y a bordo de él ha venido, por increíble que parezca, tu primo Hatuey, quien nos ha relatado los acontecimientos que han conducido a cortar la ruta de Tahuantinsuyo.

Lo que ha ocurrido es que ha llegado a Cuba una tribu del oeste que se hacen llamar mexicanos.

Son guerreros feroces y sus intenciones eran hostiles. Han derrotado a las tropas de mi hermano que estaban en la isla, así como a las de tu primo. Este consiguió huir y se refugió, con todos los taínos en condiciones de seguirlo, en la isla de Haití, que es, ya lo sé, tu primer hogar y la tierra donde naciste. Pero los mexicanos los persiguieron hasta allí y Hatuey tuvo que refugiarse en la montaña, donde ha vivido como una bestia salvaje con sus compañeros de infortunio hasta el día en que lograron hacerse con un barco, y así es como ha llegado a Sevilla.

Por lo que cree saber, los mexicanos han empujado a los incas hasta el istmo de Panamá; allí se ha desencadenado la guerra y las tropas de Huáscar se baten palmo a palmo, porque si esas hordas bárbaras cruzan ese cuello de botella, ya nada les impediría apoderarse de Tahuantinsuyo, y esa sería la desaparición de los Cuatro Cuartos.

Debes informar a Francisco de estos últimos acontecimientos y decirle que la flota que bordea sus costas no tiene nada que ver con nosotros.

Sobre todo, insístele en esto: la amistad entre nosotros es tal que siento los asuntos de mi hermano Francisco como si fueran míos, que somos una misma cosa y que el daño que se le quisiera causar a él yo considero que se me causa a mí. En fin, dile que debe reaccionar como si se preparara para la invasión más salvaje.

En Sevilla, a 9 de mayo de 1544 de la era antigua, decimotercera cosecha
del Quinto Cuarto.

Tu devoto soberano, Atahualpa

67. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Sapa Inca, sol de Quito, salud:

Ayer, los mexicanos han desembarcado en Normandía, la noticia nos ha llegado al caer la noche. Algunos campesinos los vieron primero pisando playas deshabitadas, luego entraron en un puerto llamado Havre de Grâce y ahora remontan un río que los lleva hacia París.

Francisco ha reclutado un ejército para ir a su encuentro. Esta noticia parece haberlo revitalizado. A pesar de sus problemas en las posaderas, ha querido montar a caballo y ansía llevar a su ejército hasta donde están los invasores y combatir con ellos si hace falta. Su viejo cuerpo está excitado por lo que él considera una aventura que, tal como repite una y otra vez, le recuerda a su fogosa juventud. Su jefe de armas, Anne de Montmorency, a quien antaño conocí bien y que era todopoderoso en la corte del rey, ya no está a su lado. Un hombre de barba pelirroja, Francisco de Guisa, ha ocupado su lugar. El delfín Enrique cabalga junto a él.

La efervescencia reina en la corte y se procede a los preparativos de la campaña en una dulce ebriedad y una franca alegría.

A este respecto, circula por el castillo un libro que hace las delicias de todos, de un tal señor Rabelais, en el que cuenta las aventuras de un gigante llamado Gargantúa y del que te tengo que leer algunos pasajes a mi vuelta, porque es chistosísimo y de una gracia cuya irreverencia espero que sepas apreciar como yo. ¿O es que nosotros, que llevamos el peso de tantos reinos, no tenemos también derecho a relajarnos un poco?

Mientras tanto, y hasta entonces, te ruego que supliques al Sol, tu padre, que nos ayude en la tarea que nos aguarda y nos auxilie si por desgracia los invasores vinieran a hacernos la guerra. En cuanto a mí, beso las manos del emperador, mi querido amigo, así como las de sus hijos, a quienes amo como míos.

En Fontainebleau, a 7 de junio de 1544,
decimotercera cosecha del Quinto Cuarto.
Tu princesa desnuda, Higenamota

68. CARTA DE ATAHUALPA A HIGENAMOTA

Sol de las islas, princesa llena de gracia, salud:

Noticias alarmantes han llegado de Tahuantinsuyo. Los mexicanos han cruzado el istmo de Panamá y avanzan hacia el sur. El ejército de mi hermano Huáscar se bate valientemente, pero cede terreno. Quito se prepara para ser sitiada de aquí a la próxima luna.

Ha sido mi hermano Túpac Hualpa quien ha venido en persona a informarme de la situación. Él y sus hombres han logrado bajar por el río que nace en los Andes y alcanzar la mar oceánica por el bosque, luego han costeadado hasta las tierras de Brasil antaño ocupadas por los portugueses, desde donde han podido carenar su navío y llegar a Sevilla tras un largo periplo. Se ha abierto así una segunda vía que une Tahuantinsuyo con el Nuevo Mundo, aunque no puede ser utilizada en sentido contrario. Estoy seguro de que mi hermano enviará por esa ruta otros navíos para tenerme informado de la evolución de la guerra.

Di a Francisco que los mexicanos son un pueblo feroz y sanguinario del que conviene recelar como de la plaga más dañina. Mi consejo es exterminar a todos los que han pisado suelo francés, hasta el último, antes de que monten una cabeza de puente para una invasión que, en ese caso, sería ya inevitable.

Que el Sol os proteja a ti y todos los franceses.

En Sevilla, a 18 de junio de 1544 de la
antigua era, decimotercera cosecha
del Quinto Cuarto.
Tu emperador, que te besa las manos,
Atahualpa

69. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Sol del Nuevo Mundo, te saludo:

¡Qué dulce es ser la que da buenas noticias y qué hermoso es imaginar la alegría de quien las recibirá, sabiendo que ella es, si no la causa, tan solo la mensajera!

En realidad, nuestros temores carecían de fundamento.

Ha tenido lugar una cumbre entre Francisco y los mexicanos en las proximidades de una ciudad llamada Ruan.

Para impresionar a los invasores, el rey de Francia ha mandado montar un campamento de una magnificencia como jamás había visto. Quinientas tiendas han cubierto la llanura, con una carpa gigantesca en el centro destinada a albergar la cumbre. La carpa y las tiendas estaban revestidas de tela dorada de Florencia. Unos cazadores han corrido al campo para traer una inimaginable cantidad de caza, con el fin de ofrecer a sus huéspedes un

banquete de una fastuosidad inaudita. Francisco iba vestido para la ocasión con una armadura azul brillante tachonada con un emblema dorado que representaba la flor de lis. Iba acompañado de su hijo Enrique, a quien había dado el título y el cargo de gobernador de Normandía. Para la ocasión, se les habían unido la reina Leonor y su hijo menor, Carlos, duque de Orleans.

Los mexicanos son gente de hermoso aspecto, bien hechos, y no tienen ese tono pálido y enfermizo de los franceses. Los varones, como los de mi país y los del tuyo, no llevan barba. Su jefe es un hombre robusto, de agradable apariencia, en la flor de la vida y bastante alto, sin serlo tanto como el rey de Francia, que es un gigante. Se llama Cuauhtémoc y sirve a un emperador a quien él llama Moctezuma. Bajo un gorro de plumas lleva el cabello largo recogido. Sus ropas son de pésima calidad, pero luce alhajas delicadamente elaboradas.

Dice servir a un dios al que llama Quetzalcóatl, palabra que significa serpiente de plumas en su lengua. Pero he notado que a veces también invocan a su dios de la lluvia, al que llaman Tláloc, armado con un martillo como nuestro dios del trueno, Thor Illapa.

Sus guerreros van armados con lanzas y escudos redondos y algunos se ponen una cabeza de jaguar a modo de casco, como si la cabeza del guerrero saliera de las fauces del animal, lo que les da un aspecto terrible.

Cuauhtémoc, sin embargo, no parece albergar intenciones hostiles. Afirma venir en son de paz, atraído por el renombre de un reino que ha cruzado los mares. Ha pedido permiso al rey de Francia para instalar un tinglado en ese puerto de Havre de Grâce, también llamado Franciscópolis, con el fin de facilitar el ir y venir de barcos de mercancías entre México, su país, y Francia. En el momento en que escribo estas líneas, un proyecto de tratado comercial está a punto de ver la luz y debería firmarse sin demora.

Cuauhtémoc ha mostrado, además, una gran cortesía para con la reina Leonor, a la que conoces por ser la hermana del difunto emperador Carlos. También a mí me ha hecho los honores con una sencillez llena de gracia y me ha asegurado que su pueblo, al otro lado del mar, no pediría a los taínos más que un puerto y el derecho de paso, y que, una vez firmados los acuerdos, daría a sus tropas la orden de evacuar Cuba, dejando tan solo una pequeña guarnición, y renunciaría a la invasión de Haití.

Todo hace suponer, por tanto, que la guerra no tendrá lugar. Hemos de felicitarnos por el hecho de que estos mexicanos demuestren tan pacíficas disposiciones. Tu imperio es joven, necesita en adelante que lo consolide la

paz, no la guerra. Por eso no dudo de que recibirás esta noticia con la misma satisfacción que siento yo al enviártela.

Te dejo con mis besos y unos versos de un poeta de por aquí, que se acomodan bien, creo yo, a nuestra historia común, escrita como está para conducirnos hasta hoy:

*Si la gente ríe en el mundo
es que aún está en la juventud.*

*En Ruan, a 17 de julio de 1544,
decimotercera cosecha del Quinto Cuarto.
Tu vieja amiga cubana, Higenamota*

70. QUIPU DE HUÁSCAR A ATAHUALPA

Quito tomada.

Retirada del ejército de los incas: 38 000 hombres.

Pérdidas: 12 000 hombres.

Prisioneros civiles y militares: 15 000.

Ejército enemigo en camino hacia Tumipampa: 80 000 hombres.

Sacrificios humanos: 2000.

71. CARTA DE ATAHUALPA A HIGENAMOTA

Mi muy querida Higenamota:

Te suplico que transmitas este mensaje a Francisco antes de volver a España sin dilación, o al menos a Navarra, donde estarás a salvo: ¡los mexicanos no han venido en son de paz! En verdad te digo que, si no fuera porque ya tengo la absoluta certeza, mis temores se verían confirmados por las últimas noticias que me han llegado de Tahuantinsuyo. En efecto, mi hermano Huáscar me ha enviado un mensaje transcrito por sus quipucamayocs. Los mexicanos son un pueblo enormemente belicoso que ejecuta sin piedad a sus prisioneros de guerra. Lejos de cesar, la guerra continúa en las tierras de mis antepasados, Quito ha caído y los mexicanos siguen avanzando hacia el sur.

Mando al instante un despacho para el señor de Saint-Mauris, pero no sé si su embajada llegará al rey antes que tú. Advértele de que los mexicanos le

están tendiendo una trampa. Los franceses deben emprender el combate lo más pronto posible para tener la iniciativa.

En cuanto a ti, mi dulce princesa, te suplico que huyas a la más mínima ocasión. He escrito a Manco para que se ponga en marcha con el ejército de Navarra: debería estar en París de aquí a diez días, como refuerzo del ejército francés.

¡Huye y salva tu vida, querida mía! Ojalá que esta carta te llegue a tiempo. Sé que los caminos franceses no son tan buenos como los nuestros, pero confío la misiva a mis mejores chasquis y no desespero de que esté en tu mano antes de siete días.

Sevilla, 14 de julio de 1544.
Tu servidor y amigo, Atahualpa

72. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Mi príncipe:

No sé si una carta tuya ha salido ya de España o si esperabas tener más sustancia para responderme. Sin tus noticias y al no saber qué conducta adoptar, me he quedado con el rey de Francia para asistir a la firma del acuerdo de paz.

¡En mala hora!

Ayer, 19 de julio de la antigua era, aunque muy inferiores en número, los mexicanos han atacado por traición el campamento francés, sembrando el pánico y la muerte, masacrando por sorpresa a todos los que podían.

Al mismo tiempo, hemos sabido que los ingleses de Calais habían tomado al asalto la ciudad de Boulogne.

El rey Francisco, que ha escapado por los pelos del ataque de los mexicanos, se ha atrincherado a unos cuantos tiros de flecha de Ruan, pero ahora tiene abierto un doble frente. No le cabe la menor duda de que ingleses y mexicanos se han puesto de acuerdo para atacar a la vez. Ha ordenado una retirada en formación de batalla hacia París.

Ha sido un milagro que yo misma haya podido escapar de la trampa tendida por los mexicanos, aprovechando la confusión de los cuerpo a cuerpo y del moreno de mi piel, que ha hecho que me tuvieran por una de los suyos. He corrido en medio de los combates como a través de un bosque de lanzas, eludiendo las hachas y las espadas que cortaban el aire, hasta montar a

horcajadas en un caballo que había perdido a su jinete. Así es como he podido salir del campamento, dejando tras de mí a los franceses entregados a la locura asesina de esos mexicanos. Si hubiera sido menos buena amazona, estaría muerta. Hoy, una vez que he llegado al campamento de los supervivientes del ejército francés, estoy sana y salva, pero no sé por cuánto tiempo.

Mantes, 20 de julio de 1544.
Tu princesa desdichada, Higenamota

73. CARTA DE MANCO A ATAHUALPA

Emperador soberano del Quinto Cuarto, hermano mío, te saludo:

Yendo en auxilio del rey de Francia a la cabeza de un ejército de quince mil hombres, he atravesado un país preso de la agitación.

Las tropas francesas, desorganizadas por el ataque por sorpresa de los mexicanos, se han reagrupado en las proximidades de París. El rey de Francia debe luchar también contra los ingleses, que se han unido a los mexicanos. Según los informes más recientes, Boulogne caerá muy pronto.

El ejército francés tiene muchas dificultades para enfrentarse a esta doble amenaza, sin embargo, la situación dista mucho de ser comprometida. Bastaría con que enviases a Quizquiz comandando a treinta o cuarenta mil hombres, y yo te garantizo que con ese refuerzo expulsaríamos a los mexicanos y a los ingleses hasta el mar.

Suponiendo que esta carta te llegue en cinco días a lo sumo, calculo en quince días el plazo para que tu ejército se reúna con nosotros. Hasta entonces, París aguantará, respondo de ello.

En Poissy, a 24 de julio de 1544 de la antigua era, año 13 del Quinto Cuarto.

A mi soberano y hermano,
general Manco, príncipe de Navarra

P. S.: la reina Leonor ha desaparecido y no se sabe si está muerta o prisionera del enemigo.

74. QUIPU DE HUÁSCAR A ATAHUALPA

Tumipampa asediada.
Resistencia encarnizada.
Pérdidas incas: 20 000.
Pérdidas enemigas: de 10 000 a 15 000.
Contraofensiva: 60 000 hombres (de los cuales 20 000 chancas, 10 000 charas, 8000 cañaris, 5000 chachapoyas).
Artillería: 120 cañones.
Caballería: 6000 caballos.
Batalla de Quito: 30 000 muertos en ambos campos.
Parlamentarios en proceso (generales Átoc, Túpac Atao y ¿?[¹¹]).
Posible tregua.

75. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Rey mío:

¿Cómo no pude recibir tu carta a tiempo? Tal vez habría podido convencer a Francisco de la doblez de los mexicanos y así evitar esta catástrofe que nos ha arrojado a los caminos con su ejército en desbandada.

Has de saber que aquí la situación no está todavía perdida. Los franceses retroceden ante los mexicanos que reciben, casi diariamente, refuerzos que desembarcan en Havre de Grâce. Por su parte, los ingleses han tomado Boulogne y marchan sobre París, amenazando con acorralarnos.

Corre el rumor de que la reina Leonor se ha hecho amiga de Cuauhtémoc e informa a los mexicanos sobre muchos asuntos de los que pueden sacar ventaja, tales como las costumbres de los habitantes, la geografía y la fauna de Francia, el armamento y las tácticas militares de su marido, el rey. Francisco no puede ni imaginarlo, pero, al fin y al cabo, ella era una Habsburgo y Habsburgo sigue siendo, y, créeme, no es nada inconcebible.

Manco ha llegado con quince mil hombres y estos refuerzos nos han dado un respiro, sin el cual el ejército francés habría sido barrido y nosotros con él. No obstante, esto no bastará para hacer frente a mexicanos e ingleses atacando juntos. Solo tú dispones aún de los medios para salvarnos. Te suplico que envíes un ejército de inmediato para socorrernos y liberarnos de las fauces mexicanas antes de que nos trituren para siempre.

En Saint-Germain en Laye,
a 6 de agosto de 1544.

76. QUIPU DE HUÁSCAR A ATAHUALPA

Tregua negociada.

Petición de suspensión de los combates en el Quinto Cuarto.

77. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

¡Querido amigo, todo está perdido!

Manco ha muerto en combate, enfrentándose a la furia de los mexicanos hasta su último aliento. Se ha sacrificado por defender la París sitiada y todos sus hombres han perecido con él.

Nos hemos refugiado con el rey en su palacio del Louvre, pero sufre tanto por culpa de su fístula en el trasero que no puede montar a caballo ni apenas tenerse en pie, lo que hace que esté postrado en cama incluso durante el día. El duque de Guisa es quien se encarga de la defensa de la ciudad y lo hace con un celo continuo, pero la situación es tan mala que aunque tuviéramos cien veces más medios, estos no bastarían.

Solo te esperamos a ti, mi príncipe, y aguardamos la llegada de un ejército a la cabeza del cual reconoceré a Quizquiz o a Rumiñahui, o tal vez el noble rostro de mi emperador en persona. Es en lo que sueño cada vez que la angustia de mi corazón y el ruido de las armas ahí fuera me dan una tregua y conceden a mi fatiga el derecho a dormir un poco.

Tuya siempre, hijo del Sol, y si no me vuelves a ver, acuérdate de tu princesa cubana.

París, 10 de agosto de 1544.

Tu Higenamota

78. QUIPU DE HUÁSCAR A ATAHUALPA

Paz condicionada a la suspensión de los combates en todos los territorios.

*Recuperada la conexión negociada con Cuba.
10 navíos con mercancías listos para partir.
Recursos casi agotados. Imperio exánime.
Chinchaysuyo y Antinsuyo al borde de la guerra civil.
Petición de suspensión inmediata de los combates.*

79. CARTA DE ATAHUALPA A JEAN DE SAINT-MAURIS, EMBAJADOR IMPERIAL EN FRANCIA

Yo, Atahualpa, emperador del Quinto Cuarto, te ordeno por la presente que transmitas sin demora al general Cuauhtémoc la expresión de mi amistad, así como la seguridad de mi voluntad soberana e incondicional con vistas a un acuerdo de paz duradero con el glorioso pueblo de México.

Hazle saber que el emperador del Quinto Cuarto, rey de las Españas, no tiene otro deseo que un tratado de paz con él y con su señor Moctezuma, que ese deseo es tan poderoso que está dispuesto a renunciar a su alianza con Francia y a eximirse de toda obligación de ayuda militar, y de cualquier otro tipo de ayuda, a los franceses y a su rey.

Dile también que vele por que la princesa Higenamota, si acaso cayera en sus manos, se encuentre a salvo y sea bien tratada.

No creo que sea necesario precisarte la importancia de esta embajada y cuento con que la llesves a cabo con la diligencia y la habilidad por las que Carlos te había elegido y por las que, tanto él como yo, su sucesor, siempre nos hemos felicitado. De ellas depende la paz del Imperio. Que mi padre, el Sol, esté contigo.

En Sevilla, a 15 de agosto de 1544
de la antigua era, decimotercera cosecha
del Quinto Cuarto.

Atahualpa I, rey de España, príncipe de los belgas y de los Países Bajos, rey de Túnez y de Argel, rey de Nápoles y de Sicilia, emperador del Quinto Cuarto

80. CARTA DE ATAHUALPA A HIGENAMOTA

Mi princesa amada, alma mía, compañera providencial de todo lo que emprendo, que me has sacado cien veces de los más funestos aprietos, deseo con todo mi corazón que esta carta sepa encontrarte.

Escúchame bien: no habrá refuerzos. Francia está perdida. Escapa en cuanto puedas. Abandona París. Vuelve a España. Es una orden.

Sevilla, a 15 de agosto de 1544.
Tu soberano, Atahualpa

81. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Mi príncipe, mi amigo:

No sé si esta carta te llegará. Los mexicanos se han concentrado alrededor del palacio y lo asaltarán esta noche o mañana.

Perdóname, no he querido abandonar a Francisco. Sabes que te soy completamente leal, y esta es la razón, además, por la que, cuando antaño me enviaste a París para negociar nuestra alianza con Francia contra Carlos y Fernando, me entregué a él sin reservas y también con agrado. En el ocaso de su vida y de su reinado, no tengo valor para dejarlo solo. Todavía siento demasiada ternura y amistad hacia este hombre roto, cuyo reino se deshace ante sus ojos. Si lo vieras llorar de dolor en su cama, invocando a su dios y suplicando que la muerte lo libere, no me cabe duda de que tú, al igual que yo, te apiadarías delante de un espectáculo así.

Oigo fuera los tambores de los mexicanos. Sus cantos de guerra son como gritos de una bestia y me hielan la sangre. Una gran masacre se avecina. No creo que esta vez pueda librarme de ella.

Piensa en mí. Adiós.

París, 1 de septiembre de 1544.
Tu H

82. CARTA DEL EMBAJADOR JEAN DE SAINT-MAURIS A ATAHUALPA

A mi soberano Atahualpa, hijo del Sol,

Emperador del Quinto Cuarto

Sire:

Respondo en esta carta a la carta que Vuestra Majestad ha tenido a bien escribirme el decimoquinto día del mes pasado.

En primer lugar, sire, cumpliré debidamente lo que Vuestra Majestad me ha encomendado en cuanto a la salvación de la princesa Higenamota y a la oferta de acuerdo que he de entregar al general Cuauhtémoc.

Pero antes de ello, sire, permitidme que informe a Vuestra Majestad de los últimos acontecimientos que ha habido aquí y que estoy seguro de que captarán toda vuestra atención.

Al cabo de una semana de sangrientos combates, finalmente los mexicanos se han apoderado del Louvre. Como resultado, los combates han cesado en todo París, a excepción de en algunos focos aislados y bastiones de resistencia en los suburbios del este.

Sin considerar estos detalles, el duque de Guisa se ha rendido al general Cuauhtémoc, entregándole las llaves de la ciudad. El duque, que se ha batido con bravura, ha sido herido espantosamente en el rostro por un lanzazo y se le ha visto que aún llevaba una cuchillada chorreante en la cara durante el acto de rendición. Actualmente está en manos de un joven cirujano que, según dicen, hace maravillas para suturar las carnes y reparar los huesos.

El rey está hoy en día detenido en sus aposentos, al igual que sus dos hijos.

La salud del susodicho era tan mala que los médicos no le daban mucha vida. Pero después de superar tres ataques de fiebres tercianas, sus médicos dicen ahora que precisamente esas fiebres son la causa de una mejora en su salud y en su disposición.

Conforme a los deseos de Vuestra Majestad, la vida de la princesa Higenamota ha sido perdonada, en medio de todas las demás almas fallecidas durante esta gran carnicería, y me he asegurado personalmente de que tenga un trato de favor, lo que, confío, satisfará a Vuestra Majestad.

Debo añadir, sire, que los rumores relativos a la reina Leonor han hallado plena confirmación, incluso han ido más lejos. Me ha sido dado asistir al sorprendente espectáculo de la reina de Francia entrando en París del brazo del general Cuauhtémoc, a quien he visto muy bien desde que ella le dispensa sus consejos y le ofrece su conocimiento de los lugares. No hay la menor duda, sire, acerca de la naturaleza de su relación.

Por lo que concierne al último punto y al más difícil, su cumplimiento ha exigido de mí mucho esfuerzo, tanto como miedo me ha dado, pues no era

nada fácil, como Vuestra Majestad puede comprender, en la confusión que reinaba entonces, hacerme reconocer ante las nuevas autoridades. Pero, siguiendo vuestro mandato, he entregado personalmente la propuesta de paz de Vuestra Majestad al general Cuauhtémoc, quien me encarga que os transmita sus saludos y respetos, y os asegura sus más favorables predisposiciones. Confía en que ambas partes puedan encontrar un espacio de entendimiento, ventajoso «tanto para los incas como para los mexicanos» (estas son sus propias palabras, traducidas por un intérprete y por la propia reina Leonor).

Sire, suplico al Sol que dé a Vuestra Majestad el total cumplimiento de sus altos, nobles y virtuosos deseos.

En París, a 18 de septiembre de 1544
de la era antigua, año decimotercero
del Quinto Cuarto.

Vuestro muy humilde y muy
obediente servidor,
Jean de Saint-Mauris

83. CARTA DE HIGENAMOTA A ATAHUALPA

Hijo del Sol, gloria de Quito, aliado fiel:

Hoy, Francisco ha muerto en unas circunstancias que me gustaría hacerte saber.

Tus nuevos amigos mexicanos han hecho construir una pirámide en el patio del Louvre. Es un edificio de piedra bastante imponente y, en mi opinión, muy proporcionado, compuesto de estadios que recuerdan a las terrazas que vosotros, los incas, labráis en las montañas.

Estaba segura de que se trataba de una construcción destinada a algún ritual. Pero no podía sospechar, sin embargo, a qué tarea estaba destinada.

Te complacerá saber que los mexicanos tienen como dios al Sol, al que veneran con un fervor particular, y al que consideran también dios de la guerra. ¿No te parece gracioso? ¿No lo encuentras apropiado?

A él han sacrificado al rey de Francia, a sus dos hijos, al duque de Guisa y a cien miembros más de la nobleza francesa, entre los cuales había algunas muchachas que, según creo, suponían ellos gratas para sus dioses.

¿Quieres saber cómo se ha desarrollado la ejecución?

El rey, que no tenía fuerzas para trepar por los peldaños, ha sido llevado, más muerto que vivo, hasta la cima de la pirámide. Después de haberle desgarrado la camisa, lo han colocado sobre una piedra. Cuatro hombres le sujetaban los brazos y las piernas y un quinto le agarraba la cabeza, cuando una especie de sacerdote le ha abierto el pecho con una cuchilla puntiaguda, ha metido las manos y le ha arrancado el corazón, que ha blandido en el aire, entre los gritos atónitos de la muchedumbre. Luego, ha depositado el corazón en una urna y, como si todo ese horror no fuera suficiente, ha empujado el cuerpo, que ha bajado rodando por los escalones ensangrentados hasta la base de la pirámide. Allí, otros mexicanos estaban encargados de llevarse los cadáveres para que, por lo visto, sean troceados, con el fin de que sus huesos sirvan de adornos o de instrumentos musicales.

¡A decir verdad, Sol, cuántos crímenes se habrán cometido en tu nombre!

A Francisco, al menos, al ser el primero en subir al suplicio, se le ha ahorrado el sufrimiento de asistir a la ejecución de sus dos hijos, Enrique y Carlos, que se han debatido atrozmente en la piedra sacrificial.

Sé por Saint-Mauris que mi vida formaba parte de las condiciones que habías puesto sobre la balanza para firmar la paz con los mexicanos, y te estoy agradecida por ello, aunque mi edad habría bastado para preservarme del interés de los dioses y así evitarme la ascensión por su pirámide.

Pero comprenderás, sin duda, que no quiera seguir tu consejo ni que, para serte totalmente sincera, albergue ningún deseo de volver a ver España, después de los trágicos sucesos que han sacudido Francia, a los cuales por desgracia he asistido y de los que tú no eres del todo inocente. Naturalmente, no voy a comportarme como la reina Leonor, aunque no voy a juzgar las razones que la han empujado a traicionar a su esposo y a su patria de adopción. Hija de reina, nunca he servido más que a un rey y no voy a servir a otro. Pero ahora imploro de tu famosa generosidad que me dejes testimoniarte otra vez mi lealtad. Acepta, por favor, nombrarme regente de los Países Bajos, en lugar de a tu mujer María, a la que tu misericordia ha mantenido en su puesto después de nuestra campaña en los Países Bajos, pero que antes, para ser exactos, no había sido merecedora de tu confianza.

Al soberano del Sacro Imperio, al príncipe de Quito, adiós.

París, a 9 de octubre de 1544.

H

84. EL REPARTO DE BURDEOS

Huelga decir que la irrupción de los mexicanos en el escenario del Nuevo Mundo hizo tambalear la estructura política que Atahualpa tan pacientemente había construido.

La elección de abandonar al rey de Francia había sido difícil, pero en realidad inevitable, y no había sido objeto de ningún debate: el Quinto Cuarto no podía existir sin los otros cuatro. Si Tahuantinsuyo hubiera caído, el imperio de Atahualpa lo habría seguido en su caída, como un niño al que arrancan violentamente del pecho de su madre. Higienamota, cegada por su apego por el rey de Francia, no había querido admitirlo, del mismo modo que tampoco había querido sopesar lo que suponía para su tierra natal una paz con México. Cuba iba a recuperar su papel en la encrucijada de los dos mundos. Haití se salvaría. El aceite, el vino, el trigo, el oro y la plata volverían de nuevo a circular. Los taínos volverían de nuevo a prosperar. Pronto se fumarían cohibas en todos los países.

Una de entre las numerosas consecuencias de la invasión mexicana fue el desarrollo de una ciudad costera llamada Burdeos, que se convirtió en la capital de Francia. Allí fue donde se firmó la paz y se decidió el reparto del Nuevo Mundo.

Atahualpa se había desplazado para encontrarse con Cuauhtémoc. El general mexicano había desposado a la hija de Francisco, Margarita de Francia, con el fin de dotarse a ojos de los franceses de una legitimidad que le permitiera reinar sin trabas. Como había abierto el pecho a los dos hijos, no tenía ya nada que temer de la familia real, a la que, desde ese momento, pertenecía.

Cuauhtémoc no era solo un guerrero feroz. También era un estratega y un hábil político que no tardó en comprender los usos y costumbres locales. Vio el beneficio de convertirse a la religión del dios clavado y decidió que el hijo que tuviera de su esposa Margarita sería bautizado con un nombre mexicano, para implantar su línea sucesoria en la historia del lugar, y sería educado según los hábitos y los ritos de los levantinos. La costumbre del país dictaba que los reyes tuvieran también esposas secundarias, en número variable, que ellos llamaban *amantes*, a menudo preferidas a la esposa principal, y cuyo estatus era muchas veces más ventajoso. Cuauhtémoc conservó como amante a la viuda de Francisco, Leonor.

Los valdenses, que eran una secta luterana del sur de Francia perseguida por el antiguo rey, fueron los primeros en sumarse al nuevo poder. El resto

del país los siguió sin entusiasmo, pero sin grandes rebeliones, salvo algunos disturbios duramente reprimidos.

El rey de Portugal y el de Inglaterra también se habían desplazado hasta allí, en tanto que aliados respectivos del inca y del mexicano.

Enrique VIII, en agradecimiento por su ayuda militar durante la invasión de Francia, fue oficialmente recompensado por los mexicanos con la posesión de las costas del norte en torno a Calais y Boulogne, pero no con sus otras reivindicaciones territoriales.

Navarra fue dividida en dos y compartida entre España y Francia.

Portugal veía garantizada su soberanía inviolable y acordó con Francia la misma licencia que España le había otorgado para comerciar con las Indias orientales rodeando África.

Cuba y Haití fueron declaradas zonas francas e islas libres en la mar oceana, con obligación de acoger los navíos que estuvieran autorizados a surcar por las tres rutas marítimas que unían Cuba con Cádiz, Lisboa y Burdeos.

Los archipiélagos de las Azores, de Madeira y de las Canarias, llamados a servir de escalas debido a su situación geográfica en la mar oceana, estaban sometidos a las mismas obligaciones. No obstante, el archipiélago de las Azores pasaba a ser de Francia, mientras que Madeira y las islas Canarias continuaban siendo posesiones portuguesas y españolas, respectivamente.

Inglaterra estaba autorizada a explorar otras rutas marítimas entre el archipiélago de las Azores e Islandia (una isla de hielo situada al norte de la mar oceana) y el tratado le garantizaba la posesión de las islas y las tierras que encontrara en esa franja marina.

Se dijo y se aceptó que, en el caso de que un barco extraviado, perteneciente a alguna de las cuatro naciones mencionadas, tomara una ruta que no fuera la que le correspondía sin previo acuerdo, su seguridad estaría garantizada hasta llegar a buen puerto mediante el pago de una quinta parte de su mercancía.

El tratado fue sellado alrededor de un vaso de elixir oscuro, que gozaba en la ciudad de una gran reputación y, por el decir común de todos, merecida.

Por otra parte, los últimos levantinos que resistían todavía a los conquistadores venidos del mar se habían reunido en una ciudad de Italia llamada Trento, donde organizaban numerosos debates para comprender las razones de su derrota y por qué su dios clavado no había sabido protegerlos. (En el momento en que se escribe esta crónica, siguen debatiéndolo).

Fernando se había retirado a sus reinos del este, Austria, Hungría y Bohemia, que le permitían todavía gobernar sobre un vasto territorio, aunque, a decir verdad, permanentemente amenazado por los turcos, si bien Solimán estaba muy ocupado en sus guerras con los persas.

Los republicanos de Génova y de Venecia eran, respectivamente, aliados de Atahualpa y de Fernando, pero conservaban su independencia.

A su vez, España recuperaba el ducado de Milán.

El Sacro Imperio firmó tratados con los países luteranos del norte de Alemania: Dinamarca y Suecia.

Hatuey fue nombrado gran almirante de la mar oceana.

María de Hungría fue dispensada de la regencia de los Países Bajos, la cual le fue confiada a Higenamota.

Atahualpa no volvió a ver jamás a la princesa cubana.

85. LA MUERTE DEL INCA

La paz reinó en el Quinto Cuarto, que conoció una era de concordia y prosperidad.

Llegó un día en que Atahualpa quiso ver las bellezas de Italia, de las que tanto le habían hablado y que habían creado tantos artistas maravillosos. Tal vez porque la melancolía se había apoderado del emperador desde que su princesa cubana decidió quedarse en Bruselas, negándose a volver y negándose también a responder a sus cartas, excepto a las correspondientes a la administración de los Países Bajos. Tal vez porque buscaba algo que lo distrajera y le hiciera olvidar a su amiga.

Desde Florencia, Lorenzino había reiterado su invitación sin ningún éxito hasta la fecha, ya que los asuntos del Imperio apenas daban tregua al hombre que los tenía a su cargo.

Sin embargo, Atahualpa hizo saber al duque que iría a visitarlo a su tan famosa ciudad con motivo de la cuarta fiesta del Sol, en la decimosexta cosecha de la nueva época.

Esa fiesta se ha hecho muy popular por aquí porque está destinada a ahuyentar las enfermedades, dado que las ciudades del Quinto Cuarto a menudo eran golpeadas por la peste, una enfermedad mortal que diezmaba las poblaciones del Nuevo Mundo.

El ayuno empieza el primer día de la luna, que ellos llaman septiembre.

Aquí, el pan, que preparan en unos hornos, no se mezcla con la sangre de los hombres jóvenes, sino con la de las mujeres jóvenes que nunca han estado en compañía de hombres, ya que se dice que se paga un alto precio por esa inexperiencia (exclusivamente la de las mujeres, ya que apenas tiene interés la de los jóvenes). Se saca la sangre a las muchachas haciéndoles una pequeña picadura entre las dos cejas, como nosotros hacemos con los muchachos.

El emperador, hasta entonces, no había sido víctima de la nostalgia, incluso algunos habrían pensado que su complexión natural lo había preservado de un sentimiento tan poco propicio a la conquista de un mundo nuevo. Pero quizá se debiera a que, después de todo, el encadenamiento de sucesos extraordinarios que habían jalonado su vida no le había dado la ocasión. Atahualpa, al descubrir Florencia, creyó empujar las puertas a un sueño que lo volvía a llevar a su país natal.

La ciudad, empavesada con los colores del arcoíris, celebraba su llegada y, mientras que, subido en un carro, escuchaba sin entenderlos los cumplidos que, de pie a su lado, le tributaba Lorenzino, él admiraba, estupefacto, los palacios cuya piedra, aunque tallada más burdamente, evocaba sin duda a la de las construcciones incas.

Al otro lado del río, se elevaba hacia las alturas una fortaleza que él creía ser Sacsayhuamán.

Unos jardines con terrazas en la ladera de una colina, desde cuya cima estallaban unos fuegos artificiales, le recordaban los paisajes de Tahuantinsuyo.

Pero fue el Palacio de la Signoria, sede del duque y de su gobierno, lo que le causó más impresión. Estaba un poco cansado ya de los delicados jardines del Alcázar con aromas a naranjo, y en ese edificio de piedra gris, rematado por una torre almenada, se reencontraba con la cruda expresión del poder tal como sus antepasados siempre lo habían concebido. Y mientras que Lorenzino le hablaba con orgullo de las estatuas de un joven rey llamado David que él había dispuesto en la gran sala del Consejo, la mente de Atahualpa vagaba de un imperio a otro. Finalmente, fingió reírse sin motivo y pidió que le presentaran al arquitecto de tales maravillas, ya que, según dijo, era su intención prometerle cualquier cosa con tal de llevárselo a Sevilla. Lorenzino rio también, porque la etiqueta lo exigía, pero no había olvidado cómo él mismo, para complacer a su señor, antaño había desposeído a Florencia de su mayor escultor para llevárselo a Andalucía. (En realidad, este ya se había ido a Roma en aquel entonces, pero de eso no quiso acordarse).

El viejo Miguel Ángel aún vivía; diseñaba planos en su taller de Sevilla, que a Atahualpa le gustaba mucho visitar al caer la tarde. Pero el Lorenzino que había conocido entonces ya no era el mismo. Ahora, el duque de Florencia se hacía llamar Lorenzo. Era un hombre en la flor de la vida que gobernaba con sabiduría y firmeza. Su esposa, la duquesa Quispe Sisa, pasaba por ser la mayor maravilla de toda la Toscana y le había dado dos hermosos hijos, a los que él adoraba. Su ciudad era la joya cuyo brillo era alabado por todo el Quinto Cuarto. Había firmado la paz con Roma y con Génova. Infundía respeto hasta a Viena, la capital del reino de Fernando. Los más grandes artistas del Imperio se apiñaban en su corte.

En pocas palabras, Lorenzo de Médicis reinaba. No obstante, la ambición del poder no soporta a quien lo iguala, ni siquiera a quien está un escalón por debajo. ¿Estaba, pues, celoso Atahualpa? ¿Quiso reafirmar una autoridad que él creía cuestionada por los esplendores de Florencia? ¿Quiso, acaso, humillar a su vasallo haciéndole pagar los fastos de los que tanto alardeaba? Si este hubiera sido el caso, su conducta habría sido condenable. ¿O tan solo quiso simplemente hacer valer sus prerrogativas ancestrales? Pero las costumbres del Quinto Cuarto diferían en mucho de las de Tahuantinsuyo, y de eso, el emperador, más que ningún otro, habría debido darse cuenta.

Asimismo, lo impresionó vivamente la belleza de su hermana. Tenía las caderas anchas, el pecho terso, la tez morena, la piel aún joven. El óvalo de su rostro estaba resaltado por su cabellera negra, que dejaba caer sobre los hombros desnudos, imitada en esto por las nobles italianas y hasta por las mujeres del pueblo, pues querían todas copiar sus maneras. Inflamó los sentidos de su hermano como dicen que no le había ocurrido desde que, en el improvisado barco rumbo a Lisboa, conoció a la princesa Higenamota. Fue a reclamar a su hermana ante el duque. Pero este no estaba en absoluto dispuesto a ceder a su esposa, por mucho que él fuese el emperador. Sin embargo, Lorenzo sabía que no se le podía negar nada al Inca. Sin duda, Quispe Sisa estaría encantada de ser cedida y habría considerado la petición de su hermano como un honor.

Lorenzo, entonces, hubo de recurrir a la astucia y la simulación. Fingió aceptar de buen grado la petición de Atahualpa, llegando incluso a aparentar sentirse halagado por ello. Pero buscó pretextos para postergar su cumplimiento: unas veces era porque su mujer se hallaba indispuesta, otras porque deseaba prepararse lo mejor posible para recibir a su hermano y señor. O porque antes debía ayunar. O porque esperaba que le llegaran de Portugal unas esencias raras traídas de las Indias con las que ella quería perfumarse. O

porque los mejores sastres de la ciudad estaban componiendo para ella un atavío que fuese digno de una ocasión semejante y necesitaba ser cosido con el hilo de oro más sutil.

Mientras tanto, Lorenzo mantenía conversaciones en secreto con una de las más ricas familias de Florencia, antigua rival de los Médicis, los Strozzi, que anhelaban el regreso de la República. (Ya he mencionado esta forma de gobierno original, en la que un grupo de nobles se reparte el poder y elige a su soberano, como sucede con el dux de Venecia o el de Génova).

¿Qué prometió a los Strozzi? ¿Qué juramento insensato selló con ese acuerdo? ¿Con qué apoyos podían contar? ¿Venecia? Tal vez. ¿Fernando? Era poco probable. ¿Qué habrían podido esperar del antiguo oponente sino la promesa de una nueva tiranía? El joven Lorenzino se había inclinado por el Inca precisamente para derrotar a su primo Alejandro, criatura de los Habsburgo. ¿El papa, entonces? Eso era más verosímil. El jefe de los adoradores del dios clavado había avalado a regañadientes la coronación de Atahualpa y estaba muy preocupado por las crecientes conversiones que registraba la religión del Sol. Además, estaba acostumbrado a ese tipo de maquinaciones: ¿no había intentado, desde Roma, hacer asesinar a Doria en Génova, hacía poco tiempo?

Lorenzo daba el siguiente discurso a los Strozzi, a los Ricci, a los Rucellai, a los Valori, a los Acciaiuoli, a los Guicciardini, incluso a los Pazzi y a los Albizzi, todos con motivos para odiar a su familia: «Por mucho tiempo que pase, nadie ignora que nunca será suficiente para borrar la añoranza de la libertad; muchas veces hemos oído que se ha recuperado en tal o cual ciudad gracias al esfuerzo de ciudadanos que nunca habían disfrutado de ella o solo la estimaban como un recuerdo de sus padres, y que al haberla recobrado, la defienden obstinadamente contra viento y marea; y cuando no son sus padres quienes se la recuerdan, son los palacios públicos, las sedes de las magistraturas, los emblemas de las instituciones libres, todo aquello cuanto los buenos ciudadanos deben conservar con el cuidado más constante».

Desde luego, las intenciones políticas de Lorenzo eran poco claras y parecía que lo impulsaban sobre todo motivos personales. Su determinación, sin embargo, era inquebrantable. A los que dudaban, les reprochaba su pusilanimidad por apartarse de una gloriosa empresa cuyo desenlace, desde luego, era dudoso.

La efervescencia provocada por los proyectos del duque rebelde fue la causa de que no tardaran en divulgarse.

Los rumores de un complot llegaron enseguida a oídos de los espías de Rumiñahui, quien trató de advertir a su señor, pero este no quiso darles ningún crédito. Tal vez, si Chalco Chímac hubiera estado presente, lo hubiera persuadido del peligro, pues la intriga y las conspiraciones eran su especialidad, no la del viejo general con un ojo de piedra. Pero quizá Atahualpa sencillamente estaba cansado, poseído por una dejadez que hace abdicar de la prudencia, de la atención a las señales, del instinto de supervivencia animal. Quizá el Inca, conquistador del Nuevo Mundo, emperador del Quinto Cuarto, había sentido que su misión en la tierra ya había acabado y que convenía ponerle término, de una manera u otra. Sin duda, el hombre que había tenido un destino más grande que el gran Pachacútec aspiraba al reposo. ¿Soñaba con un retiro soleado en un lugar apacible, rodeado de naranjos, pinturas, hojas que hablan y mujeres escogidas, donde habría fumado cohibas consignando sus recuerdos? Nunca lo sabremos.

Durante nueve días, las festividades prosiguieron.

Tuvieron lugar unas justas en la plaza de la Santa Croce y luego se sacrificaron unas cuantas pequeñas llamas blancas que fueron asadas para que el pueblo comiera con los grandes, entre bailes y cánticos.

Por la noche, unos mensajeros del Sol corrían por las calles haciendo girar sus antorchas a modo de hondas que luego arrojaban a las aguas del Arno, con el fin de que la corriente llevase hasta el mar los males que habían ahuyentado de sus casas y de su ciudad.

Por la mañana, los habitantes se volvían a encontrar en misa después de unas pocas horas de sueño. La religión del dios clavado todavía se practicaba mucho en Florencia, que poseía el templo más formidable de todo el Quinto Cuarto. Era un edificio de mármol blanco que se elevaba hasta el cielo y que parecía haber sido tallado como una joya gigantesca por los mejores orfebres de Lambayeque. Atahualpa había asistido a la misa del día siguiente de su llegada, pero luego se dispensaba, dejando que Rumiñahui lo representara en esas ceremonias solemnes, de cuya importancia para los levantinos, sobre todo en Italia, era consciente. El viejo general cumplía esa tarea con aplicación, incluso con entusiasmo.

En cuanto a la duquesa Quispe Sisa, esta tenía la costumbre de dejarse ver por allí, para mayor regocijo de los florentinos que acudían a admirarla, pero la sucesión de las fiestas organizadas con motivo de la llegada del emperador la hizo menos asidua, y las fatigas de la noche la hacían preferir las quimeras del sueño a los cuentos del dios clavado.

Como era de baja estatura y enclenque, el duque no se veía capaz de acabar él solo con Atahualpa, quien le sacaba una cabeza y estaba notablemente bien proporcionado. Sin embargo, tenía a su servicio a un *yana* muy fiel, conocido por el nombre de Scoronconcolo, que llevaba a cabo para él las misiones más delicadas. El duque le pidió que estuviera preparado para vengarlo de un gran enemigo, sin revelarle la naturaleza de su proyecto, y se dice que el hombre respondió: «Sí, mi señor, aunque se tratara del emperador mismo». Entonces, Lorenzo puso en marcha la maquinación siguiente: por la mañana, durante la misa, él atraería a Atahualpa hasta su habitación, asegurándole que su hermana lo estaba esperando allí, pero quien estaría en realidad sería su esbirro escondido detrás de la puerta con el fin de darle muerte. En ese mismo momento, sus cómplices apuñalarían a Rumiñahui en el gran templo, contando con la muchedumbre y la agitación para huir. (Antes, al saludar al viejo general, Lorenzo le habría pasado la mano por el pecho, fingiendo una efusiva alegría, para comprobar que no llevara ningún tipo de coraza o de cota de malla bajo su manto). Luego, se reencontrarían todos en la Signoria, que era el castillo de piedra que cumplía como sede del gobierno, y desde allí se llamaría a los habitantes a sublevarse contra la tiranía imperial, una vez que Lorenzo proclamara el regreso de la República.

Así se hizo: durante el banquete de la noche que sucedió a las justas de Santa Croce, Lorenzo le dijo en voz baja a Atahualpa el lugar y la hora a la que podría reunirse con la duquesa. No tendría más que presentarse en el palacio de los Médicis, durante la misa, y el duque mismo lo conduciría hasta la habitación en la que Quispe Sisa los aguardaba. El emperador, que ansiaba esta noticia, se la creyó fácilmente. Pasó el resto de la velada bromeando con su hermana, pero sin que ninguno de los dos evocara su próxima cita, Quispe Sisa porque la ignoraba absolutamente, Atahualpa por caballerosidad.

Aquella noche, el banquete se celebraba en un palacio inmenso que los Médicis acababan de adquirir, en las alturas de Oltrarno, que es un barrio de Florencia donde habían elegido residir. Cuando la duquesa se despidió, fue a acostarse a sus nuevos aposentos, en lugar de atravesar la ciudad para regresar al viejo palacio de los Médicis, donde aún tenía sus habitaciones. De esto, el duque se cuidó mucho de no informar a Atahualpa, con el objeto de que este, al amanecer, no encontrase al otro lado de la puerta a nadie más que a la muerte.

La fiesta languidecía. Los últimos testigos vieron al emperador volver a subir por los jardines del palacio hasta la fortaleza del Belvedere, que dominaba la campiña toscana. Permaneció unos instantes en las murallas,

solo, admirando la salida del sol. La silueta de los pinos se mezclaba con las torres almenadas que recortaban el cielo sobre la cresta de las colinas.

Las mañanas que sucedían a festejos tan largos dejaban en la ciudad un regusto a barro. Atahualpa volvió al Palacio de la Signoria, donde estaba alojado, con el fin de prepararse para su cita. Había sido su deseo volver a pie, con una escolta reducida, para disfrutar del frescor de la mañana. Cruzó el Ponte Vecchio, que empezaba a animarse, pasó por encima de los cuerpos de muchos borrachos tumbados en las cunetas, evitó, por reflejo más que por superstición, las hogueras apagadas que habían servido para espantar los males de la ciudad y que, al no haber llegado hasta el río, estaban esparcidas por las calles.

A la hora señalada, vestido con un manto de alpaca muy ceñido, se presentó en la puerta del palacio de los Médicis, que reconoció por su peculiar emblema: cinco círculos rojos coronados por un círculo azul. Le abrió el duque en persona. Atahualpa despidió a su gente. Atravesaron un jardín de naranjos poblado de estatuas antiguas, a continuación un patio interior con arcadas finamente elaboradas, subieron juntos la escalinata de piedra que llevaba a los aposentos privados, cruzaron una pequeña capilla toda ella tapizada con escenas de caza (Lorenzo contará luego que el emperador se detuvo delante de uno de los tapices y le preguntó el nombre de algunos de los animales en él representados). Después, pasaron por varias salas sucesivas hasta la habitación del duque. Este dio tres golpes discretos en la puerta y se apartó para dejar pasar al emperador.

Las cortinas estaban echadas y la habitación totalmente a oscuras. Apenas se distinguía la cama y, quizá, un bulto bajo las sábanas compuesto por cojines: eso bastaba para espolear aún más el deseo de Atahualpa, que dio un paso adelante. La cama estaba vacía y detrás de la puerta esperaba el esbirro del duque con una daga en la mano.

Quiso clavársela en la garganta, pero estaba tan oscuro que debió apuntar a bulto y la hoja entró por el hombro. Atahualpa lanzó un grito y, dándose media vuelta, saltó sobre su atacante. Scoronconcolo le traspasó el costado con varias puñaladas, pero el emperador poseía una constitución extraordinaria y lo habría estrangulado con sus manos si Lorenzo no hubiera intervenido. El duque, que no veía nada en el aposento, tuvo primero que recorrer las cortinas. El sol entró en la habitación dejando ver la lucha furiosa de los dos hombres, que habían rodado por el suelo. Atahualpa estaba a punto de vencer, cuando el duque, que llevaba un puñal en la mano, se lo clavó en la espalda hasta la empuñadura. El emperador tuvo fuerzas para

volverse y ver a su asesino. «¿Tú, Laurent?», fueron sus últimas palabras, pero su cuerpo, acribillado por todas partes, aún respondía. Rugió, arrojándose contra el duque, le mordió el pulgar y se derrumbó sobre él.

Así murió el emperador Atahualpa.

En ese mismo instante, empezaba la misa en el gran templo de mármol, pero Rumiñahui no estaba allí. Los conjurados que habían ido a apuñalarlo estaban desconcertados. Mientras el sacerdote hablaba a la muchedumbre en su lengua docta, ellos deliberaban sobre el modo de proceder. Cuando los cánticos de sus correligionarios se elevaban bajo la cúpula, decidieron regresar a la Signoria. Esta inspiración tuvo su recompensa, pues precisamente el general se encontraba en el palacio para examinar un asunto de su competencia. (Lo habían avisado de ciertos movimientos de tropas sospechosos en torno a Pisa y a Arezzo, que eran dos ciudades de los alrededores). Pidieron ser recibidos urgentemente y Rumiñahui les dio audiencia en el amplio salón de los Quinientos, donde se reunía antaño el Consejo en pleno, en medio de estatuas que, casi todas excepto la del pequeño rey David, representaban escenas de cuerpo a cuerpo brutales. Estaban presentes los senadores Baccio Valori, Niccolò Acciaiuoli, Francesco Guicciardini, Filippo Strozzi, así como un miembro de la familia Pazzi. Rodeaban al general, pero no se atrevían a pasar a la acción debido a los guardias apostados en las puertas del salón, los cuales no estaban advertidos de la conjura y cuya reacción, por tanto, era imprevisible. No sabiendo qué hacer, los senadores procuraban no despertar las sospechas del general fingiendo avisarlo de una rebelión militar que se había fomentado en la Toscana con el apoyo de Roma, lo que, por otra parte, era verdad. (Únicamente omitían decir que ellos eran los instigadores).

Daban vueltas alrededor del general como aves de presa indecisas, cuando Quispe Sisa hizo su aparición con un vestido de seda blanca. Estaba muy sorprendida, al despertar, de que ni su esposo ni su hermano estuvieran en el Palacio Pitti. Había ido en su busca al Duomo, y luego, al no hallarlos allí, se había dirigido a la Signoria.

¿Dónde estaba Lorenzo? ¿Dónde estaba el emperador? A estas dos preguntas, los senadores no podían responder, evidentemente, así que pusieron cara de sorpresa, como si se acabaran de enterar de su ausencia. Rumiñahui no conocía a esos hombres y no hablaba italiano, pero la duquesa los conocía de sobra. Detectó en su comportamiento algo extraño, equívoco, que no era un azoramiento protocolario. Observaba que balbuceaban, veía que titubeaban, y reconoció signos de miedo detrás de su turbación.

De fuera les llegó un rumor. Los cinco senadores, la duquesa y el general escucharon ese rumor que iba en aumento, contrastando con el silencio de muerte que ahora se apoderaba del salón del Consejo.

Quispe Sisa se dirigió al general en quechua.

Oyeron cómo unos alborotadores reclamaban la República en nombre de los Médicis.

La noticia de la muerte de Atahualpa empezaba a extenderse. Llegó hasta el salón de los Quinientos. La duquesa palideció. Alentados por el éxito de Lorenzo, los senadores se enardecieron y quisieron sacar sus puñales, pero Rumiñahui estaba en guardia. El gigante inca sacó de su cinturón su hacha y su martillo. Hundió el cráneo del primer atacante, dejó tuerto al segundo, despachó a los otros tres y los hizo apresar por sus guardias.

Fuera, los agitadores, guiados por los Rucellai y los Albizzi, golpeaban en las puertas del castillo. Rumiñahui ordenó montar unas barricadas. Uno de los líderes, quizá León Strozzi, el hijo del senador, cuya voz era joven e iracunda, tomó la palabra. Conminaba a los incas a rendirse, en nombre de la libertad. El emperador había muerto. Sus tropas eran inferiores en número. La República había sido proclamada.

Golpes cada vez más violentos redoblaban sobre las puertas.

Lorenzo no había aparecido, pero la muchedumbre lo aclamaba. «¡Viva el duque! ¡Viva la República!», podía oírse. Quispe Sisa conocía las costumbres de los florentinos, y sobre todo las de los Médicis. No tenía la menor duda de que Lorenzo y sus cómplices habían instigado el levantamiento. Estaba segura de que los agitadores que gritaban fuera habían sido sobornados. El Strozzi hijo exigía que se les entregara a Rumiñahui. Los conjurados habían pensado que, muerto Atahualpa, solo tendrían que arrestar a su general para hacerse dueños de la situación.

El error de Lorenzo fue no acudir en persona a la plaza de la Signoria. Si se hubiera mostrado al pueblo en ese momento, habría unificado toda Florencia, la Toscana y el resto de Italia hasta Nápoles. Pero tal vez lo paralizó no oír ningún clamor proveniente del templo donde Rumiñahui debería haber sido apuñalado. Quiso esperar a que lo informaran del cariz que tomaban los acontecimientos y a que se sondearan las reacciones a su favor de los florentinos, para saber si contaba con el apoyo del pueblo. Le faltó la audacia de la que había dado pruebas al matar al emperador para cobrarse el beneficio de su asesinato.

A pesar de ello, una impresionante muchedumbre se había congregado delante de la Signoria.

Rumiñahui reflexionaba. Conocía la existencia del pasadizo que llevaba del castillo a la otra orilla del río y propuso a la duquesa huir por él sin dilación. Desde allí, huirían de la ciudad, que de todos modos estaba ya perdida, y cabalgarían hasta Milán, donde podrían preparar un contraataque. O bien, si ella así lo quería, podía quedarse al lado de su marido. Comprendía el conflicto de lealtades en el que la duquesa estaba sumida. Pero, cualquiera que fuese su decisión, debía tomarla de inmediato.

Quispe Sisa señaló a los cinco senadores que yacían en el suelo, dos de los cuales ya estaban muertos, y dijo al general, en castellano para que todos la comprendieran: «Cuélgalos de las murallas». Los tres heridos le echaron una mirada incrédula. «¡Ahora!».

Los sediciosos fueron arrojados desde lo alto de la torre atados a una cuerda. La muchedumbre lanzó un grito de estupor. Luego, Quispe Sisa apareció en el balcón con su vestido blanco. El silencio se apoderó de la plaza. Todos los ojos estaban puestos sobre ella.

«¡Florencecia!», gritó, y el resuello rauco de su voz sorprendió a los que estaban presentes, al provenir de una figura tan grácil.

«¡Florencecia! ¡Aquí tienes a los que quieren tu pérdida! —dijo señalando los cuerpos, que se balanceaban—. Mira su rostro: es el de la traición. Mira su ropa lujosa: es la del precio de tu sudor y de tu sangre. ¿Qué querían, estos traidores? Abandonar el Imperio. ¿Para qué? Para ejercer libremente su tiranía sobre el pueblo. Bien sabes, Florencecia, que renunciar al Imperio es renunciar a sus leyes. ¿Quieres, entonces, volver a los lejanos tiempos en que un puñado de familias te chupaba la sangre? ¿Quieres el regreso de esos enemigos del pueblo? ¿Quieres el fin de los almacenes comunales? ¿De dónde sacarás el pan cuando te falte? ¿Dónde estaban estos traidores durante la peste? ¿Dónde estaban sus hospicios para tus enfermos? ¿Cuándo hicieron algo para tus ancianos y tus hijos? Cuídate, Florencecia, de dejarte engañar por las palabras huecas de estos caníbales. Me dicen que el emperador ha muerto, asesinado por el duque. Si es verdad, cuento al duque entre los traidores y ofrezco cuatro mil florines a quien me lo traiga vivo, para que sea juzgado. ¡Y ofrezco mil a quien me traiga la cabeza de sus cómplices!». Y al decir esto, señaló al hijo de Strozzi y a los Rucellai, a quienes había reconocido entre la multitud. Un runruneo confuso recorrió la plaza. La duquesa continuó su arenga: «Porque si mi hermano ha muerto, que nadie aquí se equivoque. Es a Florencecia a la que matan. ¡Florencecia, vive! ¡Levántate! ¡Joya del Imperio, no permitas la vuelta de esos tiranos codiciosos! ¡Viva la ley! ¡Viva Toscana! ¡Viva Florencecia!». Ante estas palabras, un rayo de sol traspasó las nubes. La

duquesa, entonces, alzando los brazos al cielo, lanzó su última exhortación: «¡Viva el Imperio del Sol! ¡Viva el pueblo, y muerte a los traidores!».

La muchedumbre, galvanizada, rugió y se alzó como una ola. Los Rucellai y los Albizzi fueron despedazados y únicamente el hijo de Strozzi logró escapar, abriéndose camino hacia el Arno a base de mandobles.

Viendo que había revertido la balanza, Quispe Sisa entró de nuevo y, satisfecha, le dijo a Rumiñahui: «Ve a Milán en busca de ayuda».

La noticia del asesinato de Atahualpa fue confirmada a mediodía. Quispe Sisa escribió una carta a Coya Asarpay y se la confió a su mejor *chasqui* para informarla sin demora de la situación, con el fin de que Coya pudiera preparar la sucesión que correspondía a su hijo, el futuro Sapa Inca Carlos Cápac.

Lorenzo huyó. Se dijo que fue su propia mujer quien le proporcionó un caballo y dio la orden secretamente de que se le abriesen las puertas de la ciudad. Buscó refugio en Venecia, donde fue asesinado por unos espías de Chalco Chímac, quienes arrojaron su cuerpo a la laguna. (Existe un cuadro del famoso pintor Veronese que representa esa escena).

Quizquiz fue enviado a Italia a la cabeza de un gran ejército para pacificar la Toscana y prevenirse contra los ataques de Roma. Se apoderó de la ciudad de Bolonia, perteneciente al papa, y se hizo fuerte en ella. Pasó a ser su gobernador y se convirtió en duque de Emilia y Romaña, que eran dos regiones de Italia, desde las que ejerció un gran poder sobre todo el país y pudo, de ese modo, proteger Florencia de nuevas agresiones. Se casó con Catalina de Médicis, la viuda de Enrique, hijo de Francisco I, la cual le dio nueve hijos.

El cuerpo de Atahualpa fue embalsamado y llevado a Andalucía. Sus funerales duraron un año, según la costumbre de los incas. Su momia tiene desde entonces un lugar destacado en la catedral de Sevilla, al lado de su viejo rival, Carlos, y de su esposa, Isabel.

Cuarta parte

Las aventuras de Cervantes

1. De las circunstancias en las que el joven Miguel de Cervantes salió de España

En un barrio de Madrid de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía, no hace mucho tiempo, un albañil, de esos que son hijos de labrador, tienen la dote de una joven esposa tan bella como robusta y la suficiente fortuna como para tener al alguacil, al sargento y al alcalde en el bolsillo.

Sin embargo, ocurrió que ese albañil tuvo un altercado con un joven de su vecindad que respondía al buen nombre de Miguel de Cervantes Saavedra. El joven, que no tenía veinticinco años, era de bella estampa, buena educación, estaba prendado de la poesía, con la cabeza un tanto atiborrada de las obras de Lope de Rueda y, según la opinión de cuantos lo conocieron, aunque fuese un poco tartaja, encantaba infaliblemente a cualquiera que se le acercaba.

Se cuenta que el albañil halló un día al joven en compañía de su esposa, en un establo o cuadra de los alrededores. Hasta qué punto habían llegado sus inofensivos juegos, la historia no lo dice, pero, por lo que puede colegirse con verosimilitud, parece que estaban bastante avanzados; mas esto no tiene la menor importancia en nuestro relato, con tal de que la narración no se aparte de la verdad.

Hay, pues, que saber que el joven hirió al albañil durante un duelo que tuvo lugar bajo las arcadas de la Plaza Mayor.

El joven Miguel, que sabía lo popular que era el albañil, abandonó la ciudad para no exponerse a las iras de una justicia cuya propensión a inclinarse del lado del más rico ya conocía. Fue así como halló refugio en una posada de la Mancha, donde se alojó en un ático que mostraba claros indicios de haber servido antaño de pajar durante mucho tiempo. Hizo bien, pues poco después le llegaron de Madrid noticias de su juicio: había sido sentenciado en rebeldía a la amputación pública de la mano derecha y, además, a ser desterrado del Imperio durante diez años.

Miguel no tuvo más remedio que salir de España a la mayor brevedad, con objeto de escapar del castigo cruel que lo esperaba. Aun así, hubo de estar varios días escondido en el pajar, donde una criada complaciente le llevaba

comida al caer la noche, hasta que por fin se juntó con un grupo de seis peregrinos que volvían a Wittenberg, deseosos de ver las puertas de la iglesia donde antaño se habían clavado las famosas tesis del Sol. Los peregrinos lo acogieron con sumo gusto en su compañía, percatándose de su buen aspecto y en la creencia de que él solo podría conseguir por lo menos un real de plata como limosna en cada pueblo por el que pasaran. En cuanto Miguel se fabricó su propio bordón de doble empuñadura y su alforja de piel de cerdo, en la que la criada, que lo quería bien, le metió pan, un queso y unas aceitunas, más una botella de vino para saciar la sed, partieron todos hacia el norte, en dirección a Zaragoza.

Los numerosos libros que tenía los redujo a uno de horas de Nuestra Señora y a un Garcilaso sin comentarios que llevaba en sendos bolsillos.

Los peregrinos habían planeado atravesar Francia para llegar a Alemania, pero en una posada en la que habían hecho un alto, de camino a Zaragoza, les dijeron que eso era una locura, debido a los disturbios que agitaban Navarra y una parte de Occitania, donde se habían rebelado contra la Corona mexicana.

Dejando de lado Zaragoza, se dirigieron directamente a Barcelona. Allí buscaron un barco que les permitiera bordear la ruta terrestre ahora cortada. Finalmente, hallaron un *knörr* que se volvía a Florencia con una carga de vino, a consecuencia de lo cual la travesía fue alegre, pues estuvieron alzando el codo todo el tiempo, de modo que desembarcaron en suelo italiano dando tumbos y trastabillándose. El joven Miguel ignoraba entonces que no tardaría en volver al mar y en qué circunstancias lo haría.

2. Del encuentro del joven Cervantes con el griego Doménikos Theotokópulos, quien lo llevó a Venecia

Florencia estaba entonces gobernada por el gran duque Cósimo Hualpa de Médicis, hijo primogénito de la sin par Quispe Sisa y del regicida Lorenzaccio. Pero, aunque el gran duque gozaba de una relativa libertad para gobernar, la ciudad y toda la Toscana a su cargo seguían formando parte del Quinto Cuarto, de donde en adelante habían desterrado a Miguel por diez años, bajo la amenaza constante de verse privado de su mano derecha. Pensó en dirigirse a Roma para buscar allí refugio, pero el rumor de movimientos de tropas que iban hacia la ciudad santa, de la que se decía que estaba en estado de sitio, lo disuadió de acometer tal empresa. Prefirió seguir a sus amigos peregrinos hasta Bolonia, donde reinaba también un Médicis, el duque Enrico

Yupanqui, aconsejado por su madre Catalina, viuda del gran general Quizquiz, y de allí trasladarse a Milán, aún en tierras del Imperio. De Milán llegaron a Suiza, en la confianza, por fin, de ponerse a salvo de los rigores de la justicia y poder pasar así días más tranquilos en Ginebra, Basilea o Zúrich.

La fortuna, sin embargo, había decidido otra cosa. Entonces sucedió que, en las proximidades de Como, se toparon con una patrulla de quiteños, los cuales habían venido a poblar el norte de Italia con el fin de controlar quién entraba y quién salía del Quinto Cuarto. Aunque la concordia imperase bajo el reinado del emperador Carlos Cápac, eran muy numerosos los viejos cristianos que se negaban a cohabitar con los hijos del Sol, y menos aún estaban dispuestos a vivir bajo su dominio, por lo que algunos de ellos trataban de ir quién a Roma, quién a Venecia, quién a Viena (incluso los había que buscaban llegar a Constantinopla, arguyendo que preferían la ley de Mahoma a la de los paganos de Poniente, ya que el turco, al menos, no reconocía más que un solo dios).

Sus amigos peregrinos se habían convertido al intismo hacía ya mucho tiempo y llevaban alrededor del cuello un pequeño sol de oro que atestiguaba su religión, por lo que no tenían ningún problema en justificar su destino. Pero la fatalidad, que guía, condimenta y compone todo según su fantasía, no quiso que fuera así para el joven Miguel, que levantó sospechas al no hallar en él ningún pequeño sol colgado del cuello y más aún al descubrir en sus bolsillos un libro de horas de Nuestra Señora, que no encajaba bien, hay que reconocerlo, con su pretendido proyecto de peregrinación al templo del Sol de Wittenberg. Como, por otra parte, no podía aportar ningún testimonio ni recomendación concernientes al motivo de su viaje, ni siquiera sobre su identidad, se lo consideró un cristiano viejo refractario que trataba de llegar a Viena a través de Suiza y fue enviado de nuevo a Milán con grilletes en los pies.

Desde Milán fue camino de Génova encadenado a otros forzados que debían ir a galeras, si bien él debía ser enviado de vuelta a España en el primer barco para que la justicia pudiera dilucidar allí su caso.

Eran doce hombres a pie, en fila como cuentas de rosario, con una gruesa cadena alrededor del cuello y con las manos esposadas. Iban también con ellos dos hombres a caballo y otros dos a pie. Los que iban a caballo tenían trabucos de rueda y los que iban a pie llevaban por armas picas y espadas.

El joven Miguel, cuyas carnes estaban cruelmente heridas por los grilletes, lo estaba aún más en su alma y ya se desesperaba por su mala suerte, cuando el grupo vio a un hombre que corría a su encuentro. Era joven y

bastante bien arreglado, aunque de apariencia sencilla, con gola y barba bien cortada, la cabeza descubierta, todo él vestido de negro, llevando al cinto cantimplora y machete. Al llegar a la altura del grupo, quiso saber cuáles eran los crímenes de esos desgraciados a los que veía tan cargados de cadenas y preguntó, de manera harto cortés, a quienes los custodiaban. Uno de los que iban a caballo le respondió que eran forzados de Su Majestad el emperador y que no tenía más que decir, como él tampoco tenía nada más que saber. Sin embargo, como el hombre de la gola insistió, dando muestras de la mayor cortesía posible y con un acento por el que Miguel supo enseguida que no era italiano, el guardia le dijo que mejor sería que se lo preguntara a ellos mismos, pues se lo dirían si les venía en gana.

Confesaron crímenes horribles, y al querer dar pena haciendo creer que eran inocentes, lo que causaron fue risa de lo mal que contaron sus cuitas; solo uno, el que más cadenas llevaba, suscitó la admiración general, además de miedo, al relatar sus terroríficas hazañas, pero ya os las contaré quizá en otra ocasión. Cuando le llegó el turno a Miguel, este, abatido por su mala fortuna, solamente alcanzó a tartamudear, por lo que nadie comprendió ni media palabra de su historia, aunque todos, pendientes de sus labios, se sintieron conmovidos por el pobre muchacho, cuya lamentable cara hacía suponer que su caso era tan triste que solo podía salir por su boca a tirones y balbuceos.

Entonces, aprovechando que la atención general estaba centrada en el joven Miguel, deshecho en lágrimas, el hombre de la gola exclamó: «¡No importan sus crímenes, son hijos de Dios!». Y, al mismo tiempo, agarró la bota del primer caballero, lo derribó y lo aplastó contra el suelo. Luego, con una celeridad que dejó paralizados a todos los presentes, sacó su machete del cinturón y se lo clavó en el pecho. Los otros guardias se quedaron estupefactos, sin saber qué hacer, ante tal acción inesperada; pero, una vez recobrados, el que estaba a caballo echó mano al trabuco y los que iban a pie cogieron sus picas para atacar al hombre de la gola; mas este, que ya había arrebatado el trabuco al primer caballero, disparó contra quien le apuntaba con el suyo, que cayó al suelo y se debatía entre estertores. Quedaban todavía los dos guardias a pie, armados con sus picas, frente a los que el hombre de la gola no contaba más que con su cuchillo. Los forzados, viendo la ocasión de quedar en libertad que se presentaba, trataron de romper la cadena que los unía a todos en una hilera. Sin embargo, como no lo conseguían, el que iba doblemente encadenado, pese a sus trabas, se arrojó contra el guardia más

próximo y lo estranguló con las cadenas. El último guardia no tardó en ser reducido y todos recobraron la libertad una vez desatados.

El hombre a quien todos debían esa providencial mejoría de su situación se llamaba Doménikos Theotokópulos, era griego y se presentaba como un soldado de Cristo. Les ofreció que lo acompañaran a tierra cristiana para defender la verdadera fe, combatir al usurpador y así redimir sus pecados para la salvación de su alma. El que parecía ser su jefe le respondió: «Se te agradece, extranjero, el favor que nos haces al devolvernos la libertad, pero hemos sufrido demasiado la servidumbre de la espada como para entregarnos voluntariamente de nuevo a ella, así sea la del mismo Cielo. En cuanto a la redención de nuestra alma, me temo que tres vidas no basten para ello, de lo larga que es la lista de nuestros delitos, como ya has oído antes. Ladrones somos y ladrones moriremos. Nuestro único honor es no someternos jamás a ninguna ley ni autoridad, salvo a las de los bandoleros, y, como dice un dicho de nuestro oficio: “las mismas letras tiene un *sí* que un *no*”». Tras estas palabras, el bandido se agachó, recogió el trabuco todavía cargado, envainó dos espadas en el cinturón de uno de los guardias al que también le había quitado la ropa y las botas, montó a horcajadas el mejor de los dos caballos y, tras espolearlo, partió al galope. Los otros forzados no tardaron ni un minuto en dispersarse por las colinas. Solamente quedó allí el joven Cervantes, quien, solo, sin ayuda, fugitivo y a partir de ese momento buscado en un país extraño por dejar un muerto y dos heridos graves tras de sí, escogió seguir a su salvador.

El griego parecía conocer la región como la palma de la mano. Sabía cómo eludir a las patrullas evitando los caminos más transitados y las ciudades más pobladas. Se negó en redondo a pasar por Bolonia, prefiriendo atajar por los bosques y dormir al raso. Llegaron así a Ancona y se embarcaron rumbo a Venecia, ciudad que, si el mundo no hubiera alumbrado a Atahualpa, jamás habría encontrado otra semejante: los inescrutables designios del Cielo produjeron a la gran México para que la gran Venecia pudiera oponerse a una especie de rival. Estas dos famosas ciudades se parecen porque sus calles están hechas de agua, la de Europa supone la admiración del mundo antiguo, la de ultramar, el asombro del nuevo.

3. Del más glorioso asunto que vieron los siglos pasados, el siglo presente y los siglos venideros, que

fue también la mayor desgracia del infeliz Cervantes

«Iglesia o mar o casa real». El famoso capitán Diego de Urbino, al que las guerras y el destino habían llevado de Guadalajara a la taberna veneciana en la que ahora vaciaba algunas jarras en compañía de su amigo el griego, se dirigía en esos términos al joven Cervantes, sentado a la mesa junto a ellos: «Hay en nuestra España un refrán, a mi parecer muy cierto, como lo son todos, porque los refranes son sentencias breves extraídas de una larga y sensata experiencia, que dice así: “Iglesia o mar o casa real”». Se interrumpió para echarse al colete un buen vaso de cerveza, y también para que el joven pudiera asimilar esa verdad profunda, pero como este no parecía comprender, se vio obligado a explicárselo: «Quien quiera valer algo y ser rico, que siga a la Iglesia, o navegue trayendo y llevando mercancías, o, en fin, entre en casas de reyes para servirlos, porque, como suele decirse, “más valen migajas de rey que de señor favores”».

Miguel objetó que Maximiliano no era rey, sino archiduque, lo que le valió la reprimenda del griego: «¡No blasfemes! Además, Su Majestad es el rey de Hungría, de Croacia y de Bohemia, y su abuelo Carlos V fue rey de España y sacro emperador. Si Dios quiere, su nieto lo volverá a ser». Y mientras lo decía, se santiguó y pidió otra jarra.

Como a Miguel lo sorprendía mucho semejante fervor católico en un griego, del que se hubiera esperado más bien que fuera adepto a los cultos bizantinos o mahométicos, Doménikos le contó cómo había dejado su país muy joven para ir a Italia, empezando por Venecia, donde había estudiado pintura, y luego por Roma, donde entró al servicio del cardenal Alejandro Farnesio antes de hacerse de la Compañía de Jesús y, por tanto, convertirse en soldado de Cristo, en calidad de lo cual iba ahora a espiar y a reclutar en territorio enemigo en nombre de Nuestro Señor.

El capitán, bien porque ya había oído esa historia numerosas veces, bien porque la creía fuera de lugar en ese momento, se impacientó y, después de haber ordenado tres jarras más, quiso volver al motivo de su conversación, que era el futuro del joven Miguel: «Con tu juventud, siempre habrá tiempo para ti para unirte a la Iglesia más tarde. Desde luego, tu situación no es la adecuada para convertirte en comerciante: expulsado de España y del Quinto Cuarto, la ruta de Poniente te está totalmente cerrada y no podrías comerciar ni con México ni con Tahuantinsuyo. Te queda, pues, la carrera más gloriosa, la de las armas». A esto, el griego añadió, para acabar de convencerlo: «Sin olvidar la gloria de servir a tu Dios combatiendo con los últimos defensores

de la Cristiandad, pues no necesito ningún testimonio para ver que eres cristiano viejo y que tu sangre es pura». Al oír estas bellas palabras, el capitán vació su cerveza y le dio un golpe en la espalda a Doménikos Theotokópulos, partiéndose de risa.

He aquí cómo Miguel de Cervantes Saavedra se enroló en el ejército del archiduque Maximiliano de Austria.

Al principio, conoció la aventura y no tuvo motivos para arrepentirse.

Su regimiento lo llevó a Polonia, a Suecia, a las Marcas de Alemania, por todas partes donde se combatía y allí donde el nuevo emperador y el antiguo, o más bien sus hijos y nietos, se disputaban la hegemonía de Europa. Conoció la vida de cuartel y se endureció en el combate. Pero fue en el Mediterráneo donde tomó parte en los acontecimientos que decidieron el destino del Viejo Mundo.

Carlos Cápac, al igual que su padre, procuraba siempre tener contentos a los católicos, ya que eran los más numerosos del Imperio, por lo menos en España y en Italia, y por tanto prefería evitar, en la medida de lo posible, enojarlos inútilmente. Su padre, además, se había apresurado a bautizarlo nada más nacer y él mismo, por tanto, era oficialmente miembro de la Iglesia romana, sin poder aspirar, naturalmente, al rango de cristiano viejo ni a la pureza de sangre que la Inquisición, replegada en Roma, seguía exigiendo a los fieles que, antaño, los Reyes Católicos habían pedido encerrar, verificar y, llegado el caso, castigar incluso con la hoguera, si fuese necesario.

El emperador estaba al tanto de que Roma conspiraba contra él y de que Pío V estaba en contacto frecuente con Austria. Consideraba que, bajo ese aire bonachón, el viejo era una víbora de la que no debía fiarse. Sin embargo, la noticia de una alianza entre la ciudad santa y los turcos lo cogió por sorpresa, ya que siempre había creído que eso sería algo imposible. Tanto los informes de los espías que tenía en Roma como los de la Sublime Puerta que rendían cuentas en Génova (los mejores del Imperio) eran sin duda categóricos: confirmaban el nacimiento de la Liga del Libro (que algunos historiadores cristianos llaman también Liga de la Escritura), que representaba una amenaza terrible para el Quinto Cuarto.

Esta era la razón por la que Carlos Cápac había enviado sus tropas a Roma, con objeto de que el papa renunciase a esa alianza muy poco cristiana.

Pío V, sin embargo, no lo aceptó en absoluto y, antes que caer en manos de su imperial vecino, se dio a la fuga a bordo de un bergantín que lo llevó a Grecia, donde Selim II le garantizó asilo y protección.

Furioso, Carlos Cápac decidió que esa huida de Roma equivalía al abandono del cargo y mandó decretar la destitución del Santo Padre. Se convocó un cónclave, a resultas del cual fue elegido Alejandro Octavio de Médicis, que tomó el nombre de León XI. Obvio es decir que este nuevo papa iba a mostrarse mucho más conciliador con el emperador.

Pero Pío V, que no tenía ninguna intención de renunciar a su título ni a su cargo, decretó, en común acuerdo con Selim, el traslado de la Santa Sede a Atenas, que se convirtió *de facto* en la nueva Roma.

La Cristiandad se encontraba, pues, con dos santos padres, lo que era extraordinario pero no inédito. No cabía duda de que uno de los dos sobraba, así que Carlos Cápac pretextó un nuevo cisma para embarcarse en una cruzada a su manera, cuyo objetivo confeso era traer a Pío V en una jaula de hierro, pero los verdaderos motivos, en realidad apenas revelados, eran extender el Quinto Cuarto hasta Grecia, apoderarse del Mediterráneo, echar a los turcos de Europa y hacer prisionero a Maximiliano.

Seis meses más tarde, los dos ejércitos más formidables que el mundo había conocido jamás ponían rumbo a un lugar en medio del Mediterráneo, el golfo de Lepanto.

Por un lado, la armada turca del *kapitan pachá*, la flota veneciana del viejo Sebastiano Venier, las fuerzas austrocroatas, a las que se habían añadido los contingentes de españoles y romanos en el exilio, conducidos respectivamente por el fogoso marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán, y por Marco Antonio Colonna.

Por el otro, la armada hispanoinca dirigida por Inca Juan Maldonado, apoyada por la flota francomexicana del almirante Coligny, reforzada por la flota portuguesa, por las galeras genovesas del ingenioso Jean-André Doria, sobrino del gran almirante, por las toscanas de Philippe Strozzi y, sobre todo, por los temibles corsarios berberiscos del fatídico Uchali Fartax, el Renegado tiñoso.

En total, casi quinientas embarcaciones, entre las que destacaban seis galeazas venecianas, auténticas fortalezas flotantes con un poder de fuego sin par.

La batalla de los cuatro imperios iba a tener lugar y Miguel de Cervantes, bajo las órdenes del capitán Diego de Urbino, participaba en ella. El contingente de españoles refractarios fue puesto bajo la autoridad del mando veneciano, lo cual causaba fricciones. Pero nadie sentía con más intensidad que ellos el deseo de batirse.

Miguel se sorprendió al encontrar en la galera donde él estaba embarcado a su amigo griego, a quien había dejado en Venecia hacía cosa de un año. ¿Qué había sido de él durante todo ese tiempo? No se sabe, pero, en todo caso, parecía impaciente por combatir.

La noche previa a la batalla, Miguel tuvo un ataque de fiebre y, como por la mañana seguía todavía ardiendo, el capitán Urbino le dijo que se quedara acostado durante el asalto. Pero el joven Cervantes, que le había tomado gusto a la camaradería soldadesca, por nada del mundo habría faltado al código de honor que había hecho ya suyo. Se levantó, recogió sus armas, se abrochó el cinturón y subió al puente con los demás, abriéndose paso hasta la primera línea.

Todos los cronistas han contado esta batalla: el gran choque de navíos embistiéndose entre llamas, la madera que chirría y cruje y se quiebra como los huesos, la bravura de los combatientes, el estrépito de las armas, los ataques feroces, los hombres en el mar rematados como atunes, el agua enrojecida por la sangre y el olor a muerte. Jean-André Doria no era su tío y su carácter timorato en el momento de lanzar el asalto decisivo sin duda le costó la victoria a la coalición inca. Las galeazas venecianas, plantadas en el ancho mar, disparaban por miles sus dardos fatales, el menor de los cuales pesaba veinte libras de hierro fundido. Coligny vio cómo una de esas bolas le arrancaba la cabeza al joven Bourbon-Condé. Todas las galeras portuguesas fueron capturadas o se fueron a pique. Maldonado tuvo que batirse en retirada. Pero el Uchali, intrépido y suertudo corsario, no dejaba de causar espantosas pérdidas en las filas islamocristianas.

La Marquesa, que era la galera en la que estaba Cervantes, había resistido a los asaltos francomexicanos, pero, al pasar de Caribdis a Escila, se encontró en el mismo rumbo que el Uchali cuando este, con una habilidad del demonio, serpenteaba para salirse del cerco en el que los cristianos y los turcos lo habían encerrado.

El rey de Argel (pues tal era su título) acababa de mandar a pique la galera capitana de Malta, cuando la Marquesa se le echó encima para bloquearle el paso; el choque era inevitable y la galera de Cervantes iba a partirse en dos, ofreciéndose en sacrificio para poder detener al Uchali. Pero la habilidad del Renegado superaba los relatos más fabulosos. Por un prodigio de pilotaje que ningún testigo ha sobrevivido para explicar, consiguió deslizar la galera a lo largo del costado de la Marquesa. Los cascos se rozaron y se oyó un prolongado crujido.

Entonces, mientras los dos navíos se cruzaban borda con borda, el griego saltó sobre la galera enemiga con la espada en una mano y la pistola en la otra.

Lo siguió una docena de hombres al grito de «¡Santiago!» lanzado con decisión firme, entre los cuales estaba Cervantes. Pero, para desgracia de estos valientes, en ese momento la galera berberisca se separó de la que la había atacado e impidió que nadie más los siguiera, por lo que se encontraron solos entre los enemigos, muy superiores en número, y se vieron obligados a rendirse cubiertos de heridas.

El joven Cervantes había sido el blanco de tantos arcabuzazos durante el combate que se bañaba en su propia sangre, manada de su pecho y de su mano.

Como es sabido, el Uchali se salvó con toda su escuadra y los sobrevivientes de ese desafortunado asalto quedaron cautivos en su poder.

Las galeras de la coalición inca que no se hundieron se habían juntado en Mesina, cargadas de heridos y en un lamentable estado. No hubo más que rodearlas y hundirlas en el puerto para acabar con ellas de una vez. «Todos los incas y sus aliados que estaban allí estaban seguros de que los íbamos a sitiar en el puerto y tenían sus andrajos y sus zapatos preparados para huir de inmediato por tierra, sin aguardar el combate, tan grande era el miedo que le habían cogido a nuestra flota; pero el cielo lo dispuso de otro modo, no por culpa o negligencia del general que nos comandaba —refirió el griego—, sino por los pecados de la Cristiandad, y porque Dios quiere y permite que siempre haya verdugos que nos castiguen».

El mal tiempo, las pérdidas y los daños causados en las filas de los cristianos, y la poca voluntad del turco para proseguir una guerra en el oeste cuando tenía que sofocar una revuelta de los tártaros en Crimea, que se agitaba a su espalda, fueron el motivo de que entonces se perdiera esa ocasión.

Así, la suerte de Europa estuvo a punto de cambiar radicalmente.

Cuando Cervantes volvió en sí al cabo de varias semanas de fiebre, tenía el torso vendado con un paño de algodón, estaba lisiado de la mano izquierda sin esperanzas de recuperarla algún día y cautivo en la cárcel de Argel, adonde el Uchali lo había llevado junto con los demás prisioneros, turcos y cristianos mezclados.

4. Continuación de las desgracias del joven Cervantes

Al rey de Argel no le gustaba separarse de sus prisioneros porque tenía por costumbre venderlos a cambio de un rescate, lo que sin duda habría salvado la vida a Cervantes, perdonada mientras estuvo medio muerto, pero ahora sin posibilidades de volver a ser libre, al no disponer el joven de ninguna fortuna ni su familia tampoco, pues no había nadie a quien dirigirse para pagar el precio de su liberación.

Sus compañeros de infortunio y él mismo habían viajado en lo más hondo de la bodega. El griego los informó de que había también un prisionero que había pasado todo el tiempo de la travesía en los camarotes del Uchali, de manera que nadie lo había visto ni sabía quién era: lo habían desembarcado aparte y no lo habían llevado a la misma cárcel que a ellos, sino a la casa de un moro cuyas ventanas, que daban al patio de la prisión, eran, como todas las de los moros, más agujeros que ventanas, y encima las cubrían con unas celosías muy gruesas y apretadas. Sucedió entonces que Cervantes y el griego, estando un día en una de las terrazas de la prisión, haciendo dibujos en el suelo con tizas que se habían procurado para pasar el tiempo, alzaron los ojos y vieron a alguien que los observaba detrás de uno de esos ventanucos.

Durante los días siguientes volvieron a hacer sus dibujos y sentían cada vez esa presencia al otro lado de la celosía.

Luego, una mañana, unos guardias fueron a buscar al griego y no lo trajeron de vuelta hasta caer la tarde. Cuando regresó, muy agitado, le contó esto a Cervantes: «¡Amigo mío, puede que la Providencia nos ofrezca el medio de salir de esta cárcel! ¡Figúrate!, me han llevado a la casa vecina, donde me han presentado al hombre de la ventana, que es también el prisionero importante cuya identidad ignorábamos. ¡Y con razón! No lo vas a creer, Miguel, es el Santo Padre en persona, que está preso en esa vivienda».

Los hombres del Uchali, mientras se estaba preparando la batalla, habían ido hasta Atenas y, en el más grande secreto, habían secuestrado a Pío V, a quien embarcaron en la galera del Renegado.

El Inca habría pagado una fortuna por tener en su poder al papa al que había destituido, pero el Uchali, considerando que Viena pagaría incluso mucho más, no había creído oportuno informar sobre su presa a sus aliados.

«Su Santidad —prosiguió el griego— me ha preguntado si era verdad que yo había sido alumno de Tiziano en Venecia, y como he respondido que, en efecto, era verdad y que el maestro no había tenido ocasión de estar

descontento conmigo, me ha concedido la gracia y el honor de pintar su retrato. Escucha, Miguel, pues lo más maravilloso está por llegar. Me ha prometido que, a cambio de mis buenos servicios, mandaría pagar mi rescate y me llevaría con él a Venecia en cuanto llegase el oro. Pero como de ninguna manera quiero abandonarte aquí, en este infierno, solo y sin recursos, lo cual sería muy poco cristiano, le he abrumado con súplicas a Su Santidad, jurándole que no me iría sin mi camarada, con el que me siento deudor, dado que he sido yo, ¿verdad?, quien te ha arrastrado a esta aventura y te considero ya como mi hermano, y él ha accedido a pagar también tu rescate para llevarte con nosotros».

Ante estas palabras, el joven Miguel no cupo en sí de gozo y se pasó las semanas siguientes esperando cada tarde la vuelta del griego de casa del moro, para preguntarle cómo iba la pintura del retrato.

Cuando se terminó el cuadro, con gran contento por parte del Santo Padre, que quedó muy satisfecho, pues lo representaba con un aire bonachón que disimulaba la severidad de sus maneras y la sequedad de su corazón, hubo aún que esperar, porque la suma exigida para el papa estaba al mismo nivel que su dignidad y alcanzaba una cifra extraordinaria.

Aun así, Viena pagó y el oro llegó finalmente.

Se fletó una galera para llevar al Santo Padre a Venecia y en ella se embarcó con su retrato, pero sin el griego ni Miguel.

¿Se había burlado del pintor? ¿Se había olvidado de ellos? ¿Se había negado Viena a última hora a añadir el precio de su rescate a la desorbitada cantidad que debía reunir para pagar el del papa? ¿Faltó el Uchali a su palabra? Sea como fuere, el caso es que Su Santidad los abandonó a su suerte, sin decirle adiós al griego, cuyo cuadro se llevaba y en el que su mano alzada parecía de pronto una despedida.

Así pues, gracias a o por culpa de la codicia berberisca, la Cristiandad siguió teniendo dos papas, uno en Roma y otro en Venecia. Sin embargo, esto no suponía ningún cambio en la suerte de los desgraciados Miguel y Doménikos.

Para mayor desesperación suya, se les hizo saber que, al no pagar nadie su rescate ni parecer que nadie fuese a hacerlo, habían sido vendidos a España.

Cuando contaron su infortunio a sus compañeros de cautiverio, los que de estos venían de Sevilla o de Cádiz les advirtieron: Tahuantinsuyo pedía mano de obra para explotar sus minas de plata, entre las que destacaba, por ser la más extraordinaria e inagotable, la llamada Potosí, donde las condiciones eran tan duras y los esclavos tan maltratados que morían de agotamiento en pocos

años, incluso en pocos meses. Se decía que algunos preferían poner fin a sus días. En cualquier caso, Potosí era una muerte segura.

Si los enviaban a Sevilla, tal vez tuvieran una oportunidad de quedarse en suelo español, donde podrían servir de esclavos de la nobleza iberoíndica. En cambio, si los embarcaban para Cádiz, esa sería la última etapa de su viaje postrero.

Y fue hacia Cádiz adonde partió la galera a cuyos remos los pusieron.

5. De las peripecias marítimas, tan inauditas y extraordinarias que no hubo jamás ningún marino ni navegante del mundo que las viviera con menor peligro como lo hicieron el valeroso Cervantes y su amigo el griego

Sin embargo, la suerte era entonces caprichosa, en esos tiempos turbulentos en que los imperios entrechocaban en el estruendo de los remos y se hundían en las tempestades, y todavía reservaba muchas sorpresas a nuestros dos amigos.

La galera, con su cargamento de especias y prisioneros, bogaba hacia Cádiz. Miguel y el griego remaban, silenciosos, indiferentes a los latigazos, resignados al destino funesto que los esperaba.

Estando ya cerca de la costa española, la tripulación fue sorprendida por unos truenos que oían a lo lejos, y eso que el cielo estaba despejado y el sol brillaba sobre sus cabezas.

Cuando la galera berberisca entraba ya en el golfo de Cádiz, empezó a crecer un murmullo entre los remeros. «¡Drake! ¡Drake!». Los guardias, de repente, habían palidecido y redoblaban sus latigazos. «¡A babor, a babor! ¡Rumbo norte!», gritaba el capitán, que era un hijo del famoso corsario Barbarroja.

Pero los galeotes rugían. Miguel y el griego compartían su banco con un capitán español que había sido hecho prisionero mucho tiempo antes que ellos y que se llamaba Jerónimo de Mendoza. Era de una delgadez que les era familiar, llevaba una larga barba blanca y su piel estaba quemada por el sol. Su mirada, sin embargo, era muy viva y tenía un destello inhabitual incluso en circunstancias como esa. Ante las preguntas de sus dos compañeros, él les contestó que habían llegado en el preciso momento de un ataque del famoso

corsario Francis Drake. «El mar es como un inmenso bosque común para todo el mundo, y en él los ingleses buscan fortuna», decía. Desde que Inglaterra había sido invadida por los mexicanos por el sur y por los escoceses por el norte, la reina Isabel había huido con todos los hombres que pudo encontrar capaces de embarcarse en cualquier cosa, galeras, galeotas, goletas, fragatas, filibotes, bergantines, bricbarcas, barcazas, incluso la más insignificante chalupa de pesca o cáscara de nuez. Primero halló refugio en Irlanda, luego en Islandia. Allí, el famosísimo corsario Drake había rearmado una flota para piratear por el mar Atlántico, multiplicando las capturas y los ataques a las costas francesas, portuguesas y españolas. Aquel día, una vez más, había atacado por sorpresa una ciudad costera, aventurándose más al sur que nunca. Y si la galera argelina no quería ser presa de los asaltantes, debía volver enseguida a altamar. Según Jerónimo de Mendoza, que conocía la manera de pensar de los comerciantes, seguramente tratarían de llegar a Lisboa, antes que regresar a Argel, con el fin de vender allí su cargamento y no haber hecho el viaje en balde. La perspectiva de Lisboa, aunque incierta, les pareció mejor que la de Cádiz, pues suponía no tener que ir a Potosí.

No obstante, el destino no prefirió Lisboa a Cádiz. Cuando el capitán, hijo de Barbarroja, se percató de que una galera inglesa los había avistado y abandonaba el puerto para ir a darles caza, redobló sus improperios y la lluvia de latigazos, al mismo tiempo que el pánico se apoderaba de los guardias argelinos.

Cuando los que remaban vieron que la galera inglesa iba a alcanzarlos, dejaron todos de remar al instante y se apoderaron del capitán, que estaba en el castillo de popa gritándoles que bogaran con mayor premura, y, pasándoselo de banco en banco unos a otros, desde la popa hasta la proa, le dieron tal cantidad de mordiscos que, cuando iba por la mitad a la altura del mástil, su alma debía de estar ya en el infierno. Así de grande era la crueldad con que los había tratado y el odio que ellos le tenían.

Los remeros, pues, recibieron a los marineros ingleses que tomaron posesión de la galera a los gritos de «¡Viva Inglaterra! ¡Viva Drake!», porque esa captura era sinónimo de libertad para ellos. La bandera inglesa fue izada en la gran verga del mástil y la galera, después de unos días para avituallarse de agua y de galleta, puso rumbo a Islandia, impulsada por los alegres golpes de remo y los cánticos de los prisioneros liberados de sus cadenas.

Durante el viaje, empero, sucedió una gran desgracia cuando la galera se topó con un barco escocés. El vigía alertó a la tripulación gritando «¡Patatas rojas!» (pues así es como se llama a los escoceses por llevar faldas a cuadros)

y los remeros redoblaron sus esfuerzos. El pobre Miguel remaba mal debido a que no podía usar su mano izquierda. No pudieron impedir que el navío escocés los alcanzara y los capturara después de un abordaje sangriento, en el que el joven Cervantes, pese a estar tullido por su mano inerte, se distinguió de nuevo por una extraordinaria bravura.

Creyeron entonces que los llevarían al reino de Escocia, donde reinaba la reina María, lo cual era un mal menor, pero enseguida se decepcionaron cuando vieron que los obligaban a remar en dirección a la costa francesa y que la galera se adentraba por la embocadura de un río muy ancho que no podía llevarlos más que a Burdeos.

De nuevo, la fortuna les jugaba una mala pasada. Los escoceses iban a entregarlos a los mexicanos y esta perspectiva, según Mendoza, su vecino de banco, era aún peor que Potosí.

Los mexicanos, en efecto, no buscaban mano de obra, sino carne humana para los sacrificios en sus bárbaros rituales.

Miguel no iba, pues, a morir en una mina de plata en el otro extremo del mundo, sino en lo alto de una pirámide, en Francia, y lo último que vería sería su corazón arrancado, aún palpitante.

6. Donde se cuenta cómo la Providencia permitió que Cervantes y el griego escaparan de la muerte y cómo encontraron refugio en una torre

El puerto de Burdeos se engolfaba en un recodo del Garona, trazando como una media luna. Los cautivos desembarcaron bajo la vigilancia de los gascones, gente rústica y anárquica, que se burlaba de ellos y los trataba como sacos de gusanos, lo que no auguraba nada bueno, por lo demás. Cervantes descendió por la pasarela entre las pullas, guardando silencio estoicamente, pero el griego, incapaz de tener paciencia, llamaba cabrones a los guardias y maldecía a los cristianos que se relacionaban con los paganos, especialmente a los franceses. Uno de ellos lo oyó y enseguida alzó la culata de su arcabuz, con la que sin duda le habría abierto la cabeza si un capitán mexicano no le hubiera mandado detenerse. Mendoza, que descendía también con ellos, no creyó que sus compañeros de banco pudieran librarse. «Quieren gente que se tenga de pie para el sacrificio», les dijo en voz baja.

Los muelles de Burdeos estaban tan animados como los de Sevilla; el rodar de los toneles de vino acunaba a la ciudad portuaria de la mañana a la

noche, acompasado por los gritos de los estibadores, a quienes los gascones que llevaban a sus prisioneros en una larga fila iban apartando a golpes de pica para abrirse paso.

Cruzaron las murallas por la puerta del Caillou, erizada de atalayas, que desembocaba en la plaza donde los mexicanos habían edificado su pirámide. Los cautivos no podían ignorar el reguero de sangre seca que había fluido a lo largo de los escalones; al verlo, un gemido de lamento se elevó entre sus filas. Fueron conducidos a la prisión del castillo de la Ombrière para aguardar allí su suerte, resignados: los toneles de vino que embarcaban para el Nuevo Mundo tenían más posibilidades de escapar que ellos. Los alimentaban bien, eso sí, de la mañana a la noche les daban pan y sopa. Cada domingo, veían que sacaban a una decena de ellos para llevarlos al suplicio, y el ruido de los tambores que les llegaba de la plaza les helaba la sangre. Ese día, todos tenían derecho a un vaso de vino. El joven Miguel no temía a la muerte, pero habría preferido morir en la guerra. El griego se agotaba entre coléricas imprecaciones.

Un día, sin embargo, vinieron a buscar el doble de cautivos y los tambores redoblaron nuevamente. Sus guardias no eran los mismos. Luego, a la semana siguiente, no vinieron a por nadie y los tambores estuvieron callados. Pasaron unos cuantos días más y los guardias dejaron de traerles comida. Tampoco les llegaba ningún ruido de la ciudad. Permanecieron en sus sombrías mazmorras, rodeados de silencio. Como la sed y el hambre empezaron a torturarlos, decidieron salir, arriesgándose a pagar un alto precio por ello, así que afilaron sus cucharas de hierro y serraron la madera de las puertas.

Cuando finalmente los cerrojos cedieron, hallaron vacío el palacio, las armas de los guardias en sus armeros y decenas de ratas muertas. Se lanzaron sobre las sobras de comida que seguían en las mesas. Mendoza, cuyo largo cautiverio lo había acostumbrado a colocarse entre los demás cautivos, echó mano a un muslo de pollo. Cervantes y el griego, con menos experiencia, llegaron demasiado tarde, urgidos como estaban de salir al aire libre. Aplastaron con sus pies las ratas muertas que estaban esparcidas por el empedrado suelo.

Una vez fuera, se les quitó el apetito: unas columnas de humo ascendían hasta el cielo, un olor pestilente inundaba la ciudad, los cuervos se disputaban las carroñas humanas que jalonaban las calles. Unas siluetas fantasmales transportaban en carretas a moribundos que gemían o amontonaban los cadáveres con unas carretillas. Por todas partes, ratas reventadas. Cervantes al principio creyó estar en una tenería del infierno. Pero no cabía la menor duda

de que era la peste. Había que salir de la ciudad sin demora o morirían. Volvieron a los muelles, donde reinaba la mayor confusión: unos guardias trataban de impedir el paso a los que querían huir por mar. Mendoza, que se había reunido con ellos, los convenció para que lo hicieran por tierra.

Atravesaron la agonizante ciudad. Los que no habían sido contagiados cargaban apresuradamente sus bienes en los carros o partían a lomos de mulas. Los más afortunados disponían de un caballo para huir a galope. La situación era tal que ni los alguaciles ni los soldados prestaron atención a nuestros prófugos. Pero el camino del oeste estaba cerrado: el fuerte del Hâ, donde los soldados estaban acuartelados, seguía vigilante y nadie podía entrar ni salir por ese lado.

Entonces volvieron a entrar a hurtadillas en el muelle. El griego dejó inconscientes a los guardias, o quizá los mató, la historia no es muy clara a ese respecto. A la caída de la noche, cruzaron el río a nado, dejando tras de sí los lamentos de los moribundos y el olor de los muertos.

Empezó para ellos una larga errancia por las llanuras bordelesas. Cada pueblo por el que pasaban los recibía con palos y horcas por temor a dejar entrar la enfermedad, o los acogía con lamentos si la enfermedad ya había entrado, en cuyo caso daban un prudente rodeo. Durante varios días, vivieron tan solo de racimos de uvas, lo que les produjo más de una diarrea que dejaban tras de sí con prodigalidad, haciendo que no fuera difícil seguir su rastro.

Por fin, llegaron al pie de un castillo con evidentes signos de haber sido abandonado por su propietario. Tan solo había quedado un puñado de sirvientes, quienes al principio se negaron a darles asilo. Uno de ellos, sin embargo, de mejor corazón, se apiadó y les ofreció de comer, a condición de que se fuesen inmediatamente después. Pudieron así llenar la panza y brindaron a la salud de sus anfitriones. Pero al acabar la comida, Mendoza fue presa de unos vómitos repentinos, lo cual sembró el pánico entre los sirvientes, que huyeron despavoridos y abandonaron el castillo sin esperar nada. Al alba, Mendoza estaba muerto y el castillo desierto de verdad. Cervantes y el griego quemaron el cadáver en el patio y tomaron posesión del lugar.

Había dos pequeñas torres unidas entre ellas por una cortina o lienzo de muralla y acondicionadas para ser habitadas, una de las cuales contaba con todo lo preciso para vivir como un ermitaño, pues había una cama, una pequeña capilla, una especie de aseo, un baúl con ropa y, en el cuarto superior, una hermosa biblioteca con numerosas obras y techo de vigas en las

que había grabadas unas inscripciones en latín y en griego. Como el castillo tenía también un granero bien lleno, así como una cuadra, en la que hallaron una burra que daba leche, los dos amigos decidieron que en ninguna parte estarían mejor que allí y se instalaron en la torre. El griego tradujo una de las inscripciones de las vigas de la biblioteca que estaba en su lengua: «Mi deseo, vivir poco pero feliz». Cervantes, que sabía latín, tradujo otra: «Allí adonde me lleve el viento, siempre soy huésped de paso».

7. De cómo Cervantes y el griego conocieron al propietario de la torre con el que vivieron un tiempo en buena armonía

Fueron felices en ese retiro y leyeron muchos libros. Al griego le llamó la atención otra cita de las que había grabadas en las vigas, aunque no le gustaba mucho el Eclesiastés, de donde estaba sacada: «Vive plenamente en el presente, lo demás está fuera de tu alcance». Y eso fue lo que hicieron mientras se los dejó en paz, es decir, todo el tiempo que la peste asoló la región y mantuvo alejados tanto a los extraños como a los habitantes del pueblo vecino, encerrados en sus casas, eso si no habían huido del país.

Durante varias semanas, nadie se atrevió a aventurarse por el castillo; tuvieron por única compañía a la burra de leche y a unas cuantas gallinas, que les daban huevos, hasta que un día un hombrecillo apareció por la biblioteca. Sorprendió a Cervantes, que en ese momento leía un volumen de las *Crónicas de Atahualpa*, y al griego, que estaba dibujando el retrato de su amigo con un trozo de carbón.

El hombre se llamaba Michel de Montaigne y regresaba a su casa.

El griego había dado un brinco, dispuesto a matarlo, pero Cervantes juzgó más prudente exponerle las razones de su presencia, por lo que le contó las aventuras que los habían llevado hasta esa su morada, sin omitir ningún detalle.

El señor de Montaigne era más bien enclenque, casi calvo, con un pequeño bigote, perilla y gola, e iba vestido con buena tela pero sucia por el barro de un largo viaje. No obstante, su mirada era clara y sus maneras, amables. Hablaba un toscano muy aceptable, salpicado de expresiones latinas, de modo que no tenía ningún problema en hacerse entender con sus huéspedes, y menos aún para entenderlos a ellos, pues también sabía griego y español. Era miembro del Parlamento y consejero del rey de Francia,

Chimalpopoca. Cuando desglosó sus títulos, el griego quiso coger un abrecartas y ponérselo en la garganta, pero Cervantes le sujetó el brazo.

El señor de Montaigne, cuya ágil mente ya se había percatado de lo difícil de la situación, ofreció a sus invitados permanecer en secreto en su torre todo el tiempo que quisieran, ya que, aunque apreciaba la soledad, estaba seguro de que le harían una agradable compañía. Ni su mujer, que vivía en la torre de al lado, ni sus sirvientes serían avisados de su presencia. Haría que les llevaran cojines y mantas a su gabinete de trabajo, donde podrían acomodarse un lecho, y estaría pendiente de que su cesta de frutas y su jarra de vino, que tendrían siempre a su disposición, estuvieran siempre llenas.

Al no tener otra alternativa salvo correr a través de los campos como liebres perseguidas por una jauría de perros en tierra hostil, lo que no era muy fascinante, los dos amigos aceptaron.

El gabinete de trabajo contaba con una chimenea (el señor de Montaigne había ordenado sellar la de su biblioteca por temor a que el fuego devorase sus valiosos libros), de manera que contaban con un comfortable aposento, si tenemos en cuenta que apenas habían transcurrido dos meses desde que abandonaron el banco de la galera berberisca.

Se pasaban, por tanto, el día leyendo, comiendo y conversando con su anfitrión. Al anochecer, cenaban antes de irse a dormir, y no salían nunca de la torre, salvo algunas veces, muy entrada la noche, en que lo hacían para respirar un poco de aire fresco y estirar las piernas por los jardines del castillo, bajo la mirada de los búhos.

El señor de Montaigne era de mente sutil, curioso y de un amplio saber, lo que hacía muy estimulante su conversación, y como nuestra mente se fortalece en comunicación con mentes vigorosas y ordenadas, el joven Cervantes gustaba de charlar con él de poesía, de teatro y de toda clase de cosas, por el placer de escucharlo citar, siempre muy acertadamente, a los autores clásicos como Virgilio, Sófocles, Aristóteles, Horacio, Sexto Empírico o Cicerón.

Pero lo que le gustaba todavía más era escuchar a Montaigne debatir con el griego, pues ello daba pie a conferencias cuyo vigor estaba a la altura de las obras imaginarias. Claro que le gustaba entregarse a la lectura de obras que podía coger de la biblioteca, mas el estudio de los libros es un movimiento languideciente y árido poco excitante, en cambio en la conferencia se aprende y se practica de una sola vez.

En su calidad de soldado de Cristo, miembro de la Compañía de Jesús, el griego reprochaba con gran vehemencia al señor de Montaigne, sin

consideración por la situación que le hacía estar en deuda con él, que se hubiera comprometido con los paganos y que hubiera traicionado así a sus correligionarios.

El joven Cervantes intentaba impedir que su amigo siguiera avanzando por ese camino, temiendo que acabara por ofender a su anfitrión y que este dejara de protegerlos, pero era una batalla perdida; una y otra vez, el griego insistía en sus recriminaciones: «¡Malditos sean los cristianos que pactan con el infiel!», decía.

Sin embargo, en lugar de sentirse agraviado, el señor de Montaigne parecía, por el contrario, contribuir a esos reproches, incluso disfrutar de esa familiaridad recia y viril con la que el griego lo increpaba: «Ninguna creencia me molesta, por muy contraria que sea de la mía —decía para aplacar los temores del joven Cervantes—. Un día de estos ya contestaré con calma, si el debate transcurre de manera ordenada. —Y añadía, riéndose—: A decir verdad, busco más frecuentar a quienes me ponen un bocado como a los caballos que a quienes me tienen miedo». Era como si, al contrariarlo, se suscitara su atención y no su cólera.

El griego, todo hay que decirlo, no se privaba de satisfacerlo en ese aspecto, acusándolo unas veces de descreimiento, otras de barbarie, por servir al usurpador que se había apoderado del trono del muy cristiano rey de Francia y por, además de servir a los adoradores de la Serpiente con plumas, ser cómplice de esa detestable práctica de los sacrificios humanos, y estaba seguro de que había aceptado su puesto por cobardía y codicia, en lugar de combatir al lado de los defensores de la verdadera fe.

A lo cual el señor de Montaigne empezaba por replicar que el muy cristiano Francisco I no había titubeado antaño a la hora de forjar una alianza con los turcos en contra de su gran adversario, el rey católico Carlos V, y que por eso no le parecía oportuno, o al menos era poco caballeroso, reprocharle a él, Michel de Montaigne, humilde magistrado, lo que el papa había tolerado en un tan gran rey, y convenía recordar que, aunque el rey de Inglaterra Enrique VIII y el fraile Lutero habían sido excomulgados tan solo por haber querido reformar la Iglesia, el amigo de Solimán ni siquiera tuvo una sanción semejante. Al igual que tampoco la tuvieron, añadió, ni Atahualpa ni Cuauhtémoc, que habían recibido el bautismo, lo mismo que sus sucesores. Lo cual, en última instancia, había resultado ser muy inteligente, con vistas a la nueva coalición que unía desde entonces a Maximiliano, a Pío V y a Selim.

Asumida la objeción, el griego cambiaba entonces de táctica y, consciente de la pasión que despertaban en Montaigne los autores griegos, invocaba el

amor a la patria que empujó en otras épocas a los lacedemonios a las Termópilas y a los atenienses a Maratón para resistir al invasor persa.

Montaigne, encantado, se dirigía a Cervantes: «Tú eres de Castilla, ¿no? ¿Sabes que Carlos V, cuando se hizo con el trono de España, apenas entendía tu lengua? ¿Y por qué tendría que haber sido de otro modo, si había nacido en Gante y era alemán? ¿Y acaso era más español el que lo sucedió después? ¿Puedes decírmelo?». Y como Cervantes contestara que, por lo menos, la madre de Carlos V era española, Montaigne no dudó en aprovechar la ocasión: «¡Y qué madre! Juana la Loca, a la que él mismo desposeyó de la corona. ¡Qué buen hijo! ¡Qué buena madre!». Luego, volviéndose hacia el griego, prosiguió: «Es cierto que Carlos V era cristiano, lo que no le impidió de ninguna manera saquear la ciudad santa el año de gracia de 1527 de la era antigua. ¿Acaso le importó a Clemente VII, cuando huía como un conejo al castillo de Sant'Angelo, que los lansquenets que estuvieron a punto de degollarlo fuesen cristianos o no? ¿Acaso le importa a Pío V que los hombres y las galeras de Selim no lo sean, siempre y cuando estén a su disposición? Lo que a mí me importa es que esos extranjeros de ultramar han traído la paz religiosa a España y a Francia. Has de saber, Doménikos, que yo personalmente aconsejé a Cuauhtémoc, la paz sea consigo, y tomé parte activa en la proclamación del edicto de Burdeos, que fue redactado según el modelo del de Sevilla, para que cada uno pueda practicar la religión que elija sin temor a ser vapuleado, desterrado, ahorcado o quemado en suelo francés. ¿No crees, Doménikos, que el día del Juicio seré recompensado por ello?».

El griego se irritaba: «Hablas de quemar a los cristianos, pero ¿qué me dices de cuando tus amigos mexicanos abren el pecho de aquellos a los que inmolan en sus pirámides? ¿No te sientes cómplice de esos crímenes heréticos?».

Montaigne no tuvo más remedio que reconocer que no podía aprobar semejante práctica, pero añadió que estaba influyendo en el entorno del joven rey Chimalpopoca para su abolición.

El griego se burló una vez más: «Por fortuna para nosotros, la peste ha sido más persuasiva que tú».

Entonces, Montaigne, para terminar de una vez, llenó los vasos con un vino de su propiedad y sentenció alegremente: «¡En Roma, como los romanos!».

Pero Cervantes preguntó con sutileza: «¿Y si son los romanos los que vienen a ti?».

Luego cada uno se puso de nuevo a leer un libro.

Un día que el señor de Montaigne estaba ausente, por una de las ventanas de la torre Cervantes vio a una joven que daba de comer a las gallinas en el patio del castillo. Sin apenas poder distinguir sus rasgos, le causó una buena impresión y le pareció que tenía el porte y la figura de una gran dama. Halló, además, una gracia particular en el modo como esparcía los granos de trigo.

Avanzada la tarde, Montaigne regresó con un regalo para el griego: un caballete y materiales para pintar, ya que había deducido sus aptitudes pictóricas al ver sus dibujos.

De este modo, el griego pudo hacer varios retratos de su anfitrión y de su amigo, así como de los paisajes de la campiña bordelesa que veía desde la ventana.

Montaigne y Cervantes contemplaban, tan encantados como atemorizados, esos rostros que eran los suyos y que parecían terrosos, amasados en arcilla y pegados a la tela.

Pero el pintor no perdía ocasión para seguir argumentando contra el que consideraba un renegado y un cómplice de las nuevas herejías: «Hay que tener valor para ponerse del lado de los vencidos», le decía.

A lo que Montaigne, entre risas, replicaba: «¿No es lo que yo hago con vosotros?».

A continuación, le soltó este discurso: «Mira, Doménikos, pronto todos seremos descendientes de los vencedores y de los vencidos. Los primeros hijos, fruto de dos mundos, hoy son ya hombres y mujeres hechos y derechos: nuestro soberano Chimalpopoca, hijo de Cuauhtémoc y de Margarita de Francia, es nuestro Adán. Margarita Duchicela, hija de Atahualpa y de María de Austria, es nuestra Eva. El rey de Navarra Túpac Enrique Amaru, hijo de Juana de Albret y de Manco Inca, el duque de Romaña Enrique Yupanqui y sus ocho hermanos y hermanas, hijos e hijas de Catalina de Médicis y del general Quizquiz, son tan franceses o italianos como lo son incas o mexicanos. El infante Felipe Viracocha, hijo de Carlos Cápac y de Margarita Duchicela, heredero del trono de España y rey de los romanos, es nuestro Abel de los nuevos tiempos. Atahualpa habrá sido nuestro Eneas. ¿Acaso era romano Eneas? Quizá, después de todo, nosotros seamos los etruscos de los incas y de los mexicanos».

Mientras escuchaba, Cervantes observó por la ventana que daba al jardín a la dama que había visto antes en el patio. Esta vez, deambulaba entre las tomateras y podaba los aguacateros. Desde luego, el encierro y la larga lista de desventuras que lo habían conducido a esa torre habían calentado su imaginación. Su juventud hizo el resto. Se enamoró perdidamente.

Una noche que había salido al patio a fumar un cohiba, la vio aparecer en una ventana de la segunda torre, a la luz de las velas que iluminaban lo que sin duda eran los aposentos de la dama. Amparado por la oscuridad y sin temor a ser visto, con el extremo incandescente del cohiba oculto con cuidado en el hueco de la mano, permaneció tanto tiempo vigilando el marco de la ventana por si ella volviera a aparecer, incluso después de que se había apagado la luz dentro de la torre y todo indicaba que la dama se había ya acostado, que se quedó dormido al pie de un árbol.

Poco antes del alba, el griego, inquieto por no haber hallado a su camarada en la habitación al despertar, bajó en su busca para asegurarse de que ningún sirviente o habitante del pueblo lo había descubierto. Se lo encontró junto al árbol, con los ojos cerrados, durmiendo a pierna suelta. Empezó por sacudirlo con suavidad, pero como Cervantes no se despertaba, le dio la vuelta y lo agitó tanto que por fin estiró los brazos y, mirando a un lado y a otro como un alucinado, le dijo: «Que Dios te perdone, amigo mío, por haberme apartado de la más bella vista que ningún hombre pueda imaginar jamás». Ante lo cual el griego, dándole pequeños cachetes en las mejillas para sacarlo de su atolondramiento, creyó oportuno informarle: «Supongo que estás hablando de la señora de Montaigne, la esposa de nuestro anfitrión. Se llama Françoise».

Regresaron juntos al gabinete que les servía de habitación y se acostaron hasta el canto del gallo, pero Cervantes no pudo volver a dormirse y pasó el resto del tiempo hasta el amanecer imaginándose a la dama acostada en su lecho, vestida tan solo con un ligero camisón.

Al día siguiente, fantaseó de nuevo con ella, apostado detrás de la ventana de la biblioteca que daba al patio, con la esperanza de ver pasar a la dueña de su corazón, eventualmente casada con el dueño de la casa, mientras oía al señor de Montaigne tratando de convencer al griego de que no había por qué rechazar todas las creencias de los mexicanos: «También creen, al igual que nosotros, que el universo está próximo a su fin y se basan en la desolación que los hombres causan allí por donde pasan. ¿Quién puede negar que eso responde a una gran sabiduría y una gran clarividencia por su parte, Doménikos?». Para Montaigne no era menos desconcertante que también los mexicanos y los incas creyesen que la existencia de la gente se dividía en cinco edades y en la vida de cinco soles consecutivos, cuatro de los cuales habían ya agotado su tiempo y el que los iluminaba ahora el quinto. Montaigne desconocía aún el modo como ellos creen que este último sol se

extinguirá. «Así que, en resumidas cuentas, ¿quiénes somos nosotros para decir que sus creencias son inferiores a las nuestras?», se preguntaba.

Al oír estas palabras, el griego, que estaba fumando su cohiba, se puso a toser y a gritar, llamándolo blasfemo, y le contestó a Montaigne que el único Dios verdadero no había querido que los infieles triunfasen en Lepanto, demostrando así de manera fehaciente su superioridad sobre los falsos dioses venidos de ultramar, y que si la voluntad del Dios único hubiera sido probar a sus hijos enviándoles esa plaga del otro lado del océano, también habría sabido, sin duda alguna, recompensar a los verdaderos cristianos con la victoria final. «Los auténticos cristianos no se ocultan ante la adversidad, sino que afianzan el triunfo de la verdadera fe. ¿Dónde estabas tú durante la batalla de Lepanto, Michel? ¿Dónde estabas durante la peste que se abatió sobre tu ciudad? Si Dios misericordioso nos concede la victoria, como estoy seguro de que sucederá, tú no habrás formado parte en ella».

Montaigne, sin abandonar su sencillez, le respondió con mayor firmeza: «No me parece bien la costumbre de tratar de reafirmar y sostener nuestra religión con el éxito y la prosperidad de nuestras empresas. Tu fe, Doménikos, tiene bastantes más fundamentos, no necesita que los acontecimientos tengan que darle autoridad».

El griego, que veía blasfemias por todas partes, no dejó pasar esa:

—Michel, ¿te has oído? Has dicho *tu*.

—Lo que quiero decir —repuso Montaigne— es que vuestra... que la victoria de la que hablaba y que os ha costado tan cara, a ti y a Miguel, es seguramente una magnífica batalla naval ganada hace unos meses contra el Imperio inca y contra Francia, y por la conducta del *kapitan pachá*, dicho sea de paso, pero otras veces Dios ha querido que sea al contrario. Ha querido que se capturase a Carlos V en la batalla de Salamanca. Ha querido la derrota de Francisco I frente a Cuauhtémoc, aliado de los ingleses. Ha querido Dios quitar el Sacro Imperio de las manos de la casa de Austria para confiárselo al linaje de Atahualpa. Dios, queriéndonos enseñar que los buenos tienen otra cosa que esperar y los malos otra cosa que temer que no sean la suerte o la desgracia de este mundo, las maneja y aplica según sus ocultos designios y nos despoja de los medios de lograr neciamente nuestro provecho.

Luego, considerando que su discurso derivaba hacia frases que, a oídos cristianos, empezaban a oler a chamusquina, prefirió cambiar de tema.

Cervantes le oyó citar a Horacio, para poner en guardia al griego: «El sabio debe recibir el nombre de *insensato* y el justo el de *injusto* si se exceden en su esfuerzo por alcanzar la virtud». Lo oyó condenar la falta de

moderación hacia el bien, como el arquero que no acierta en la diana al tirar desde demasiado lejos. Después ya no oyó más.

Al ver de nuevo a la señora de Montaigne cruzar el patio, nuestro joven perdió la noción del tiempo, embargándolo la sensación de que habían pasado varios días —lo que tal vez fuera cierto—, y cuando su mente volvió a la conversación, esta estaba versando, no sabía muy bien por qué, sobre el matrimonio.

El griego no tenía palabras lo suficientemente duras para condenar la detestable costumbre de los soberanos de ultramar de tener varias esposas, y Montaigne, por esa vez, estaba de acuerdo. ¿Qué soberano, excepto Carlos V, fue virtuoso hasta el punto de no tener comercio carnal más que con su mujer ante Dios, sin amantes ni hijos ilegítimos, exceptuando su primera juventud? ¿No tenían los papas mismos concubinas y bastardos que elevaban a los más prestigiosos puestos? Pero ambos convinieron en que era un pecado delante de Dios casarse con las amantes.

En ese momento, la atención de Cervantes se había despertado del todo.

Montaigne explicaba los peligros del amor en la vida marital, la cual, según él, debía apartar todo desbordamiento de lascivia mediante las necesarias moderación y templanza, y, puesto que el fin último del matrimonio era la procreación, afirmaba que un placer excesivamente ardiente, voluptuoso y asiduo alteraba el esperma e impedía la concepción.

Él mismo se ufanaba de no visitar el dormitorio de su esposa más que una vez al mes, con el único objetivo de embarazarla. Si cedía a los ímpetus amorosos, estaba seguro de que la consideración que ambos se tenían y el buen entendimiento que los ligaba inevitablemente se corromperían. Al ser el matrimonio un contrato inquebrantable, el juego del placer, decía Montaigne, no vale lo que vale la amistad.

A continuación añadió esto a propósito de las mujeres, que Cervantes creyó dirigido a él mismo, y abrió peligrosos horizontes en el joven: «Que aprendan la impudencia al menos de otras manos».

La vida en la torre siguió su curso. Montaigne leía o dictaba cartas a su secretario (cuando eso sucedía, Cervantes y el griego bajaban a esconderse en la capilla), o bien se ausentaba para ir a Burdeos a ocuparse de los asuntos públicos que tenía a su cargo. El griego pintaba y, para estar ocupado en algo, Cervantes, inspirado por sus lecturas de la biblioteca, empezó a escribir pequeñas obras de teatro que les leía por la noche, después de cenar. Al anochecer, siempre iba a fumar su cohiba bajo las ventanas de Françoise. A veces, la oía canturrear una nana y, encantado por la voz de la joven,

suspiraba y la deseaba aún más. El griego, que temía que fuera descubierto por alguien del castillo, estaba en contra de esa locura y le reprochaba su imprudencia.

Una noche, sin embargo, no pudiendo soportarlo más, atravesó el pasaje de la muralla que unía las dos torres.

El griego se consumió de angustia esperándolo toda la noche. Cuando regresó, estaba en tal estado de alienación y excitación, desaliñado, desgredado, diciendo incoherencias, que su compañero se asustó. Aquí, el autor de este relato debe decir que no puede certificar la veracidad de lo que Cervantes contó al griego, pero que se atiene a transcribir fielmente sus frases. Al parecer, el joven afirmó que después de haber esperado una hora en la muralla que unía a las dos torres sin saber qué hacer, se decidió por llamar suavemente a la puerta de la dama. Esta, creyendo que era su marido, pues solo él usaba habitualmente ese acceso, le abrió. Al descubrir al joven, dejó escapar un pequeño grito de sorpresa, pero algo le hizo ver a Cervantes que no era un desconocido para ella y que desde hacía mucho tiempo ella también lo veía en el patio o cuando él la observaba desde la ventana. Sea como fuera, ella le suplicó que no hiciera ruido para no despertar a su hijo dormido. Era una noche de luna llena, de modo que se veía como en pleno día. Tal vez precavida para evitar los chismorreos o temerosa de que se diese la alarma — Cervantes no fue muy explícito al respecto—, el caso es que lo hizo entrar.

Al empezar a narrar lo que viene a continuación, el joven se alteró tanto que el griego tuvo que pedirle que bajara la voz, pues, por muy increíble que parezca, he aquí la escena exactamente tal como se la contó a su amigo: la señora de Montaigne se quedó callada, y como él titubeaba, aquella diosa suya lo cubrió con sus brazos núbios y lo calentó con un tierno abrazo. De repente, se sintió invadido por el fuego de otras veces; un ardor que conocía bien lo traspasó hasta la médula y recorrió sus huesos, estremeciéndolos. Fue como cuando se produce un rayo y una rendija de fuego en zigzag se abre entre las nubes. Finalmente, él la abrazó como ella esperaba y, acostado sobre su vientre, se abandonó al encanto de un dulce sueño.

El griego no pudo discernir entre lo verdadero y lo falso en ese relato extraordinario y quiso hacerle jurar que jamás volvería a cruzar la cortina de la muralla. Pero Cervantes ya se había echado y dormía con una sonrisa en los labios.

Transcurrió una semana. Se cumplían cinco meses desde que se habían instalado en la torre del señor de Montaigne. Si por el joven hubiera sido, él se habría quedado a vivir allí toda su vida, pero una mañana unos arqueros

que tenían orden de capturar a unos fugados que respondían al nombre de Miguel de Cervantes Saavedra y Doménikos Theotokópulos llamaron a la puerta. Encontraron a los dos amigos todavía acostados en el gabinete de trabajo y los cogieron por el cuello. Cervantes, desconcertado, no opuso resistencia, pero el griego, al verse maltratado por esos viles malandrines, agarró por la garganta a uno de los arqueros con todas sus fuerzas de tal manera que, si no es porque sus compañeros acudieron a socorrerlo, lo más seguro es que hubiese dejado la vida allí antes que el griego a su presa.

El señor de Montaigne, en ropa de cama, quiso interceder, pero sin éxito: los dos fugitivos fueron prendidos y encadenados para ser llevados a Burdeos. El griego fue arrastrado entre vociferaciones espantosas, con las que acusaba a su anfitrión de haberlos vendido a los mexicanos, mientras que este, pese a todo, intentaba razonar con los arqueros haciendo valer en vano su dignidad de magistrado y consejero del príncipe. Cervantes salió con grilletes de la torre junto a su amigo y bajo la mirada de su bienamada, la sin par Françoise, que había acudido, alarmada, con todos los sirvientes del castillo, para saber el motivo de aquella agitación. Fue la única vez que él pudo contemplarla de cerca a la luz del día, cual sol bajo el sol, y también la última.

8. De cómo Cervantes cruzó finalmente la mar oceána

El regreso a Burdeos careció de gloria, puesto que se los encerró de nuevo en la prisión, donde estuvieron todo un mes a la espera de que los ejecutaran, o eso creían ellos.

La mañana en que fueron a buscarlos, encomendaron su alma a Dios, pensando que había llegado su última hora. Iban a trepar por los escalones que llevaban a la cumbre de la pirámide, donde el verdugo los esperaría con su cuchillo ritual de mango decorado con una cara tallada en él, la cara de la muerte, y se habrían acabado para siempre sus aventuras y su vida terrenal.

Pero en vez de eso, pasaron por delante de la pirámide sin detenerse y fueron llevados hasta el castillo de Trompette, sede del poder regio, un colosal promontorio de piedra que penetraba en el Garona, donde se los obligó a esperar en un pasillo tapizado de escudos de oro.

Los guardias mexicanos, armados con lanzas y con la cabeza cubierta con casquetes con plumas, se negaron a responder a sus preguntas.

Al cabo de mucho tiempo, se los hizo entrar en una gran sala ornamentada con una gigantesca araña de hierro suspendida como una amenaza sobre sus cabezas.

Delante de ellos había un hombre de pie que les daba la espalda, tocado con un gorro negro, detrás de una pesada mesa de madera maciza sobre la que había unos papeles esparcidos, y que miraba por la ventana que daba al puerto. A esa hora (en realidad, a todas las horas del día) la actividad de los estibadores en los muelles era frenética.

Cervantes dio un codazo al griego: amontonados en un rincón de la habitación había reconocido los cuadros de su amigo.

Sin darse la vuelta, el hombre tomó la palabra: «Podéis dar las gracias a vuestro protector, que me ha enviado vuestras obras, y a Dios, que os ha dado algunos talentos».

Por el tono imperioso, era fácil reconocer que se trataba de un personaje importante y, en efecto, lo era: el almirante Coligny.

Cuando al fin se dio la vuelta, recogió los papeles de la mesa y los agitó delante de las narices de Cervantes: «¿Un coloquio entre perros que hablan? ¡Pero si es muy divertido! Y esa comedia del retablo de las maravillas... ¿La has leído tú, señor pintor? ¿No? Déjame entonces que te cuente el argumento: dos hábiles charlatanes hacen creer a unos pueblerinos que un retablo encantado solo muestra sus tesoros a los que son cristianos viejos de sangre pura, libres de cualquier antepasado judío o moro. Por supuesto, no es más que un engaño. Pero ¿qué crees que va a pasar? ¡Oh, milagro! Pues que todos los pueblerinos se quedan extasiados, dando grandes gritos de admiración, delante de las supuestas maravillas del retablo».

El primer consejero del rey de Francia reía a carcajadas.

«¿No es una fábula muy graciosa?».

Ni el griego ni Cervantes se atrevían a responder. El almirante acariciaba entre los dedos la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello: «Las grandes naciones de ultramar, el Imperio mexicano bajo cuya protección se hallan el reino de Francia y el Imperio inca de occidente, su leal aliado, tanto del Quinto Cuarto como nuestro, necesitan pintores y gente de letras, pues la pintura y la escritura son dominios en los que estos grandísimos imperios, con todo lo poderosos que son, no pueden compararse aún con los del Viejo Mundo. Gracias a vuestro talento, partiréis en el próximo barco, con el tributo que Francia debe a México. Una vez allí, seréis vendidos al mejor postor y, si Dios quiere, podréis comprar de nuevo vuestra libertad». Luego, con un gesto,

ordenó a sus guardias que se los llevaran. Al día siguiente, estaban a bordo de un galeón cargado de vino y hombres rumbo a Cuba.

En cierta ocasión, un viejo marinero español le había dicho a Cervantes: «Si quieres aprender a rezar, hazte a la mar». Sin embargo, esa travesía, que apenas duró dos lunas, transcurrió tranquila como un sueño.

En el barco, nuestros dos amigos encontraron a un zapatero genovés, a un mercader mexicano, a un judío de Salónica, a un plantador de tabaco haitiano y a una princesa de Cholula que viajaba con su jaguar.

Todos les ensalzaron las bellezas de los países de ultramar, sus espacios infinitos, sus naturalezas pródigas, sus riquezas abundantes, así como las posibilidades de hacer allí fortuna, a poco que fuesen sin malévolas intenciones.

Poco después, una mañana se recortó en el horizonte la silueta de Baracoa, capital cubana y encrucijada de los dos mundos. Era una ciudad de palacios, palmerales y cabañas de barro, donde los perros hablaban a los loros, donde los ricos acudían a vender sus esclavos y a dar a probar su vino, donde el olor de frutas desconocidas perfumaba las calles, donde los nobles taínos cabalgaban desnudos sobre sus purasangres de Chile, ostentando por único adorno unos collares de dieciocho filas de perlas rojas y unos brazaletes de piel de cocodrilo, donde incluso los mendigos parecían antiguos reyes destronados, con sus máscaras y sus espejuelas de cobre y oro en la cabeza, donde las tiendas rebosaban de tantas mercancías que, por la noche, los lagartos con cresta se aventuraban por las calles en busca de cajas que destripar. Se hablaban allí todas las lenguas, se amaba a todas las mujeres y se les rezaba a todos los dioses.

El griego, fascinado por el torrente de colores y con los nervios a flor de piel por aquella efervescencia babilónica, fue presa de una risa loca.

Con la mirada al cielo, sin pensar en su incierto futuro, Cervantes se maravilló de los zopilotes de testa roja que volaban por encima de su cabeza y creyó que todas aquellas criaturas eran fantasmas de esa isla encantada, y que sin ninguna duda él mismo también lo era.

Notas del traductor

[1] Asamblea de gobierno de las tribus germanas. <<

[2] En la mitología escandinava, sacerdotisa y sabia. <<

[3] Espíritus femeninos de la mitología nórdica que tienen que ver con el tiempo. <<

[4] Constantinopla. <<

[5] En la época vikinga, los *bóndis* eran sociedades de campesinos y artesanos.
<<

[6] Sabios incas. <<

[7] Diosa latina de la guerra. <<

[8] Trabajos no retribuidos. <<

[9] Sistema de reciprocidad de trabajo utilizado en América en la época incaica. <<

[10] Responsables de la estrategia económica de los incas. <<

[¹¹] Palabra indescifrable. (*Nota del cronista*). <<